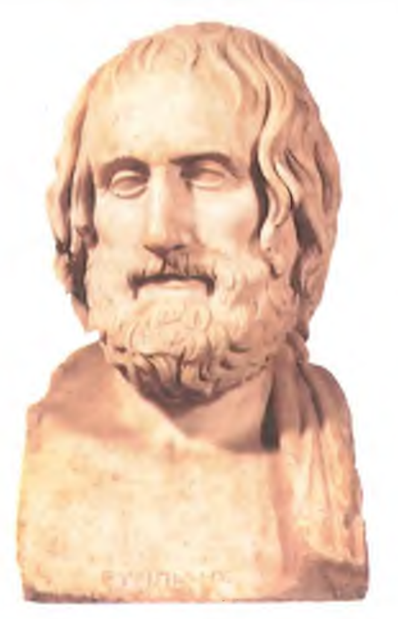
Eurípides

Tragedias áticas y tebanas

Versión rítmica de
Manuel Fernández-Galiano



Planeta

Eurípides
Tragedias áticas y tebanas

Versión rítmica de
Manuel Fernández-Galiano
catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid

«El hombre de hoy debería sintonizar fácilmente con aquel certero observador que se compenetró como nadie con aquella humanidad llena de tiranos y siervos, hombres y mujeres pecadoramente enamorados, ancianos grotescos o dignos del mayor respeto, muchachas angelicales; ascendió a la perfección en su pintar a los diferentes tipos humanos; percibió desde su privilegiada situación al margen de la vida las inevitables bellezas y fealdades de nuestros entornos material y espiritual; y por eso sus obras no tienen parangón como documentos antropológicos tanto de la Atenas de entonces como del mundo en que vivimos.»

Clásicos Universales Planeta

Eurípides

TRAGEDIAS ÁTICAS Y TEBANAS

IÓN - MEDEA - ALCESTIS
HERACLES - HIPÓLITO
LOS HERACLIDAS - LAS BACANTES
LAS FENICIAS - LAS SUPLICANTES



Versión rítmica de
MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO
catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid



Planeta

CLÁSICOS UNIVERSALES PLANETA

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)
Diseño colección y cubierta de Hans Romberg
Ilustración cubierta: busto de Eurípides
Primera edición en esta colección: marzo de 1991
Depósito Legal: B. 5.464-1991
ISBN 84-320-6964-7
Printed in Spain - Impreso en España
Libergraf, S. A., Constitució, 19, 08014 Barcelona

SUMARIO

IÓN

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-183; monólogo de Hermes, 1-81; monodia de Ión en anapestos y una estrofa y antístrofa lírica, 82-183).

Párodo (184-236; dos estrofas y antístrofas, la segunda antístrofa un diálogo lírico entre Ión y el corifeo).

Primer episodio (237-451; diálogo entre Ión y Creúsa; los mismos y Juto).

Primer estásimo (452-509; estrofa, antístrofa y epodo).

Segundo episodio (510-675; Ión y Juto).

Segundo estásimo (676-724; estrofa, antístrofa y epodo).

Tercer episodio (725-1047; Creúsa y el anciano, 725-762; diálogo lírico entre los mismos, 763-799; el anciano y el corifeo, 800-858; monodia de Creúsa, 859-922; diálogo entre Creúsa y el anciano, 923-1047).

Tercer estásimo (1048-1105; dos estrofas y antístrofas).

Cuarto episodio (1106-1618; el sirviente interrogado por el corifeo, 1106-1228; canto del coro, 1229-1249; Creúsa e Ión, 1250-1319; Ión y la Pitia, 1320-1394; Ión y Creúsa, 1395-1444; diálogo lírico entre ellos, 1445-1509; los mismos y Atenea, 1510-1618).

Despedida anapéstica del corifeo (1619-1622).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

HERMES, *dios.*
IÓN, *hijo de Apolo y Creúsa.*
CREÚSA, *reina de Atenas, esposa de Juto.*
JUTO, *su marido.*
ANCIANO, *antiguo servidor de Erecteo.*
SIRVIENTE *de Creúsa.*
PITIA, *profetisa de Delfos.*
ATENEA, *diosa.*

CORO DE SERVIDORAS DE CREÚSA.

PERSONAJES MUDOS:
SERVIDORES DEL TEMPLO.
SOLDADOS.
CIUDADANOS DE DELFOS.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: IÓN, ANCIANO.
DEUTERAGONISTA: HERMES, CREÚSA.
TRITAGONISTA: JUTO, SIRVIENTE, PITIA, ATENEA.

La escena representa el templo de Apolo en Delfos. Delante del templo un altar consagrado al dios. El prólogo lo recita el dios Hermes, que ha entrado en escena por un lateral.

HERMES

Atlante, el que sostiene con sus broncíneos hombros
la venerable casa divina, de una diosa
tuvo a Maya, la cual para Zeus el altísimo
me engendró: yo soy Hermes, el que a los inmortales
sirve, y ésta es la tierra de Delfos, en que estoy,
donde Febo a los hombres vaticina, sentado
en pleno ombligo, todo lo presente y futuro.
Existe una ciudad no oscura de los Griegos
que a Palas, la de lanza de oro, debe su nombre;
allí Febo a la fuerza se unió amorosamente
con la hija de Erecteo, Creúsa, entre las Rocas
Largas, pues ese nombre dan los del país ático
a las que están al norte del collado de Palas.
Y, sin que lo supiera su padre, porque así
lo quiso el dios, la carga soportó de su vientre
y, llegado el momento, parió en casa y al niño
llevólo ella a la misma cueva donde yació
con el dios y allí expúsolo, para que pereciese,
metido en el redondo contorno de una cesta,
en lo cual imitaba la costumbre ancestral;
pues también a Erictonio, de la tierra nacido,
dos serpientes dio la hija de Zeus como guardianas,
su tutela a las vírgenes Agláurides confiando;
de donde la costumbre procede de criar
a los niños ornados con áureos reptiles.
Pues bien, a la criatura que iba a morir dejó
la joven el adorno que ella misma llevaba.
Y Febo, que es mi hermano, me pidió lo siguiente:
«Hermano, ve al autóctono pueblo de las ilustres
Atenas —ya conoces la ciudad de la diosa—,
saca al recién nacido niño de la caverna

y a Delfos llévalo y allí junto a mi oráculo,
con los propios pañales que lleva y la canasta,
ponlo, en la misma entrada que a mi casa da acceso.
El resto —pues su padre soy, para que lo sepas—
a mí me incumbirá.» Yo el fraternal encargo
de Loxias realicé, tomé el trenzado cesto,
lo llevé y en las gradas de este templo lo puse
después de echar atrás la tapa por que al niño
posible fuera ver. Se dio entonces el caso
de que, iniciado el ciclo por que cabalga el sol,
en el templo del dios la profetisa entraba;
y, al contemplar al niño de tan temprana edad,
pensó que alguna moza délfica habría osado
dejar el fruto allí de su amor clandestino
y fuera del recinto lo iba a depositar.
Pero a tal crueldad venció la compasión
y el dios, por que su casa no dejara aquel niño;
y ella lo tomó y crió sin saber que era Febo
su padre ni de qué madre nació; y tampoco
sabe el muchacho quiénes son los que le engendraron.
Saltaba desde niño jugando en torno al ara
que le daba crianza; y, al llegar a viril
edad su cuerpo, hiciéronle los Delfos fiel guardián
de todos los tesoros del dios y en el santuario
divino vive siempre con piadosa existencia.
Creúsa por su parte, la que al niño dio a luz,
con Juto se casó del modo que va a verse.
Cuando una belicosa tempestad entre Atenas
surgió y los Calcodóntidas, que de Eubea son dueños,
Juto, que a los primeros ayudó a conseguir
el triunfo, fue juzgado digno de ser esposo
de Creúsa aunque no era nativo, sino aqueo,
hijo de Éolo y nieto de Zeus. Y llevan mucho
tiempo casados, pero sin prole, por lo cual
han venido a este oráculo de Apolo con deseo
de tener descendencia; porque a ello les impulsa
Loxias, que, aunque lo crea, no pasa inadvertido
con tal juego ante mí. Dará el niño, en efecto,
a Juto, cuando al templo vaya él, y le dirá
que es de éste para que, ya en casa de Creúsa,
ella le reconozca y oculta su unión quede

con Febo y tenga así lo que le cuadra el mozo.
Y hará famoso en toda Grecia el nombre de Ión,
el futuro colono de las tierras asiátides.
Voy, pues, a esos macizos plantados de laureles
para saber qué debe suceder sobre el niño.
Pues he aquí que salir veo al hijo de Loxias
para adornar el pórtico que ante el templo se encuentra
con ramas de laurel. Yo seré, pues, el dios
que antes le llame Ión, nombre que ha de llevar.

Se retira por un lateral. Mientras tanto Ión ha salido del templo seguido de unos servidores.

IÓN

La esplendente cuadriga reluce del sol;
Helio ya envía a la tierra su luz;
van a huir las estrellas del cósmico ardor
a la noche sacral.
Del Parnaso las cimas que nadie pisó
totalmente se llenan de etéreo fulgor
y reciben el disco solar;
y de la árida mirra al febeo frontón
asciende el vapor.
Al trípode sube la delfia mujer
y a los Griegos transmite el sagrado cantar
que Apolo le sabe inspirar.
Pues bien, los que a Febo aquí en Delfos servís
bajad a Castalia y su argénteo fluir;
con su limpio rocío lavaros allí
podréis para luego hasta el templo volver;
mas guardad vuestra boca bien limpia de mal
y en lenguaje de buen
agüero expresaos delante de aquel
que oráculos quiera tener.
Y nosotros sigamos con esa labor
en que ya desde niños solemos penar;
el atrio de Febo barrer con laurel
debemos y sacras guirnaldas en él
poner y los suelos regar; y yo haré
con mis dardos que escapen los pájaros que
tus pías ofrendas nos suelen picar;
porque no tengo padre ni madre y así

el templo en que hallé
crianza me toca cuidar.

¡Oh, florido retoño
del más hermoso laurel
que brotó en el inmortal
huerto donde mana
agua divina, eterna
que baña las ramas sagradas
del mirto! Tú barres,
frente a este templo, el atrio
de Febo, y contigo yo
todo el día, comenzando
con las veloces alas del sol,
siempre sirviendo
en mi diaria tarea.

¡Peán, oh, Peán,
bendito, bendito
seas, oh, el de Leto!

Es bella la labor,
Febo, en que yo, ante tu templo,
honro a tu sede profética;
gloriosa es mi empresa;
de ningún mortal sierva
es mi mano, mas de los dioses.
¡Famosas fatigas
de que yo no me canso!
Febo me engendró, es mi padre;
al que me nutre yo ensalzo;
al que me ayuda le doy el nombre
de padre; es Febo,
el que está en este templo.

¡Peán, oh, Peán,
bendito, bendito
seas, oh, el de Leto!

Mas dejo de arrastrar
ya el laurel

y este áureo vaso vierta
aguas vivas
que aporta Castalia
en sus torbellinos;
derramarlas yo puedo
porque siempre fui casto.
¡Ojalá nunca cese
de servir así a Apolo
o, si ceso, para bien sea!
¡Vamos, vamos!
¡Ya van y vienen las aves
que en el Parnaso anidan!
¡No toquéis las cornisas
ni los áureos tejados!
¡Con mi arco te heriré, nuncio
de Zeus que hasta a la más fuerte
ave vences!
¡He aquí otro, un cisne que hacia el ara rema!
¿No llevarás
a otra parte tus patas purpúreas?
¡Ni la forminge de Febo
te salvará de mis flechas!
¡Despliega las alas,
vuela al estanque que en Delos tienes!
¡Mezclarás, si no lo haces,
con sangre tus canciones!
¡Vamos, vamos!
¿Qué nuevo pájaro nos llega ahora?
¿Pondrá bajo la cornisa
el nido de sus pollos?
¡Te echará mi arco tenso!
¿No me oyes? ¡Ve a criar
al cauce del Alfeo
o al ístmico valle,
no dañes las ofrendas ni el templo
de Febo que está en Pito!
No os mato, que a los hombres
anunciáis la voluntad
de los dioses; mis fatigas
seguiré ofreciendo a Febo
y honrando a quien me alimenta.

Entra el coro compuesto por quince sirvientes de Creúsa. Van recorriendo la fachada del templo y haciendo una descripción de sus esculturas.

UNA DEL CORO

No era sólo en la divina
Atenas donde hay hermosos
templos, columnas y ofrendas
al dios de los caminos;
también Loxias, el de Leto,
nos brinda la bella luz
de estos rostros gemelos.

OTRA

¡Fíjate, aquí el hijo
de Zeus con áureo machete
a la hidra lernea mata!
¡Míralo, mi amiga!

OTRA

Lo veo y al lado hay otro
que levanta una llameante
tea. ¿No es al que cantamos
tejiendo, el escudero
Yolao, que participa
de los trabajos del hijo
de Zeus y con él sufre?

OTRA

Repara en ese otro
que monta un caballo alado
y mata a un monstruo triforme
que respira fuego.

OTRA

Llevo acá y allá mis ojos:
contemplad en ese mármol
la lucha de los Gigantes.

OTRA

Aquí estamos mirando, amigas.

OTRA

¿La ves, pues, con su rodela
y la Gorgón contra Encélado?

OTRA

Sí, y es Palas, mi diosa.

OTRA

¿Y el doble relámpago ardiente,
terrible que lejos
la mano de Zeus lanza?

OTRA

Helo ahí; fulmina
con su rayo al feroz Mimante.

OTRA

También Bromio con ese su imbele
tirso de yedra mata
a otro hijo de la Tierra. ¡Baco!

CORO

Dirigiéndose a Ión.

Hablo al que está junto al templo:
¿podemos entrar aquí
al menos con pies descalzos?

IÓN

No es posible, no, no.

CORIFEO

¿Ni tampoco saber podemos...?

IÓN

Dime, sí, ¿qué queréis?

CORIFEO

¿De verdad el templo de Febo
tiene el ombligo del mundo?

IÓN

Con ínfulas, sí, y con Gorgones también.

CORIFEO

Tal es lo que se cuenta.

IÓN

Si un pastel ofrecisteis ahí fuera y queréis
a Febo sobre algo tal vez consultar,
acercaos al ara, que adentro pasar
solamente podréis si una res se inmoló.

CORIFEO

Ya me enteré; la ley del dios
no violemos; bástenos
gozar con lo de fuera.

IÓN

Contemplad todo aquello que abierto os está.

CORIFEO

Me dejan mis dueños
que admire el santuario divino.

IÓN

¿De qué casa sirvientes llamaros podéis?

CORIFEO

El hogar de mi dueña está al lado
del de Atenea.

Señalando a Creúsa, que ha entrado por un lateral.

Pero
aquí está la mujer de que hablas.

IÓN

A Creúsa.

Bien nacida eres tú, mujer, seas quien seas,
y ese tu aspecto indicio de nobleza resulta.
Y ocurre en general que solamente el ver

a alguien declara ya si hay en él buena raza.
¡Bueno!
¡Ahora sí que me asombras con tu cerrar los ojos
y tu noble mejilla de lágrimas llenar
en cuanto has visto el puro santuario de Loxias!
¿Cuál es esa aflicción, oh, mujer, que te invade?
Donde todos se alegran al ver este divino
recinto, ¿tú aquí mismo vas a echarte a llorar?

CREÚSA

No es una indiscreción, extranjero, que muestres
extrañeza al notar cómo mi llanto brota.
Es que ante este santuario de Apolo me ha venido
el recuerdo a las mientes de algo que ocurrió antaño.
Yo estaba aquí y mi espíritu se hallaba en otra parte.
¡Desdichadas mujeres! ¡Divinas fechorías!
¿Pues qué? ¿A qué tribunal llevar nuestras querellas
si son los poderosos quienes tan mal nos tratan?

IÓN

¿Qué inexplicable pena, mujer, es la que sientes?

CREÚSA

Nada; mi arco dejé; desde ahora yo me callo
y tú ya no te vuelvas de ello a preocupar más.

IÓN

¿Quién eres? ¿De qué tierra vienes? ¿Dónde has nacido?
¿Qué nombre es necesario que nosotros te demos?

CREÚSA

Yo me llamo Creúsa, de Erecteo nací
y la ciudad de Atenas tengo por tierra patria.

IÓN

¡Oh, tú, que tan ilustre lugar y tan insignes
progenitores tienes, qué honor, mujer, el tuyo!

CREÚSA

Ésa es toda mi dicha, de ahí no paso, extranjero.

IÓN

¿Es cierto, por los dioses, según los hombres cuentan...

CREÚSA

¿Qué es, extranjero, aquello que de mí saber quieres?

IÓN

... que de la propia tierra tu abuelo procedía?

CREÚSA

Erictonio, sí, pero de nada ello me sirve.

IÓN

¿Y Atenea no fue quien le tomó del suelo?

CREÚSA

Con manos virginales, no habiéndole parido.

IÓN

¿Y se lo dio conforme vemos en las pinturas?

CREÚSA

Debían las Cecrópidas guardarlo, mas no verlo.

IÓN

Creo que ellas abrieron el arca de la diosa.

CREÚSA

Por eso ensangrentaron las piedras al caer.

IÓN

Bien.
¿Y esta otra cosa qué es? ¿La verdad o un infundio?

CREÚSA

¿Qué preguntas ahora? Porque no tengo prisa.

IÓN

¿Sacrificó Erecteo, tu padre, a tus hermanas?

CREÚSA

En pro de su país tuvo el valor de hacerlo.

IÓN

¿Y cómo fuiste la única de ellas que se salvó?

CREÚSA

Recién nacida estaba y en brazos de mi madre.

IÓN

¿Es verdad que a tu padre se lo tragó la tierra?

CREÚSA

Los golpes del tridente marino le mataron.

IÓN

¿Hay allí un sitio que las Rocas Largas llaman?

CREÚSA

¿Por qué me lo preguntas? ¡Qué recuerdos me traes!

IÓN

¿Es lugar que honre el dios y los pitios relámpagos?

CREÚSA

¡Honras que no son tales! ¡Jamás lo viera yo!

IÓN

Pero ¿por qué aborreces lo que más el dios ama?

CREÚSA

Nada, es que las vergüenzas conozco de sus antros.

IÓN

¿Te casaste, mujer, con algún ateniense?

CREÚSA

No ciudadano, sino venido de otra tierra.

IÓN

¿Quién? ¡Tenía que ser alguien de gran alcurnia!

CREÚSA

Juto, que era hijo de Éolo; y éste a su vez de Zeus.

IÓN

¿Y cómo un forastero tomó a tan noble esposa?

CREÚSA

Es Eubea un país que está cerca del Ática.

IÓN

Separada por líquidas fronteras, según cuentan.

CREÚSA

Él la asoló en empresa común con los Cecrópidas.

IÓN

¿Fue allá como aliado? ¿Por eso casó luego?

CREÚSA

Me ganó como dote con su lanza guerrera.

IÓN

¿Y has venido con él o tú sola al oráculo?

CREÚSA

Con él, pero en la cueva de Trofonio quedó.

IÓN

¿Para hacerle consultas o sólo para verla?

CREÚSA

Queriendo de él saber lo mismo que de Febo.

IÓN

¿En torno a las cosechas venís o por la prole?

CREÚSA

No la tenemos, y eso que hace tiempo casamos.

IÓN

¿No has parido jamás, sino que eres estéril?

Creúsa

Febo sabe muy bien lo de mi falta de hijos.

Ión

¡Pobre, que eso contrasta con tu prosperidad!

Creúsa

Y tú, ¿quién eres? ¡Qué feliz será tu madre!

Ión

Siervo del dios me llaman y tal soy, ¡oh, mujer!

Creúsa

¿Exvoto de algún pueblo? ¿Quizá alguien te vendió?

Ión

Sólo una cosa sé: dicen que soy de Loxias.

Creúsa

Entonces, extranjero, también de ti me apiado.

Ión

Sí, pues quién me parió no sé ni con qué esposo.

Creúsa

¿En este templo vives o dentro del recinto?

Ión

Todo es mi casa, el sitio donde me coge el sueño.

Creúsa

¿Eras niño cuando a él llegaste o ya muchacho?

Ión

Muy niño, según quienes parece que lo saben.

Creúsa

Pero ¿cuál de las Delfias te crió con su leche?

Ión

No he conocido pechos: la que me dio crianza…

CREÚSA
¿Quién fue, pobre de ti? Mi mal en otros hallo.

IÓN
A la sacerdotisa de Febo llamo madre.

CREÚSA
¿Y qué medios de vida te hicieron llegar a hombre?

IÓN
Me nutría el altar y algún que otro extranjero.

CREÚSA
¡Infeliz de tu madre! Pero ¿quién pudo ser?

IÓN
Quizá yo del pecado de una mujer nací.

CREÚSA
¿Y tienes patrimonio? ¡Porque vas bien vestido!

IÓN
Nadie me viste más que el dios de que soy siervo.

CREÚSA
¿Nunca en investigar tu linaje pensaste?

IÓN
Es que no tengo nada que como indicio sirva.

CREÚSA
¡Ay!
Otra madre lo mismo que la tuya sufrió.

IÓN
¿Quién? Pues me gustaría que a buscar me ayudase.

CREÚSA
Aquella por la cual vengo antes que mi esposo.

IÓN

¿En busca de qué cosa? ¡Te ayudaré, mujer!

CREÚSA

Queriendo que un oráculo secreto me dé Febo.

IÓN

Dime: nosotros de ello sin más nos ocupamos.

CREÚSA

Oye, pues, el relato; pero me da vergüenza.

IÓN

Entonces no harás nada: perezosa es la diosa.

CREÚSA

Una de mis amigas dice que fue de Febo.

IÓN

¿De Febo una mujer? ¡No sigas, extranjera!

CREÚSA

Y que dio al dios un niño sin saberlo su padre.

IÓN

No es eso: cubrir quiere su falta con un hombre.

CREÚSA

Ella lo niega; y muchos fueron sus sufrimientos.

IÓN

Pues ¿qué es lo que hizo luego, si a un dios se había unido?

CREÚSA

Sacó de casa al hijo que pariera y lo expuso.

IÓN

Y el niño expuesto, ¿dónde se encuentra? ¿Ve la luz?

CREÚSA

Nadie lo sabe y eso vengo yo a consultar.

IÓN

Y, si no vive ya, ¿de qué modo murió?

CREÚSA

Cree que al desdichado le mataron las fieras.

IÓN

¿Qué motivo a tener tal opinión la induce?

CREÚSA

Fue al paraje en que expuesto le dejó y ya no estaba. 350

IÓN

¿Y en el lugar no había ningún rastro de sangre?

CREÚSA

Dice que no; y, con todo, registró bien el sitio.

IÓN

¿Qué tiempo hace que el niño pereció de ese modo?

CREÚSA

La misma edad que tú tendría si viviera. 354

IÓN

¿Y no tuvo después ya ningún hijo más? 356

CREÚSA

El dios se portó mal; infeliz fue la madre. 355

IÓN

Pero ¿y qué si a escondidas Febo lo está criando? 357

CREÚSA

No hace bien en gozar de lo común él solo.

IÓN

¡Ay! Concuerda esta historia de veras con la mía.

CREÚSA

Veo que tú a tu pobre madre añoras también.

IÓN

¡Ay, no me traigas penas de que me olvidé ya!

CREÚSA

Me callo, mas consígueme lo que te estoy pidiendo.

IÓN

¿Sabes qué me preocupa sobre todo en tu caso?

CREÚSA

¿Qué podrá haber que a aquélla difícil no resulte?

IÓN

¿Cómo va a hablar el dios de lo que quiere oculto?

CREÚSA

Si se sienta en un trípode común a toda la Hélade...

IÓN

Le avergonzará el hecho; no le hagas confesar.

CREÚSA

Mayor vergüenza sufre la que padeció entonces.

IÓN

No hay nadie que tal cosa vaya a profetizarte.
Porque, convicto Febo de pecado en su propia
casa, a mal llevaría con razón que alguien diera
sobre ello algún consejo. Desiste, pues, mujer:
contra la voluntad del dios no hay quien consulte.
En efecto, seríamos los seres más estúpidos
si a los dioses quisiéramos forzar a que confiesen
lo secreto por medio de ovejas que ofrezcamos
al altar o del modo de volar de las aves.
Pues lo que consigamos contra el querer divino

también contra nosotros se volverá, mujer,
sin ayudarnos como los que nos den de grado.

CORIFEO

Muchos son los humanos azares y sus formas
entre sí muy distintas; difícil es que llegue
la vida de los hombres a felicidad alguna.

CREÚSA

Febo, antes como ahora fuiste injusto hacia aquella
que ausente estaba y cuyas palabras oyes hoy,
pues ni a tu hijo salvaste como debiste hacerlo
ni, siendo vate, informas a la madre que quiere
saber si ya no existe, para que tenga un túmulo,
o si vive y llegar puede aún a su presencia.
Pero, en fin, renunciar a ello debo si el dios
me prohíbe que aprenda lo que saber querría.
Mas observo, extranjero, que está aquí cerca Juto,
mi noble esposo, que ha dejado ya las salas
de Trofonio: ante ese hombre calla cuanto te he dicho
para que no me sirva de bochorno el estar
maquinando misterios y el asunto no marche
al modo en que lo estamos desarrollando ahora.
Es difícil el trato de varón y mujer,
porque, como las buenas se mezclan con las malas,
se nos odia: tal es nuestro innato infortunio.

Juto entra en escena por un lateral.

JUTO

Salve ante todo al dios y las primicias tenga
de mi saludo; y salve, mujer, también a ti.
¿Lo largo de mi ausencia te ha causado temor?

CREÚSA

No, pero a preocuparme llegaste. Dime ahora,
¿qué oráculo a Trofonio debes que nos permita
tener hijos mezclando mi simiente y la tuya?

JUTO

Al dios anticiparse no quiso en su respuesta,
pero una cosa al menos vaticina, que no
volveremos a casa ni tú ni yo sin hijos.

CREÚSA

¡Madre de Febo excelsa, que a buen final llegue-
[mos
y que también los tratos que con tu hijo tuvimos
en época anterior feliz éxito obtengan!

JUTO

Así será, mas ¿quién por el dios profetiza?

IÓN

A mí me incumbe sólo lo de fuera; son otros
los que dentro, extranjero, se sientan junto al trípo-
[de,
los más nobles de Delfos designados por suerte.

JUTO

Bien, ya sé todo aquello de que necesitaba.
Voy a entrar, pues me dicen que se ha hecho un sacrificio
común ante el santuario por los que hoy le consultan
y quiero en este día, que es propicio, tener
el consejo del dios. Y tú, mujer, con ramos
de laurel en la mano, suplica ante las aras
que cualquier vaticinio que en la casa de Apolo
yo consiga, esperanzas traiga de buena prole.

Entra en el templo.

CREÚSA

Así será sin duda; si Loxias reparar
quiere aun hoy sus augurios de antaño, no por ello
será del todo amigo mío, mas todo cuanto
quiera lo aceptaré, porque para eso es dios.

Sale de escena por un lateral.

IÓN

Hablando consigo mismo.

¿Qué son las enigmáticas palabras con que siempre
al dios ocultamente la extranjera reprocha?
¿Será amor hacia aquella para la cual consulta
o un hecho esconderá que silencio requiera?
Mas ¿qué tengo que ver con la hija de Erecteo?
Nada; voy a verter agua con esta jarra

áurea en las lustrales pilas. Pero censuras
dirigir debo a Febo por ciertas cosas que hace.
¿Toma a la fuerza vírgenes para luego dejarlas?
¿Hijos tiene en secreto que después no le importa
que se mueran? No lo hagas; si tienes el poder,
practica la virtud. Cuando algún hombre es malo,
le castigan los dioses. ¿Cómo, pues, va a ser justo
que vosotros, autores de las humanas leyes,
con todo las violéis? Y si —no va a ocurrir,
pero pongo por caso— tuvierais a los hombres
que dar cuenta de tales relaciones ilícitas,
tú y Posidón y Zeus, el que manda en el cielo,
vaciaríais los templos al pagar vuestras culpas.
Pues buscáis el placer sin cuidaros de nada
y en ello delinquís. Ya no es justo hablar mal
de los hombres que imitan vuestros pecados, sino
de aquellos que maestros sois de tales conductas.

Se retira.

CORO

¡A ti, la que sin ayuda
de Ilitía naciste,
a mi Atenea imploro,
la que el titán Prometeo
hizo nacer de lo alto
de la testa de Zeus! ¡Oh, Victoria excelsa,
ven a la casa pítica
volando de las olímpicas
salas a estas calles
donde el altar de Febo,
ombligo de la tierra,
cerca del trípode en torno al cual danzan,
rige los oráculos!
¡Tú y la nacida de Leto,
que dos diosas vírgenes sois,
de Febo insignes hermanas,
interceded, doncellas,
para que la antigua casa
de Erecteo en un límpido oráculo obtenga
duradera estirpe!

Pues es entre los mortales
inquebrantable base
de gran felicidad
ver que en el hogar paterno
brilla la joven flor
de la prole abundante que pueda el oro
recibir de los padres
para transmitirlo luego
a su propia raza.
Son apoyo en los males,
gozo en las bienandanzas
y con su lanza traen a la patria
la luz salvadora.
Yo antepongo a la opulencia
y a los salones palatinos
la crianza de nobles hijos.
Odio el vivir sin ellos
y censuro a quien lo quiera;
una vida modesta prefiero llevar,
mas con buena prole.

¡Oh, sede de Pan, que estás
junto a las cavernosas
Rocas Largas, donde
las tres hijas de Aglauro danzan
en las herbosas terrazas
delante de los templos de Palas!
Tañes tu flauta
con varia melodía;
llenan tus himnos, Pan,
el oscuro antro
en que una muchacha
que, infeliz, dio un niño a Febo,
lo expuso para que las aves
de él hicieran pasto y fuese
comida de fieras, ultraje a un amargo
amor. Nunca oí, cuando charlo al tejer,
que jamás haya sido existencia feliz
la del hijo de dios y mortal.

IÓN

Que ha entrado en escena por un lateral. Se dirige al coro.

¡Oh, sirvientes que en las gradas de este santuario
[esperáis,
donde se hacen las ofrendas, a que de él salga el señor!,
¿dejó Juto ya el sagrado trípode y oracular
o en el templo está inquiriendo sobre su posteridad?

CORIFEO

En el templo está, extranjero; no lo ha abandonado
[aún.
Mas quizá salga ahora mismo, que oigo una puerta
[sonar.
En efecto, puede verse que nuestro amo sale ya.

Juto sale del templo.

JUTO

¡Salud, hijo! ¡Qué adecuada, tal palabra para mí!

IÓN

La acepto, mas sé sensato para que hablemos tú y yo.

JUTO

Tendiendo los brazos a Ión.

Deja que bese tu mano; quiero tu cuerpo abrazar.

IÓN

Apartándose.

¿Estás cuerdo, forastero? ¿Te ha enloquecido algún
[dios?

JUTO

¿Es loco el que halló lo que ama y así lo quiere
[besar?

IÓN

Tente, no vaya las ínfulas del dios tu mano a romper.

JUTO

No te ataco, mas te toco, porque lo amado encontré.

IÓN

Amenazándole con el arco.

¿No te irás antes que un dardo vaya a herirte en el
[pulmón?

JUTO

¿Por qué me huyes? Conociendo que también tu ami-
[go soy...

IÓN

Seas loco o bruto, no tengo por qué meterte en razón.

JUTO

¡Hiere o quema, que, si lo haces, a tu padre matarás!

IÓN

¿De dónde eres tú mi padre? ¿No es risible tal oír?

JUTO

No; unas palabras seguidas lo mío te han de explicar.

IÓN

Pues bien, ¿qué es ello?

JUTO

Que soy tu padre y mi hijo
[eres tú.

IÓN

¿Quién lo dice?

JUTO

Loxias, que es quien para mí te crió.

IÓN

Tú sólo lo afirmas.

JUTO

Sí, y el oráculo del dios.

IÓN

No has entendido el enigma.

JUTO

¿Será que yo no oigo
[bien?

IÓN

¿Cuál fue la frase de Febo?

JUTO

Que el que me encontra-
[ra aquí...

IÓN

¿Cómo?

JUTO

... cuando yo saliera del santuario del
[dios...

IÓN

¿Cuál sería su destino?

JUTO

... nacido habría de mí.

IÓN

¿Es un regalo que te hace?

JUTO

No, sino mi hijo eres tú.

IÓN

¿Soy la primera persona con que te encontraste?

JUTO

Sí.

IÓN

¿De dónde viene esa historia?

JUTO

Te sorprendes como yo.

IÓN

Bien, ¿de qué madre procedo?

JUTO

No te lo puedo expli-
[car.

IÓN

¿No lo dijo Febo?

JUTO

Con el gozo no pregunté.

IÓN

¿Salí acaso de la tierra?

JUTO

No suele hijos engendrar.

IÓN

Pues ¿cómo voy a ser tuyo?

JUTO

No sé: me remito al dios.

IÓN

Bien, hablemos de otra cosa.

JUTO

Sí, hijo mío, eso es me-
[jor.

IÓN

¿Tuviste amores bastardos?

JUTO

¡Locuras de juventud!

IÓN

¿Antes de tu matrimonio?

JUTO

Sí, nunca ya después de él.

IÓN

¿Pudiste engendrarme entonces?

JUTO

El tiempo coincide, sí.

IÓN

Pero ¿cómo aquí venir pude?

JUTO

Tal ignoro yo.

IÓN

¿Por un camino tan largo?

JUTO

También me confunde a mí.

IÓN

¿Antes a Delfos viniste?

JUTO

Sí, al báquico festival.

IÓN

¿Vivías con algún próxeno?

JUTO

Que con las mozas de aquí...

IÓN

¿Te unió a algún tiaso o qué dices?

JUTO

Sí, de unas Ménades, sí.

IÓN

¿Y estabas borracho o sobrio?

JUTO

Baco me daba placer.

IÓN

Ahí es donde fui engendrado.

JUTO

Tu sino, hijo, lo tramó.

IÓN

Mas ¿cómo al templo llegué?

JUTO

Te expuso aquí ella
[quizá.

IÓN

Dejo entonces de ser siervo.

JUTO

Recibe a tu padre, pues.

IÓN

No se puede desconfiar del dios.

JUTO

Ahora piensas bien.

IÓN

¿Y qué otra cosa queremos...?

JUTO

Ya ves lo que debes
[ver.

IÓN

¿... sino ser hijo de un hijo de Zeus?

JUTO

Tal te ocurre a
[ti.

IÓN

¿Abrazo al que me engendró?

JUTO

Dando al dios en ello
[fe.

IÓN

¡Salud, padre!

JUTO

¡Voz amada la que me está hablando
[así!

IÓN

El día que contemplamos...

JUTO

A mí feliz me ha hecho ya.

IÓN

¡Oh, querida madre mía! ¿Cuándo tu cuerpo veré?
Más que nunca estoy ansioso de saber quién eres tú.
¡Quizá hayas muerto y ya nada nos sea posible hacer!

CORIFEO

Comunes nos resultan los goces de los dueños,
pero me gustaría que consiguiese prole
mi señora y la casa de Erecteo con ella.

JUTO

Hijo, bien lo ha hecho el dios queriendo que te encuentre,
pues no sólo te ha unido conmigo, sino que
hallas lo más amado, tú que antes lo ignorabas.
Pero de lo que ansías también yo estoy deseoso,
hijo, de que des con tu madre y yo descubra
a aquella de la cual naciste para mí.
Si damos tiempo al tiempo quizá a ello llegaríamos;
deja ante todo el templo del dios y esta tu vida
vagabunda y de acuerdo con tu padre ve a Atenas
donde su feliz cetro te espera y su abundante
riqueza y no tendrás que sufrir doblemente
cuando te echen en cara pobreza y bajo origen,
sino de ti dirán que eres ya noble y rico.
¿Te callas? ¿Por qué pones tus ojos en el suelo
y preocupado estás después de tan gran gozo,
a tu padre inquietud causando con tal cambio?

IÓN

Las cosas no presentan el mismo aspecto vistas
de lejos o de cerca. Yo alegremente acojo
esta vicisitud por la que encuentro un padre,
pero escúchame ahora lo que sobre ello opino.
Dicen que en las ilustres y autóctonas Atenas

no son advenedizos los linajes; y allí
voy a caer llevando dos desgracias conmigo,
ser hijo de extranjero y además un bastardo.
Sufriendo esa ignominia me hallaré en desventaja
y si hacia las primeras filas de la ciudad
acudo por ser alguien, me odiarán los inútiles,
porque a todos molestan los que pueden más que ellos.
Cuantos, siendo decentes e influyentes, se callan
por prudencia y no corren a los asuntos públicos,
se reirán de mí considerando necio
a quien no se está quieto cuando la inquietud reina;
y, si obtengo un honor, los que más se opondrán
con sus votos a mí serán los que intervienen
en política y hablan; pues ello suele, padre,
suceder, que los dueños de ciudades y cargos
son los más enemigos de sus competidores.
Y si llego a un hogar ajeno siendo intruso
para en él encontrar a una mujer sin hijos
que, habiendo compartido tus cuitas, llevará
a mal el quedar sola de tal goce excluida,
¿no va a ser natural que me mire con odio
la esposa estéril cuando vea con amargura
que estoy contigo y me amas, de modo que o me pierdas
por complacerla o bien, si prefieres honrarme,
resulte que con ello tu casa echas abajo?
¡Cuántos asesinatos de maridos con drogas
letales han sabido tramar muchas mujeres!
Pero es que además, padre, me apiado de la tuya,
que sin hijos va haciéndose vieja y que no merece,
por ser de origen noble, tal esterilidad.
Y, aunque sea agradable la faz de la realeza,
que tanto se celebra, los palacios son tristes.
¿Quién bienaventurado puede ser o dichoso
si tiene miedo y pasa la existencia mirando
de reojo? Prefiero la vida de un feliz
ciudadano a la de un tirano, a quien conviene
tener a los malvados por amigos y que odia
al bueno por temor a ser víctima de él.
Pero ¿dirás que el oro lo compensa y que es grato
ser rico? No el andar acechando los ruidos
ni sufrir mil fatigas por guardar los tesoros:

vale más un pasar mediano sin disgustos.
Y ahora escúchame, padre, lo bueno que aquí tengo:
antes que nada el ocio, lo que más ama el hombre,
y pocas desazones; jamás ningún malvado
me aparta del camino, lo cual no es tolerable,
el tener que ceder el paso al que es peor.
Y en el culto del dios o el trato con los hombres,
siempre estaba con gentes alegres, no llorosas.
Despedía a unos huéspedes, llegaban otros luego
y era para mí un gusto ver siempre caras nuevas.
Y lo que todos buscan aun a regañadientes,
el ser justo, la ley a mi índole se unía
para dárselo al dios. Meditando en todo esto,
creo, padre, que estoy mejor aquí que allí.
Déjame que me quede; lo mismo se disfruta
con un gran patrimonio que con modestos medios.

CORIFEO

Tienes razón si aquellos a los que quiero yo
dichosos van a ser conforme a eso que dices.

JUTO

Cesa en tales razones y aprende a ser feliz:
quiero, hijo, que, en el mismo lugar en que te he hallado,
a la mesa conmigo por primera vez comas
y el sacrificio hagamos que cuando tú naciste
se omitió. A mi hogar, pues, te llevo como un huésped
y te deleitaré con un banquete; y luego
vendrás conmigo a Atenas como el que a verla va,
mas no como hijo mío: no quiero que mi dicha
entristezca a mi esposa que se encuentra sin ellos.
Después ya buscaré la ocasión de lograr
que acceda a que tú heredes el cetro de mi tierra.
Y ahora te llamo Ión, y es el nombre parejo
con tu hado, que el primero fuiste que hacia mí vino
cuando salí del templo. Convoca, pues, en masa
a tus amigos todos antes de dejar Delfos
por que nos acompañen en fiesta y hecatombe.

Dirigiéndose al coro.

Y a vosotras, sirvientes, os prohíbo que nada digáis a la señora bajo pena de muerte.

IÓN

Iré, pero una cosa me falta en mi fortuna: si no hallo, padre, a aquella que me parió, mi vida no será tal; y, si es lícito hacer un voto, ojalá sea ateniense mi madre y gracias a ella pueda hablar libremente. Porque, si un extranjero se incorpora a un país que se conserve puro, aun siendo ciudadano por ley, tendrá la boca esclava y no capaz de decir cuanto quiera.

Se retiran Ión y Juto por un lateral.

CORO

Preveo llantos y clamores
luctuosos y gemidos que se eleven
cuando sepa la reina que su esposo
tiene descendencia
mientras ella es estéril y se queda sin hijos.
¿Qué profecía nos diste, oh, vate
nacido de Leto?
¿De dónde sale el mozo, en tu recinto
criado, qué mujer le habrá parido?
No me agrada el vaticinio, quizá oculte ardides.
Temo algún desastre,
¿por dónde va a salir?
Un extraño mandato me da extrañamente,
que calle sobre esto.
Hay trampa y peligro
en el hijo de otra madre:
¿quién no convendrá conmigo?

Amigas, ¿tal vez a la dueña
debemos claramente denunciar
al esposo en que toda su esperanza
la pobre ponía?
Ya todo se le ha hundido mientras él es feliz.
A ella la espera la vejez cana
y él la está humillando.
¡Miserable, que vino como intruso

y su alma no igualó con su fortuna!
¡Muera, muera aquel que a mi ama perdió con engaños!
¡Que éxito no tenga
cuando ofrende a los dioses
una torta en sus aras! Ya se enterará
de cuán grande amiga
soy para mi reina.
¡Curioso será el festín
que el reencuentro celebre!

¡Gargantas rocosas del Parnaso,
con vuestros barrancos y la aérea sede
en que Baco su antorcha blandiendo saltar suele
impetuoso con las noctívagas Bacantes!
Que a mi ciudad nunca venga el mozo:
la joven vida pierda con su muerte.
¡Bien la ciudad haría lamentando tan
foránea incursión!
¡Ya bastó aquella que rechazó nuestro
rey Erecteo!

Entra en escena Creúsa sosteniendo a un viejo esclavo. Ambos caminan dificultosamente.

CREÚSA

Anciano, tú que en tiempos el pedagogo fuiste
de casa de Erecteo, cuando él vivía aún,
anímate a subir hasta el divino oráculo
por que conmigo goces si el soberano Loxias
sobre futuros hijos algo me profetiza;
pues grato es ser feliz junto con los amigos
y, si algún mal ocurre, que ojalá no suceda,
también gusta mirar un amistoso rostro.
Y yo, aunque el ama sea, te cuido igual que a un padre
como hiciste también antaño con el mío.

ANCIANO

Conservas, hija, un alma digna de la de aquellos
que te dieron el ser y a los que no avergüenzas.
Tira, tira de mí, súbeme hasta el santuario;
en alto los oráculos suelen estar; ayuda
a mis miembros y sé de mi vejez remedio.

CREÚSA

Sigue, pues, pero mira dónde llevas tus pasos.

ANCIANO

Ya está;
aunque el pie lento sea, mi alma despierta está.

CREÚSA

Apoya con el báculo tu marcha vacilante.

ANCIANO

Pero, si veo poco, más ciego está el bastón.

CREÚSA

Bien dicho, pero no cedas a tu fatiga.

ANCIANO

No cederé de grado, mas lo que falta falta.

CREÚSA

Al coro.

Mujeres, fieles siervas que atendéis mi telar
y lanzadera, ¿cómo salió a mi esposo el caso
de los hijos, asunto que aquí nos ha traído?
Indicadme; si es bueno lo que participéis,
no será ingrata el ama que tal favor reciba.

CORIFEO

¡Oh, destino!

ANCIANO

¡No me anima el proemio que a tus palabras pones!

CORIFEO

¡Desdichada!

ANCIANO

¿Me afligirá el oráculo que reciben mis dueños?

CORIFEO

¡Ay! ¿Qué vamos a hacer, si en juego está la vida?

Creúsa

¿Qué tono es ése? ¿Acerca de qué sentís temor?

Corifeo

¿Hablamos o callamos? ¿Qué debemos hacer?

Creúsa

Di: alguna cosa sabes funesta para mí.

Corifeo

Lo diré aunque dos veces deba morir por ello.
Señora, no podrás nunca tener en brazos
un hijo ni a tu pecho lo acercarás jamás.

Creúsa

¡Ay, morir quiero!

Anciano

¡Pero hija!

Creúsa

¡Desgracia
me trae mi suerte, que insoportable es la pena
que recibo, amigas!
¡Perdida estoy!

Anciano

¡Niña!

Creúsa

¡Ay, ay de mí!
¡Un dolor agudo golpeó mis entrañas,
penetró en ellas!

Anciano

Aún no gimas...

Creúsa

¡Pero hay tanto que lamentar!

Anciano

Sepamos antes...

Creúsa

¿Qué más cosas tendré que sa-
[ber?

Anciano

Si el dueño participa también en tu infortunio
con las mismas congojas o sola tú padeces.

CORIFEO

No, a aquél Loxias un niño le dio, anciano, y así
puede privadamente ser feliz sin su esposa.

CREÚSA

¡Eso es ya el más terrible, grave dolor
que gemir me hará!

ANCIANO

¿Y el niño que tú dices debe nacer de alguna
mujer o el vaticinio concierne a alguien que vive?

CORIFEO

Un muchacho crecido, ya un hombre hecho y derecho
le ha dado Loxias: yo presente me hallé en todo.

CREÚSA

¿Qué dices? Ésta es ya nueva indecible:
¡Cuentas lo inaudito!

ANCIANO

También lo es para mí, pero ¿cómo el oráculo
se cumplió? Claramente dime quién es el hijo.

CORIFEO

Como tal diole el dios a aquel a quien tu esposo
viera el primero cuando saliese del santuario.

CREÚSA

¿Y a mí por lo visto una vida sin hijos, ay, me destina,
sin hijos? ¿Solitaria viviré en casa,
abandonada?

ANCIANO

¿Y a quién vaticinaba? ¿Quién se mostró al esposo
de esta cuitada? ¿Cómo, dónde le llegó a ver?

CORIFEO

¿Te acuerdas, dueña amada, del mozo que este templo
barría? Pues ése es el hijo de que hablaba.

CREÚSA

¡Si yo al éter húmedo, tras los vespertinos
astros volara, bien lejos de Grecia!
¡Tan grande, amigas, es esta aflicción!

ANCIANO

¿Y qué nombre le ha dado su padre? ¿Lo conoces
u oculto permanece? ¿Tal vez carece aún de él?

CORIFEO

Ión, porque del padre salió al paso el primero.

ANCIANO

Y su madre ¿quién es?

CORIFEO

Tal no puedo decirte.
Pero, para que sepas todo lo mío, anciano,
se marchó a espaldas de ésta su esposo con el nuevo
hijo a las tiendas sacras para hacer las ofrendas
que la hospitalidad y el parentesco imponen.

ANCIANO

Nos traicionó tu esposo, señora —pues también
yo padezco—; el ultraje maquinó y nos arroja
del hogar de Erecteo. No digo esto por odio
a tu marido, sino porque te amo a ti más
que a éste, que, tras llegar como intruso a tu casa
y ciudad y como esposa tomarte y recibir
tu patrimonio, ahora resulta que a escondidas
estaba hijos teniendo con otra. Y a explicarte
voy por qué digo que eran secretas sus andanzas.
Pues, cuando se dio cuenta de que tú eras estéril,
no se resignó a ser de tal suerte partícipe,
mas yació en clandestino lecho servil y allí
tuvo un hijo que a alguno de los Delfos dio luego
para que lo criaran y que oculto vivió
y consagrado al dios en su recinto; y cuando
calculó que era un mozo, te persuadió a venir
para que consultaras sobre la falta de hijos.
Pero no mintió Febo, sino él, que ya venía

criándole de antiguo y armando ardides tales;
si se le descubría, la culpa del dios era,
y si no, prevenirse quería contra el tiempo
y con la tiranía del país investirle.
Y, en cuanto al nuevo nombre, lo forjó de improviso:
Ión, sí, claro está, pues le encontró al salir.

CORIFEO

¡Ay, cuánto ha sido siempre mi odio hacia los malvados
que injusticias maquinan y luego con argucias
las adornan! Mejor es tener un amigo
mediocre, pero honesto, que perverso y astuto.

ANCIANO

Y además sufrirás el peor de los males,
el tener en tu hogar como señor a un hombre
anónimo, sin madre, tal vez hijo de esclava.
Menos grave sería que tu esterilidad
él hubiera alegado para lograr tu asenso
y al hijo de una noble mujer meter en casa:
y, si a esto te negabas por demasiado amargo,
a bodas con las de Éolo debió haber recurrido.
Tienes, pues, que acudir a una acción femenina
y dar muerte a tu esposo y a su hijo con la espada
o de manera pérfida, quizá con drogas, antes
de que te maten ellos; y, si no, estás perdida:
cuando dos enemigos conviven bajo un techo,
si el uno no padece será el otro quien sufra.
Yo también ayudarte quiero: mataré al mozo,
en la tienda metiéndome donde el festín prepara,
y, si no he de ver más el sol, pagaré así
el sustento a mis amos que he recibido de ellos.
Lo único que a los siervos humilla es ese nombre:
en cuanto a lo demás, el esclavo que honrado
sea, en nada resulta peor que el hombre libre.

CORIFEO

También yo, dueña amada, quiero o vivir con honra
o morir de esta empresa copartícipe siendo.

CREÚSA

Alma, ¿cómo he de callar?
Pero ¿cómo mostrar yo podré
mis amores perdiendo el pudor?
Ahora bien, ¿qué es lo que ello me vaya a impedir?
¿De quién en virtud debo ser la rival?
¿Tal vez del esposo que a mí fue traidor?
Carezco de casa, no tengo hijos ya,
se fue la esperanza, no pude lograr
un feliz desenlace aunque tanto callé
mi pecado de amor,
mi parto en que tanto lloré.
Pues no, por la sede estrellada de Zeus,
por la diosa que reina en mis peñas de allá
y la orilla del lago Tritónide, que
está junto al mar,
nunca más pienso yo aquel abrazo ocultar;
mi pecho aliviado mejor se hallará.
De mis ojos las lágrimas siento brotar;
sufre mi alma que todos trataron tan mal,
no sólo los hombres, los dioses también,
a los que he de acusar
de ingrata traición al amor.
A ti, que en la lira heptacorde vibrar
haces los rústicos cuernos que ya
no tienen vida al compás
de las Musas y su himno de dulce sonar,
hijo de Leto, a la luz
de este día te vengo a acusar.
Con tu áurea melena hacia mí
viniste; cogiendo iba yo
en mi enfaldo la flor de azafrán
que del oro el reflejo nos da.
De las blancas muñecas me asió
tu mano y llevóme a yacer
en la cueva; aunque yo «¡Madre mía!» grité,
fuiste dios y esposo,
sin recato hiciste
lo que agrada a Cipris.
Y, ¡ay, cuitada!, yo un niño di a luz
que, por miedo a mi madre, dejé

en el mismo lugar en el cual,
¡oh, mísera, triste de mí!,
me abrazaste en erótica unión.
Y ahora ya ha muerto, ¡ay, ay, ay!,
pasto de aves sin duda ya fue
nuestro hijo, infeliz.
¡Y tú tañes la lira
cantando peanes!
Hijo
de Leto, invócote,
que en trono de oro
reinas en medio
de la tierra y oráculos dictas desde él.
¡Llegue a tu oído esta voz!
¡Mal amante, que un hijo al hogar
de mi esposo otorgaste a pesar
de que no te obligó
nada a hacerle un favor!
Y el hijo que oculto tuvimos los dos
de las aves de presa alimento ya fue,
los pañales maternos muy poco gozó.
Te odia Delfos y te odia igualmente el laurel
que vecino a la palma frondosa nació,
en el sacro lugar en que vida te dio
Leto por obra de Zeus.

CORIFEO

¡Ay, qué ingente tesoro de males se nos abre,
desdicha ante la cual no hay quien llorar no deba!

ANCIANO

Hija, sólo al mirar tu rostro ya me apiado,
pero hay cosas en esto que de razón me privan.
Apenas la galerna de tus penas mi espíritu
había capeado cuando mi popa ataca
otra ola en tus palabras, que me hacen olvidar
el antiguo desastre y en otro me introducen.
¿Qué dices? ¿Qué reproche puedes hacer a Loxias?
¿Qué parto es ese tuyo? ¿Dónde dieron al niño
sepultura las fieras? Vuélvelo a repetir.

CREÚSA
Aunque me da vergüenza te lo contaré, anciano.

ANCIANO
Sí, que sé noblemente llorar por los amigos.

CREÚSA
Pues bien, oye: ¿la cueva conoces que está al norte de las rocas cecropias que las Largas llamamos?

ANCIANO
Cerca del santuario de Pan y de las aras.

CREÚSA
Allí en duro certamen tuve que combatir.

ANCIANO
¿Cómo? Ya hay en mis ojos llanto ante esas palabras.

CREÚSA
Contraje sin querer tristes nupcias con Febo.

ANCIANO
¿Era, pues, eso mismo lo que yo, hija, supuse?

CREÚSA
No sé, pero, si aciertas, no te lo negaré.

ANCIANO
¿Que a hurtadillas te hacía gemir un mal secreto?

CREÚSA
Un achaque que ahora confieso abiertamente.

ANCIANO
¿Cómo esconder lograste tus bodas con Apolo?

CREÚSA
Di a luz; tendrás, anciano, que resignarte a oírlo.

ANCIANO
¿Dónde? ¿Quién te asistió? ¿Lo afrontaste tú sola?

CREÚSA
Sola, en la misma gruta que vio nuestros amores.

ANCIANO
Y el niño ¿dónde está? ¡Ya no eres, pues, estéril!

CREÚSA
Murió, anciano; a merced de las fieras fue expuesto.

ANCIANO
¿Mas no te ayudó Apolo? ¿Tan malo fue contigo?

CREÚSA
No me ayudó y es Hades quien ahora le cría.

ANCIANO
¿Y quién le expuso? ¡Pienso que no serías tú!

CREÚSA
Yo a oscuras, y mi peplo le sirvió de pañal.

ANCIANO
¿Pero no supo nadie que al niño abandonabas?

CREÚSA
Mis desgracias tan sólo y el secreto en que obré.

ANCIANO
¿Y cómo en la caverna dejar a tu hijo osaste?

CREÚSA
¿Cómo? Muchos lamentos lanzando de mi boca.

ANCIANO
¡Ay!
¡Qué dureza la tuya, y aún más la del dios!

CREÚSA
¡Si hubieras visto cómo me tendía las manos!

ANCIANO
¿Buscando el pecho o bien que en brazos le tomases?

CREÚSA
El lugar del que yo sin razón le apartaba.

ANCIANO
¿A qué vino la idea de rechazar al niño?

CREÚSA
Pensé que, por ser su hijo, le salvaría el dios.

ANCIANO
¡Ay, qué grande tormenta la de tu dicha en casa!

CREÚSA
¿Por qué, anciano, te tapas la cabeza llorando?

ANCIANO
Veo los infortunios tuyos y de tu padre.

CREÚSA
Tal es lo mortal: nada sin mudanza sucede.

ANCIANO
No continuemos, pues, lamentándonos, hija.

CREÚSA
Pero ¿qué haré? Las penas hacen que una vacile.

ANCIANO
Ante todo vengarte del dios que te ofendió.

CREÚSA
¿Y cómo, siendo humana, venceré al que es más fuerte?

ANCIANO
Prende fuego al augusto santuario de Loxias.

CREÚSA
Me da miedo: bastantes tribulaciones tengo.

ANCIANO
Pues lo posible emprende, que es matar a tu esposo.

CREÚSA
Pero su amor respeto del tiempo en que me quiso.

ANCIANO
Entonces por lo menos al mozo que te ataca.

CREÚSA
¿Cómo? ¡Ojalá pudiera! ¡De veras lo querría!

ANCIANO
Haz que porten espada todos los que te siguen.

CREÚSA
Vamos, pero ¿en qué punto deberá ello ocurrir?

ANCIANO
En las tiendas sagradas, donde ahora da el banquete.

CREÚSA
Famosa es esa hazaña, débiles los esclavos.

ANCIANO
¡Ay, te ablandas! Pues bueno, discurre algo tú misma.

CREÚSA
Hay algo en que se alía la astucia con la fuerza.

ANCIANO
Pues bien, a ambas virtudes con gusto serviré.

CREÚSA
¿Recuerdas la batalla que dieron los terrígenas?

ANCIANO
Sí, fue en Flegra y lucharon dioses contra Gigantes.

CREÚSA

Allí a Gorgón, terrible monstruo, parió la Tierra.

ANCIANO

¿Como aliada de ellos y plaga de los dioses? 990

CREÚSA

Sí, pero la mató Palas, hija de Zeus. 991

ANCIANO

¿Es acaso ése el mito que siempre oigo contar? 994

CREÚSA

Atenea en su pecho lleva la piel de aquélla. 995

ANCIANO

¿Lo que la égida llaman, con que se armó la
[diosa? 996

CREÚSA

Tal nombre recibió porque saltó a la luz. 997

ANCIANO

¿Qué aspecto la salvaje figura revestía? 992

CREÚSA

Una coraza armada de sinuosas serpientes. 993

ANCIANO

¿Qué daño puede hacer eso a tus enemigos? 998

CREÚSA

¿Recuerdas a Erictonio? ¡No lo has de recordar!

ANCIANO

¿Aquel tu antepasado surgido de la tierra? 1000

CREÚSA

A ésta, cuando acababa de nacer, Palas dio...

ANCIANO

¿Qué cosa? Me lo narras con muy largo rodeo.

CREÚSA

Dos gotas de la sangre que la Gorgón vertiera. 1003

ANCIANO

¿Y cómo en torno al cuerpo del niño las fijó? 1006

CREÚSA

Con una áurea cadena que él transmitió a mi padre.

ANCIANO

¿Es que, al morir aquél, vinieron a ser tuyas?

CREÚSA

Sí, y en un brazalete las llevo en la muñeca.

ANCIANO

¿Qué virtud tiene el doble regalo de la diosa? 1010

CREÚSA

La sangre que goteó desde la vena cava.

ANCIANO

¿Cuáles son sus efectos? ¿Qué cualidad posee?

CREÚSA

Libera de los males, alimenta la vida.

ANCIANO

¿Y qué hace la segunda gota de las que dices?

CREÚSA

Mata, porque es veneno de las gorgóneas sierpes. 1015

ANCIANO

¿Tú las llevas mezcladas o cada cual aparte?

CREÚSA

Aparte: no se mezcla lo malo con lo bueno.

ANCIANO

Tienes, hija amadísima, todo lo que requieres.

CREÚSA

Así morirá el mozo: tú serás quien le mate.

ANCIANO

¿Dónde? ¿Cómo? Habla tú, que yo ejecutaré.

CREÚSA

En Atenas, tan pronto como entre él en palacio.

ANCIANO

No está bien lo que piensas: también tú me objetabas.

CREÚSA

¿Cómo? ¿Rechazas esto que a mí se me ha ocurrido?

ANCIANO

La culpa te echarán aunque autora no seas.

CREÚSA

Sí, dicen que al hijastro la madrastra odia siempre.

ANCIANO

Mátale, pues, aquí y así negar podrás.

CREÚSA

Con eso el placer de ello también se me anticipa.

ANCIANO

Y engañas al marido que engañarte pretende.

CREÚSA

¿Sabes qué cosa debes hacer? Toma esta joya
áurea que Atenea fabricó antaño y ve
adonde a mis espaldas mi esposo sacrifica
bueyes; y cuando al fin de la cena se apresten
a verter libaciones a los dioses, escancia
en la copa del mozo de lo que habrás tenido
escondido en tu peplo; pero a él solo, no a todos,
reservando la pócima para quien mandar quiere
en mi casa. Y en cuanto la ingiera, morirá
aquí sin ver ya nunca las gloriosas Atenas.

ANCIANO

Ahora ve a descansar en casa de los próxenos;
yo realizaré aquello que se me manda que haga.
Y tú, mi viejo pie, recobra en tu actuación
aquella juventud que tu edad ya te niega.
Avanza con los dueños contra este su enemigo
y mátale con ellos limpiando así su casa.
Es bonito que el hombre feliz la piedad estime,
mas, si uno quiere hacer mal a sus adversarios,
no existe ley alguna que a ello pueda oponerse.

Creúsa y el anciano salen por un lateral.

CORO

¡Diosa del trivio, que riges los asaltos
nocturnos, nacida de Deméter,
manda en pleno día la muerte,
con esta copa repleta
de sangre del degüello
de aquella Gorgo que parió Tierra,
al hombre a quien la envía mi señora,
al que quiere en la casa
penetrar de Erecteo!
¡Nunca otra familia
en nuestra ciudad reine
excepto los nobles Erectidas!

Mas, si falla esa muerte y los planes de mi dueña
y se va la ocasión para obrar del modo
que ahora esperanzas nos daba,
con una aguzada espada
o cuerda atada al cuello
cambiará unos dolores por otros
pasando a una existencia diferente.
Nunca en vida, ella que
nació de ilustre hogar,
verá con la clara
mirada de sus ojos
cómo un intruso reina en su casa.

Siento rubor ante el dios
al que tanto los himnos celebran, si las teas

va a ver brillar este peregrino
junto a Calícoro en la vigilia del veinte,
cuando en el éter danzan
los astros de Zeus y baila
la luna y las cincuenta
Nereides, que en el mar
y en los ríos de eterno fluir
con coros a la Doncella
de la áurea guirnalda
honran y a su excelsa madre.
¡Allí es donde espera
reinar sobre lo que otros
consiguieron con fatiga
ese holgazán febeo!

Ved cuantos con procaz musa
canciones cantáis de mi lecho o mis amores
llenos de impía, ilícita Cipris,
ved cómo superamos en piedad al viril
sexo que contra toda
ley su semilla derrama.
Ataque la poética
palinodia al varón
y muestre su vicio infamante.
Ingrato resulta el hijo
de los de Zeus, que en casa
con su esposa no comparte
la prole engendrada
y, gozándose en otra
Afrodita, para sí
tuvo un hijo bastardo.

Entra en escena un sirviente de Creúsa. Se dirige al coro.

SIRVIENTE

¿Dónde encontrar, mujeres, a mi noble señora, a la hija de Erecteo, podría yo? Me he hartado de buscarla por toda la ciudad y no la encuentro.

CORIFEO

¿Qué ocurre, compañero de servicio? ¿Por qué tal prisa en acudir y qué noticias traes?

SIRVIENTE

Nos persiguen; la buscan dos magistrados de este
país y es su intención que muera lapidada.

CORIFEO

¡Ay! ¿Qué vas a decir? ¿Nos habrán descubierto
en nuestro oculto plan para matar al mozo?

SIRVIENTE

Aciertas; no serás en morir la postrera.

CORIFEO

¿De qué modo a la luz salió el manejo oculto?

SIRVIENTE

El dios, que no quería ser manchado, logró
que el inicuo designio cediera a la justicia.

CORIFEO

¿Cómo? Cual suplicante te ruego que me cuentes.
Pues, ya morir debamos o ver la luz del sol,
más tranquilos lo haríamos sabiendo lo que ocurre.

SIRVIENTE

Una vez que el esposo de Creúsa y su nuevo
hijo hubieron salido del oráculo sacro
hacia el convite y ritos divinos que aprestara,
Juto marchó al lugar en que saltan los fuegos
báquicos a regar con sangre las dos rocas
de Dioniso con gracias por su hallazgo dichoso
y dijo: «Aquí, hijo mío, quédate y que preparen
una tienda simétrica los obreros; y, si hay
en mi ofrenda a los dioses familiares demora,
aplíquense al festín los amigos presentes.»
Cogió, pues, los terneros y se fue. Y el muchacho
con jalones marcó píamente el contorno
de la tienda, que aún no tenía paredes,
guardándose muy bien del sol del mediodía
y de aquel que al final de su carrera luce.
Contó en ángulos rectos un pletro a cada lado
para que la medida central de diez mil pies

fuera, como los sabios dicen, porque quería
a todos los de Delfos a la fiesta invitar.
Y luego dio a la tienda sombra con los sagrados,
admirables tapices que tomó del tesoro.
Ante todo en el techo los paños desplegó
que al dios antaño Heracles, hijo de Zeus, donara
como botín ganado contra las Amazonas.
En su trama pintábanse las siguientes figuras:
el Cielo, que en el éter los astros congregaba;
Helio arreando a los potros hacia sus rayos últimos
y arrastrando tras sí la clara luz del Héspero;
Noche, con negro peplo, conduciendo a sus dos
caballos y seguida por cortejo de estrellas;
la Pléyade avanzando por en medio del éter
con Orión, que su espada portaba, y, más arriba,
la Osa, que hacia el dorado polo vuelve su cola.
El círculo repleto de la luna, que parte
en dos el mes, destellos lanzaba con las Híades,
la más clara señal para los marineros,
y la Aurora luciente perseguía a los astros.
Y cubrió las paredes con otras telas bárbaras,
naves de buenos remos luchando con las griegas,
seres con cuerpos mixtos de hombre y fiera y ecuestres
cacerías de ciervos o leones salvajes.
Cécrope, allí a la entrada, con su cuerpo sinuoso,
al lado de sus hijas, era ofrenda de algún
ateniense; y, en medio de la sala, unas ánforas
áureas colocó. Y un heraldo, poniéndose
de puntillas, gritó que todo el de los Delfos
que quisiera al festín ir podía; y llenóse
la tienda y, coronados, de aquellos abundantes
manjares disfrutaban. Saciado su apetito,
salió un anciano al centro de la sala y allí
se estuvo y mucha risa causó a los comensales
con su oficioso celo; servía con las jarras
agua para las manos, hacía gotear
la mirra, administraba la bebida en las copas
sin que nadie le hubiera tal labor encargado.
Y, llegado el momento de las flautas y el ánfora
común, exclamó el viejo: «Retirar es preciso
estas copas pequeñas de vino y traer las grandes

para que más de prisa se alegren los espíritus.»
En llevar afanábanse las copas de oro y plata;
y él eligió una de ellas y, como si quisiese
a su nuevo señor rendir un homenaje,
llena se la ofreció tras poner en el vino
una droga eficaz que dicen que le dio
el ama para hacer que su hijastro muriera.
Ello nadie lo vio, mas, cuando con los otros
en su mano tenía la copa el descubierto
como hijo, un siervo voces de mal agüero usó.
Él, criado en el templo con insignes augures,
reconoció el presagio y ordenó que sirvieran
de otra ánfora y a tierra vertió la libación
anterior y mandó que todos tal hiciesen.
Se produjo silencio; las ánforas sagradas
de agua fueron llenadas y de vino de Biblo.
Y, estando así ocupados, he aquí que entra en la tienda
un bando de volátiles palomas, pues tranquilas
vivir suelen en casa de Loxias; y a poner
sus picos acudieron en el licor caído
dejando que inundara sus plumosos gaznates.
Todas impunemente bebieron excepto una,
posada donde Ión vertido el vino había;
probó ésta la bebida, tembló al punto su cuerpo
alado y cayó en trance, gimiendo con sonidos
extraños; y asombrados todos los asistentes
al convite quedaron ante aquella ave enferma
que murió con espasmos y al final extendió
las purpúreas patas. Y sus brazos desnudos,
libres de peplo, puso sobre la mesa el joven
fatídico y gritó: «¿Quién matarme ha querido?
Explícamelo, anciano; pues tuyo fue el intento
y tu mano fue aquella que me entregó la copa.»
Y en seguida su viejo brazo asió y con preguntas
quería sorprenderle de manera flagrante.
Y él, al verse convicto, confesó a duras penas
aquel plan de la copa que Creúsa tramara.
Corrió, pues, el muchacho revelado por Loxias,
tomó a los convidados consigo y fuese a ver
a los próceres píticos y así ante ellos habló:
«Nos quería matar con veneno, ¡oh, sagrada

tierra!, una forastera nacida de Erecteo.»
Y los jefes de Delfos con un sufragio múltiple
mandaron que arrojada de una roca mi dueña
fuera porque en el templo trató de asesinar
a un ser sagrado. Ya toda la ciudad corre
tras esa desgraciada que obró tan tristemente.
Pues por deseo de hijos vino a Febo y ahora
con ellos perderá su existencia también.

Se retira.

CORO

No tengo, pobre de mí,
medio de huir de la muerte.
Porque se descubrió ya todo,
que en la libación báquica
el vino estaba mezclado
con el zumo de activa víbora.
Se nos ofrenda a los de abajo;
vendrá el final de mi vida;
morirá apedreada mi señora.
¿Qué fuga alada encontraré?
¿Me ocultará el negro seno de la tierra?
¿A la cruel lapidación
me sustraerán las pezuñas
veloces de los caballos
o la popa de un barco?
No es posible escondernos a no ser que así
lo decida algún dios.
¿Qué dolores, mi dueña infeliz, ahora vas
con tu alma a afrontar? ¿Por querer hacer mal
al prójimo vamos tal vez a sufrir
como es justo que ocurra al que es tal?

Entra corriendo Creúsa.

CREÚSA

Sirvientes, soy perseguida, que me quieren degollar;
me vence el voto de Delfos y la muerte me darán.

CORIFEO

Ya sabemos, desdichada, cuál es tu calamidad.

CREÚSA

¿Adónde huiré? De la casa por muy poco me escapé
para no morir y oculta del contrario me libré.

CORIFEO

Al ara sin duda alguna.

CREÚSA

Mas ¿qué en ello he de ganar?

CORIFEO

No se mata al suplicante.

CREÚSA

Pero mi muerte es legal.

CORIFEO

Siempre que en sus manos caigas.

CREÚSA

Mas ya vienen hacia aquí
mis enemigos armados.

CORIFEO

En el altar siéntate.
Si, estando en él, eres muerta, tu sangre condenará
a quienes te maten, pero tu hado debes soportar.

Creúsa se sienta sobre las gradas del altar. Entra en escena Ión seguido de hombres armados.

IÓN

¡Oh, figura taurina del abuelo Cefiso,
qué serpiente engendraste, qué dragón con sus ojos
llenos de rojas llamas, qué ser en el cual reina
un total impudor que la iguala a las gotas
de la sangre de Gorgo con que me iba a matar!
¡Agarradla y que sean cardados los intactos
rizos de su melena por el Parnaso, desde
cuyas peñas su cuerpo dando vueltas caerá!
¡Buena suerte he tenido con no llegar a ser,

en la ciudad de Atenas, de mi madrastra víctima!
Entre amigos hallándome pude tu alma medir
y ver cuán grandes eran tu odio y enemistad;
mas, si en casa me hubieras prendido con tus redes,
de una vez a la de Hades me habrías enviado.
Pero no han de salvarte ni el altar ni el recinto
de Apolo; mi piedad la guardo para mí
y mi madre; pues, aunque su cuerpo se halle ausente,
jamás de estos mis labios se apartará su nombre.

Descubriendo a Creúsa.

¡Mirad a la malvada, qué otra artimaña nueva
tras la de antes tramó! ¡Se acurruca ante el ara
como si así no hubiera de pagar su delito!

CREÚSA

Prohíbo que me mates tanto en mi nombre como
en el del dios en cuyos dominios nos hallamos.

IÓN

Pero ¿qué tiene Apolo contigo de común?

CREÚSA

Al dios consagro el cuerpo para que a él pertenezca.

IÓN

¿Y, con todo, al que es de él quisiste envenenar?

CREÚSA

Entonces ya de Loxias no eras, mas de tu padre.

IÓN

Nací de él, pero al dios sigo perteneciendo.

CREÚSA

Perteneciste en tiempos; ahora soy yo suya.

IÓN

No eres piadosa empero, mientras que yo lo fui.

Creúsa

Quería a un enemigo de mi casa matar.

Ión

No marché, sin embargo, contra Atenas con armas.

Creúsa

Sí, y aun a incendiar ibas la casa de Erecteo.

Ión

¿Con qué teas o usando la llama de qué hoguera?

Creúsa

Proyectabas vivir a la fuerza conmigo. 1295

Ión

¿Y me matabas sólo por ser tal mi proyecto? 1300

Creúsa

Por no morir si en hechos se tornaba ese plan.

Ión

Siendo estéril envidias al padre que me halló.

Creúsa

¿Y por no tener hijos mi hogar he de perder? 1303

Ión

Mi padre a mí me daba las tierras que adquiriera. 1296

Creúsa

Mas ¿qué parte los de Éolo tienen en lo de Palas?

Ión

Lo salvó con su lanza, no con palabras solas.

Creúsa

No debe un mercenario ser dueño de un país. 1299

Ión

¿Heredar no podía yo entonces a mi padre? 1304

CREÚSA

El escudo y la lanza, tal era tu peculio.

IÓN

Abandona el altar y la sede divina.

CREÚSA

Amenaza a tu madre dondequiera que esté.

IÓN

¿No expiarás tu pena por pretender matarme?

CREÚSA

Si quieres degollarme dentro de este recinto.

IÓN

¿Qué placer puede darte la muerte entre esas ínfulas?

CREÚSA

Así haré daño a aquel que a mí me lo hizo en tiempos.

IÓN

¡Ay!
Me indigna que haya leyes humanas que no imponen
los dioses de manera decente ni sensata.
No debieran poder los malos asilarse
en los altares, sino ser expulsados de ellos
por que una mano injusta no toque lo divino.
Tan sólo el hombre honrado que sentarse tendría
cuando alguien le persigue, pero hoy lo mismo tratan
los dioses a los buenos y a quienes no lo son.

PITIA

Que ha salido del templo cuando Ión estaba a punto de poner la mano sobre Creúsa. En sus brazos sostiene una cesta envuelta en ínfulas.

Espera, hijo; dejé mi trípode augural
traspasando sus límites, yo, que elegida fui

entre todas las Délfides para ser profetisa
de Febo y preservar este su antiguo rito.

IÓN

Salve, madre querida que nunca me pariste.

PITIA

Así puedes llamarme; no me molesta el nombre.

IÓN

¿Oíste que mi muerte tramaba esta mujer?

PITIA

Lo oí; pero también yerras en tu dureza.

IÓN

¿No debe uno matar a quienes le amenazan?

PITIA

Siempre odian las esposas al hijo de otras nupcias.

IÓN

Y yo a aquella madrastra que hacerme daño quiere.

PITIA

No, mas dejando el templo y a tu patria marchando...

IÓN

¿Qué indican tus consejos que yo debiera hacer?

PITIA

Entrar puro en Atenas con favorable augurio.

IÓN

Puro queda el que da muerte a sus enemigos.

PITIA

Tú no; escúchame ahora lo que voy a decirte.

IÓN

Habla, que en cuanto digas habrá afecto hacia mí.

Pitia

¿Estás viendo este objeto que tengo entre los brazos?

Ión

Veo una vieja cesta que en ínfulas se envuelve.

Pitia

En ella te tomé como recién nacido.

Ión

¿Qué dices? Nueva es esa noticia que me das.

Pitia

Porque me la callé; pero hoy ya te lo enseño.

Ión

¿Y cómo me ocultabas desde siempre el tenerla?

Pitia

Quería el dios que aquí sirviéndole siguieses.

Ión

¿Y ahora no lo desea? ¿Cómo voy a saberlo?

Pitia

Tras mostrarte a tu padre, manda que de aquí salgas.

Ión

¿Y por qué guardas eso? ¿Tal vez te lo ordenaron?

Pitia

Loxias fue quien antaño la idea me inspiró.

Ión

¿De hacer qué cosa? Di, tu relato termina.

Pitia

De guardar hasta el día de hoy lo que antaño hallé.

IÓN

¿Cuál es su utilidad o el daño que ha de hacerme?

PITIA

En ello los pañales se ocultan que vestías.

IÓN

¿Me aportas la manera de encontrar a mi madre?

PITIA

Sí, porque el dios ahora lo quiere y antes no.

IÓN

¡Oh, sol que has aportado faustas revelaciones!

PITIA

Tómalo y busca a aquella mujer que te dio el ser.

IÓN

¡Sí, recorriendo el Asia toda y Europa entera!

PITIA

Eso tú lo sabrás. Yo por causa del dios
te he criado, hijo mío, y estas cosas te entrego
que él, sin necesidad de mandato, quería
que conservara yo, no sé por qué razones.
Ningún hombre mortal nunca ha sabido que esto
lo estaba yo guardando, ni dónde se ocultaba.
Adiós, pues; al igual que una madre te abrazo.
Y a buscar a la tuya como es debido empieza:
primero entre las Délfides que quizá hayan parido
solteras y sus hijos en el templo dejado;
y luego entre otras griegas. Todo dicho ya en nombre
mío queda y de Apolo, que vela por tu suerte.

Vuelve a entrar en el templo.

IÓN

¡Ay, ay, con cuántas lágrimas lloran mis ojos cuando
pienso en la hora en la cual a escondidas mi madre,
tras su unión clandestina, me expuso sin haberme
siquiera dado el pecho, de modo que he vivido
en la casa de Febo cual servidor anónimo!

¡Fue el dios bueno conmigo, pero esquivos mis hados!
Pues cuando pude ser mimado y de la vida
disfrutar en los brazos de una madre, me vi
privado de la amable crianza maternal.
¡E infeliz también ella, que por la misma causa
ha sufrido el perder la alegría de un hijo!

Cogiendo la cesta y encaminándose hacia el templo.

Ahora yo esta cesta voy a ofrendarla al dios,
no sea que algo encuentre que descubrir no quiero.
Porque, si tal vez sierva resultara mi madre,
peor sería hallarla que callarse y dejarlo.
¡Oh, Febo, en tu santuario deposito esta ofrenda!

Deteniéndose.

Pero ¿qué estoy haciendo? Me opongo a los designios
del dios, que ha preservado los indicios maternos.
Hay que ser valeroso y abrir esto; imposible
me es vencer al destino. ¿Qué es lo que me escondéis,
oh, consagradas ínfulas y lazos en los cuales
está guardado aquello que más querido me es?
He aquí cómo la tapa de esta cesta redonda
no se ha deteriorado por voluntad de un dios;
no hay moho en sus junturas; y, sin embargo, es mucho
el tiempo que ha pasado desde que se conserva.

CREÚSA

¿Qué es esta inesperada visión que ante mí surge?

IÓN

Calla, que muchas cosas has sabido ya hacer.

CREÚSA

No he de callarme, no; deja tus reprimendas.
La cesta veo aquí donde te expuse antaño,
hijo mío, cuando eras niño recién nacido,
en la cueva de Cécrope que está en las Rocas Largas.
Dejo, pues, este altar aunque morir me cueste.

Abandona el altar.

IÓN

Cogedla; enloquecida por algún dios, saltó
del ara y las efigies; los brazos amarradle.

CREÚSA

Me podéis degollar, que no me apartaré
de ti ni de la cesta con todo lo que oculta.

IÓN

¿No es esto una vergüenza? ¡Me roba con sus cuentos!

CREÚSA

No, sino a un ser querido quien te ama en ti ha en-
[contrado.

IÓN

¿Me quieres y matarme con perfidia intentabas?

CREÚSA

Si eres mi hijo, lo más grato para los padres...

IÓN

¡Deja de maquinar! ¡Ya te cogeré bien!

CREÚSA

¡Ojalá a tal lleguemos, lo deseo, hijo mío!

IÓN

¿Pero la cesta está vacía o qué contiene?

CREÚSA

Objetos con que en tiempos yo expuesto te dejara.

IÓN

¿Me dirás cuáles son antes de contemplarlos?

CREÚSA

Si no los reconozco, presta estoy a morir.

IÓN

Di; tiene algo de extraño la audacia con que me ha-
[blas.

CREÚSA

Mirad, este tejido lo hice yo siendo moza.

IÓN

Pero ¿qué forma tiene? Mucho tejen las jóvenes.

CREÚSA

No está completo; es sólo prueba de lanzadera.

IÓN

¿Qué representa? En eso no podrás engañarme.

CREÚSA

Gorgo está en plena urdimbre de la tela pintada.

IÓN

¡Oh, Zeus! ¿Qué sino está mis huellas persiguiendo?

CREÚSA

Con halo de serpientes como las que hay en la égida.

IÓN

¡Vaya!
¡Aquí está ese tejido tal cual tú lo describes!

CREÚSA

¡Oh, vieja obra de aquel telar de mocedad!

IÓN

¿Y hay alguna otra cosa por que también la aciertes?

CREÚSA

Unas serpientes de oro que a Erictonio el de antaño
figuran; Atenea las dio a la antigua estirpe
mandando que con ellas los niños se criaran.

IÓN

¿Y qué había que hacer, dime, con esas joyas?

CREÚSA

A los recién nacidos en el cuello ponérselas.

IÓN

Aquí están, mas ansío saber qué es lo tercero.

CREÚSA

Te impuse una corona de hojas de aquel olivo
que el primero a la roca trajo Atenea; y, si es
ésa, verde estará, porque no se marchita
nunca lo que procede de un árbol siempre puro.

IÓN

¡Queridísima madre, feliz te veo y toco
esas mejillas tuyas tan dichosas también!

CREÚSA

¡Hijo, más clara luz que el sol para una madre,
y que el dios me perdone, ya te tengo en mis brazos!
No esperé encontrarte; creí que habitabas
con Perséfone el mundo de abajo en que viven los muertos.

IÓN

¡Oh, mi madre amadísima, ya en tus brazos está
el que murió y ahora como vivo aparece!

CREÚSA

¡Oh, la inmensidad del éter brillante!
¿Qué debo gritar,
qué clamar? ¿De dónde
me viene este júbilo que yo no esperaba?
¿De dónde este gozo?

IÓN

Cualquier cosa pensaba que me sucedería,
madre, salvo el saber hoy que soy hijo tuyo.

CREÚSA

Aún tiemblo de miedo.

IÓN

¿De perderme otra vez?

CREÚSA

Sí, porque la esperanza

ya no conservaba.
Mujer, ¿de dónde recibiste aquel niño
que en brazos tomaste?
¿En qué manos al templo de Loxias fue?

IÓN

Ello es cosa divina; que dichosos desde hoy
nos haga la fortuna que antes nos maltrató.

CREÚSA

Hijo, no faltó el llanto al nacer tú;
gimió tu madre cuanto te perdía.
Llega a tus mejillas ahora mi aliento
y del más sublime placer disfruto.

IÓN

Hablas también por mí cuando tal cosa dices.

CREÚSA

Dejé de ser estéril; un hogar
tiene la casa, un dueño el territorio.
¡Revive Erecteo
y la autóctona casa en la noche no está ya sumida,
que los rayos solares la contemplan!

IÓN

Madre, también mi padre debiera estar aquí
y compartir el gozo que a los dos os he dado.

CREÚSA

¿Qué dices,
hijo? ¡Qué cosas he de confesar!

IÓN

¿Qué es ello?

CREÚSA

Que de otros naciste, sí, de otros.

IÓN

¡Ay de mí! ¿Me pariste, pues, como hijo bastardo?

CREÚSA

No había ni antorchas ni danzas tampoco
en aquella mi unión
de la que ibas a nacer.

IÓN

¡Oh, bajo es mi linaje! ¿De quién, madre, procedo?

CREÚSA

Juro por Gorgófona...

IÓN

¿Qué es lo que afirmas?

CREÚSA

... la que reina en mis rocas,
la colina en que nace el olivo...

IÓN

Turbio es ese relato: no hay en él claridad.

CREÚSA

... que en la peña en que está el ruiseñor,
Febo...

IÓN

¿Por qué hablas de él?

CREÚSA

... fue en oculta coyunda mi esposo.

IÓN

Sigue; me dices cosas que son buenas y faustas.

CREÚSA

Cuando el décimo mes me llegó,
con dolor lo tuve de Febo en secreto.

IÓN

¡Revelación gratísima si es verdad lo que cuentas!

CREÚSA

Temiendo a mi madre ceñí tu cuerpo
con pañales que eran ensayos frustrados

de mi lanzadera;
y el pecho no te di con maternal
crianza ni mis manos te lavaron,
mas dejéte en la cueva, allí solo;
las aves iban con picos ávidos
a enviarte al Hades.

IÓN

¡Qué atrevimiento, madre!

CREÚSA

Yo estaba dominada,
hijo, por el miedo
y muerte te daba
sin querer.

IÓN

También yo iba a matarte.

CREÚSA

Terrible el destino de entonces,
terrible también el de hoy, pues flotamos
de aquí para allá con desgracias y dichas sin fin y los vientos
incesantemente cambian.
¡Basta ya! ¡Suficiente dolor soporté!
¡Una brisa mejor vuelva, hijo, a soplar!

CORIFEO

Nadie de entre los hombres crea que es imposible
nada después de ver esto que hoy sucedió.

IÓN

¡Oh, suerte que los hados de infinitos mortales
mudaste, dicha dándoles y luego desventura,
cómo estuve en el fiel de la balanza y pude
a mi madre matar o morir inocente!
¡Ay!
¿Es posible que el curso refulgente del sol
alumbre en solo un día tan grandes peripecias?
En fin, madre, te hallé, feliz descubrimiento,
y nada ya en mi origen tengo por reprobable.

Pero a solas querría preguntarte una cosa:
ven aquí, que al oído te hablaré por que así
recubiertos los hechos queden por la tiniebla.

Llevándose aparte a Creúsa.

Di, madre, ¿no será que sufriste lo mismo
que suelen las doncellas en cuanto a amor secreto
para echar luego al dios la culpa? ¿Acaso intentas
rehuir la vergüenza del nacimiento mío
diciendo que soy hijo de Febo y no de un hombre?

CREÚSA

Por Atenea Nice, que en tiempos con su carro
junto a Zeus luchó contra los hijos de la Tierra,
ningún mortal es, hijo, tu padre, sino aquel
que luego te crió, Loxias el soberano.

IÓN

¿Cómo, pues, a otro padre su hijo entregaba el dios
al declarar que había yo nacido de Juto?

CREÚSA

No dijo que de él fueras, mas donación le hacía
de ti aun siendo tu padre: que un amigo a otro amigo
puede cederle un hijo como amo de su casa.

IÓN

¿Y era veraz el dios o mendaz en su oráculo?
Es natural, ¡oh, madre!, que ello turbe mi espíritu.

CREÚSA

Oye, pues, hijo, esto otro que acaba de ocurrírseme.
Loxias por protegerte te pone en una noble
casa; si hijo del dios fueras considerado,
adquirir no podrías herencia y patrimonio
ni el nombre de tu padre. ¿Cómo, si yo ocultaba
mi unión y hasta en secreto tu vida amenacé?
Ayudarte, pues, quiere cuando te da a otro padre.

IÓN

Esa idea no acepto de tan banal manera:
voy a inquirir de Febo, penetrando en su casa,
si he nacido de padre mortal o bien de Loxias.

Viendo a Atenea que ha aparecido sobre el templo.

¡Eh! ¿Qué dios por encima de este sacrificial
recinto alza su faz a la del sol pareja?
Huyamos, madre mía, no miremos de cara
a los dioses si lícita tal cosa no resulta.

ATENEA

No huyáis, pues enemiga no soy de quién debáis
escapar, mas amiga vuestra aquí y en Atenas.
Yo soy Palas, epónima de vuestra tierra, y vengo
hacia aquí a la carrera por encargo de Apolo,
que aparecer delante de vosotros no quiere
por que no haya reproches de los hechos pasados.
Pero me envía a mí que os certifique que ésta
te parió para Apolo, que luego te dio a aquel
que tú sabes, el cual no te había engendrado,
para que en la más noble de las casas entraras.
Mas, cuando revelado fue el hecho y descubierto,
temiendo que murieras a manos de tu madre
o ella a las tuyas, quiso salvaros con ardides.
Pensaba el dios callar todo esto y en Atenas
hacerte conocer a ésta cual madre tuya
y decirte que de ella para Febo naciste.
Pero, a fin de que acabe mi misión, escuchad
los divinos augurios, que a eso vine en mi carro.
Toma a tu hijo, Creúsa, y a la tierra cecropia
ve y en el real trono siéntale. Pues derecho
tiene a reinar allí, como de la familia
de Erecteo, y será glorioso en toda la Hélade.
Porque tendrá cuatro hijos, que, nacidos de sola
una fuente común, darán nombre al país
y con él a los pueblos que habiten mi colina
y la región entera que se divida en tribus.
Geleón será el primero; vendrán <Hoples y Arga-
[des>

luego <y Egicoreo, de donde los Geleontes>,
Argadeos y Hopletes y los que Egicoreos
por mi égida se llaman. Y aquellos que nacieren
de ellos, en el momento que el tiempo determine,
poblarán las ciudades isleñas de las Cíclades
y tierras ribereñas que fuerza otorgarán
a mi ciudad; e incluso vivirán a ambos lados
del estrecho, en llanuras a lo largo del Asia
y de Europa; y famosos serán y llevarán
un común nombre, Jonios, que del de éste derive.
Y también Juto y tú posteridad conjunta
tendréis en Doro, gracias al cual será en la tierra
de Pélope cantada la Dóride. El segundo
será Aqueo, el futuro rey del país costero
que está cerca de Río; y habrá un pueblo igualmente
que sea conocido por el nombre que a él deba.
Bien lo dispuso Apolo todo: en primer lugar
te hizo parir sin pena para que lo ignoraran
los tuyos; y una vez que pañales pusiste
a tu hijo, a Hermes mandó que, en sus brazos tomándole,
recogiera allí el niño y hacia acá le trajera
y le crió y no dejó que perdiese la vida.
Pero ahora no descubras que es tu hijo con el fin
de que Juto se quede con su dulce ilusión
y tú puedas marcharte, mujer, con tu tesoro.
Adiós, pues, que un feliz destino yo os predigo
cuando hayáis respirado después de tantas cuitas.

IÓN

Palas, hija del excelso Zeus, yo recibo tu voz
con confianza y te creo que Creúsa y Loxias son
mis padres; porque hasta ahora tuve que desconfiar.

CREÚSA

Ahora escúchame: hoy a Febo debo alabar, si antes
[no,
porque me devuelve al hijo del que se desentendió.
Veo con gusto estas puertas y el recinto oracular
que me fuera aborrecible; mis manos al aldabón
con satisfacción se aferran y digo adiós al portón.

ATENEA

Haces bien al alabar y no censurar ya al dios;
lo divino a veces tarda, pero al fin tiene vigor.

CREÚSA

¡Hijo, vámonos a casa!

ATENEA

Marchad, que yo os seguiré.

IÓN

¡Sublime guía en el viaje!

CREÚSA

Y amante de la ciudad.

ATENEA

Siéntate en el viejo trono.

IÓN

Precioso bien para mí.

Atenea desaparece; Ión y Creúsa salen de escena por un lateral; el coro comienza el desfile de salida.

CORIFEO

¡Apolo, el de Zeus y Leto, salve! Aquel cuya mansión
padezca, confiar debe y a los dioses respetar;
porque al final recompensa los buenos han de obtener
y los malvados, en cambio, nunca felices serán.

MEDEA

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-130; monólogo de Medea, 1-49; diálogo entre la nodriza y el pedagogo, 50-95; anapestos de lamentación de Medea y la nodriza, 96-130).

Párodo (131-213; canto del coro, 131-138; anapestos de Medea y la nodriza, 139-147; estrofa del coro, 148-159; anapestos de Medea y la nodriza, 160-172; antístrofa del coro, 173-183; anapestos de la nodriza, 184-203; canto del coro, 204-213).

Primer episodio (214-409; Medea; la misma y Creonte).

Primer estásimo (410-445; dos estrofas y antístrofas).

Segundo episodio (446-626; diálogo entre Medea y Jasón).

Segundo estásimo (627-662; dos estrofas y antístrofas).

Tercer episodio (663-823; diálogo entre Egeo y Medea; Medea y el corifeo).

Tercer estásimo (824-865; dos estrofas y antístrofas).

Cuarto episodio (866-975; Jasón y Medea).

Cuarto estásimo (976-1001; dos estrofas y antístrofas).

Quinto episodio (1002-1250; Medea y el pedagogo, 1002-1080; anapestos del corifeo, 1081-1115; Medea y el mensajero, 1116-1250).

Quinto estásimo (1251-1292; dos estrofas y antístrofas).

Sexto episodio (1293-1414; Jasón y el corifeo; Jasón y Medea).

Despedida anapéstica del corifeo (1415-1418).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

NODRIZA *de los hijos de Medea.*
PEDAGOGO *de los mismos.*
MEDEA, *esposa de Jasón.*
CREONTE, *rey de Corinto.*
JASÓN, *esposo de Medea.*
EGEO, *rey de Atenas.*
MENSAJERO.

CORO DE MUJERES CORINTIAS.

PERSONAJES MUDOS:
- HIJOS DE MEDEA.
- SOLDADOS DE CREONTE.
- SIRVIENTE DE MEDEA.
- SERVIDORES DE JASÓN.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: MEDEA.
DEUTERAGONISTA: NODRIZA, JASÓN.
TRITAGONISTA: PEDAGOGO, CREONTE, EGEO, MENSAJERO.

La escena representa la fachada de la casa de Medea en Corinto; de ella sale la anciana nodriza de los hijos de Medea que recita el prólogo.

NODRIZA

¡Ojalá la nave Argo jamás volado hubiera
allende las Simplégades hacia la tierra colca!
Caer los pinos nunca debieron en los valles
del Pelión para armar con el remo los brazos
de los nobles varones que para Pelias fueron
tras el áureo vellón. Y así mi ama, Medea,
hacia las tierras yolcias no habría navegado
con su corazón loco de amor hacia Jasón
ni, tras de persuadir a las hijas de Pelias
por que al padre mataran, se habría establecido
con su esposo y sus hijos en Corinto, bien vista
por sus conciudadanos que asilo le otorgaran
y coincidiendo en todo con Jasón; lo cual es
la mayor garantía que en unas nupcias cabe,
que marido y mujer no discrepen en nada.
Pero ahora desunión es todo y sufrimiento
de aquellos a los que amo, pues Jasón a sus hijos
y a mi dueña abandona por una boda real
con la hija de Creonte, tirano de esta tierra;
y la infeliz Medea, de tal modo ultrajada,
gritando el juramento recuerda y el contacto
de manos, prenda máxima, y a los dioses invoca
para que el trato vean que de Jasón recibe.
Y yace sin comer, al dolor entregando
su cuerpo y consumiéndose con lágrimas constantes
desde que conoció la afrenta de su esposo,
sin levantar los ojos ni separar del suelo
su mirada ni oír la voz de sus amigos
más de lo que lo hicieran rocas u olas marinas.
Tan sólo alguna vez vuelve su tierno cuello
para gemir a solas por su padre querido,
su país y su casa, que traicionó al marchar

con el hombre que ahora tal ofensa le infiere.
Y en su infortunio aprende la mísera qué bueno
es el no partir nunca de la paterna tierra.
Y aborrece a sus hijos y en verlos no se goza;
temo incluso que algún raro proyecto trame.
Pues duro es su carácter y soportar no puede
que nadie la maltrate. La conozco y la temo:
es terrible y quienquiera que en su enemistad incurra
no resultará fácil que la victoria obtenga.

Entran por un lateral los dos niños hijos de Medea seguidos de su pedagogo.

Mas aquí están sus niños que se acercan dejando
de correr y que nada saben de los reveses
de su madre: no suelen sufrir las almas jóvenes.

PEDAGOGO

Anciana posesión de la casa de mi ama,
¿por qué tan sola estás al lado de la puerta
a ti misma entonándote la queja de tu mal?
¿Cómo a quedar sin ti Medea se resigna?

NODRIZA

¡Oh, viejo que a los niños de Jasón acompañas!
Para los buenos siervos son desdichado lance
las cuitas de los dueños, que su ánimo entristecen.
Y así tan grande es ya mi dolor, que me vino
deseo de salir donde pueda las penas
de mi señora al cielo y a la tierra contar.

PEDAGOGO

¿Pero no ha terminado la pobre con sus lloros?

NODRIZA

Te envidio; el mal comienza, ni en la mitad está [aún.

PEDAGOGO

¡Oh, necia, si llamar tal cosa a un ama es lícito!
Pues nada todavía sabe del nuevo golpe.

NODRIZA

¿Qué es ello, anciano? No te niegues a explicármelo.

PEDAGOGO

Nada, y aun me arrepiento de eso que me has oído.

NODRIZA

¡Cuéntalo, por favor, a quien contigo sirve!
Callaré, si es preciso, sobre lo que me digas.

PEDAGOGO

Acerquéme al chaquete, donde suelen sentarse
los viejos, junto al agua sagrada de Pirene,
y allí, disimulando mi atención, oí a un hombre
comentar que a expulsar con su madre a estos niños
de la tierra corintia va Creonte, el tirano.
Ignoro si verídica será acaso esta historia,
pero yo bien querría que resultase falsa.

NODRIZA

¿Y Jasón dejará que ello ocurra a sus hijos
por muchas diferencias que tenga con su madre?

PEDAGOGO

Las antiguas alianzas ceden ante las nuevas;
ya amistad no hay en él para con esta casa.

NODRIZA

Pues perdidos estamos si nos toca afrontar
otro mal sobre aquel que nos inunda aún.

PEDAGOGO

Mas tú, pues ocasión no es de que la señora
lo sepa, estáte quieta sin contar la noticia.

NODRIZA

¿Oís, hijos, cómo os trata vuestro padre? No digo
que ojalá se muriera, porque es mi dueño, pero
la verdad es que resulta ser duro con los suyos.

PEDAGOGO

¿Y quién no entre los hombres? ¿Te enteras ahora, al ver
que un lecho a éstos les priva del amor de su padre,
de que nadie hay que quiera más a otros que a sí mismo?

NODRIZA

Entrad, hijos, en casa; todo va a salir bien.
Y tú mantenlos todo lo escondidos que puedas
y aparte de su madre mientras esté excitada.
Pues la he visto mirarles con el aire feroz
de querer hacer algo; no cesará su cólera,
cierta estoy, sin algún ataque; pues bien, sea
enemigo y no amigo quien vaya a soportarlo.

MEDEA

Desde el interior de la casa.

¡Ay!
¡Desgraciada de mí, qué infeliz, qué dolor!
¡Ay, ay, ay! ¡Ay de mí! ¿Cómo puedo morir?

NODRIZA

Ahí tenéis, hijos míos, revuelta está ya
vuestra madre, pues su alma el dolor trastornó.
Cuanto antes a casa corred y allí entrad,
no os pongáis cerca de ella, que no os pueda ver,
no acercaos y mucho cuidado tened
con el fiero talante y atroz natural
de su mente cruel.
¡Vamos, pues, en seguida aquí dentro pasad!

El pedagogo entra con los niños en el interior de la casa.

Se ve bien que esa nube que empieza a surgir,
de lamentos cargada, muy pronto va a arder
estallando en más fuerte pasión. ¿Qué irá a hacer
esa alma que el mal ha mordido y en que hay
un orgullo muy grande y tenaz?

MEDEA

Desde el interior.

¡Ay, ay!
¡Sufro, mísera, sufro, tormentos sin fin!
¡Malditos muráis, pues nacisteis de mí,
una madre funesta, y perezca también
vuestro padre y la casa con él!

NODRIZA

¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay, desdichada de mí!
¿Qué culpa hay en los hijos, qué tienen que ver
con las faltas del padre? ¿Les odias? ¿Por qué?
Temo, niños, y siento que vais a penar;
es terrible el antojo del rey, que el servir
no conoce, más sólo el constante imperar;
y duros resultan sus cambios de humor.
Avezarse a vivir siempre igual es mejor;
por lo menos a mí tóqueme envejecer
sin grandeza y estando en seguro lugar.
Ya las cosas medianas con sólo decir
su nombre resultan deseables, mas son
preferibles en su uso al exceso, que no
se muestra oportuno jamás al mortal:
más desastres si atacan las iras de un dios
a una casa, tal es lo que da.

Entra el coro, formado por quince mujeres de Corinto.

CORO

Me llegó la palabra, los gritos oí
de la Cólquide triste, que no recobró
aún la calma. Habla, anciana, habla, pues.
Yo, estando a mi puerta, su voz escuché, que venía
desde aquí, y no me causa placer el dolor de esta casa
que tan querida para mí resulta.

NODRIZA

Ya no existe el palacio, que todo cayó.
Por el lecho real poseído él está
y mi dueña en la alcoba marchítase y no
deja que su ánimo entibie ningún
consuelo que amigos le den.

MEDEA

Todavía desde el interior de la casa.

¡Ay, ay!
¡Mi cabeza atraviesa un celeste fulgor!
¿Para qué quiero ya en adelante existir?
¡Ay de mí! ¡Que me lleguen mi muerte y mi fin
y termine mi odioso vivir!

CORO

¿Escuchasteis, oh, Zeus, oh, la tierra y la luz,
en qué amargos lamentos prorrumpe el cantar
de la esposa infeliz?
¿A qué viene, insensata, el ansiar
ese horrífico lecho mortal?
¿Quieres antes de tiempo morir?
Eso no lo implores.
Si tu esposo
nuevas bodas pretende, común
cosa ello es. No te irrites así,
que Zeus te vengará. No te consumas
en demasía por tu marido.

MEDEA

Desde el interior.

¡Ártemis santa, gran Temis? ¿No veis
cómo mi esposo se porta después
de que un gran juramento a los dos nos ligó?
¡Ojalá que a su novia con él pueda ver
destrozada, y lo mismo el palacio también,
por la ofensa que juntos me hicieron los dos!
¡Padre mío, ciudad de que en tiempos partí
cuando en forma afrentosa a mi hermano maté!

NODRIZA

¿Escucháis cómo a Temis invoca y a Zeus,
venerados los dos cual guardianes de aquel
juramento en que el hombre da fe?
No está cerca el momento en que vaya a amainar
mi dueña en su enorme furor.

CORO

¿Cómo podría acudir hasta aquí
y dejar que la veamos y acaso escuchar
cuanto osemos decir
por si así conseguimos calmar
de su mente el porfiado rencor?
Que al menos mi buena intención
no falte al amigo.
Anda, pues, y
prueba a hacerla de casa salir.
Di que están los que la aman aquí.
Corre antes de que dañe a los de dentro,
pues grandes vuelos su aflicción cobra.

NODRIZA

Voy a hacerlo; aunque temo que no pueda yo
su razón convencer,
por servirte el trabajo me habré de tomar.
Pues parece leona parida al mirar
a sus siervas con torvo ademán cada vez
que alguna se acerca con ganas de hablar.
Razón tiene quien diga que bien torpe fue
e ignorante la prístina raza mortal,
que encontró para cada festivo avatar,
regocijo o convite, la alegre canción
que la vida supiera endulzar con su son
y, en cambio, el remedio no pudo inventar,
las liras, los himnos, la voz musical,
del humano infortunio, que muertes causar
suele y trances que son destrucción del hogar.
Eso sí que con cantos debiera sanar
el hombre; en el pingüe, gozoso festín
¿qué falta hace que se alce la voz del cantor?
Aporta el deleite la propia ocasión
que al banquete le da plenitud.

CORO

Escucho
sus gemidos y lamentos,
sus agudos clamores lastimeros
contra el esposo que su lecho infama;

invoca, sintiéndose ofendida,
a Temis, guardiana de los votos, que la hizo,
hasta la Hélade opuesta,
surcar de noche la onda salada,
la llave del gran mar.

Medea sale a escena y se dirige al coro.

MEDEA

¡Oh, mujeres corintias! Salgo de casa por que
reproches no me hagáis; pues, mientras sé que mu-
[chos
hombres, tanto en privado como en el trato externo,
orgullosos realmente se vuelven, a otros hace
pasar por indolentes su tranquilo vivir.
Que no son siempre justos los ojos de la gente
y hay quien, no conociendo bien la entraña del pró-
[jimo,
le contempla con odio sin que haya habido ofensa.
Y, si debe el de fuera cumplir con la ciudad,
no alabo al ciudadano que amargo y altanero
con los demás se muestra por su falta de tacto.
Pero a mí este suceso que inesperado vino
me ha destrozado el ánimo; perdida estoy, no tengo
ya a la vida afición; quiero morir, amigas.
Porque mi esposo, el que era todo para mí, como
sabe él muy bien, resulta ser el peor de los hombres.
De todas las criaturas que tienen mente y alma
no hay especie más mísera que la de las mujeres.
Primero han de acopiar dinero con que compren
un marido que en amo se torne de sus cuerpos,
lo cual es ya la cosa más dolorosa que hay.
Y en ello es capital el hecho de que sea
buena o mala la compra, porque honroso el divorcio
no es para las mujeres ni el rehuir al cónyuge.
Llega una, pues, a nuevas leyes y usos y debe
trocarse en adivina, pues nada de soltera
aprendió sobre cómo con su esposo portarse.
Si, tras tantos esfuerzos, se aviene el hombre y no
protesta contra el yugo, vida envidiable es ésta;
pero, si tal no ocurre, morirse vale más.
El varón, si se aburre de estar con la familia,

en la calle al hastío de su humor pone fin;
nosotras nadie más a quien mirar tenemos.
Y dicen que vivimos en casa una existencia
segura mientras ellos con la lanza combaten,
mas sin razón: tres veces formar con el escudo
preferiría yo antes que parir una sola.
Pero el mismo lenguaje no me cuadra que a ti:
tienes esta ciudad, la casa de tus padres,
los goces de la vida, trato con los amigos,
y en cambio yo el ultraje padezco de mi esposo,
que de mi tierra bárbara me raptó, abandonada,
sin patria, madre, hermanos, parientes en los cuales
pudiera echar el ancla frente a tal infortunio.
Mas, en fin, yo quisiera de ti obtener sólo esto,
que, si un medio o manera yo encuentro de vengar
el mal que mi marido me ha hecho, callada sepas
estar. Pues la mujer es medrosa y no puede
aprestarse a la lucha ni contemplar las armas,
pero, cuando la ofenden en lo que toca al lecho,
nada hay en todo el mundo más sanguinario que ella.

CORIFEO

Así lo haré, que tienes razón para vengarte,
Medea. No me extraña que tu caso deplores.

Viendo llegar a Creonte acompañado por unos guardias.

Pero veo a Creonte, rey del país, que viene
como nuncio sin duda de decisiones nuevas.

CREONTE

¡Eh, tú, la que ceñuda con tu esposo te enojas,
Medea! Yo te ordeno que salgas desterrada
de esta ciudad tomando contigo a tus dos hijos
y que no te demores; pues yo soy responsable
del mandato y no pienso volver a casa sin
haberte de los límites de esta tierra expulsado.

MEDEA

¡Perdida totalmente, pobre de mí, ya estoy!
Todo el cable han largado mis enemigos; no hay

ningún fácil refugio para esta desventura.
Pero, aun así tratada, te voy a preguntar:
¿por qué ordenas, Creonte, que abandone el país?

CREONTE

Temo —te lo diré sin ambages— que irrogues
a mi hija algún perjuicio que irremediable sea.
Son muchas las razones que a tal temor me inducen:
eres hábil y en toda clase de mal perita
y te afliges privada del lecho de tu esposo.
He oído que amenazas, según hay quien me cuente,
con que vas a hacer algo contra el novio y la novia
y aquel que la entregó. Me guardaré, pues, de ello.
Más vale ahora cargar, mujer, con tu ojeriza
que ablandarme y después gemir desconsolado.

MEDEA

¡Ay, ay!
No es la primera vez hoy, Creonte, que mi fama
grandes daños me atrae; me ha ocurrido a menudo.
Ningún hombre que tenga natural sensatez
debe dar a sus hijos muchas habilidades,
pues, amén de ganarse renombre de indolentes,
cosecharán el odio de sus conciudadanos.
Si a los torpes con nuevos saberes te presentas,
parecerás inútil ser, que no inteligente;
y, si te consideran mejor que el que presume
de su varia doctrina, resultarás molesto.
Tal es la situación de que yo participo:
me hace odiosa a los unos el talento y los otros
se enemistan conmigo; y eso que yo muy sabia
no soy. Mas tú me temes, barruntas algo extraño;
pero no es ése el caso, no tiembles ante mí,
Creonte, en nada pienso pecar contra el que manda.
¿Qué mal me has hecho tú? No hiciste sino dar
a quien te pareció tu hija. A mi esposo sí
que le odio, pero tú creo que bien obraste.
Y ahora envidia no tengo de vuestras bienandanzas:
casaos, sed felices, pero dejadme a mí
que en esta tierra habite. Callaré, aun injusticia
padeciendo, pues es más fuerte el que me vence.

CREONTE

Suaves, por lo que escucho, son tus palabras, pero
temo que en tu interior medites algún daño
y por eso menor debe ser mi confianza.
Porque más fácil es de hombre o mujer coléricos
guardarse que de aquel que calla y es taimado.
Márchate, pues, cuanto antes, no vengas con discursos;
ello está decidido sin que tengas manera
de vivir con nosotros, porque eres mi enemiga.

MEDEA

Abrazándose a sus rodillas.

¡No, no, por tus rodillas, por la que se ha casado!

CREONTE

Son vanas tus palabras; no me convencerás.

MEDEA

¿Me vas, pues, a expulsar sin atender mis súplicas?

CREONTE

Es que a mi hogar no puedo preferir tu persona.

MEDEA

¡Oh, patria mía, qué recuerdo de ti tengo!

CREONTE

También yo la amo mucho, pero más a mis hijos.

MEDEA

¡Qué gran mal el amor es para los mortales!

CREONTE

Según, supongo yo, como vengan las cosas.

MEDEA

¡No se te oculte, Zeus, quien así me maltrata!

CREONTE

Vete, insensata, ya y evítame disgustos.

MEDEA

Disgustos son los míos; no me faltan por cierto.

CREONTE

Haciendo un gesto a su escolta.

Al punto van a echarte los brazos de mi tropa.

MEDEA

¡Eso no, en modo alguno! Yo te ruego, Creonte...

CREONTE

Paréceme, mujer, que te pones pesada.

MEDEA

Me marcharé; no es eso lo que ahora te suplico.

CREONTE

¿Por qué entonces insistes sin salir del país?

MEDEA

Déjame que me quede tan sólo el día de hoy
para pensar en cómo va a poder ser mi exilio
y a mis hijos recursos buscarles, pues su padre
allegar no se digna ningún medio para ellos.
Compadéceles tú, que también tienes prole;
es natural, por tanto, que propicio les mires.
Por mí no me preocupo si he de estar desterrada,
mas sí lloro por ellos, que en tal trance se ven.

CREONTE

Nada hay en mi carácter que tiránico sea;
el mostrar compasión fue siempre mi desdicha.
Y así ahora, aunque veo, mujer, que me equivoco,
concedo lo que pides; mas te advierto que, si
os ve la luz del dios que ha de llegar mañana
a ti y a tus hijos dentro del país, morirás;
ésta quiero que sea mi sentencia verídica.
Y, si hay aplazamiento, tómate un día solo
y tiempo no tendrás de hacer lo que recelo.

Sale de escena con la escolta.

CORIFEO

¡Desgraciada mujer!
¡Ay de ti, la infeliz, qué grande es tu dolor!
¿A qué tierra te irás? ¿Quién te habrá de hospedar?
¿Qué casa o región va a salvarte del mal?
¡A qué oleaje de penas, a qué inmenso mar,
Medea, algún dios te arrojó!

MEDEA

Todo me ha fracasado: ¿quién lo podrá negar?
Mas no quedará así, no vayáis a creerlo.
Aun les aguardan pruebas a los recién casados
y no pequeñas cuitas al padre de la novia.
¿Cómo pude adularle sino por conseguir
algo con mis enredos? Jamás le habría hablado
ni mis manos habrían tocado a un hombre tal.
Pero a tan gran extremo de necedad llegó
que, aunque hubiera podido deshacer mis proyectos
de la ciudad arrojándome, me ha dejado que el día
de hoy pase aquí, en el cual a mis tres enemigos
voy a matar, el padre, la muchacha y mi esposo.
Conozco muchas vías que la muerte les den,
mas no sé, mis amigas, con cuál he de actuar:
¿incendiaré la casa nupcial u ocultamente
en la alcoba entraré donde está hecha la cama
a rasgar sus entrañas con agudo puñal?
Pero una sola cosa me detiene, el que puedan
sorprender mis manejos cuando penetre allí
y me maten causando júbilo a quienes me odian.
Mejor es el camino más recto, en el que soy
más experta, y su muerte con pócimas causar.
Bien;
ya han muerto; ¿qué nación me va a acoger ahora?
¿Quién será el extranjero que mi persona salve
ofreciéndome asilo y habitación segura?
No lo hay. Esperaré, pues, durante algún tiempo
y, si alguien se aparece como firme baluarte,
pondré en práctica el hecho con silencio y astucia;
más, si me acosa algún caso desesperado,
la espada tomaré y, aunque haya de morir,
les mataré, a la fuerza recurriendo y la audacia.

Porque, por la señora lo juro a quien venero
de modo especial, Hécate, que me ayuda y habita
en el rincón más íntimo de mi casa, ninguno
de ellos podrá reír pensando que padezco.
Yo haré que amargas sean y funestas las nupcias,
su alianza y mi destierro de esta tierra. ¡Ea, pues!
No te abstengas, Medea, de ningún plan o trama
en que puedas emplear todo lo que tú sabes.
Lánzate a lo terrible; de bravos es la lid.
Ya ves lo que te pasa; no sirvas de chacota,
pues hija eres de noble padre y de Helio desciendes,
ante ese sisifeo connubio de Jasón.
Tienes conocimientos; y la naturaleza
nos ha hecho a las mujeres ineptas para el bien,
pero artesanas hábiles de las maldades todas.

CORO

Hacia arriba ya fluyen las aguas de los sacros
[ríos;
la justicia y todo yace por tierra.
Engañosa es el alma del hombre y no vale
la fe en que se invoca a los dioses.
Mas mi vida de nuevo tendrá en las historias inmensa
[gloria;
honrado será el sexo femenino.
Ya no habrá mala fama que pese sobre mujer nin-
[guna.

Cesarán las canciones de antiguos poetas que ahora
siempre insisten en mi pérfida mente.
No nos ha dado Febo, señor del canto,
el don de la armónica lira;
sonarían, si tal ocurriera, mis himnos contra la raza
de los hombres. El tiempo en su transcurso
tantas cosas podrá relatar de nosotras como de ellos.

Tú del hogar paterno navegaste
con espíritu insano y la doble barrera franqueaste
de las rocas marinas;
y habitas en tierra extraña
privada de esposo y lecho,

pobre de ti, y te destierran
de aquí con oprobio.

Se fue el respeto de los juramentos,
el pudor ya no es dueño de la Hélade inmensa; voló al cielo.
Tú en morada paterna
no puedes echar el ancla
desde el mar de tus dolores
y otra reina casa y tálamo
a quitarte viene.

Jasón entra en escena por un lateral y se dirige a Medea.

JASÓN

Muchas veces he visto que son los caracteres
ásperos un incordio con el que no hay quien luche.
Así tú, que podías conservar casa y tierra
llevando con buen ánimo las reglas del que manda,
por tus locas palabras expulsada te ves.
Y no es que ello me importe: por mí no ceses nunca
de repetir que no hay hombre peor que Jasón.
Pero, después de cuanto de los reyes has dicho,
date por satisfecha con un destierro solo.
Yo, queriendo que aquí te quedases, sus iras
por apaciguar siempre me esforcé; pero tú
no cejabas en esa necedad e insultábasles
mil veces hasta que del país te arrojaron.
Mas, aun así, aquí estoy, soy fiel a mis amigos
y por ti me preocupo, mujer, para que no
te vayas con tus hijos en la indigencia estando
o en la necesidad; pues son muchos los males
que al exilio acompañan. Y, aunque tú me detestes,
no sentiré jamás aversión hacia ti.

MEDEA

¡Oh, pésimo entre todos, que es el mayor insulto
con que pueda mi lengua tu maldad fustigar!
¿Has venido a nosotros tú, el más que nadie odiado?
No es eso atrevimiento ni tampoco valor,
mirar de frente a aquellos a quienes se ha hecho mal,
sino la mayor plaga que se da entre los hombres,

el impudor. Hiciste bien empero en venir:
yo desahogaré mi alma con lo que he de decirte
y tú padecerás cuando oigas mis injurias.
Comenzaré ante todo por cómo comenzó.
Te salvé, como saben cuantos de los Helenos
contigo en la nave Argo se embarcaron, al ser
tú enviado a gobernar a los toros de soplo
ígneo y a arar con ellos la yugada mortal.
Y a aquel dragón insomne de innúmeras volutas
que con su cuerpo el áureo vellocino guardaba
muerte le di alumbrándote con mi luz salvadora.
Dejé luego mi casa y a mi padre y contigo
a Yolco la peliótide me vine, más vehemente
que cuerda siendo en ello. Maté después a Pelias
del más penoso modo que pueda hallarse, a manos
de sus hijas, y así tu temor disipé.
Y tú, el peor de los hombres, tras ese tratamiento
mío quieres dejarme y a un nuevo lecho vas
teniendo hijos de mí; pues, si ellos te faltaran,
disculpable el buscar nuevas nupcias sería.
Se esfumó de tal guisa la fe del juramento
y o crees que no imperan ya los dioses de entonces
o que nueva es la ley de los hombres de ahora
pues para mí convicto resultas de perjurio.
¡Ay, mi mano derecha, que tanto me tomaste!
¡Mis rodillas, que fuisteis falsamente abrazadas
por un vil que al hacerlo mi esperanza engañó!
Veamos, a consultarte voy como si un amigo
fueras. ¿Qué es lo que espero? Nada, mas, sin embargo,
lo haré porque pudor tus respuestas te den.
¿Adónde ahora me vuelvo? ¿Tal vez a la paterna
casa, que traicioné con mi patria al seguirte?
¿Con las pobres Pelíades? ¡Qué bien recibirían
en su morada a aquella que a su padre mató!
Pues he aquí lo que ocurre: mis amigos de antaño
me aborrecen y aquellos a quienes no debí
maltratar como lo hice sólo por complacerte.
¡Y hoy entre las mujeres de la Hélade envidiable
ciertamente parezco después de tal conducta!
¡Es admirable y fiel, pobre de mí, mi esposo!

¡Voy a ser del país desterrada, expulsada,
con mis hijos tan solos como yo, sin amigos!
¡Qué bochorno el del novio, que en mendiguez errante
anden por ahí tus hijos y yo, que te salvé!
¡Oh, Zeus, que a los humanos diste claros indicios
para reconocer la mala ley del oro!,
¿cómo ninguna seña colocaste en los cuerpos
con que al hombre perverso pudiera distinguirse?

CORIFEO

Es tremenda y difícil de aplacar la iracundia
que a querella de amigos contra amigos induce.

JASÓN

Me toca, al parecer, no ser mal orador,
sino, como el experto piloto de un bajel,
capear con las solas fajas de mi velamen
esa impúdica cháchara con que, mujer, me acosas.
Yo, frente a tal manera de realzar tus favores,
creo que entre los dioses y los hombres es Cipris
la única a quien debió mi flota su salud.
Tu espíritu es sutil, pero odioso resúltate
el tener que contar cómo Eros te obligó
con invencibles dardos a salvar mi persona.
Mas no aquilataré demasiado este punto:
de aquel modo o del otro me salvaste y en paz.
Pero en tal salvación fue más lo que tomaste
que lo que recibí, como demostraré.
Habitas ante todo tierra helena y no bárbara,
conoces la justicia y el vivir según ley
y no bajo el imperio tan sólo de la fuerza.
No hay heleno ninguno que ignore que eres sabia
y así tienes prestigio; si siguieras viviendo
en el fin de la tierra, nadie de ti hablaría.
Y a mí ni oro en mi casa me des ni el cantar himnos
más hermosos que Orfeo si ello no va a traerme
el gozar de una fama que distinga mis dotes.
Eso es lo que tenía que decir de mi viaje,
y ello porque tú fuiste la que inició el litigio.
Y en cuanto a la real boda que tú me echas en cara,
en eso mostraré que ante todo soy hábil

y también moderado y además gran amigo
de ti y de nuestros hijos;

Ante los gestos indignados de Medea.

mas mantente tranquila.
Una vez que aquí estoy, venido de la tierra
yolcia y tras mí trayendo problemas insolubles,
¿qué golpe de fortuna pude encontrar mejor
que unirme, un desterrado, con la hija del monarca?
Y no, si ello te escuece, porque odiara tu lecho
o me hiriera el deseo de tener nueva esposa
o de rivalizar con padres de más hijos
—bastan ya los que tengo, no me apetecen otros—,
sino, cosa importante, para que bien viviéramos
sin carecer de nada, sabiendo que a los pobres
les huyen los amigos, todos de ellos se apartan;
para que en forma digna de esta casa se criasen
mis hijos, a los cuales yo les daría hermanos
que, habitando con ellos en un linaje unido,
nos hicieran felices. ¿A qué más descendientes?
A mí sólo me importa que los nacidos hoy
gocen de otros futuros. ¿Es malo esto? Tú misma
lo aceptaras si no te irritase el pensar
en la cama. Que a un grado tal llegáis las mujeres
como para creer que todo lo tenéis
si ello va bien; y, en cambio, cuando no, en enemigas
os tornáis de lo que es más conveniente y justo.
Deberían los hombres buscar otra manera
de engendrar a la prole sin sexo femenino,
y así no sufriría mal alguno el varón.

CORIFEO

Bien adornado está, Jasón, eso que dices,
pero a mí me parece que, aunque otra cosa creas,
no obras bien al estar traicionando a tu esposa.

MEDEA

Hablando consigo misma.

Ciertamente son muchas las cosas en que yo
de los demás discrepo; que el malvado elocuente

creo que se hace reo del más duro castigo
cuando osa delinquir creyendo que su lengua
disfrazará lo injusto; pero no, no es tan diestro.

A Jasón.

Así tampoco tú vengas con bellas formas
y argumentos; hay uno que te va a derribar:
si no fueras un vil, debiste ir con mi asenso
a esa boda, no a espaldas de toda tu familia.

JASÓN

¡Pues sí que habrías sido muy útil en mi plan
si yo te hubiera hablado de él, tú, que aun hoy no accedes
a aplacar la gran ira que en tu corazón arde!

MEDEA

No era tal el obstáculo, mas mis bárbaras nupcias
que a una vejez oscura te iban encaminando.

JASÓN

Pues bien, sabe que no es una mujer la causa
de mi entrada en el lecho principesco que ocupo,
sino, como te dije, mi afán de protegerte
y de dar a mis hijos hermanos de la estirpe
tiránica que fueran baluarte de mi casa.

MEDEA

¡No me alcance esa vida dichosa, pero acerba,
ni una felicidad que mi ánimo atormente!

JASÓN

¿Tú sabes con qué voto resultarás sensata?
¡No te parezca amargo lo que es bueno ni creas
que eres desventurada cuando la suerte es tuya!

MEDEA

Insúltame, pues tienes lugar a que te acojas;
yo, en cambio, solitaria dejaré este país.

JASÓN

Tú misma lo escogiste; no eches la culpa a nadie.

Medea

¿Cómo? ¿Mujer tomando y haciéndote traición?

Jasón

Impías maldiciones lanzando contra el rey.

Medea

Y también, ciertamente, contra tu propia casa.

Jasón

Bien, no discutiré más contigo; si quieres,
con miras al exilio de tus hijos y tuyo,
recibir el dinero con que pueda ayudarte,
dilo, pues presto estoy a dar con mano pródiga
y a enviar signos a huéspedes que bien te tratarán.
Y, si esto no lo aceptas, estás loca, mujer;
mayor será el provecho si cejas en tu cólera.

Medea

Ni pienso con tus huéspedes tener el menor trato
ni de ti recibir nada; no me lo ofrezcas;
no aprovechan los dones del hombre que es perverso.

Jasón

Pues yo pongo a los dioses por testigos de que
dispuesto estoy a hacerte bien a ti y a los hijos;
pero no te complace lo bueno y tenazmente
rechazas al amigo; pues más te dolerá.

Medea

Vete, que mucho tiempo fuera de casa llevas
y la nostalgia sientes de la recién casada.
De novio haciendo sigue; quizá —los dioses óiganlo—
tu boda va a ser tal que de ella te arrepientas.

Jasón sale por un lateral.

Coro

El amor al que falta mesura
no aporta a los humanos
renombre o virtud; mas, si Cipris
se mantiene en sus límites, no hay
otra diosa que más grata a los hombres resulte.

No me hieran, señora, los áureos dardos que embadurnas
con los certeros filtros eróticos.

La templanza me inspire, el altísimo
regalo de los dioses;
que nunca insaciables rencores
o airadas querellas me infunda,
excitando mi pasión hacia un lecho foráneo,
la temible Cipris, mas honre y mantenga sabiamente
la paz en las coyundas domésticas.

¡Oh, patria y casa! Jamás
llegue a estar desterrada
llevando una vida difícil,
angustiosa y llena
de penoso llanto!
¡El morir, el morir venga y no el día
en que tal cosa suceda!
No hay dolor mayor que verse
privada de la tierra patria.

Lo hemos visto, no ha hecho falta
que nadie nos lo cuente.
Ni la ciudad ni los amigos
comparten la pena
tremenda que sufres.
¡Perezca el ingrato que al amigo
no honre abriéndole las puertas
de su alma pura! Un tal hombre
jamás mi amistad gozará.

Entra por un lateral Egeo, vestido con ropas de caminante.

EGEO

¡Alégrate, Medea! No hay preámbulo más bello que éste para iniciar pláticas amistosas.

MEDEA

¡Y alégrate también, Egeo, hijo del sabio Pandión! ¿De dónde vienes a pisar esta tierra?

EGEO

He dejado el antiguo santuario de Febo.

MEDEA

¿Y a qué fuiste al ombligo profético del mundo?

EGEO

Para investigar cómo podría tener hijos.

MEDEA

¿Sin prole, por los dioses, llegaste hasta tu edad?

EGEO

Sin prole; ésa es la suerte que a alguno de ellos debo.

MEDEA

¿Teniendo esposa o bien no habiéndote casado?

EGEO

No he rehuido el yugo de la unión marital.

MEDEA

¿Y cuál es la respuesta de Febo a tu consulta?

EGEO

Demasiado sutil para el ingenio humano.

MEDEA

¿Lícito es que sepamos lo que el dios contestó?

EGEO

Sí, que además de mentes sagaces necesita.

MEDEA

Mas ¿qué vaticinó? Dime si puedo oírlo.

EGEO

Que el piezgo que del odre sobresale no suelte...

MEDEA

¿Antes de hacer qué cosas o de llegar adónde?

Egeo

Antes de regresar de nuevo al lar paterno.

Medea

¿Y a qué fin navegaste con rumbo a este país?

Egeo

Existe un tal Piteo, rey de tierras trecenias...

Medea

Varón de gran piedad, dicen que hijo de Pélope.

Egeo

A ése comunicar quiero el divino oráculo.

Medea

Sí, porque es hombre sabio y experto en lides tales.

Egeo

Y por mí el más querido de mis aliados todos.

Medea

Con tono de tristeza.

Pues bien, que suerte tengas y alcances lo que quieres.

Egeo

Pero ¿por qué marchitos están tu rostro y tez?

Medea

El peor de los hombres es, Egeo, mi esposo.

Egeo

¿Qué dices? Claramente tus disgustos explícame.

Medea

Jasón me está ofendiendo sin culpa por mi parte.

Egeo

¿De qué manera? Infórmame con mayor claridad.

Medea
Nos ha puesto bajo otra dueña de nuestra casa.

Egeo
¡No me digas que un acto tan vergonzoso osó!

Medea
Sí, y a los que antes éramos sus amigos desprecia.

Egeo
¿Se enamoró o tal vez odio cobró a tu lecho?

Medea
Y con un gran amor; fiel no ha sido a los suyos.

Egeo
Pues que se vaya si es tan malo como dices.

Medea
La alianza con el rey, de eso quedó prendado.

Egeo
Pero ¿quién se la dio? Termina con el cuento.

Medea
Creonte, el que es tirano de esta tierra corintia.

Egeo
Entonces explicable, mujer, es que te duela.

Medea
Muerta estoy, y además de esta ciudad me expulsan.

Egeo
¿Quién? Ese es otro mal nuevo del que me informas.

Medea
De Corinto y sus tierras Creonte me ha arrojado.

Egeo
¿Y Jasón lo permite? Tampoco eso lo apruebo.

MEDEA

Aunque dice que no, su idea es permitirlo.

Arrojándose a los pies de Egeo.

Te ruego, pues, por esa barbilla y abrazando
tus rodillas te imploro suplicante: piedad
ten de mí, compadécete de esta desventurada
y no dejes que vaya solitaria al destierro,
mas en tu ciudad y casa como habitante acéptame.
Ojalá tu deseo de hijos cumplido sea
por los dioses y mueras tras dichosa vejez.
Ni sabes con qué hallazgo de tropezar acabas.
A tu esterilidad pondré fin consiguiendo
que engendres descendencia: tales filtros conozco.

EGEO

Son muchos los motivos por los que presto estoy,
mujer, a complacerte y ante todo los dioses
y la futura prole que prometiendo estás,
de la cual por mi parte no hay previsión alguna.
He aquí, pues, lo que haré: si vienes a mi tierra
trataré de auxiliarte como es mi obligación.
Pero una sola cosa, mujer, te he de advertir:
a sacarte de aquí no accederé. Si vienes
a casa por tus medios, allí tendrás asilo
sin temor a que a nadie yo te entregue jamás.
Mas tienes que salir tú sola: yo no quiero
que mis huéspedes puedan acusarme de nada.

MEDEA

Así será; mas todo compuesto quedaría
si alguna garantía de eso tuviera yo.

EGEO

¿No me crees? ¿A qué dificultades temes?

MEDEA

Te creo, pero me odian la familia de Pelias
y Creonte. Ligado por aquello que jures
no les permitirás de tu tierra sacarme;

mas si sólo en palabras, sin juramento alguno
divino, se basara nuestra amistad, tal vez
ante sus embajadas cedieses: yo soy débil
y ellos tienen riqueza y una casa real.

EGEO

Es grande la prudencia que inspira tus palabras.
Pues bien, si tal opinas, yo no me niego a hacerlo.
Para mí es un partido más seguro el tener
pretexto que mostrar pueda a tus enemigos
y tú quedas más firme: cita, pues, a los dioses.

MEDEA

Por Tierra y por su suelo y Helio, mi abuelo, jura,
añadiendo el linaje de los dioses entero...

EGEO

¿Que haré o no haré qué cosa? Tú me lo indicarás.

MEDEA

Que ni tú de tu tierra me vas a expulsar nunca
ni, si algún enemigo mío quiere llevárseme,
se lo permitirás de modo voluntario.

EGEO

Por Tierra y la brillante luz del Sol y los dioses
todos te juro que cumpliré lo que te oigo.

MEDEA

Bien: ¿qué sufrir aceptas si el juramento incumples?

EGEO

Lo que ocurre a los hombres que resultan impíos.

MEDEA

A Egeo mientras sale de escena.

Pues vete enhorabuena, que ya bien queda todo.
Llegaré a tu ciudad tan pronto como esté hecho
lo que intento y logrado lo que quiero obtener.

CORIFEO

Que el hijo de Maya, señor conductor,
te acompañe a tu casa y cumplido te dé
aquello en que piensas, porque es la verdad,
Egeo, que tú
me pareces un noble varón.

MEDEA

¡Oh, Zeus y la Justicia, su hija, y la luz del Sol!
Ahora, amigas mías, vencedoras seremos
de nuestros enemigos, pues ya en camino estamos
y tengo la esperanza de que expiarán su culpa.
Porque, estando nosotras en el mayor apuro,
ese hombre aparecióse, refugio de mi nave;
en él ahora la estacha popel amarraremos
llegando a la ciudad y acrópolis de Palas.
Y a revelarte voy ya mis proyectos todos:
escucha mis palabras, que no te agradarán.
Enviaré a Jasón uno de mis sirvientes
diciéndole que quiero verle ante mi presencia
y, cuando haya venido, le hablaré con blandura:
que estoy con él de acuerdo; que me parece bien
la unión que traicionándonos contrae con la princesa;
que es cosa conveniente y está bien discurrida.
Pero le pediré que mis hijos se queden,
no porque en tierra hostil quiera dejarlos, sino
para a la hija del rey poder matar con dolo.
Pues les enviaré con dones en las manos
y, cuando el atavío se ponga, morirá
malamente y, con ella, quienquiera que la toque:
tales son los venenos con que ungiré el regalo.
Mas aquí a otro lenguaje paso y a gemir voy
por la terrible cosa que a continuación
haré: porque a mis hijos mataré, sin que nadie
pueda salvarlos ya; y así, tras destruir
la casa de Jasón, me obligará a marchar
de esta tierra la muerte de mis hijos amados
y mi crimen inicuo; que tolerable no es,
amigas, que se rían de mí mis enemigos.
Veamos, ¿para qué quiero vivir si no
tengo ya hogar ni patria ni abrigo contra el mal?

Me equivoqué en los tiempos en que dejé la casa
paterna persuadida por palabras de un Griego
que me las pagará si los dioses me ayudan.
Porque ni verá nunca más vivos a mis hijos
ni podrá procrear a otros con la muchacha
recién casada, a quien forzoso sucumbir
será de mala muerte por obra de mis drogas.
Y que nadie me crea tonta, indolente o débil,
sino, por el contrario, para mis enemigos
tan dura como amable para aquellos que me aman.
Y no hay gloria mayor que la del que es así.

CORIFEO

Pues ya que de tu intento nos has hecho partícipes,
queriéndote ayudar y servir a las leyes
humanas te prohíbo que lo lleves a cabo.

MEDEA

No es posible otra cosa; mas puede perdonársete
que hables así, pues no has sufrido lo que yo.

CORIFEO

¿Entonces a tu prole, mujer, vas a matar?

MEDEA

Sí, porque es lo que más dolerá a mi marido.

CORIFEO

Pero infelicidad suma en ello te causas.

MEDEA

¡Ea! Sobran ya todas las palabras inútiles.
¡Vamos, pues!

A la nodriza, que durante este tiempo ha permanecido silenciosa en escena.

Vete y vuelve con Jasón, porque a ti
en lo de más confianza te suelo utilizar.
Pero no digas nada de lo que he decidido
si a mí me quieres bien y como mujer que eres.

La nodriza sale de escena.

CORO

Gentes prósperas fueron de siempre los hijos
de Erecteo; de los dioses felices descienden;
devastado nunca fue su sagrado terruño;
se nutren de insignes saberes con gracia moviéndose
[siempre
a través del éter purísimo donde
Harmonía la rubia parió, según dicen, a las
nueve puras Musas de Pieria.

Cuentan que Cipris acude a las límpidas
ondas del Cefiso en pos de las auras templadas,
dulces, con que su soplo la tierra regala;
e igualmente que, siempre el cabello llevando adornado
[con una
olorosa guirnalda de rosas, ordena a
los Amores que al lado de la Sabiduría
a crear excelencias le ayuden.

¿Cómo esa sede de sacros
ríos, que al amigo
bien acoge siempre,
a una parricida impura
entre todas va a admitir?
Piensa qué crimen va a ser
el golpe dado a tus hijos.
¡Por tus rodillas con toda
el alma te imploramos
que no les mates!

¿De dónde el valor para esa
espantosa audacia
sacarán tu mente,
brazo y alma criminales?
¿Y cómo les mirarás
sin llanto al ir a matarles?
Cuando a tus pies te supliquen,
no podrás manchar tus manos
de sangre sin que el ánimo
te desfallezca.

Jasón entra por un lateral seguido de la nodriza.

JASÓN

Vengo porque me llamas, que, aunque enojada estés
conmigo, no conviene que deje de enterarme
de qué sea eso nuevo que ahora, mujer, me pides.

MEDEA

Yo te ruego, Jasón, que muestres indulgencia
hacia lo que te dije; normal es que soportes
mis humores, pues muchas pruebas de amor nos dimos.
Yo a dialogar conmigo me he puesto y reprochábame
de este modo: «¿Por qué, desdichada, enloquezco
y me aíro contra aquellos que con acierto piensan
y con los soberanos del país me enemisto
y mi esposo, que mira por lo que me concierne
tomando a una princesa por esposa y hermanos
dando a mis hijos? ¿No renunciaré a mi cólera?
¿Qué sentimiento es ése cuando afectos me son
los dioses? ¿No tengo hijos e ignoro que exiliados
estamos del país careciendo de amigos?»
Con estas reflexiones comprendí que era grande
mi estupidez y absurdas mis iras. Ahora apruebo
tu conducta y paréceme prudente tu actitud
al tomar tal alianza, mientras que yo soy necia,
porque de esos proyectos debí participar
y fomentar su logro, ponerme junto al lecho
y gozar presidiendo la boda de tu novia.
Mas las mujeres somos, no diré yo que malas,
pero sí como somos; rivalizar con ellas
no debes en maldad ni a una pueril conducta
otra tal oponer. Yo cedo y reconozco
que me equivoqué entonces y ahora es mejor mi idea.

Hablando hacia la casa, en cuyo interior están los niños. Inmediatamente salen los niños.

¡Hijos, hijos, venid, salid, dejad la casa!
Conmigo saludad a vuestro padre, habladle,
a vuestra madre uníos en el dejar a un lado
la discordia que hasta hoy con un amigo tuve,
pues hay ya entre los dos paz sin rencor alguno.
Tomad su mano diestra;

En un aparte.

pero ¡ay, cómo percibo
algo de las desdichas que ocultas nos esperan!
¿Vais a vivir quizá, mis hijos, muchos años
en que tender podáis los brazos? ¡Ay de mí,
qué propensa a las lágrimas estoy, qué miedo tengo!

Hablando en alto mientras rompe a llorar.

Mientras me reconcilio por fin con vuestro padre
de llanto enternecidos los ojos se me llenan.

CORIFEO

También a mí abundantes las lágrimas me brotan;
que no lleguen a más los males que hoy sufrimos.

JASÓN

Apruebo eso, mujer, sin reprocharte lo otro;
es natural que el sexo femenino se excite
si nupcias subrepticias intentan los maridos.
Pero a un mejor criterio tu corazón volvióse;
al fin te has dado cuenta de cuál es el mejor
partido; es ello propio de una mujer sensata.

Volviéndose hacia los niños.

Y con vosotros, hijos, imprevisor no fue
vuestro padre al granjearos con ayuda divina
la total salvación; pues con vuestros hermanos
seréis, creo, los próceres de la corintia tierra.
Creced, pues; lo demás lo hará el que os engendró
con aquel de los dioses que propicio se os muestre;
que os vea yo robustos en la flor de la edad
y alcanzando victorias contra mis enemigos.

A Medea.

¿Y tú, por qué de lágrimas se llenan tus pupilas
y tu blanca mejilla vuelves sin acoger
alegre las palabras que te estoy dirigiendo?

MEDEA

No es nada; en estos hijos pensaba solamente.

JASÓN

Pues bien, tranquila queda; yo me ocuparé de ellos.

MEDEA

Así lo haré; no quiero dudar de lo que dices;
mas la mujer es débil y al llanto siempre tiende.

JASÓN

Entonces ¿por qué tanto lloras por estos hijos?

MEDEA

Les parí; y cuando tú deseabas que vivieran,
me pregunté con pena si tal sucedería.
Pero, volviendo a aquello para hablar de lo cual
viniste, algo está dicho y el resto lo diré.
Ya que quieren los reyes que yo deje esta tierra
—cosa que yo comprendo muy bien que me conviene,
vivir sin estorbarte ni a ti ni a los tiranos
del país, pues me creen hostil a su familia—,
me marcho desterrada, pero, en cuanto a los niños,
a Creonte solicita que no hayan de salir
para que de tu mano reciban el sustento.

JASÓN

No sé si me hará caso, pero voy a probar.

MEDEA

Al menos di a tu esposa que a su padre lo pida.

JASÓN

Desde luego, y opino que la convenceré.

MEDEA

Sí, si es también mujer como todas lo somos.
Mas yo a ti en esta empresa también voy a ayudarte.
Le enviaré a los niños con regalos que son
con mucho, bien lo sé, los mejores que cabe
concebir en lo humano.

Hablando hacia el interior de la casa.

Que una de las sirvientes

cuanto antes traiga acá, por tanto, el atavío.

A Jasón.

Y así muchos serán los motivos que la hagan
feliz, el ser mujer de un excelente esposo
como tú y poseer los ornamentos que Helio,
el padre de mi padre, donó a sus descendientes.

Entra la sirviente con una corona y un peplo. Medea entrega los regalos a los niños.

Estos regalos, niños, tomad en vuestras manos,
lleváoslos y dadlos a la feliz princesa;
desdeñables no son los dones que recibe.

JASÓN

¿Pero por qué tus manos, loca, de eso despojas?
¿Crees que la casa real anda falta de peplos
o de oro? Guárdalo, no se lo des a nadie.
Si mi mujer en algo me estima, bien sé yo
que a todas las riquezas habrá de preferirme.

MEDEA

Nada de eso; persuaden a los dioses los dones,
según dicen, y el oro vale más que la labia.
De ella es hoy el destino, la divinidad la hace
joven y reina; el alma, no sólo oro, daría
yo por lograr a cambio que a mis hijos no expulsen.
Pues bien, niños, entrad en esa rica casa
y rogad, suplicad a la reciente esposa
de vuestro padre y dueña mía que no os destierren
y dadle el atavío; pues importa ante todo
que en propia mano el don la princesa reciba.
Id al punto; ojalá traigáis la buena nueva
de que está hecho lo que proyecta vuestra madre.

Salen de escena Jasón, el pedagogo y los niños.

CORO

Ya no espero, ya no, que los niños queden vivos;
a la muerte se encaminan sin duda, a la muerte.
Va la esposa a recibir la dorada diadema
fatal, ¡ay, la infortunada!

El ornato del Hades pondrá en su cabellera
con sus propias manos.

Su belleza y su brillo inmortal induciránla
a ataviarse con el peplo y con la áurea corona;
allá abajo lucirá ya sus galas de novia.
Tal es la red en que cae
su tremenda, mortal desventura. Del desastre
no podrá salvarse.

Y tú, pobre novio, pariente de los soberanos,
sin saberlo causas
la muerte a tus hijos, provocas también
la muerte a tu esposa infeliz.
¡Oh, qué mal conoces tu destino!

Y paso a gemir por tu sino, madre desdichada
que a tus hijos vas a
matar, pues tu esposo del lecho nupcial
en forma inhumana salió
para casar con otra mujer.

Vuelven a entrar por un lateral el pedagogo y los niños.

PEDAGOGO

Señora, ya tus hijos no sufrirán destierro;
helos aquí; la novia real tomó contenta
los dones. Está en paz su casa con los niños.
¡Vaya!
¿Por qué tan abatida tal fortuna recibes?

MEDEA

¡Ay, ay!

PEDAGOGO

Pero eso no concuerda con lo que te he anunciado.

MEDEA

¡Ay, ay una vez más!

PEDAGOGO

¿Te habré aportado un duelo
sin saberlo y creyendo que eran buenas noticias?

MEDEA
Y mensaje es lo que es; a ti nada reprocho.

PEDAGOGO
¿Por qué entonces la vista bajas vertiendo lágrimas?

MEDEA
Forzoso, anciano, me es; pues eso lo tramaron
los dioses y yo misma con malos sentimientos.

PEDAGOGO
Cálmate, que a esta tierra tus hijos te traerán.

MEDEA
Más bien será esta mísera quien a otros tierra dé.

PEDAGOGO
Muchas madres se han visto de su prole apartadas;
sobrellevar los lances debe el mortal con ánimo.

MEDEA
Así lo haré; pero entra ya en casa y a los niños
prepárales aquello que necesiten hoy.

El pedagogo entra en la casa.

¡Hijos, hijos, vosotros tenéis ciudad y casa
en que viviréis siempre, lejos de vuestra madre,
dejando a esta infeliz padecer infortunios!
Yo, en cambio, desterrada saldré para otra tierra
sin gozar de vosotros ni ver vuestras venturas
ni procuraros bodas en que el lecho nupcial
yo pudiera adornar o llevar las antorchas.
¡Ay, pobre desgraciada, qué presunción la mía!
En vano yo os crié por lo visto, mis hijos,
en vano soporté dolor desgarrador
en los crueles trances de vuestros nacimientos.
Mas muchas esperanzas abrigaba esta mísera
de que mi ancianidad cuidarais y a mi muerte
piadosa sepultura me dierais, envidiable
suerte para un mortal; pero ahora ya esfumóse
tan dulce pensamiento; de vosotros privada

llevaré una existencia de pesar y amargura.
Y ya el rostro materno no verán vuestros ojos,
porque será distinta la vida que tengáis.
¡Ay, ay! ¿Por qué volvéis la mirada hacia mí 1040
dedicándome esa última sonrisa, niños míos?
¡Ay! ¿Qué voy a hacer yo? Me desfallece el alma,
mujeres, cuando veo sus semblantes alegres.
¡No puedo! ¡Adiós, proyectos! ¿Por qué doblar mis pe-
[nas 1044
sólo por un afán de hacer sufrir al padre 1046
con las desdichas de ellos? ¡No puedo, de verdad!
¡Adiós los planes míos! Mas ¿qué es lo que me pasa?
¿Me resignaré a ser objeto de ludibrio
permitiendo que impunes mis enemigos queden? 1050
Hay que osar lo que intento. ¡Vaya con mi blandura!
¡Que tan mansas ideas admita mi alma! En casa
entrad, niños.

Apartándose de los niños.

Si lícito no es a alguien asistir
a este mi sacrificio, suya la decisión
sea; pero mi mano no desfallecerá. 1055
¡Oh, oh!
¡No, alma mía, no lo hagas! ¡Infeliz, no cometas
tal crimen! ¡Déjales, a tus hijos perdona!
Viviendo allí conmigo me darán alegrías.
¡No, por los vengadores soterraños del Hades,
yo no voy a entregar mis hijos a que sean 1060
ultrajados en manos de nuestros enemigos! 1061
Ello está decidido; no es posible evitarlo. 1064
Y además la princesa ya habrá muerto ataviada 1065
con su peplo y diadema, bien segura estoy de ello.
En fin, pues a tomar voy un triste camino
y a éstos a encaminarles por otro peor aún,
me despediré de ellos.

Volviéndose a acercar a los niños.

Dadme, hijos, vuestra mano
derecha, que la pueda vuestra madre estrechar. 1070
¡Queridísima mano, queridísima boca,
figura y noble faz de mis hijos! Felices
seáis los dos, pero allá, porque de lo de aquí

vuestro padre os privó. ¡Dulce abrazo, piel suave,
oh, dulcísimo aliento de estos niños! Marchaos,
idos ya, que capaz no soy de dirigir
la mirada a mis hijos, pues el dolor me vence.

Los aleja y hace una señal para que los conduzcan dentro de la casa.

Yo comprendo qué crimen tan grande voy a osar,
pero en mis decisiones impera la pasión,
que es la mayor culpable de los males humanos.

CORIFEO

Yo me suelo meter
en pláticas hechas de modo sutil,
discusiones más graves que aquellas en que
a la grey femenina le incumbe el entrar.
Pues también una Musa nos puede acudir
que nos dicte y con juicio nos deje pensar;
mas no a todas; quizá no podrás encontrar
a muchas del género entero que no
tengan lejos la Musa de sí.
Y así digo que el hombre que nunca engendró
hijos ni sabe lo que es padre ser,
aventaja en fortuna a aquel otro que sí
pudo prole alcanzar.
Los que viven sin ellos no saben si son
algo o grato o penoso los hijos; al no
haber conseguido tenerlos, se ven
libres de mucho pesar.
En cambio, al que tiene en su hogar dulce mies
de hijos le veo que está sin cesar
abrumado por tal o por cual sinsabor.
Cómo ante todo podrán criarles bien,
qué recursos un día les han de dejar;
y si tales trabajos se toman en pro
del que bien o el que mal
va a portarse, ésa es ardua cuestión.
Y hay todavía un peligro final
para todos los padres que voy a indicar:
supongamos que medios bastantes halló,

que ha llegado el linaje a la flor de la edad,
que buenos resultan; si tal un demón
dispone, hacia el Hades la Muerte se va
llevando los cuerpos al mundo de allí.
¿Para qué la familia si este último mal,
esta pena la más dolorosa al varón
que quiso hijos tener
le infligen los dioses también?

MEDEA

Hace ya tiempo, amigas, que espero los sucesos
acechando las cosas que allí vayan pasando.
Y ahora viendo estoy que hacia nosotras viene
uno de los sirvientes de Jasón. Su anhelante
respiración indica que su mensaje es malo.

MENSAJERO

Que ha entrado en escena muy alterado.

¡Huye, Medea, autora de este crimen tremendo
y monstruoso, escápate, no rechaces ningún
vehículo marino ni terrestre en tu fuga!

MEDEA

Pero ¿qué cosa ocurre que mi huida reclame?

MENSAJERO

Acaban de matar tus drogas a la joven
princesa y a Creonte, padre que la engendró.

MEDEA

Bellísimas palabras las que has dicho; ya siempre
por bienhechor y amigo mío te he de tener.

MENSAJERO

¿Qué dices? ¿Rectamente razonas, no estás loca,
tú que, tras ultrajar la casa de los reyes,
gozas al escucharlo sin temer tal noticia?

MEDEA

También yo contestar puedo algo a lo que dices,
pero no te apresures, amigo, explícame:
¿cómo murieron? Porque doble satisfacción
nos diera el que haya sido del más terrible modo.

MENSAJERO

Cuando junto a su padre tu doble descendencia
en la casa nupcial entró, nos alegramos
los siervos que penábamos ante tus desventuras;
y en seguida unos y otros decíanse al oído
que tu marido y tú ya en paz a estar volvíais.
Y así el uno las manos de tus hijos besaba,
el otro sus cabezas rubias, y yo con ellos
gozoso entré en la sala donde están las mujeres.
Y el ama, a la que en vez de a ti ahora respetábamos,
hasta que ante ella estuvo la pareja de niños
a Jasón dirigía la mirada amorosa;
pero después cubrióse los ojos y la blanca
mejilla volvió a un lado, pues estaba ofendida
ante la aparición de tus hijos. Tu esposo
se esforzaba en calmar así su indignación:
«¿Quieres dejar de ser hostil a tus amigos
y deponer tus iras y volver la cabeza
hacia los que me son adictos y aceptar
el regalo y pedir a tu padre que, en gracia
a mí, la pena anule de exilio de estos niños?»
Y ella al ver el ornato no pudo resistir
y concedió a su esposo todo y, cuando aún no estaban
lejos de allí tus hijos con su padre, tomó
el peplo de colores y se atavió con él,
en sus rizos poniendo la dorada corona,
y el pelo ante el espejo sonriendo se arregló
frente al inanimado reflejo de su cuerpo.
Se levantó después para cruzar la sala,
graciosamente andando con blanquísimos pies,
encantada ante el don y mirando hacia atrás
por ver cómo caía sobre el talón la falda.
Mas luego el espectáculo fue terrible de ver:
se quedó sin color, se encogió y, temblorosos
los miembros, volvió al trono y a duras penas pudo

sentarse allí otra vez sin caer por los suelos.
Una anciana sirviente, creyendo, yo supongo,
que aquello era un ataque de Pan o de otro dios,
empezó a lanzar gritos, mas, al ver que a la boca
venía blanca espuma, se salían las niñas
de los ojos y exangüe se quedaba su cuerpo,
abundantes gemidos sucedieron a aquel
alarido primero. Y entonces la una en busca
de su padre corrió y otra al reciente esposo
fue a contar lo ocurrido con su novia; y en toda
la casa resonaban precipitados pasos.
Mas ya a su meta habría llegado un corredor
veloz cuya carrera constara de seis pletros
cuando la infortunada despertó de su mudo
trance y abrió los ojos y gimió horriblemente.
Porque eran dos los males que a la vez la atacaban:
en su cabeza la áurea guirnalda despedía
una espantable lengua de fuego abrasador
y el delicado peplo, regalo de tus hijos,
se cebaba en el blanco cuerpo de la infeliz.
Y se alzó y salió huyendo de su trono entre llamas,
su melena agitando de esta y de la otra parte
para que la guirnalda cayera; pero el oro
firmemente se asía y, al moverse más ella,
aumentaba también el ígneo resplandor.
Y al final cayó al suelo, vencida por el mal
y ya irreconocible salvo para sus padres;
no se podían ver la forma de sus ojos
ni su bello semblante; manaba, desde lo alto
de su cabeza, sangre confundida con llamas;
sus carnes, corroídas por el diente invisible
del veneno, goteaban cual resina de pino.
¡Horrorosa visión! Y nadie su cadáver
tocaba, que su suerte de lección nos servía.
Pero su pobre padre, del caso no enterado,
de pronto entró en la casa y arrojóse sobre ella
y empezó a sollozar y, abrazando su cuerpo,
la besaba diciendo: «Desdichada hija mía,
¿qué dios te ha hecho morir de tan atroz manera?
¿Quién a este moribundo viejo deja sin ti?
¡Ay, ojalá me quepa morir, niña, contigo!»

Y, una vez que dio fin a su queja y lamento,
quiso su anciano cuerpo levantar, mas quedábase,
como yedra a las ramas del laurel, aferrado
por el peplo sutil, y era horrible su lucha.
El padre alzar quería sus rodillas, pero ella
le agarraba a su vez; y, al esforzarse más,
se arrancaban sus carnes seniles de los huesos
hasta que el desgraciado se entregó y rindió el alma
sintiéndose incapaz de vencer su infortunio.
Y ahora yacen juntos la hija y el viejo padre,
un desastre que nadie dejará de llorar.
En cuanto a ti, no tengo nada ya que decirte:
conocerás tú misma la sanción que te toca.
No es la primera vez que mera sombra juzgo
lo mortal; yo diría sin temor que los hombres
tenidos por profundos pensadores y sabios
son los que en necedad mayor incurrir suelen.
Y no hay de los humanos nadie que feliz sea:
uno puede tener más suerte que los otros
si le afluyen los éxitos, pero eso no es la dicha.

Se retira por un lateral.

CORIFEO

Parece que en el día de hoy a Jasón los dioses
mucho mal merecido le han querido causar.
¡Pobre, qué compasión sentimos por tu suerte,
tú, la hija de Creonte, que a las puertas del Hades
te llevó como víctima tu boda con Jasón!

MEDEA

Amigas, decidido tengo el matar al punto
a mis hijos y luego marcharme de esta tierra
sin demoras que puedan ponerles en las manos
asesinas de aquellos que me odian. Es forzoso
que sin remedio mueran; y, puesto que es preciso,
yo seré quien les mate, la que vida les di.
¡Ea, corazón, ármate! ¿Por qué vacilo ahora
ante este hecho terrible, mas también necesario?
¡Vamos, mano infeliz mía, toma la espada,
tómala, a la barrera ve tras la cual está
la vida dolorosa! No te ablandes ni pienses

que les amabas mucho, que les pariste; al menos
en este breve día de ellos olvídate;
luego podrás llorar; que, aunque les sacrifiques,
les querías; en fin, soy una desdichada.

Entra en la casa.

CORO

¡Oh, tierra y resplandeciente
luz del sol, mirad a esta mujer funesta
antes que su mano ponga en sus hijos,
mano sangrienta, mano suicida!
Pues son simiente de áureo linaje
y es un horror que sangre divina
derramen los hombres.
¡Luz de Zeus nacida, tal delito impide,
de esta casa expulsa a la triste Furia
a la que los genios vengadores mueven!

¡Adiós, maternos cuidados!
En vano una prole querida has engendrado
tras forzar el paso inhospitalario
de las oscuras rocas Simplégades!
¡Desventurada! ¿Por qué esa cólera
terrible y ese afán de matanza
después del amor?
Grave es esa mancha de la propia sangre;
pues al parricida le causa penas
que azuzan a los dioses contra su morada.

UN NIÑO DENTRO

¡Ay de mí!

CORO

¿Oyes la voz, oyes al niño? 1273
¡Oh, miserable, mujer desgraciada! 1274

UN NIÑO DENTRO

¡Ay de mí! ¿Qué haré yo? ¿Cómo escapo a mi madre? 1271

OTRO NIÑO DENTRO

No sé, hermano querido; pues perdidos estamos. 1272

CORO

¿Entro en la casa? Creo que debemos
darles ayuda.

UN NIÑO DENTRO

¡Sí, favor, por los dioses! ¡Que lo necesitamos!

OTRO NIÑO DENTRO

¡Estamos en la red y el filo de la espada!

CORO

Eres de piedra, pobre de ti, o hierro,
que estás matando
con tu propia mano la cosecha de tus entrañas.

Sólo sé de una mujer de otrora
que asesinó a sus hijos queridos:
Ino, la enloquecida por los dioses, que fue
por la esposa de Zeus enviada a la ventura.
Cayó la pobre al mar y a su prole
dio muerte inicua.
Saltó ella misma desde la marina ribera
para morir así junto con sus dos hijos.
¿Qué hay más terrible que esto? ¡Femeninas,
penosas nupcias
a los hombres cuántas desventuras causasteis ya!

Aparece por un lateral Jasón; se dirige al coro.

JASÓN

Mujeres que aquí estáis de pie junto al palacio,
¿se encuentra en él aún Medea, responsable
de horrendas fechorías, o la huida emprendió?
Porque habrá de ocultarse bajo tierra o de alzar
mediante alas su cuerpo por el éter profundo
si esquivar el castigo quiere de los tiranos.
Después de asesinar a los reyes de aquí,
¿cree que podrá inmune salir aún de esta casa?
Pero no me preocupa tanto como mis hijos:
a ella castigaránla las víctimas del crimen,
pero he venido aquí para salvarles a ellos,
no vayan a causarles algún mal los parientes
por vengar el impío delito de su madre.

CORIFEO

¡Desdichado de ti! No conoces el grado,
Jasón, de tu desgracia, pues así no hablarías.

JASÓN

¿Qué pasa? ¿Acaso quiere también a mí matarme?

CORIFEO

A tus hijos la mano de su madre dio muerte.

JASÓN

¿Qué dices, ay de mí? ¡Me destrozas, mujer!

CORIFEO

Que debes pensar ya que tus hijos no existen.

JASÓN

¿Y dónde los mató? ¿Fuera de casa o dentro?

CORIFEO

Si abres la puerta, ver podrás la mortandad.

JASÓN

Golpeando la puerta.

Los cerrojos cuanto antes corred, mis servidores,
quitad las barras, vea yo mi doble desdicha:
ellos ya muertos y ella... su pena haré que pague.

Aparece en lo alto de la casa Medea llevada en un carro por dragones alados; sobre el carro los cadáveres de sus hijos.

MEDEA

¿Por qué la puerta así sacudes en tu intento
de buscar a los muertos o a mí, que les maté?
Ahórrate el trabajo. Si de mí necesitas,
háblame cuanto quieras, mas no podrás tocarme:
tal es el carro alado que me da Helio, mi abuelo,
baluarte contra ataques de cualquier enemigo.

JASÓN

¡Oh, monstruo, la mujer a la que más odiamos
yo y los dioses y toda la especie de los hombres,

que a tus hijos osaste con la espada atacar
siendo su propia madre y a mí así me matabas!
Después de hacer tal cosa, tras acto tan perverso,
¿a la tierra y el sol te atreves a mirar?
¡Que mueras te deseo con cordura que no
tuve cuando te traje de tu casa y tu bárbara
tierra a griega morada, calamidad suprema
que a tu padre vendiste y a tu propia nación!
En ti un genio maligno me enviaron los dioses
cuando, habiendo a tu hermano matado ante el hogar,
en Argo, la de hermosa proa, te refugiaste.
Tal tu comienzo fue; y, una vez desposada
conmigo y siendo madre de estos hijos, mi ruina
por culpa de mis nupcias y de mi lecho fuiste.
¡Ninguna mujer griega tal cosa habría osado,
mas yo a ellas te antepuse para casar contigo,
oh, mi esposa fatal, que eres mi perdición,
leona, no mujer, pues es tu natural
más salvaje que el mismo de Escila la tirsénide!
Pero ni aunque infinitos mis vituperios fueran
te haría ningún daño: tan grande es tu impudor.
¡Sal de aquí enhoramala, malvada y parricida!
A mí sólo me quedan los ayes por mi suerte,
que no podré gozar de mi reciente boda
ni en vida la palabra dirigiré a mis hijos
a que di crianza y ser y que he perdido ya.

MEDEA

Largamente extenderme podría en mi respuesta
si no supiera ya Zeus el padre las cosas
que de mí has recibido y aquello que me has hecho.
No ibas a llevar vida placentera riéndote
de mí tras tu deshonra del lecho conyugal;
ni impunemente habían de echarme del país
la princesa o Creonte, que una esposa te dio.
Ante esto llámame leona, si es tu gusto,
o Escila y habitante de tirsénicas cuevas;
el caso es que herí tu alma como lo merecías.

JASÓN

Mas tú también padeces y mis males compartes.

MEDEA

Sí, pero me compensa saber que no te burlas.

JASÓN

¡Hijos, qué mala ha sido la madre que obtuvisteis!

MEDEA

¡Hijos, cómo os perdió la perversión paterna!

JASÓN

Pero al menos no fue mi mano la asesina.

MEDEA

No, mas sí tu soberbia con las bodas flamantes.

JASÓN

¿Sólo a causa del lecho te atreviste a matarlos?

MEDEA

¿Crees que es leve ese asunto para cualquier mujer?

JASÓN

Sí cuando casta sea; pero en ti todo es vicio.

MEDEA

Ellos no viven ya; te dolerá ello mucho.

JASÓN

Sí viven; y a vengarse van de ti cruelmente.

MEDEA

Los dioses saben bien quién el mal inició.

JASÓN

E igualmente conocen tu mente despreciable.

MEDEA

¡Sigue odiando! Aborrezco tus amargas palabras.

JASÓN

Y yo las tuyas; fácil será ya el despedirnos.

MEDEA

¿Cómo? ¿Qué he de hacer yo? También lo mismo quiero.

JASÓN

Déjame que a estos muertos entierre y que les llore.

MEDEA

No, seré yo quien con mis manos les sepulte,
al recinto llevándoles de la diosa Hera Acrea,
porque los enemigos no vayan a ultrajarles
removiendo sus tumbas; y una fiesta con rito
solemne instauraremos para siempre en la tierra
de Sísifo que expíe crimen tan despiadado.
Yo me iré a la ciudad de Erecteo, a vivir
en ella con Egeo, vástago de Pandión,
y tú, como es debido, morirás malamente
habiendo visto el fin acerbo de tus bodas.

JASÓN

De tus hijos la Erinis que muerte te dé
y Justicia también.

MEDEA

¿Qué dios o qué genio tu voz va a escuchar,
la voz de un perjuro y un huésped felón?

JASÓN

¡Ay, ay! ¡Parricida, maldita mujer!

MEDEA

Ve a casa, a tu esposa enterrar debes ya.

JASÓN

Ya me voy, mas mis hijos me faltan los dos.

MEDEA

No llores aún: ya vendrá la vejez.

JASÓN

¡Hijos, cómo os amé!

MEDEA

No, su madre, no tú.

JASÓN

¿Quien les iba a matar?

MEDEA

Por vengarme de ti.

JASÓN

¡Desdichado, quisiera a mis hijos besar
en las bocas amadas, ay, triste de mí!

MEDEA

Ahora sí que les hablas y mimas; ayer
les dejabas sin ti.

JASÓN

¡Por los dioses, la piel
de los niños tan suave tocar déjame!

MEDEA

No se puede; es inútil y vano insistir.

Desaparece de la escena.

JASÓN

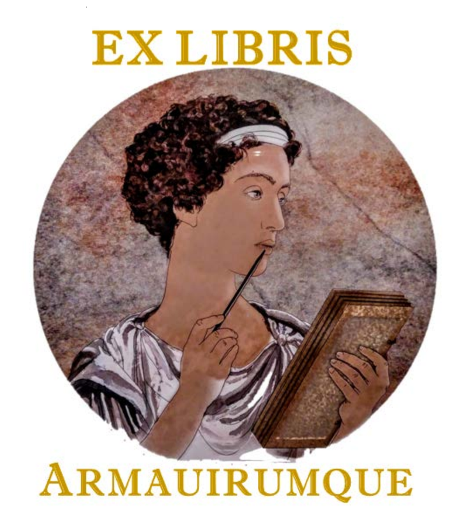
¿Oyes, Zeus, cómo soy rechazado y de qué
modo me trata la leona feroz
que a sus hijos de forma terrible mató?
Pero, en fin, en mis manos tan sólo ahora está
el llorar estos males y al cielo invocar
y hacer a los dioses testigos de que,
tras haber a mis hijos matado, ahora tú
que les toque me impides y tierra les dé.
¡Engendrarles jamás yo debí para ver
cómo han muerto a tus manos así!

Se retira. El coro abandona la escena desfilando.

CORIFEO

Muchas cosas el Zeus del Olimpo gobierna;
lo que cumplan los dioses prever no se puede.
Lo esperado no dejan que llegue a su fin,
consiguen que se haga real lo imposible.
Así en esta historia ocurrió.

ALCESTIS



ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-76; Apolo; la Muerte dialoga con el dios).

Párodo (77-140; anapestos del corifeo, 77-85 y 131-140; diálogo anapéstico, 93-97 y 105-111; dos estrofas y antístrofas del coro dividido en dos semicoros).

Primer episodio (141-212; diálogo entre una sirviente y el corifeo).

Primer estásimo (213-279); estrofa y antístrofa del coro repartido en dos semicoros, 213-237; período anapéstico del corifeo, 238-243; diálogo lírico entre Admeto y Alcestis, 244-279).

Segundo episodio (280-392; Alcestis y Admeto).

Monodia de Eumelo (393-415; estrofa y antístrofa).

Segundo estásimo (435-475; dos estrofas y antístrofas).

Tercer episodio (476-568; Heracles dialoga con el corifeo y, posteriormente, con Admeto).

Tercer estásimo (569-605; dos estrofas y antístrofas).

Cuarto episodio (606-860; Admeto y Feres; Heracles y un sirviente).

Diálogo lírico entre Admeto y el coro (861-961; períodos anapésticos de Admeto; dos estrofas y antístrofas).

Cuarto estásimo (962-1005; dos estrofas y antístrofas).

Quinto episodio (1006-1158; Heracles y Admeto).

Despedida anapéstica del corifeo (1159-1162).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

APOLO, *dios.*
LA MUERTE.
SIRVIENTE *de Alcestis.*
ALCESTIS, *esposa de Admeto.*
ADMETO, *rey de Feras.*
EUMELO, *niño, hijo de Alcestis.*
HERACLES, *héroe.*
FERES, *padre de Admeto.*
SIRVIENTE *de Admeto.*

CORO DE ANCIANOS DE FERAS, *ciudad de Tesalia.*

PERSONAJES MUDOS:
HERMANA DE EUMELO.
SERVIDORES DE ADMETO Y ALCESTIS.
PARTICIPANTES EN EL CORTEJO FÚNEBRE

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: APOLO, ALCESTIS, HERACLES.
DEUTERAGONISTA: LA MUERTE, ADMETO.
TRITAGONISTA: EUMELO, FERES, SIRVIENTE DE ALCESTIS, SIRVIENTE DE ADMETO.

La escena representa la fachada del palacio de Admeto en Feras, ciudad de Tesalia.

APOLO

Saliendo del palacio con un arco en la mano. Se vuelve para contemplar el palacio de Admeto; luego, mirando al público, recita el prólogo.

¡Oh, palacio de Admeto, donde me resigné,
siendo dios, a comer de una mesa servil!
Zeus fue de ello causante: mató, en efecto, a mi hijo
Asclepio, golpeando con el rayo su pecho;
yo, irritado por ello, di muerte a los Ciclopes,
artesanos del fuego de Zeus, y él a servir
a un mortal me obligó como pena de mi hecho.
Vine, pues, a esta tierra, fui pastor de mi huésped
y de su casa hasta hoy he sido el protector.
Porque mi lealtad halló un hombre piadoso,
el de Feres, al cual yo salvé de morir
chasqueando a las Meras; luego ellas me otorgaron
que de momento Admeto del Hades se librara
enviando abajo, a cambio de su persona, un muerto.
Y él comenzó una encuesta con quienes le querían,
su padre con la anciana madre que le pariera,
mas su esposa fue la única que a morir accedió
en vez de aquél y a no volver a ver la luz.
Ahora en brazos la tienen los de casa, pues su alma
está expirando ya; día es éste en que el hado
dispone que perezca saliendo de esta vida.
Y yo, para que no me alcance aquí el miasma,
abandono el palacio que tanto siempre amé.

Señalando a la Muerte, que entra en escena por uno de los laterales llevando una espada en la mano.

Y ya estoy viendo a Muerte que hacia acá se me acerca:
es la sacerdotisa de los difuntos y
la va a llevar al Hades; bien a punto ha llegado
tras acechar la fecha que iba a traer su muerte.

MUERTE

A Apolo.

¡Eh, eh!
¿Qué haces tú en esta casa? ¿Por qué estás aquí
merodeando? No debes, ¡oh, Febo!, otra vez
los derechos de abajo querer conculcar.
¿No bastó que pudieras de Admeto el final
demorar y a las Meras con dolo falaz
engañar? Y de nuevo emboscado aquí estás,
con el arco en la mano, intentando salvar
a la hija de Pelias, que un día aceptó
en vez de su esposo el morir.

APOLO

Cálmate; son mis armas la razón y justicia.

MUERTE

¿Por qué entonces el arco, si tienes la razón?

APOLO

Acostumbrado estoy a llevarlo conmigo.

MUERTE

Sí, y a ofrecer injusta protección a este hogar.

APOLO

Me apesadumbra el trance que a un amigo amenaza.

MUERTE

¿Quieres, pues, por segunda vez quitarme un difunto?

APOLO

No fue por fuerza como te arrebaté el primero.

MUERTE

Pero ¿no está en la tierra, debiendo hallarse aba-
[jo?

APOLO
Se canjeó por su esposa, tras la cual ahora vienes.

MUERTE
Sí, y a la región ínfera la voy a transportar.

APOLO
Pues llévatela y vete: no espero persuadirte.

MUERTE
¿De que mate al que estoy a matar obligado?

APOLO
No, sino de que aplaces la muerte al moribundo.

MUERTE
Ya veo tu argumento y el celo que despliegas.

APOLO
¿No hay modo de que Alcestis llegue a la senectud?

MUERTE
No; piensa que me gustan a mí también las honras.

APOLO
De todos modos, sólo te llevas una vida.

MUERTE
Cuando el que muere es joven, más lucido es mi honor.

APOLO
Mas, si llegare a vieja, tendrá rico sepelio.

MUERTE
La ley que apoyas, Febo, defiende a los que tienen.

APOLO
¿Qué dices? ¿Serás, pues, inteligente acaso?

MUERTE
Comprarían los ricos el vivir mucho tiempo.

APOLO

Entonces ¿tú no accedes a hacerme este favor?

MUERTE

No por cierto: ya sabes mi carácter cómo es.

APOLO

Odioso entre los hombres y dioses igualmente.

MUERTE

No puedes tener siempre lo que no está a tu alcance.

APOLO

Cejarás, sin embargo, por muy cruel que seas;
tan fuerte será el hombre que al palacio de Feres
acuda, pues, enviado por Euristeo en busca
de un tiro de caballos a las tierras inhóspitas
de Tracia, como huésped vendrá a casa de Admeto
y sabrá por la fuerza su esposa arrebatarte.
Y así tendrás que hacerlo sin que yo te agradezca
nada, sino, antes bien, siendo odiada por mí.

MUERTE

Por mucho que me digas nada conseguirás:
de cierto esta mujer irá a la casa de Hades.
Ahora ya sus primicias obtendré con la espada;
que a los dioses de abajo pertenece ya aquel
cuyo cabello corta mi arma como una ofrenda.

La Muerte entra en el palacio y Apolo se retira por uno de los laterales; a la vez entra desfilando el coro, compuesto por quince ancianos de Feras que luego se dividen en dos semicoros.

CORIFEO

¿Por qué habrá ante el palacio tan grande quietud?
¿Por qué está silencioso de Admeto el hogar?
No hay cerca un amigo que pueda explicar
si murió ya la reina y se debe llorar
o si viva se encuentra y capaz es aún
la hija de Pelias, Alcestis, de ver
el sol: yo repito con todos que fue
la mujer que jamás
con su esposo mejor se portó.

CORO

¿Oye alguien algún gemido,
palmadas en casa o llantos,
señal de que ya ocurrió?
Ni veo tampoco criados
en torno a las puertas de pie.
¡Aparece, Peán, rechaza
la ola del desastre!

SEMICORO PRIMERO

Si viviera, ¿callaran así?

SEMICORO SEGUNDO

Difunta está ya.

SEMICORO PRIMERO

¡No ha dejado su casa, no, no!

SEMICORO SEGUNDO

¿Por qué? No lo creo. ¿Te anima algo a ti?

SEMICORO PRIMERO

¿Cómo Admeto podría en silencio omitir
la costumbre ritual
al perder a tan noble mujer?

CORO

Yo no veo ante la puerta
el usual aguamanil
de agua viva para el muerto.
No hay rizos colgados del atrio
como suele en un duelo ocurrir.
Ni suenan tampoco los golpes
de mujeres jóvenes.

SEMICORO SEGUNDO

Sin embargo, este día es aquel...

SEMICORO PRIMERO

¿Qué me vas a decir?

SEMICORO SEGUNDO

En que debe la tierra dejar.

SEMICORO PRIMERO

Dañas mi alma, mi mente impresionas así.

SEMICORO SEGUNDO

Cuando sufren los buenos, de luto estará
todo aquel que gozar
quiera fama de innata bondad.

CORO

No hay lugar de la tierra,
Licia ni la seca
región amoniade,
al que se pueda una nave
enviar creyendo
salvar así la vida
de esta desdichada; se acerca
su muerte cruel; no sé a qué
ara ir de aquellas en que
se ofrendan los corderos.

Sólo el hijo de Febo,
si aun vieran la luz
sus ojos, la habría
arrancado al lugar tenebroso,
las puertas de Hades.
Pues alzaba a los muertos
hasta que le hirió el dardo ardiente,
rayo lanzado por Zeus.
Ahora ¿qué esperanza
tengo de que reviva?

CORIFEO

Ningún culto ya existe a que no
se haya vuelto el señor;
chorreando de sangre ritual
los altares de todos los dioses están
y no hay nada que sane este mal.

Señalando a una sirviente que sale del palacio.

Mas he aquí que llorando viene desde la casa
una de las sirvientes: ¿qué nueva escucharé?
Explicable es su duelo si algo a su ama ocurrió,
mas yo saber quisiera si aliento todavía
conserva o si tal vez pereció ya la reina.

Sirviente

Puedes decir que vive y a la vez que ha expirado.

Corifeo

¿Y cómo creer que alguien murió y aún ve la luz?

Sirviente

Porque ya está abatida y el alma se le escapa.

Corifeo

¡Pobre de ti, tan bueno, qué compañera pierdes!

Sirviente

No se da cuenta el dueño de ello hasta que lo sufra.

Corifeo

Pero ¿no hay esperanzas de que su vida salve?

Sirviente

Este día fatal está tirando de ella.

Corifeo

¿Y no preparan ya lo que a tal trance cuadra?

Sirviente

Sí, el atavío con que la va a enterrar su esposo.

Corifeo

Pues sepa la mejor de todas las mujeres
que va a ser muy gloriosa la muerte que reciba.

Sirviente

¿Y cómo no ha de ser la mejor? ¿Quién lo duda?
¿Cómo ha de comportarse la que a todas supere?
¿Cómo demostrará lo mucho que a su esposo

ama, sino aceptando morir en su lugar?
Ésa es cosa que ya toda la ciudad sabe,
pero lo que hizo en casa te admirará al oírlo.
Cuando advirtió que había llegado ya el momento
decisivo, con agua fluvial lavó su blanco
cuerpo y después sacó su vestido y sus joyas
del armario de cedro, se vistió dignamente
y, en pie junto al hogar, imploró: «Puesto que
a descender, señora, bajo tierra voy yo,
hoy por última vez ante ti prosternándome
te ruego que custodies a mis hijos ya huérfanos:
da al uno amante esposa y a la otra un buen marido;
pero que no perezcan como quien les parió,
antes de tiempo, sino felices una vida
repleta de delicias en tierra patria pasen.»
Y a todos los altares que hay en casa de Admeto
se acercó para orar y los fue coronando
con hojas que arrancaba de una rama de mirto,
sin llorar ni gemir y sin que su desdicha
mudase de su piel el hermoso color.
Mas luego entró en el tálamo y arrojóse en el lecho
y entonces se dio al llanto ya con estas palabras:
«¡Oh, lecho en que soltó mi virginal cintura
el hombre por el cual voy a morir ahora,
adiós! No te aborrezco, pues sola a mí perdiste;
por no haceros traición a ti y mi esposo muero.
Otra mujer tal vez te ocupará, no más
virtuosa que yo, pero sí más feliz.»
Y de hinojos besólo y empapaba las ropas
aquella inundación que sus ojos vertían.
Y, cuando hubo saciado su deseo de lágrimas,
se apartó cabizbaja del lecho, pero luego,
tras salir de la alcoba, volvía a entrar en ella
mil veces y a tenderse nuevamente en la cama.
Y los niños lloraban agarrados al peplo
de su madre, que a entrambos, como aquella que al [punto
va a morir, en sus brazos tomaba. Los sirvientes
de la casa gemían también ellos sintiendo
piedad por su señora; y ella a todos les daba
la mano, sin que hubiera nadie tan vil que no

pudiera despedirla y escuchar su saludo.
Tal es el infortunio de la casa de Admeto.
Él pudo haber perdido la vida, pero ahora
va a padecer dolores que recordará siempre.

CORIFEO

¿Y se lamenta Admeto de una desgracia tal,
pues se va a ver privado de una esposa tan noble?

SIRVIENTE

Sí, abraza a su querida mujer y llora y pídele
algo que es imposible, que no le deje nunca,
pues ella desfallece de su mal, se consume
y, aun siendo sólo ya triste carga en sus brazos,
respira todavía débilmente y en ver
la luz del sol se afana. Pero voy a anunciar 206
que estás aquí presente. Pues no todos los súbditos 209
aman a los tiranos como para acercarse
a acompañarles cuando tales males suceden;
pero tú de mis amos eres un viejo amigo.

Entra en el palacio.

SEMICORO PRIMERO

¡Oh, Zeus! ¿Qué término podrías dar
a estas desdichas y suerte
infausta de los reyes?

SEMICORO SEGUNDO

¿Saldrá alguien? ¿O corto mi pelo
ya y me revisto de negras
vestiduras de luto?

SEMICORO PRIMERO

Claro está, amigos, mas, sin embargo,
a los dioses supliquemos:
su poder es inmenso.

CORO

¡Sanador,
da alguna solución a las cuitas de Admeto!
¡Procúrala, procúrala! Pues antes
la hallaste, hoy sé

ahuyentador también de la muerte;
detén al Hades, al asesino!

SEMICORO SEGUNDO

¡Ay, ay de nosotros, qué dolor!
¡Qué infortunio, hijo de Feres,
que te ves sin tu esposa!

SEMICORO PRIMERO

¿No es algo como para ahorcarse,
echarse una cuerda al cuello
y en el aire pender?

SEMICORO SEGUNDO

¡Pues no a tu amada, mas amadísima
mujer vas a ver hoy muerta,
en este mismo día!

CORO

¡Vedla, vedla!
He aquí que de la casa con su esposo ya sale.
¡Laméntate, ferea tierra, por la
más digna esposa,
que, consumida por este morbo,
marcha bajo tierra, hacia el Hades!

CORIFEO

Nunca diré que supere el placer
en la vida del hombre casado al dolor;
me lo prueban lo de antes y este hado en el que hoy
padecer veo al rey, que, después de perder
a su esposa excelente, una vida tendrá
que no vale la pena vivir.

Mientras el coro termina su canto sale Admeto lentamente del palacio acompañado de sus hijos y de unos sirvientes que sostienen a Alcestis. En sus primeras réplicas Alcestis canta.

ALCESTIS

¡Oh, sol, luz del día y las nubes
voraginosas que los cielos recorréis!

ADMETO

A los dos nos contemplan, desdichados que nada
hemos hecho a los dioses que tu muerte merezca.

ALCESTIS

¡Oh tierra y techo de mi casa,
oh, lecho de mis nupcias en la patria Yolco!

ADMETO

¡Álzate, infortunada, no me dejes aún!
¡Implora a la piedad de los potentes dioses!

ALCESTIS

Veo un esquife que está en el lago;
tiene dos remos; Caronte,
puesta ya su mano en la pértiga,
me llama: «¿Por qué tardas?
¡Date más prisa, que me retrasas!»
Tal es su voz impetuosa.

ADMETO

¡Ay, ay, qué amarga es esa travesía de que hablas!
¡Desdichada de ti, cuánto sufrimos ambos!

ALCESTIS

Alguien me llama, ¿no lo estás viendo?,
a la casa de los muertos;
lleva alas y bajo sus negras
cejas me mira; es Hades.
¿Qué vas a hacerme? ¡Suelta! ¡Qué ruta
la que emprendo, desgraciada!

ADMETO

Te lloran tus amigos, pero más que ninguno
nuestros hijos y yo con un duelo común.

ALCESTIS

¡Dejadme, dejadme ya!
Echadme, no me tengo;

Se deja caer en una litera que han sacado de palacio unos sirvientes.

Hades se acerca;
la noche oscura mis ojos cubre.
¡Hijos, hijos, ya no
tenéis madre con vosotros!
¡Felices, mis hijos, esta luz sigáis viendo!

ADMETO

¡Ay, terribles palabras que son para mí
algo peor que la muerte! ¡No aceptes así
el dejarme, a los dioses invoco y también
a los hijos que huérfanos vas a dejar!
¡Álzate, ten valor!
Si tú mueres, ya nada tampoco seré;
en tu mano está, pues, el que yo viva o no;
pues soy fiel al que fue nuestro amor.

ALCESTIS

Admeto, pues ya ves en qué estado me encuentro,
mis deseos mostrarte quiero antes de morir.
Yo, que por amor tuyo conseguí que la luz
a cambio de mi vida siguieras contemplando,
muero por ti a pesar de que habría podido
casarme con un Tésalo de mi elección y ser
dichosa en la morada de un magnate habitando.
Mas me negué a pasar la existencia sin ti
y con mis hijos huérfanos y renuncié a los dones
juveniles en que tanto me deleitaba.
Traicionáronte, en cambio, quien te engendró y tu madre,
aunque en edad estaban de morir y dejar,
salvándote, un recuerdo glorioso de sus vidas.
Pues sólo te tenían a ti y ya no esperaban
engendrar nueva prole cuando tú hubieses muerto.
Y así tú y yo siguiéramos viviendo y no tendrías
que lamentar el verte privado de tu esposa
y a tus hijos criar en la orfandad. Pero esto
sin duda ha sucedido porque lo aprobó un dios.
Pues bien, tu gratitud hacia lo que he hecho muéstrame.
Algo voy a pedirte que no está en consonancia
con el perder la vida, lo más precioso que hay,
mas sí es justo, según tú reconocerás;

porque tanto a estos niños amarás como yo
si estás en tus cabales. Déjales, pues, que sean
dueños de nuestra casa, madrastra no les des
que, siendo peor que yo, por celos a tus hijos,
míos que son también, ponga la mano encima.
No hagas eso jamás, te lo suplico; porque
toda segunda esposa detesta a sus hijastros
y resulta para ellos más cruel que una víbora.
Y el varón de su padre gran protección recibe,
pero ¿qué doncellez, niña, va a ser la tuya?
¿Cómo te tratará la mujer de tu padre?
¡No vaya a echarte mala reputación y así
estropee tus bodas en la flor de tus años!
Porque no tendrás madre que te entregue a tu novio,
niña mía, ni aliento te infunda en tus preñeces,
ocasión en que nada más que una madre ayuda.
Pues yo voy a morir, y no es trance que deba
mañana ni pasado venirme, mas al punto
me tendrán que contar con quienes ya no existen.
Felices y dichosos sed, pues; tú, mi marido,
de que fui la mejor de las esposas puedes
jactarte, y también ellos de que tal fue su madre.

CORIFEO

Queda tranquila; no temo hablar en vez de él:
lo hará como tú dices si su razón conserva.

ADMETO

Así será, no temas; como en vida te tuve,
aun después de morir serás mi mujer única
y no habrá moza alguna tesálide que pueda
dirigirse al que hoy te habla llamándose su esposa
por mucha que la alcurnia de sus progenitores
sea o bien su hermosura. Porque, en cuanto a más hijos,
bástanme los que tengo y a los dioses imploro
poder de ellos gozar, ya que a ti ahora te pierdo.
Y te llevaré luto, mas no de un único año,
sino toda la vida, mujer, que a mí me quede,
aborreciendo a quien me parió y a mi padre,
que sólo de palabra me amaban, no con hechos,
mientras tú me salvabas la vida dando a cambio

de ella lo más querido. ¿No habré, pues, de gemir
si me veo privado de una cónyuge tal?
Fin pondré a los cortejos, la charla en los banquetes,
las guirnaldas, la musa que mi casa llenaba.
Ya no tocaré más la lira ni mi espíritu
se animará a cantar al compás de la líbica
flauta; porque ya el goce de vivir me quitaste.
Tendido en nuestra cama tu cuerpo se hallará,
por las manos de artífices hábiles imitado,
junto al cual me echaré y en mis brazos teniéndolo
y dándole tu nombre creeré poseer
a la mujer amada que en realidad no viva;
insípido consuelo, lo sé, pero que alivie
el peso de mi pena. Visitarásme en sueños
y así me alegrarás; dulce es al ser querido
ver de noche por breve que su presencia sea.
Y si tuviera yo la lengua y son de Orfeo
para embrujar con cantos a la hija de Deméter
o a su esposo y salvarte del Hades, bajaría
y ni el can de Plutón ni Caronte, que pasa
con su remo a las almas, podrían impedirme
que a la luz devolviera tu vida; pero, en fin,
espérame, que allá descenderé a mi muerte,
y mi aposento apréstame, que en él conviviremos.
Encargaré a estos niños que en el mismo ataúd
de cedro en que tú yazgas con mis miembros me pongan
junto a los tuyos; pues ni aun muerto apartaréme
de ti, sola persona que fiel para mí fuiste.

CORIFEO

Yo, buen amigo tuyo, te ayudaré tu amargo
dolor a soportar, porque ella lo merece.

ALCESTIS

Hijos, vosotros mismos a vuestro padre oísteis
decir que a otra mujer no tomará que así
vuestra madrastra sea ni a mí me ultrajará.

ADMETO

Lo dije, desde luego, y eso lo cumpliré.

ALCESTIS
Con esa condición tómalos de mi mano.

ADMETO
Los recibo, don grato de una mano querida.

ALCESTIS
Sé, pues, para tus hijos la madre que en mí tienen.

ADMETO
Gran fuerza es ello, porque sin ti se van a ver.

ALCESTIS
Hijos, voyme allá abajo sin tener de ello edad.

ADMETO
¡Ay de mí! ¿Qué haré yo separado de ti?

ALCESTIS
Te endurecerá el tiempo: los muertos poco pueden.

ADMETO
Llévame, por los dioses, llévame allá contigo.

ALCESTIS
Basta que perezcamos los que por ti lo hacemos.

ADMETO
¡Sin qué esposa, hado mío, decretas que me quede!

ALCESTIS
He aquí que ya mis ojos de tiniebla se cargan.

ADMETO
¡Perdido estoy si tú te me vas, mujer mía!

ALCESTIS
Puedes decir que ya mi vida se ha acabado.

ADMETO
¡Ese rostro levanta, no dejes a tus hijos!

ALCESTIS

¡No os abandono adrede, mis niños, pero adiós!

ADMETO

¡Mírales, mírales!

ALCESTIS

Nada soy desde ahora.

ADMETO

¿Qué es lo que haces? ¿Dejarnos?

ALCESTIS

¡Adiós!

ADMETO

Con un gran grito.

Perdido es-[toy.

CORIFEO

Se nos marchó, no existe ya la mujer de Admeto.

NIÑO

¡Ay, nuestra suerte! Mamá se fue
abajo, ya no vive,
padre, bajo este sol.
Nos deja una vida
huérfana, ¡pobre de mí!
Mira cómo están sus párpados
y sus manos inertes.

Arrojándose sobre el cadáver de Alcestis.

¡Escúchame, escucha, mamá! Yo te lo suplico.
¡Soy yo, soy yo, madre!
¡Tu polluelo te está llamando
con su boca en la tuya!

ADMETO

Pero ya ni ve ni oye; vosotros como yo
por un grave infortunio nos vemos abrumados.

NIÑO

Aquí estoy solo, pues ya no escolta
esta niñez mi madre.
Es terrible experiencia
la que estoy pasando
y tú, hermana querida, también
este mi dolor compartes.
¡Oh, padre, padre mío,
de nada tu boda sirvió, que a la vejez no
llegaste casado!
Pues antes de tiempo murió
y sin ella no hay casa.

CORIFEO

Es, Admeto, forzoso soportar este golpe;
no eres entre los hombres el primero ni el último
que una buena mujer haya perdido; sabe
que no hay hombre que no deba morir al fin.

ADMETO

Lo sé; no es éste un mal que venga de improviso;
lo sabía hace tiempo y ello me consumía.
Así, pues ritos fúnebres voy a hacer a esta muerta,
quedaos y esperadla y entre tanto entonad
un peán al dios de abajo que libación no admite.
Y a los Tésalos todos de quienes soy el dueño
les mando que se asocien al luto de su reina
con cabellos rapados y negras vestiduras;
y aquellos que cuadrigas aparejáis o potros
de silla, de sus cuellos las crines recortad.
Y en la ciudad no se oiga durante doce lunas
completas ningún son de flautas o de liras.
Pues jamás a un difunto más querido o mejor
para conmigo que éste sepultaré; y merécelo
por haber sido la única que murió en mi lugar.

Entran en el palacio Admeto, sus hijos y los sirvientes, que transportan el cadáver de Alcestis. El coro queda solo en escena.

CORO

¡Hija de Pelias, feliz
sé en el mundo del Hades a que ahora te vas

y en la casa sin sol que habitarás!
Pero el propio Hades sepa, el de negra melena, y el viejo
[barquero,
conductor de los muertos que al remo
y al timón se sienta,
que es con mucho la más noble mujer
que pasó el Aqueronte jamás
en el birreme esquife.

Muchas veces veráse al cantor
tañendo al compás del laúd montaraz
en tu honor o entonando himnos sin liras
en Esparta, al llegar, con el ciclo de los años, el mes
[que Carneo
se llama y alzarse en la entera
noche el plenilunio,
o en la rica, dichosa Atenas. Tal
es el tema que deja tu muerte
al cantar de los poetas.

¡Si de mí dependiera!
¡Si pudiera traerte
a la luz de la casa del Hades
bogando en el río de allá abajo!
Pues la única, la única tú fuiste
que a tu esposo
osó del Hades sacar cambiándole
por su propia vida. Leve
caiga la tierra, mujer, sobre ti. Y, si
un nuevo lecho busca tu marido,
odioso para mí será y estos hijos.

Su madre no quería
morir en vez del hijo
ni tampoco su padre, ya anciano;
salvar no osaron al que engendraran
a pesar de sus canas, ¡desdichados!
Y tú mueres,
siendo tan joven, en vez de Admeto.
¡Si encontrara yo también
una fiel compañera de lecho! Éste es don

que en la vida resulta muy raro. ¡Ojalá
conviviéramos sin penas para siempre!

HERACLES

Entrando por un lateral y dirigiéndose a los ancianos, que le reconocen fácilmente porque lleva su maza y una piel de león sobre sus hombros.

¡Extranjeros que en tierras de Feras habitáis!
¿A Admeto será acaso posible en casa hallar?

CORIFEO

Sí, Heracles, sí está el hijo de Feres en su casa.
Mas di qué menester te condujo al país
tésalo y buscar te hizo la ferea ciudad.

HERACLES

Yo trabajo al servicio del tirintio Euristeo.

CORIFEO

¿Y adónde te diriges, uncido a errante vida?

HERACLES

En pos de la cuadriga de Diomedes el tracio.

CORIFEO

¿Cómo? ¿Ignoras qué clase de trato da a sus huéspedes?

HERACLES

Lo ignoro; nunca en tierra de Bistones estuve.

CORIFEO

No podrás conquistar las yeguas sin batalla.

HERACLES

Ni tampoco me es lícito rechazar los trabajos.

CORIFEO

Pues le habrás de matar o allí muerto te quedas.

HERACLES

No es la primera vez que una tal prueba afronto.

CORIFEO

Pero ¿qué ganarás si derrotas al rey?

HERACLES

Le llevaré las potras al monarca tirintio.

CORIFEO

No es fácil el poner frenos en sus quijadas.

HERACLES

A no ser que despidan fuego por sus narices...

CORIFEO

No, pero trinchan hombres con sus fieras mandí[bulas.

HERACLES

No es pasto ése de yeguas, mas de fieras silves[tres.

CORIFEO

¡Si vieras los pesebres salpicados de sangre!

HERACLES

Y su criador ¿de quién se jacta de ser hijo?

CORIFEO

De Ares; lleva una tracia rodela toda de oro.

HERACLES

He aquí, pues, otra hazaña de mi destino propia,
que tan duro y tan arduo siempre se me presenta,
si otra vez combatir debo con hijos de Ares,
pues primero enfrentéme con Licaón, después
con Cicno y ahora voy a entablar nueva pugna
con este tercer vástago, poseedor de esas potras.
Pero al hijo de Alcmena nadie verá jamás
temblar ante los brazos de ningún enemigo.

CORIFEO

Viendo salir del palacio a Admeto.

Mas he aquí que ya Admeto, tirano del país,
sale de su palacio y a nosotros se acerca.

ADMETO

¡Salud, oh, descendiente de Zeus y de Perseo!

HERACLES

¡Salud, Admeto, a ti, señor de los Tesalios!

ADMETO

Yo quisiera tenerla; sé que me quieres bien.

HERACLES

¿Por qué el pelo rapado, signo de luto, llevas?

ADMETO

Porque voy a enterrar a un muerto en este día.

HERACLES

Pues bien, que el mal aparten de tus hijos los dioses.

ADMETO

No, los que yo engendré viven y están en casa.

HERACLES

Si el que se fue es tu padre, se hallaba en edad de ello.

ADMETO

También él vive, Heracles, y mi madre igualmente.

HERACLES

¿No será, pues, Alcestis, tu esposa, la difunta?

ADMETO

Una doble respuesta sobre eso puedo darte.

HERACLES

¿Como muerta de ella hablas o como de quien vive?

ADMETO

Existe y ya no existe y esto es lo que me apena.

HERACLES

Confuso es lo que dices; no me entero de nada.

ADMETO

¿No conoces el hado que padecer debía?

HERACLES

Lo sé: que en vez de ti se ofreció a perecer.

ADMETO

¿Y cómo ha de vivir, si consintió en tal cosa?

HERACLES

¡Bah, no llores aún, déjalo para entonces!

ADMETO

Tan muerto el muerto está como el que va a morir.

HERACLES

Mas son cosas distintas el existir o no.

ADMETO

Así tú, Heracles, piensas, pero yo de otro modo.

HERACLES

Pero, en fin, ¿por quién lloras? ¿Qué amigo ha sucumbido?

ADMETO

La mujer de la que ahora mismo tratando estábamos.

HERACLES

¿Extraña a ti o ligada por algún parentesco?

ADMETO

Extraña y, sin embargo, familiar de mi casa.

HERACLES
¿Y cómo en tu morada llegó a perder la vida?

ADMETO
Aquí, muerto su padre, vivía en orfandad.

HERACLES
¡Vaya!
Sin este luto, Admeto, quisiera haberte hallado.

ADMETO
¿Qué traman tus palabras? ¿Con qué intención las dices?

HERACLES
Marcharé al hogar de otros que puedan hospedarme.

ADMETO
Imposible, señor: tal mal no nos suceda.

HERACLES
Si estuviera aquí un huésped, el luto estorbaría.

ADMETO
El muerto muerto está; penetra, pues, en casa.

HERACLES
Feo es el banquetearse junto a amigos que lloran.

ADMETO
La hospedería en que entras se encuentra separada.

HERACLES
Déjame, que infinita será mi gratitud.

ADMETO
No es posible que vayas a casa de hombre alguno.

Dirigiéndose a un sirviente.

Guíale, abre las cámaras que en edificio aparte
están y manda a aquellos a quienes les incumbe
que haya mucha comida.

A otros sirvientes. Heracles entra en el palacio.

Y entre tanto cerrad
la puerta que da al patio; no está bien que oiga quejas
ni sufra el forastero que de un banquete goza.

CORIFEO

¿Dar hospitalidad osas, Admeto, cuando
te ocurrió un tal desastre? ¿Por qué esa tontería?

ADMETO

Y si a quien es mi huésped de mi casa expulsase
y ciudad ¿me alabaras tal vez? No ciertamente;
no por ello menor mi infortunio sería
y yo inhospitalario vendría a resultar.
Con lo cual otro mal se uniría a los míos,
el que a decir llegaran que mi casa es inhóspita.
Yo, en cambio, la mejor acogida hallar suelo
si alguna vez las áridas tierras de Argos visito.

CORIFEO

Pero ¿cómo ocultaste la desgracia presente
si el que vino es tu amigo como tú mismo dices?

ADMETO

Es que él jamás habría querido entrar en casa
si alguna de mis penas hubiera conocido.
Sé que en esto habrá quien crea que no razono
y no me apruebe; pero no sabe esta morada
mía a los forasteros rechazar ni ultrajar.

Entra en el palacio.

CORO

¡Oh, casa que a tantos huéspedes siempre recibe ge-
[nerosa!
Dignóse habitarte también el pitio Apolo,
con su bella lira,
y resignóse a ser pastor
en tus pastizales,
por las laderas tañendo
para el rebaño con su flauta
himeneos bucólicos.

Y con ellos a pacer, por el son atraídos, los vario-
[pintos
linces iban y el fulvo escuadrón de los leones,
que el Otris dejaban,
y danzaba en torno a tu cítara,
Febo, con ligeras
patas, la moteada cierva
gozando de tu canto allende
los copudos abetos.

Porque son infinitas las reses
de la casa de Admeto, a la orilla del
lago bebio, el de límpidas aguas;
delimita su fértil llanada, en la oscura región en que los
[caballos
del sol se detienen, el éter moloso; y se extiende
su predio a la inhospitalaria
costa egea, cercana al Pelión.

Ahora mismo sus puertas ha abierto
a su huésped con párpados húmedos,
pues lloraba a su esposa querida
recién muerta, que yace en la casa. La innata nobleza
[llevar suele
al mutuo respeto. Los buenos son prudentes. Lo admiro.
Y mi alma espera firmemente
que será feliz hombre tan pío.

Admeto vuelve a salir del palacio acompañado de unos servidores que transportan el cadáver de Alcestis.

ADMETO

Dirigiéndose al coro.

Compañía amistosa de los hombres de Feras,
ya el cadáver está preparado y en andas
lo llevan los criados hacia la pira y tumba.
Saludad, pues, según es costumbre, a la muerta
que está partiendo ahora para su último viaje.

CORIFEO

Viendo llegar a Feres acompañado de unos sirvientes.

Mas veo que tu padre, con el paso que cuadra
a un anciano, se acerca con sirvientes que aportan
a tu esposa ornamentos fúnebres en las manos.

FERES

Vengo, hijo, a compartir tu pena, porque nadie
negará que te ves de una mujer viudo
que fue virtuosa y noble; pero, aunque esto resulte
circunstancia luctuosa, fuerza es sobrellevarlo.
Recibe este aderezo, que con él bajo tierra
vaya; y es un deber el honrar sus despojos,
porque quiso, hijo mío, morir en tu lugar
y no dejó que yo mi vejez consumiera
en el luto por ti, con lo cual más glorioso
renombre para todas las mujeres logró
al atreverse a hacer esta hermosa proeza.

Dirigiéndose al cadáver de Alcestis.

¡Oh, tú, que así al salvarle nuestra ruina evitabas,
te saludo, dichosa vivas aun en el Hades!
Sólo un tal matrimonio puedo tener por útil;
bodas de otro cariz la pena no merecen.

ADMETO

Ni invitado por mí viniste a este sepelio
ni juzgo tu presencia como la de un amigo.
Jamás ese atavío vestirá la difunta,
ni necesita nada tuyo para su entierro.
Cuando yo me moría condolerte debiste;
pero no hiciste nada, siendo viejo dejaste
que una joven muriera, ¿y ahora a llorarla acudes?
¿Es que no eras auténtico padre de este que te habla?
¿Ni la mujer parióme que pasa por mi madre?
¿Seré de servil raza y alguien secretamente
a los pechos me puso de tu esposa? Cómo eras
mostraste en el instante de llegar a los hechos,

y así ya no me cuento como de ti nacido.
Ciertamente aventajas en cobardía a todos,
pues a una tal edad, estando ya en los límites
de la vida, a morir por tu hijo te negaste;
a ello no te atrevías; toleraste la muerte
de una mujer de fuera, que es la única en quien puedo
a mi padre y mi madre con razón contemplar.
Y, sin embargo, bella tu hazaña habría sido
si por mí hubieras muerto; y, en todo caso, breve
iba por fuerza a ser el resto de tu vida.
Sin embargo, has gozado todas las bienandanzas
que a un hombre caben. Fuiste tirano ya de joven,
tenías en mí el hijo que tu hogar heredase,
de modo que a morir no ibas sin descendientes
ni saquear podía nadie tu casa huérfana.
Ni tampoco dirás que yo ultrajé tus canas
y que ello fue la culpa de que me traicionases,
pues te respeté siempre: ¡bonita recompensa
tuve en ti y en mi madre por haber sido tal!
Apresúrate, pues, a engendrar nueva prole
que tu vejez mantenga y a tu muerte te arregle
y exponga tu cadáver; porque no he de ser yo
el que jamás te entierre con estas mis dos manos.
En lo que a ti concierne, muerto estoy; encontré
alguien gracias a quien vivo; ya no soy tu hijo
que tu ancianidad deba con amor sustentar.
No son sinceros, no, los viejos que la muerte
a una vida prefieren longeva en demasía;
cuando se acerca aquélla nadie quiere morir
y ya los muchos años tan graves no resultan.

CORIFEO

Admeto, ya es bastante la actual calamidad;
cállate y no exasperes el alma de tu padre.

FERES

¿A quién, hijo, imaginas que esos insultos lanzas?
¿Acaso a un Lido o Frige comprado con dinero?
¿No sabes que soy Tésalo y hombre libre y legítimo
hijo de un padre que era de la misma nación?
Muy grande es tu soberbia, pero no podrás irte

sin oírme después de arrojarme esos dardos.
Yo te engendré y crié como amo de mi casa,
mas de morir por ti no tengo obligación,
pues el sacrificarse por la prole no es ley
griega que de los míos haya nunca aprendido.
Tu vida es cosa tuya seas o no feliz;
lo que de mí debías obtener lo posees.
Muchos son tus vasallos, muchos los celemines
de tierra que te voy a dejar. ¿En qué, pues,
te falto? ¿Te quito algo? ¿Pido que por mí mueras?
No, pero yo tampoco quiero hacerlo para ti.
¿Te gusta ver la luz? ¿Y crees que a mí no?
Larguísimo es el tiempo que nos espera abajo
y, en cambio, es el vivir breve, mas placentero.
Y así tú sin rubor el morir evitabas
y has logrado vivir contra tu hado fatal
haciendo a esta tu víctima. ¿Y aun me llamas cobarde
tú que eres un villano, peor que esa mujer
que ha perecido en aras de su bello mancebo?
Sutil truco encontraste para no morir nunca:
cada vez lograrás que la esposa de entonces
ocupe tu lugar. ¿E insultas a los tuyos,
siendo tal tu vileza, porque no te complacen?
Cállate y considera que, si tú amas la vida,
lo mismo hacemos todos; y, si nos vituperas,
oirás muchas cosas malas y no mendaces.

CORIFEO

Ya es suficiente, anciano, lo malo que se ha dicho;
cesa, pues, de cubrir a tu hijo de improperios.

ADMETO

Habla, que refutarte podré; mas, si te duele
la verdad, obrar mal primero no debiste.

FERES

Peor habría obrado si por ti sucumbiera.

ADMETO

¿Es acaso lo mismo morir joven que viejo?

FERES

Hay que vivir con una vida, nunca con dos.

ADMETO

¡Ojalá sea más larga que la de Zeus la tuya!

FERES

¿Maldices a tu padre sin que te haya ofendido?

ADMETO

Es que observo que aspiras a una vida longeva.

FERES

¿Y tú no entierras a otro muerto en lugar de ti?

ADMETO

Lo cual, ser despreciable, tu cobardía indica.

FERES

Al menos no dirás que fui su matador.

ADMETO

Oh!
¡Si un día precisaras del que ahora te está hablando!

FERES

Corteja a muchas mozas; así tendrás más muertas.

ADMETO

Vergüenza tuya es ello: no quisiste morir.

FERES

Grata es la luz que el cielo nos concede, muy grata.

ADMETO

Floja es tu voluntad, no propia de un varón.

FERES

No te vas a reír del viejo a quien sepultes.

ADMETO

Pero te morirás, y además deshonrado.

FERES

Poco me importarán los insultos entonces.

ADMETO

¡Ay, ay, cuánto impudor se oculta en la vejez!

FERES

Señalando el cadáver de Alcestis.

Ésta contigo impúdica no fue, pero sí tonta.

ADMETO

Vete ya y déjame que entierre este cadáver.

FERES

Me voy; la enterrarás siendo quien la mató
y habrás de rendir cuentas a los de su familia.
Pues ciertamente Acasto no será un hombre ya
si en ti vengar no sabe la sangre de su hermana.

ADMETO

A Feres mientras éste sale de la escena por un lateral.

¡Idos ya enhoramala tú y quien vive a tu lado,
envejeced privados del hijo que tenéis,
pues dignos de ello sois! Jamás pondréis los pies
en mi casa; y si fuera posible con heraldos
repudiar mi morada paterna, así lo haría.

A los sirvientes.

Ahora nosotros vámonos, atendamos al mal
presente y los despojos en la pira pongamos.

Se retiran Admeto y los sirvientes.

CORIFEO

¡Ay, ay, ay, alma fuerte y audaz, la que fue
la más noble y la más excelente mujer,

salve! Que Hermes te acoja el de abajo y también
Hades; y si honras los buenos allá
reciben, las goces y tengas sitial
junto a la esposa infernal.

SIRVIENTE

Saliendo del palacio y hablando consigo mismo.

A muchos forasteros de regiones diversas
he visto penetrar en la casa de Admeto
y a muchos de comer he dado, pero nunca
he recibido a nadie que peor que éste se porte.
Primero, aunque veía que enlutado está el amo,
tuvo el atrevimiento de entrar por esa puerta.
Después, aun conociendo lo ocurrido, no tuvo
tacto para aceptar la cena improvisada,
mas lo que le faltara con urgencia exigía.
Luego tomó una copa de yedra y allí el vino,
hijo de negra madre, puro lo fue bebiendo
hasta que le llenó y arder le hizo la llama
del licor y con ramas de mirto coronóse
y sus desafinados alaridos hacían
que se oyeran dos músicas, su canto irrespetuoso
para el dolor de Admeto y el llanto por el ama
de los criados, que no mostrábamos al huésped
nuestro rostro lloroso, pues lo mandó así el dueño.
Y ahora yo estoy en casa banqueteando a un extraño,
probablemente un pillo, ladrón o salteador,
y ella se fue de aquí sin que yo acompañar
pudiera o saludar con la mano llorando
a mi señora, que una madre mía y de todos
era y que nos salvaba de innumerables males
aplacando las iras de su marido. ¿Al huésped
no he de odiar que ha llegado cuando tanto sufríamos?

Entretanto ha salido a escena Heracles, con una corona de mirto en la cabeza y una copa de vino en la mano. Se dirige al sirviente.

HERACLES

¡Eh! ¿Por qué me contemplas tan serio y preocupado?
Nunca a los forasteros mirar adusto debe
el siervo, mas tratarles con alma acogedora.
Y tú, que ante ti ves a un amigo del dueño,
lo recibes con faz desabrida y ceñuda
tomando tan a pecho duelos que no te incumben.
Ven acá, voy a hacer que seas más sensato.
¿Sabes lo que acontece con las cosas del hombre?
No, ¿cómo has de saberlo? Pues oye lo que digo.
A todos los mortales les espera el morir
y no hay ninguno de ellos que sepa de verdad
si va a vivir aún el día de mañana.
Pues nada hay menos claro que el destino futuro,
algo que ni se enseña ni con arte se aprehende.
Entérate, pues, de ello y, habiéndome escuchado,
regocíjate y bebe sólo la vida de hoy
tomando como tuya, que el resto es de la suerte.
Y honra a Cipris, la diosa más dulce que otra alguna
para el hombre y benigna divinidad entre todas;
todo lo demás déjalo y haz caso a mis palabras
si es que crees ahora que razón voy teniendo,
que sí lo creerás. De modo que esa pena
excesiva abandona; ven a beber conmigo;
yo sé que este remar del brazo con la copa
desencallará tu alma que hoy triste y tensa está.
Debe el hombre sentir como tal; para aquellos
que el ceño siempre fruncen gravemente, la vida,
al menos si se admite por válido mi juicio,
no es verdadera vida, mas toda ella un desastre.

SIRVIENTE

Eso ya lo sabemos, mas lo que hoy nos sucede
no es cosa en que con risas se pueda andar o fiestas.

HERACLES

Pero es mujer foránea la muerta; no te aflijas
demasiado; están vivos los dueños de tu casa.

SIRVIENTE
¿Cómo vivos? ¿No sabes el mal que ocurre aquí?

HERACLES
A no ser que tu dueño me haya dicho mentiras.

SIRVIENTE
Va demasiado lejos en su hospitalidad.

HERACLES
¿No iba yo a disfrutar porque murió un extraño?

SIRVIENTE
No, sino familiar, familiar como nadie.

HERACLES
¿Pasó, pues, algo triste que contarme no quiso?

SIRVIENTE
Vete alegre; estas penas del dueño no son tuyas.

HERACLES
No es, pues, ajeno el duelo de que me estás hablando.

SIRVIENTE
Si lo fuera, ¿importárame que te banqueteases?

HERACLES
¿Me habrá acaso tratado mal el que aquí me hos-
[peda?

SIRVIENTE
A destiempo llegaste para que te acogiéramos.

HERACLES
¿Y el muerto es hijo suyo? ¿Tal vez su anciano pa-
[dre?

SIRVIENTE
No, extranjero; es la esposa de Admeto quien hoy
[falta.

HERACLES

¿Qué dices? ¿Y a pesar de ello me festejabais?

SIRVIENTE

Es que se avergonzaba de no darte hospedaje.

HERACLES

¡Oh, infeliz, de qué cónyuge te vas a ver privado!

SIRVIENTE

Ya perdidos estamos todos, que no sólo ella.

HERACLES

De algo sí me di cuenta cuando observé sus lágrimas,
su rostro y su tonsura; pero me convenció
diciendo que llevaban a enterrar a un extraño.
Crucé, pues, este umbral haciéndome violencia
y en la casa de un huésped que en tal trance se hallaba
me dediqué a beber. ¡Y ahora estoy divirtiéndome
con la cabeza llena de guirnaldas! ¡Y tú
no me dijiste que era tan grande este infortunio!
¿Dónde la está enterrando? ¿Dónde le encontraría?

SIRVIENTE

Yendo a Larisa, todo recto, en el arrabal
un sepulcro de piedra pulida podrás ver.

HERACLES

¡Oh, corazón que tanto penaste y mano mía!
¡Mostrad ahora cómo es el vástago de Zeus
parido por Alcmena, la tirintia Electrione!
Porque quiero salvar a la mujer que acaba
de perecer, Alcestis, y a instalarla otra vez
en la casa de Admeto para favorecerle.
Iré a acechar a Muerte, que con su negro peplo
de los muertos es reina; la encontraré, supongo,
bebiendo la ritual sangre junto al sepulcro.
Si, lanzándome desde mi emboscada, agarrarla
consigo y rodear su cuerpo con mis brazos,
no habrá, a no ser que ceda su presa, quien libere

sus flancos oprimidos. Pero, si sale mal
mi caza al no llegarse la Muerte a la sangrienta
ofrenda, a los sombríos dominios bajaré
de allá abajo en que reinan Core y el Soberano
y la reclamaré; y así seguro estoy
de que me traeré a Alcestis para en manos ponerla
del huésped que en su casa me acogió sin echarme
aunque estaba abrumado por grave desventura;
mas, por respeto a mí, lo ocultó con nobleza.
¿Quién, pues, entre los Tésalos, quién en la Hélade toda,
es más hospitalario? Nadie, por tanto, llame
ingrato a aquel con quien se portó noblemente.

Se retira. A la vez salen a escena Admeto y el cortejo fúnebre.

ADMETO

¡Ay, ay!
¡Es horrible ahora entrar
y horrible esta casa viuda aquí ver!
¡Ay, ay, ay, ay de mí!
¿Dónde voy o no voy? ¿Qué decir? ¿Qué callar?
¿Cómo puedo morir?
Parióme mi madre con sino cruel.
A los muertos envidio, va hacia ellos mi amor,
su morada es aquella en que quiero vivir.
Pues no gozo ya al ver de este modo la luz
ni disfruto al poner en la tierra mis pies.
Tan querido era el rehén que de mí separó
la Muerte y al Hades cedió.

CORO

¡Sigue, sigue, ocúltate en tu casa!

ADMETO

¡Ay, ay!

CORO

Ayes merece bien tu pena.

ADMETO

¡Oh, oh!

CORO

Estás afligido, lo sé.

ADMETO

¡Ah, ah!

CORO

Eso a la muerta no ayuda.

ADMETO

¡Ay, ay de mí!

CORO

No ver jamás la faz de una esposa querida
ante sí es bien penoso.

ADMETO

Me recuerdas el mal que mi mente ulceró.
Pues ¿qué cosa peor puede haber que el perder
a una cónyuge fiel? No debí yo casar
ni con ella en mi casa habitar. Hace bien
quien soltero y sin hijos vivió; pues así
sólo un alma posee que pueda sufrir
tolerable dolor;
cuando enferma la prole o destruye el nupcial
lecho la muerte es tremendo el dolor
para aquel que bien pudo las bodas rehuir
y sin hijos por siempre quedar.

CORO

¡Difícil adversaria, tu suerte!

ADMETO

¡Ay, ay!

CORO

Tus dolores no tienen límite.

ADMETO

¡Oh, oh!

CORO

Duro es el soportarlos, pero...

ADMETO

¡Ah, ah!

CORO

... no eres el primero que...

ADMETO

¡Ay, ay de mí!

CORO

... quedas viudo. Diversos resultan los hados
que a los mortales aplastan.

ADMETO

¡Infinita nostalgia del ser al que amé
y que abajo se fue!
¿Por qué me estorbaste cuando iba a arrojar
mi cuerpo a la fúnebre huesa y yacer
muerto ya con la más excelente mujer?
Así el Hades pudiera no un alma tener,
sino dos, un modelo de mutua lealtad,
más allá del estanque infernal.

CORO

Yo tenía
un pariente al que el hado de su hijo unigénito,
muy digno de llanto,
privó; pero, aun viéndose
sin prole, con mesura aguantó el golpe
cuando ya a la canosa
edad se acercaba
y al fin de la vida.

ADMETO

¿Cómo voy, mi mansión, ahora en ti a penetrar?
¿Cómo voy a vivir si la espalda volvió
mi destino? ¡Qué opuesto ahora es todo, en verdad!
A la luz de las teas del Pelio entré en ti
antaño y al son de himeneo nupcial
de la mano a mi esposa querida guié;
nos seguía un canoro cortejo, feliz
vida deseando a la muerta y a mí,
pues ya cónyuges éramos y prócer también

y noble la estirpe que a entrambos crió;
y hoy gemidos diversos del canto esponsal
y no blancos, mas negros vestidos me traen
hasta el lecho en el cual
solitario ahora yo dormiré.

CORO

Feliz era
tu destino y llegóte el dolor sin que hubieras
sufrido; hoy conservas
la vida y el alma.
Murió tu esposa, abandonó los lazos:
¿qué hay en ello de insólito?
A muchos la muerte
dejó sin mujer.

ADMETO

Amigos, considero la suerte de mi esposa,
aunque así no parezca, más feliz que la mía.
Porque ningún dolor la afectará jamás
y un glorioso fin tuvo de muchos sinsabores.
Mas yo, que no debía vivir, cambié mi sino
por una triste vida, como ahora comprendo.
Pues ¿qué fuerzas tendré para entrar en mi casa?
¿A quién saludaré, quién me saludará
de modo que agradable mi llegada resulte?
¿Adónde irme podré cuando de mi hogar me eche
la misma soledad al ver la cama intacta
de mi esposa, el sitial que ocupaba, los suelos
sucios, las criaturas cogiendo mis rodillas
y llamando a su madre con llanto, los criados
gimiendo por la buena señora que perdieron?
Así serán las cosas de casa; y en la calle
me ofenderán las bodas tésalas y reuniones
a que asistan mujeres; no podré soportar
la vista de quien sea de la mía coetánea.
Y alguien que me aborrezca dirá de mí: «Miradle
en qué vergüenza vive, porque morir no osó
y a su esposa vilmente colocó en su lugar
para escapar al Hades. ¿Cree tal vez que es hombre?
¡Y quien tampoco quiso sacrificarse insulta
a sus padres!» Tal fama se unirá a mis desdichas.

¿De qué, pues, mis amigos, me servirá el vivir
si he de escuchar oprobios y sufrir infortunios?

CORO

Yo he escuchado a las Musas,
me remonté a las alturas
y estudié muchas doctrinas,
mas nada hallé que valga
contra la Necesidad
ni en las tablillas tracias
con que Orfeo nos habla
ni en las drogas que dio Febo
a los hijos de Asclepio
para el hombre abrumado
por sus muchas dolencias.

Es diosa inaccesible
en sus altares o efigies
y no acepta sacrificios.
No me acoses, señora,
más de lo que ya lo has hecho.
Pues lo que Zeus decide
contigo lo remata.
Vences al hierro del Cálibe
con tu poder y nada
tu voluntad y abruptas
decisiones respetan.

También a ti te ha asido la diosa en sus manos
inexorables. Ten valor. Tus lágrimas
a los muertos no levantan.
Aun los hijos de los dioses
caen en la tiniebla.
Fue amada mientras vivía,
lo es también después de muerta;
en tu alcoba a la más noble
mujer entre todas tomaste.

Que no sólo sea tenido por un simple túmulo
su tumba, mas divinas honras goce
y la respete el viandante.

Y al desviarse del camino
digan todos: «Ella
murió por su esposo; ahora
diosa es bienaventurada.
¡Salud, señora, protégeme!»
Tal será el saludo que escuche.

CORIFEO

Señalando a Heracles, que sale del palacio acompañado de una mujer que tapa su rostro con un velo.

Mas he aquí, Admeto, al hijo de Alcmena, que, si no me equivoco, a tu hogar sus pasos encamina.

HERACLES

Al hombre que es amigo libremente hay que hablarle,
Admeto, y no callar manteniendo el reproche
en el fondo del alma. Yo quise ser contado
como uno de los tuyos que a tu mal asistía,
mas tú no me explicaste que el cadáver expuesto
era el de tu mujer y en casa me hospedaste;
y yo me coroné la cabeza y vertí
libación a los dioses en tu casa enlutada.
Por eso te reprocho, te reprocho tu trato,
pero aun así no quiero disgustarte en tal trance.
Mas a decirte voy por qué otra vez aquí
me encuentro: a esta mujer toma y guárdamela
hasta que aquí regrese trayéndome las yeguas
de Tracia tras matar al rey de los Bistones.
Y si algo me ocurriera que ojalá no me pase,
pues deseo volver, te la doy con el fin
de que en casa te sirva; la gané con trabajo;
encontré a unos que habían organizado un público
certamen, digno esfuerzo para cualquier atleta,
y la traigo cual premio que obtuvo mi victoria.
Los que en pruebas ligeras vencieron se llevaban
caballos; los triunfantes en los juegos mayores,
el pugilato y lucha, recibían ganado
y una mujer con él; y yo, pues allí estaba,

creí que era vergonzoso perder tal galardón.
Tienes, pues, como digo, que cuidar de ella; tráigote
algo que no robé, mas trabajosamente
conseguí; con el tiempo quizá me des las gracias.

ADMETO

Si te oculté la triste suerte de mi mujer
no fue por humillarte ni porque no te tenga
por amigo, pero era dolor sobre dolor
el que tras otro huésped hubieses de marcharte
y ya bastante llanto mi aflicción me causaba.
Pero ahora, si es posible, te suplico, señor,
que escojas a otro Tésalo que en mi caso no se halle
para que a esta mujer custodie; que hay en Feras
muchos huéspedes tuyos; mi mal no me recuerdes.
De llorar no podría dejar viéndola en casa;
no añadas más dolencias a las que ya padezco;
es suficiente el golpe que me tiene abrumado.
Y además, ¿en qué parte de mi palacio puede
morar una doncella? Pues indican que lo es
su vestido y ornato. ¿Vivirá con los hombres?
¿Y cómo va a quedar virgen yendo y viniendo
entre tanto mancebo? No es fácil contener,
Heracles, a los jóvenes; yo por ti me preocupo.
¿O la meto en la alcoba de la muerta a que allí
viva? ¿Y cómo su lecho voy a hacer que ella ocupe?
Temo una doble crítica, la de los de este pueblo,
porque a mi bienhechora traición hago al caer
en brazos de otra moza, mas también la censura
de la muerta, que es digna de que yo con respeto
y cuidado la trate.

Dirigiéndose a la mujer.

Porque sabe, mujer,
que, quienquiera que fueres, semejante resultas
a Alcestis en la talla y aspecto de tu cuerpo.
¡Ay de mí!

A Heracles.

¡Por los dioses, quita de mi presencia
a esta mujer, no venzas al derrotado ya!
Pues creo al contemplarla que a la mía estoy viendo;

me turba el corazón; de los ojos me brotan
las lágrimas a chorros. ¡Desgraciado de mí,
ahora empiezo a gustar mi amarga desventura!

CORIFEO

Yo no puedo decir que me agrade este lance,
mas los dones divinos hay que pechar con ellos.

HERACLES

¡Ojalá yo tuviese la necesaria fuerza
para hacer que volviera tu mujer de la casa
de abajo y otorgarte tal favor de ese modo!

ADMETO

Bien sé que lo querrías, mas ¿cómo va a ser ello?
No pueden a la luz los difuntos volver.

HERACLES

No exageres tu mal, llévalo como cuadra.

ADMETO

Aconsejar más fácil es que sufrir la pena.

HERACLES

¿Y qué vas a ganar con querer gemir siempre?

ADMETO

Eso ya lo sé yo, pero el amor me impulsa.

HERACLES

Es que el amor de un muerto no trae más que lágrimas.

ADMETO

También yo muerto estoy, y eso es decir muy poco.

HERACLES

Una buena mujer perdiste: ¿quién lo niega?

ADMETO

Como para que este hombre no goce de la vida.

HERACLES

El tiempo cerrará la llaga que ahora sangra.

ADMETO

Si es que tiempo a la muerte con ello estás llamando.

HERACLES

Otra mujer y boda curarán tu pasión.

ADMETO

¡Calla! ¡Qué cosas dices! ¡No lo hubiera creído!

HERACLES

¿Qué? ¿En un lecho viudo dormirás sin casarte?

ADMETO

No habrá jamás mujer que conmigo se acueste.

HERACLES

¿Y crees que a la muerta con eso en algo ayudas?

ADMETO

Dondequiera que se halle, necesario es honrarla.

HERACLES

Te apruebo, sí, te apruebo, pero resultas loco.

ADMETO

Aunque ella ya no viva, muera yo si la engaño.

HERACLES

En fin, a ésta en tu noble morada admite ahora.

ADMETO

¡No, por quien te engendró, por Zeus te lo suplico!

HERACLES

Pues, si así no lo hicieras, te vas a equivocar.

ADMETO

Y, si lo hago, el dolor devorará mi espíritu.

HERACLES

Cede; quizá oportuna sea tu complacencia.

ADMETO

¡Ay!
¡Ojalá no la hubieras ganado en el certamen!

HERACLES

Mas, al vencer yo en él, tú triunfaste conmigo.

ADMETO

Aunque tienes razón, que esta mujer se vaya.

HERACLES

Se irá si es necesario, mas mira tú si lo es.

ADMETO

Al menos si tu cólera no va ello a provocar.

HERACLES

Si tengo este interés, es porque sé lo que hago.

ADMETO

Salte, pues, con la tuya; pero esto no me agrada.

HERACLES

Me lo agradecerás algún día: obedéceme.

ADMETO

A los sirvientes.

Lleváosla si es preciso que en casa la admitamos.

HERACLES

Yo a esa mujer en manos de siervos no pondría.

ADMETO

Pues métela tú mismo, si quieres, en la casa.

HERACLES

Conduciendo a la mujer hacia Admeto.

No, sino que en tus manos voy a dejarla ahora.

ADMETO

Yo no la tocaré; puede entrar sin embargo.

HERACLES

En tu mano derecha solamente confío.

ADMETO

Señor, me estás forzando, yo no lo quiero hacer.

HERACLES

Decídete a tender tu mano a la extranjera.

ADMETO

Lo hago, mas como aquel que a la Gorgona mata.

HERACLES

¿La tienes ya?

ADMETO

La tengo.

HERACLES

Pues consérvala y di
que fue el hijo de Zeus un generoso huésped.

Despojando a la mujer de su velo.

Mírala y ve si acaso se parece a tu esposa
y deja ya esa pena volviendo a ser feliz.

ADMETO

¡Oh, dioses! ¿Qué diré? ¡Prodigio es éste!
¿Es que a mi esposa veo realmente o la malicia
de algún dios alegría falaz me está inspirando?

HERACLES

No tal; es tu mujer la que ante ti contemplas.

ADMETO

¿Será tal vez fantasma del país infernal?

HERACLES

No es ningún brujo el hombre que por huésped [tomaste.

ADMETO

¿Entonces a la esposa miro a la que enterré?

HERACLES

Así es, mas no me extraña que de ello desconfíes.

ADMETO

¿Cómo a mi mujer viva puedo hablarle y tocarla?

HERACLES

Háblale; todo cuanto deseabas tienes ya.

ADMETO

¡Oh, semblante y figura de mi esposa amadísima!
¡Os tengo y yo creí que jamás iba a veros!

HERACLES

Sí, pero que la envidia divina no te afecte.

ADMETO

Vástago bien nacido del altísimo Zeus,
goces de bienandanzas y protéjate el padre
que te engendró, pues fuiste mi único salvador.
¿Cómo a la luz pudiste desde abajo traerla?

HERACLES

Luchando con la que es dueña de aquellos dioses.

ADMETO

¿Y dónde con la Muerte peleaste como dices?

HERACLES

La aceché y eché mano junto al sepulcro mismo.

ADMETO

Pero ¿por qué callada la mujer se mantiene?

HERACLES

Todavía no es lícito que sus palabras oigas
mientras el tercer día no llegue y quede pura
de su consagración a los dioses de abajo.
Entra con ella, pues, y sigue en adelante,
Admeto, con los huéspedes siendo justo y piadoso.
Y adiós; yo marcho ya para hacer la labor
que mi tirano, el hijo de Esténelo, me impone.

ADMETO

Quédate con nosotros, comparte nuestro hogar.

HERACLES

Otra vez será así; tengo hoy que darme prisa.

Sale de escena.

ADMETO

Pues bien, dichoso seas y a tu casa retornes.
Y yo a los ciudadanos y a las cuatro ciudades
ordeno que festejen con coros mi fortuna
y con propiciatorias víctimas en las aras.
Que ahora a mejor vida que la anterior pasamos
y no puedo negar que me siento feliz.

Entra en el palacio con Alcestis.

CORIFEO

Mientras el coro desfila lentamente.

Suele formas diversas tomar el destino:
lo que cumplan los dioses prever no se puede.
Lo esperado no dejan que llegue a su fin,
consiguen que se haga real lo imposible.
Así en esta historia ocurrió.

HERACLES

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-106; Anfitrión; el mismo y Mégara).

Párodo (107-137; estrofa, antístrofa y epodo).

Primer episodio (140-347; Lico y Anfitrión, 140-251; intervención del corifeo, 252-274; Mégara, 275-311; Anfitrión, Mégara y Lico, 312-347).

Primer estásimo (348-441; tres estrofas y antístrofas con efimnio y epodo).

Anapestos del corifeo (442-450).

Segundo episodio (451-636; Mégara y Anfitrión; Heracles y Mégara; Heracles y Anfitrión).

Segundo estásimo (637-700; dos estrofas y antístrofas).

Tercer episodio (701-762; Lico y Anfitrión con intervenciones del coro).

Tercer estásimo (763-814; dos estrofas y antístrofas).

Cuarto episodio (822-1015; Iris y Locura, 822-874; diálogo lírico entre el coro y Anfitrión y luego un mensajero, 875-921; el mensajero, 922-1015).

Cuarto estásimo (1016-1041; canto del coro).

Diálogo lírico entre Anfitrión y el coro (1042-1085).

Quinto episodio (1086-1426; diálogo entre Heracles y Anfitrión, 1086-1177; diálogo lírico entre Anfitrión y Teseo, 1178-1213; Teseo, Heracles y Anfitrión, 1214-1426).

Despedida anapéstica del corifeo (1427-1428).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

ANFITRIÓN, *padre de Heracles con Alcmena.*
MÉGARA, *esposa de Heracles.*
LICO, *rey de Tebas tras usurpar el trono.*
HERACLES, *héroe.*
IRIS, *diosa mensajera.*
LA LOCURA.
MENSAJERO.
TESEO, *rey de Atenas.*

CORO DE ANCIANOS COMPAÑEROS DE ARMAS DE ANFITRIÓN.

PERSONAJES MUDOS:
 TRES HIJOS DE HERACLES.
 SOLDADOS DE LICO.
 SOLDADOS DE TESEO.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: ANFITRIÓN, IRIS.
DEUTERAGONISTA: MÉGARA, TESEO, MENSAJERO.
TRITAGONISTA: LICO, HERACLES, LOCURA.

El decorado representa el palacio de Heracles en Tebas. Ante el palacio un altar de Zeus Salvador, en cuyas gradas están sentados como suplicantes Anfitrión, Mégara y los tres hijos de Heracles.

ANFITRIÓN

¿Quién de los hombres no conoce a aquel que el tálamo
compartiera de Zeus, este que os habla, padre
de Heracles, Anfitrión de Argos, al que dio vida
antaño Alceo, el hijo de Perseo, y que dueño
fue de esta tierra, Tebas, donde la mies autóctona
brotó de los sembrados, de cuya descendencia
salvó Ares a un manojo que la ciudad de Cadmo
poblara con su estirpe? De ellos nació Creonte,
hijo de Meneceo, rey de este país, padre
de Mégara, a la cual toda flauta cadmea
celebró en su himeneo con cantos cuando el prócer
Heracles a mi casa como esposa la trajo.
Mi hijo dejó estas Tebas donde vivo y a Mégara,
que aquí está, y a sus suegros deseando habitar
las murallas argivas y la ciudad ciclopia
de que me desterré por haber dado muerte
a Electrión; y, queriendo mis cuitas endulzar
y servir a su patria, paga a Euristeo, bien
porque a ello un aguijón de Hera tal vez le impulse
o su sino, una enorme retribución por este
su regreso, el dar paz al universo entero.
Y, tras muchas fatigas anteriores, por último
a través de la boca del Ténaro hasta el Hades
bajó para traer a la luz al triforme
can y de allí hasta ahora no ha regresado aún.
Hay una vieja fábula que habla entre los Cadmeos
de un tal Lico, que el lecho de Dirce ocupó otrora
en calidad de rey de esta ciudad de siete
puertas antes de Anfión y Zeto, hijos de Zeus,
conductores los dos de níveos caballos.

Pues bien, un descendiente suyo del mismo nombre,
que no es cadmeo, sino que procede de Eubea,
ha matado a Creonte y esta tierra, que estaba
llena de disensiones, dominar ha podido,
con lo que el parentesco que a Creonte nos une
haberse convertido parece en un gran mal.
Y así, mientras está mi hijo en los subterráneos
abismos, ese nuevo señor del país, Lico,
a los hijos de Heracles matar quiere y también
a su esposa y a mí, viejo inútil que apenas
se cuenta entre los vivos, y ello para que un crimen
apague los rescoldos del otro: así estos niños,
llegados a mayores, no podrán exigir
expiación por la sangre de su abuelo materno.
Y yo, a quien dejó Heracles como tutor en casa
y criador de su prole cuando marchó a las negras
tinieblas de ultratumba, me senté con su madre,
para salvar a nuestro linaje, junto a esta ara
de Zeus el Salvador que erigió mi noble hijo
como bello trofeo de su lanza que había
triunfado de los Minias. Y aquí nos mantenemos
carentes de comida, de bebida y de ropa,
poniendo nuestros cuerpos sobre el suelo mismísimo,
teniendo nuestra casa sellada y sin que nadie
nos ayude; pues veo que hay personas que no
son amigos seguros y otras, aunque lo sean,
no pueden hacer nada: tal es la adversidad
que ojalá no padezca nadie a quien yo algo aprecie,
porque en ella muy bien se ven las amistades.

MÉGARA

Anciano que arrasaste de modo tan magnífico
como jefe cadmeo la ciudad de los Tafios,
¡qué poca claridad hay para los mortales
en todo lo divino! Tampoco a mí faltóme
la gloria de mi padre, que gran prestigio tuvo
por ser tirano, cosa que hace saltar mil lanzas
ansiosas de abatir al que feliz se muestre,
y que, de entre sus hijos, a mí me entregó al tuyo
contrayendo una alianza brillante con Heracles.
Ahora todo murió, voló y a perecer

sin duda, anciano, vamos tú y yo y los descendientes
de Heracles que cobijo bajo mis alas como
a su pollada suele la clueca guarecer.
Y ellos de un lado y de otro vienen a preguntarme:
«Madre, ¿dónde está el padre? ¿Qué hace? ¿Cuándo vendrá?»
O, engañados por causa de su extrema niñez,
se ponen a buscarle mientras yo con mil cuentos
distraerles intento y, al crujir cualquier puerta,
se excitan y se ponen de pie como si hubiesen
al punto de abrazar las paternas rodillas.
¿Qué esperanza podrías, anciano, qué refugio
discurrir? A ti miro: no podemos salir
del país a escondidas, porque hay en los caminos
centinelas más fuertes que nosotros. Tampoco
tenemos el recurso de una ayuda amistosa:
cuéntanos, pues, a todos cualquier procedimiento
que quizá se te ocurra para que no muramos.

ANFITRIÓN

No es fácil, hija, en temas de éstos aconsejar 88
precipitadamente ni obrar a la ligera. 89
Tiempo al tiempo, pues somos débiles, dar debemos. 87

MÉGARA

¿Andas falto de penas o tanto amas la luz?

ANFITRIÓN

Con ella gozo y todo lo que ilusión nos traiga.

MÉGARA

Y yo, mas no debiéramos creer en lo imposible.

ANFITRIÓN

Los males aplazados el alivio traen ya.

MÉGARA

Pero me aflige el tiempo que entre tanto transcurre.

ANFITRIÓN

Aún, hija, podría surgir un favorable
viento que de este mal a todos nos sacase.

Tal vez tu esposo y mi hijo venga pronto: tranquila
queda y ciega esas fuentes de lágrimas que manan
de tus hijos e intenta que tus dichos les calmen
aunque sea engañándoles con tristes disimulos.
También suele cansarse la humana desventura
y el huracán no guarda siempre la misma fuerza.
Ni los afortunados lo son hasta el final,
sino que en todo hay cambios que entre sí se suceden.
El mejor es el hombre que siempre en la esperanza
confía; y es de viles la desesperación.

Entra en escena el coro compuesto por quince ancianos, antaño compañeros de armas de Anfitrión.

CORO

Hacia el palacio que alberga
el lecho de mi viejo jefe
vengo, en mi bastón apoyado, cantando
mi triste canción como el ave canosa;
no soy más que voz y fantasmal figura
de algún nocturno sueño,
si temblorosa, llena de amor.
¡Hijos que ya padre no tenéis, anciano
y desdichada madre que lloras
por tu esposo que bajó
a la morada de Hades!

No fatigues más tus débiles
pies como el caballo que arrastra
el pesado carro por pendiente rocosa;
cógete a las manos o al manto de aquel
cuyo exhausto cuerpo le haga retrasarse;
que el viejo al viejo guíe;
que el camarada de nuevo ayude
como en las batallas de otro tiempo a quien
cuando era joven formó a su lado
sin afrentar el honor
de la gloriosa patria.

¡Mirad cómo resplandecen
sus ojos al igual
que los paternos!

Ya en la misma infancia padecen desventuras,
mas conservan la gracia.
¡Oh, Hélade, al perderlos
de qué grandes campeones
te vas a ver privada!

CORIFEO

Mas aquí veo a Lico, monarca del país,
que sale del palacio y a nosotros se acerca.

LICO

Que sale del palacio acompañado de dos guardias. Se dirige hacia los que ocupan el altar.

Al padre y a la esposa de Heracles preguntar
deseo si me es lícito; mas lo es, pues como dueño
de vosotros pedir puedo que me informéis.
¿Hasta cuándo queréis alargar vuestra vida?
¿Qué auxilio contempláis que os ahorre el morir?

Señalando a los niños.

¿Creéis que el padre de éstos volverá, que en el Ha-
[des
se encuentra? Ya excesivas las muestras de dolor
son que estáis exhibiendo porque morir debáis.

A Anfitrión.

Tú jactancias inanes por la Hélade difundes,
que el lecho con la estirpe Zeus y tú os repartís,

A Mégara.

y tú que eres la esposa del mejor de los hombres.
Pero ¿qué maravillas hizo jamás Heracles
sino a la hidra matar del pantano o al león
de Némea, al que a lazo capturó aunque ahora diga
que lo estranguló él mismo? ¿Tal es vuestro argumento?
¿Por eso es por lo que pensáis que ahora no deben
morir sus hijos? Él adquirió su renombre
de valentía, no siendo nadie, en contiendas
contra fieras, mas no se mostró bravo en nada
de otro tipo, pues nunca con la izquierda el escudo

embrazó ni a las lanzas se arrimó y la saeta,
arma la más cobarde, fue lo que él prefería
como hombre presto a huir. No es el mejor indicio
de buen ánimo el arco, sino el estarse firme
en su puesto, mirando de frente a la impetuosa
mies de enemigas armas. Y yo, anciano, no soy
hombre impúdico, sino cauto, pues, tras matar
al padre de ésta, Creonte, del que el trono hoy ocupo,
no quiero dejar vivos a quienes de mayores
pedirán vengativas cuentas de aquello que hice.

ANFITRIÓN

Que en lo que como padre le atañe, Zeus defienda
a Heracles: demostrar a mí me toca ahora,
hijo, ese gran error en que sobre ti se halla
este hombre, al que no voy a dejar que te insulte.
Debo ante todo, Heracles, de ti ese sacrilegio
apartar, pues por tal reputo el motejarte
de cobarde; y los dioses me sirvan de testigos.
Al relámpago apelo de Zeus y a la cuadriga
en que, tras asaetear los cuerpos de los monstruos
nacidos de la Tierra, los Gigantes, con dardos
alados, celebró con los dioses su bello
triunfo. Márchate al Fóloe, tú, el peor de los reyes,
y allí a los insolentes Centauros de cuadrúpeda
raza pregúntales a qué hombre consideran
más valiente que mi hijo, del que dices que no es
sino pura apariencia. Y, en cambio, tú interroga
al Dirfis o a la Abántide que te engendró y ni el uno
ni la otra elogiaránte, pues no hay tierra que pueda
servirte de testigo sobre proeza alguna.
Esa hábil invención reprochas de los arcos:
oye lo que respondo y ello te instruirá.
El hoplita es esclavo de las armas: si aquellos
que militan con él son cobardes, perece
por su culpa; y, si pierde la lanza, no halla modo
de guardar su persona, pues no hay otra defensa
contra el morir que aquélla; mientras que los arqueros
hábiles lanzar pueden saetas infinitas
que a los demás les cubran y, al estar apartados,

hieren con flechas ciegas a quienes sí las ven
sin exponer su cuerpo, resguardado al abrigo.
Ahora bien, en la pugna lo más inteligente
es ser capaz de hacer mal a los adversarios
salvándose a uno mismo sin que la muerte o vida
tengan que depender tan sólo del azar.
Tales son mis razones y mi opinión contraria
a la tuya en aquello que toca a esta cuestión.
Y, en cuanto a estos muchachos, ¿por qué quieres ma-
[tarles?
¿Qué te han hecho? Yo admito que te muestras pru-
[dente
al temer, siendo tú bellaco, a los retoños
de un héroe. Pero es para nosotros duro
tener que padecer, porque seas como eres,
lo que tú deberías sufrir a nuestras manos
mejores si Zeus fuera justo con nuestra causa.
Si quieres poseer el cetro de esta tierra,
déjanos que salgamos desterrados de aquí,
pero no nos inflijas la violencia que tú
recibirás si mudan los vientos del destino.
¡Ay!
Tierra de Cadmo, pues también a ti acudir
debo con mis reproches, ¿así es como proteges
a Heracles y a sus hijos? Él solo, sin embargo,
marchó contra los Minias para luchar con ellos
e hizo que verse libre pudiera por fin Tebas.
Ni a la Hélade yo apruebo ni me voy a callar
cuando descubro que es para con él ingrata
no corriendo en auxilio de sus hijos con fuego,
lanzas o armas según debiera como pago
de esas hazañas que limpiaron tierra y mares
con tanto esfuerzo suyo. No os socorre, hijos míos,
ni la Hélade ni Tebas y me miráis a mí,
débil amigo al cual sólo palabras restan.
Pues me han abandonado las fuerzas que tenía,
la vejez pone trémulos mis miembros y enflaquece
mi vigor. Si yo fuese joven y de mi cuerpo
dueño, con una lanza mancharía de sangre
su rubio pelo haciéndole cobardemente huir
más allá de los límites atlánticos del mundo.

CORIFEO

¿No es cierto que a los buenos, aunque hablen lentamente,
su virtud alegatos certeros les inspira?

LICO

Puedes hablar con esas altaneras palabras
a que responderé con daño para ti.

A los guardias.

¡Vamos, suban los unos al Helicón, los otros
al Parnaso y sus valles y que los leñadores
corten leña ordenad y a la ciudad la traigan
y luego amontonadla junto al altar, prendedla
y quémense los cuerpos de todos y enterados
queden de que ahora ya no es el muerto quien manda
en Tebas, sino yo!

Dirigiéndose al coro.

Y asimismo vosotros,
ancianos que os mostráis a mis planes opuestos,
no sólo lloraréis por los hijos de Heracles,
mas también por la suerte de vuestras propias casas
recordando, si alguna desventura os ocurre,
que no sois más que siervos de esta mi tiranía.

CORIFEO

Criaturas de esta tierra que Ares salvara antaño
con dientes arrancados a la cruel quijada
del dragón, ¿no eleváis vuestros cetros, apoyos
de vuestras manos, para que ensangrenten la impía
cabeza de este intruso que, no siendo cadmeo,
sino el hombre más vil, órdenes da a los jóvenes?
Mas al menos a mí no podrás dominarme
ni el fruto arrebatarme del trabajo y fatiga
de mis brazos. Largarte ya puedes a abusar
en el lugar de donde viniste, porque nunca
matarás a estos niños mientras vida me quede:
no está tan sepultado quien aquí los dejó.
Tú a esta tierra gran mal has causado; él, en cambio,
no ha recibido el pago de tantos beneficios.

¿Soy, pues, entrometido si al amigo que ha muerto
ayudo cuando más amistad necesita?
¡Cómo anhelas, mi diestra, las armas empuñar!
Si mi debilidad no frustrara estas ansias,
ya te habría impedido que esclavo me llamases
y vivir con honor podríamos en Tebas,
en que tú haces tu gusto. Pues no hay sensatez donde
con los malos designios reina la disensión:
no serías un déspota si así no sucediese.

MÉGARA

Al coro.

Os lo agradezco, ancianos: propio es de los amigos
el justamente airarse cuando a otro tal se ultraja.
Mas no os vaya a pasar algo por irritaros
contra vuestro tirano. Y ahora, Anfitrión, escucha
mi opinión si es que opinas que digo algo de peso.
Quiero a mis hijos: ¿cómo no iba a amar a los seres
que parí y con esfuerzo crié? Y tengo el morir
por algo horrible, pero creo necio al mortal
que resiste a un proceso necesario. Si es, pues,
preciso que muramos, sea, mas no destruidos
por el fuego o dejando que el adversario pueda
reírse de nosotros, lo que es peor que morir.
Es grande nuestra deuda para con nuestro hogar;
tú debes a las armas una brillante fama
que no ha de consentirte que mueras sin valor;
ni hace falta que nadie me diga que mi ilustre
esposo a salvar a estos niños se negaría
con el deshonor de ellos: el noble ante el oprobio
padece de su prole, y así tampoco yo
rehuir debo el ejemplo que mi marido da.
Y, en cuanto a tu esperanza, mira lo que yo pienso.
¿Crees que volverá de bajo tierra tu hijo?
¿Qué muerto hay que jamás regresara del Hades?
¿O acaso ablandaríamos a este hombre con palabras?
No: tratos no se deben tener con enemigos
zafios, mientras ceder cabe ante el que es sensato
o está bien educado para hacer que su honor

a la amistad se incline. También se me ha ocurrido
a mí pedir que vayan éstos sólo al destierro,
pero es triste salvarse para caer en dura
pobreza y dicen que no hay huésped que bien mire
al amigo exiliado durante más de un día.
Afronta con nosotros la muerte que al final
ha de venir, anciano: yo a tu nobleza apelo.
Es valiente el que lucha contra el hado divino,
mas resulta insensato su valor: lo que tiene
que acontecer no hay nadie que pueda detenerlo.

CORIFEO

Si agraviado te hubiesen cuando eran poderosos
mis brazos, fácil fuérame poner coto a la ofensa,
pero ahora nada valgo. Tú eres, pues, Anfitrión,
quien pensar debe en cómo se evitará el destino.

ANFITRIÓN

No es vileza ni amor de la vida lo que
me hace evitar la muerte, sino el querer salvar
a los hijos de Heracles; mas parece que estoy
deseando un imposible.

Deja el altar con Mégara y los niños.

Pues bien, he aquí mi cuello.
Cortadlo con la espada, matadme, despeñadme,
pero sólo una cosa, señor, te imploro: mátanos,
primero que a estos niños, a mí y a esta infeliz
por que no les veamos, espectáculo impío,
expirar dando voces que invoquen a su madre
y a su abuelo. Y tú actúa por lo demás del modo
que quieras: indefensos frente a la muerte estamos.

MÉGARA

También yo te suplico que a ese servicio agregues
otro que a mí me prestes y que el favor duplique:
déjame que a mis hijos el atavío fúnebre
ponga; ábreme el palacio, que está cerrado ahora,
y eso al menos obtengan del paterno peculio.

LICO

Bien, ordeno a los siervos que los cerrojos abran.
Entrad, traed vestidos, que yo ninguno os niego:
cuando hayáis vuestro cuerpo con ellos adornado,
volveré para enviaros al mundo de ultratumba.

Se retira con los guardias.

MÉGARA

Hijos, seguid los pasos tristes de vuestra madre
hacia el hogar paterno que hoy a otros pertenece,
pero que por lo menos vuestro nombre aún lleva.

Entra en el palacio con los niños.

ANFITRIÓN

¡En vano copartícipes fuimos, Zeus, de mi alcoba,
en vano te llamaba padre común de mi hijo!
Eras menos amigo, pues, de lo que creí
y en virtud te supero, siendo tú un dios insigne
y yo hombre que a los hijos de Heracles no traiciona.
Tú, que entrar en mi lecho supiste ocultamente
en pos de una mujer que nadie te otorgaba,
salvar a tus amigos no sabes: eres, pues,
un dios al que le faltan o habilidad o justicia.

Entra también en el palacio.

CORO

Como Febo entona el lino
en momentos felices
tañendo con áureo plectro
su cítara melodiosa,
yo, para el que bajó hasta las tinieblas
subterráneas, sea hijo de Zeus
o vástago de Anfitrión,
trenzaré un himno, corona
de sus valerosas gestas.
La virtud de sus fatigas
ornato es del difunto.

Libró el bosque de Zeus
de aquel león feroz
para cubrir su espalda

y rubia cabeza con
sus monstruosas fauces.

Abatió después con dardos
alados destructores
a la raza montaraz
de los salvajes Centauros.
Lo vio el limpio Peneo, las ingentes
llanuras asoladas, las gargantas
del Pelión y los vecinos
pastos de Ómola, de donde
a devastar se arrojaron
Tesalia blandiendo pinos
como si fueran lanzas.

Y a la cierva de cuernos
áureos y variopinto
lomo, azote del campo,
mató y consagró a la diosa
cazadora enoátide.

Montó en su cuadriga
y a los potros de Diomedes hizo tascar el freno,
que ante los pesebres sangrientos mascaban
carne humana con sus bocas desenfrenadas
de un cruel festín gozando.

Y más allá del Hebro argénteo
le llevó aquel trabajo
que el rey miceneo le impuso.

Y en la costa pelíade,
junto al Anauro, a Cicno
asaeteó, el habitante
de Anfanea, inmolador
feroz de los viandantes.

También llegó al huerto
occidental de las vírgenes canoras a coger
con su mano el fruto de las ramas de oro
tras matar a la serpiente que con sus fulvos

repliegues lo guardaba;
y bajó al abismo marino
para dar a las naves
de los hombres seguridad.

Sus manos sostuvieron
la bóveda celeste
en la casa de Atlante:
con las astrales mansiones
pudo su fortaleza.

Cruzó las aguas del ponto Euxino
por la Meótide de muchos ríos
en pos de la hípica tropa amazónica;
llevando a muchos Griegos
consigo, buscó el dorado
cinto de la doncella
area; y fue la caza
del ceñidor funesta. La Hélade
recibió el botín ilustre de la muchacha
bárbara y hoy se guarda en Micenas.

A la perra de Lerna,
criminal de mil cabezas,
a la hiedra quemó, en cuyo
veneno bañó las flechas
que mataron al triforme
boyero de Eritía.

Y, superado un sinfín de pruebas,
se embarcó para el lacrimoso Hades
en el postrero de sus trabajos;
allí acabó su vida;
de allí no volvió; su casa
vacía está de amigos;
el remo de Caronte
espera a sus hijos en viaje
sin regreso, impío, inicuo; sólo a tus manos
mira tu hogar y no estás aquí.

Si fuera fuerte y joven
saltaría a la batalla

con los otros Cadmeos
en defensa de estos niños;
pero ahora me falta ya
la feliz juventud.

CORIFEO

Viendo salir del palacio a Anfitrión, Mégara y los niños ataviados con vestidos fúnebres.

Mas he aquí que contemplo, ataviados ya con
vestiduras de luto, a los hijos del gran
Heracles de antaño y observo también
a su esposa querida, que lleva tras sí
a los niños pequeños; y marcha detrás
Anfitrión, padre anciano de aquél. ¡Ay de mí,
contener ya no puedo las lágrimas que
de mis ojos brotando ahora están!

MÉGARA

¡Bueno! ¿Quién sacerdote será o degollador
de estos pobres o bien el verdugo que muerte
dará a esta infortunada? Prestas están las víctimas
a descender al Hades. ¡No es hermosa, hijos míos,
esta procesión que revueltos lleva a un viejo,
a una madre y sus niños! ¡Oh, destino infeliz
el mío y de mi prole, que ya no veré más!
¡Os parí y crié para que fuerais el objeto
de ultraje, burla y crimen de vuestros enemigos!
¡Ay!
¡Qué inesperadamente se torció la esperanza
que fundé en las palabras de vuestro padre otrora!
A ti el país argivo te legó el muerto Heracles:
la casa de Euristeo debías habitar
ejerciendo el poder en la feraz Pelasgia;
y sobre tu cabeza puso la piel del fiero
león con la que él mismo se armaba. Tú eras rey
de Tebas, la ciudad amante de los carros,
pues persuadir a aquel que te engendró supiste
para ser heredero de mis llanuras patrias;
y colocó en tu diestra la maza defensiva,

el don falaz de Dédalo. Y a ti, en fin, prometió
que te daría Eubea, conquistada por su arco
certero aun desde lejos. Así, siendo vosotros
tres, a tres monarquías os alzó vuestro padre,
con razón jactancioso de su heroico valor.
Yo ya andaba eligiendo las doncellas mejores
como mujeres vuestras, en Atenas o Esparta
o Tebas, para que, bien atadas las popas
a potentes estachas, llevarais feliz vida.
Ahora todo se fue: los cambios de la suerte
os han dado a las Ceres tan sólo como esposas
y a mí el aportar lloros para el baño nupcial.
Vuestro abuelo es quien debe festejar tal enlace,
ya que Hades va a ser el que de amargo suegro ejerza.
¡Ay de mí! ¿Cuál será de vosotros el último
o el primero al que estreche contra mi pecho? ¿A quién
daré besos o abrazos? ¿Por qué como la rubia
abeja yo no puedo libar en vuestras lágrimas
para reunirlas todas en un río de llanto?
Queridísimo Heracles, si en el Hades se escuchan
las voces de los hombres te digo lo siguiente:
tu padre va a morir y tus hijos y yo,
aquella que dichosa los mortales juzgaban.
¡Acude aquí a auxiliarnos, muéstresenos tu sombra!
Con ello bastaría, pues son unos cobardes
comparados contigo los que a tus hijos matan.

ANFITRIÓN

Ocúpate, mujer, de las cosas de abajo.
Yo alzo la mano al cielo, Zeus, y voy a advertirte:
si vas a ayudar a estos niños, apresurarte
debes, porque muy pronto no servirás de nada.
Pero has sido llamado ya en vano muchas veces:
parece que la muerte resulta inevitable.
Poca cosa es, ancianos, la existencia: ojalá
del modo menos malo la paséis, no sufriendo
nada en la sucesión de los días y noches.
El tiempo nada sabe de colmar esperanzas:
cumple con su función y en seguida se vuela.
Ya me veis: yo nombrado fui y mirado por todos
y ahora en un solo día la suerte me ha quitado

todo como una pluma que hasta el éter se eleva.
Yo no conozco a nadie cuya riqueza y fama
estén aseguradas. ¡Adiós, oh, compañeros!
Ahora por vez postrera contempláis a este amigo.

MÉGARA

Viendo llegar a Heracles.

¡Eh!
¿Veo, anciano, a lo más querido? ¿O qué diré?

ANFITRIÓN

Lo ignoro, hija: también yo me quedé sin habla.

MÉGARA

Es aquel del que oímos que estaba bajo tierra,
a no ser que soñemos ahora en pleno día.
¿Qué digo? ¿Qué visiones sufre mi inquieto espíritu?
No puede, anciano, ser sino tu hijo el que llega.
¡Corred, niños, colgaos de los paternos peplos,
vamos, apresuraos, no soltadle, os será
más precioso su apoyo que el de Zeus Salvador!

Heracles entra por un lateral.

HERACLES

¡Salve, techo y vestíbulo del lar al que regreso,
con qué gusto te veo tras volver a la luz!
Mas ¿qué es eso? Percibo que están frente al palacio
mis hijos, coronados con fúnebre atavío,
y, rodeada de gente, mi esposa con mi padre,
que llora no sé qué calamidades. ¡Ea,
a ellos voy a acercarme para saber qué ocurre!
¿Qué novedad, mujer, ha sucedido en casa?

MÉGARA

¡Oh, el hombre más amado!

ANFITRIÓN

¡Luz para este tu padre!

MÉGARA

¿Llegas a tiempo para salvar a tus amigos?

HERACLES

¿Qué dices, padre? ¿En qué conmoción os encuentro?

MÉGARA

Estábamos perdidos y perdóname, anciano,
si a contar me anticipo lo que tú deberías,
pues la mujer se aflige más que ningún varón
y mis hijos morían y yo también con ellos.

HERACLES

¡Apolo! ¡Qué preámbulo pones a tus palabras!

MÉGARA

Ya no vive mi viejo padre ni mis hermanos.

HERACLES

¿Cómo? ¿Qué les pasó? ¿Qué arma acabó con ellos?

MÉGARA

Les mató Lico, el nuevo déspota del país.

HERACLES

¿En guerra o bien porque hubo disensiones en Tebas?

MÉGARA

Mediante una facción llegó en ella al poder.

HERACLES

Pero ¿por qué temíais mi anciano padre y tú?

MÉGARA

Pretendía matarnos así como a tus hijos.

HERACLES

¿Cómo? ¿Qué recelaba de los que ya eran huérfanos?

MÉGARA

Que vengaran un día la muerte de Creonte.

HERACLES

¿Y qué luctuoso ornato llevan puesto esos niños?

MÉGARA

Ceñido les habíamos de ínfulas funerarias.

HERACLES

¿Para una violenta muerte? ¡Pobre de mí!

MÉGARA

Sin amigos, a ti por fallecido dábamos.

HERACLES

¿Cómo en tan absoluto desánimo caísteis?

MÉGARA

Valiéndose de heraldos lo anunciaba Euristeo.

HERACLES

Mas ¿por qué abandonasteis mi casa y el hogar?

MÉGARA

Por la fuerza: a tu padre sacaron de la cama.

HERACLES

¿No les daba vergüenza maltratar a un anciano?

MÉGARA

Es que Pudor habita lejos de esa otra diosa.

HERACLES

¿Me privaba de amigos, pues, el estar ausente?

MÉGARA

¿Qué amistades le quedan al hombre infortunado?

HERACLES

¿Despreciaron las proezas que osé contra los Minias?

MÉGARA

Los amigos, repito, faltan al infeliz.

HERACLES

¿No arrojaréis los fúnebres adornos del cabello
levantando los ojos a la luz, que tan grato

resulta ver después de la infernal tiniebla?
Y yo, pues actuar me incumbe, iré ante todo
a derribar la casa de ese nuevo tirano,
le cortaré su impura cabeza y haré de ella
el pasto de los canes y a todos los Cadmeos
que ingratos hayan sido respecto a mis favores
con esta vencedora maza les mataré;
mis saetas aladas de muertos el Ismeno
llenarán y de rojo se teñirán las aguas
hoy límpidas de Dirce. Porque ¿a quién más se debe
defender que a la esposa, prole y anciano padre?
Adiós, lances pasados: fútiles ahora sois
comparados con esto que emprendo; porque, si iban
ellos a perecer por causa de su padre,
moriré defendiéndoles. ¿Qué mérito tendrá
el haber batallado con la hidra y el león
por orden de Euristeo si de morir no salvo
a mi propia familia? Dejara de llamarme
como antes el Heracles de los hermosos triunfos.

CORIFEO

Es justo que los padres a los hijos protejan
y a su progenitor anciano y a su esposa.

ANFITRIÓN

Te cuadra amigo ser de quienes lo sean tuyos
y odiar al enemigo; mas no te precipites.

HERACLES

¿Qué hay en esto que sea precipitado, oh, padre?

ANFITRIÓN

Hay muchos indigentes que pasan por ser ricos
a quienes cuenta el rey entre sus aliados
y que discordia crean y ruina en la ciudad
intentando quitar a los demás aquello
que perdieron en casa por pródigos y ociosos.
Como te han visto entrar, no sea que de improviso
caigan tus enemigos reunidos sobre ti.

HERACLES

Nada me importaría que todos lo supieran,
pero, observando un ave que estaba infaustamente
posada, imaginéme que algo ocurría en casa
y la precaución tuve de penetrar oculto.

ANFITRIÓN

Bien; entra a saludar tu hogar y deja ver
tu faz en el palacio paterno. El rey vendrá
en persona a arrastrar al suplicio a tu esposa
y a tus hijos y para matarme a mí también.
Si le esperas aquí, podrás lograrlo todo
con más seguridad, mas no causes alarma
en la ciudad, hijo mío, mientras no arregles eso.

HERACLES

Lo haré: tienes razón. Entro en casa: después
de regresar al fin de los negros abismos
de Hades y Core, no regatearé a los dioses
de mi casa el honor de este primer saludo.

ANFITRIÓN

¿A la morada de Hades fuiste de veras, hijo?

HERACLES

Y me traje a la luz la tricéfala fiera.

ANFITRIÓN

¿Luchando? ¿O fue un regalo que te ofreció la diosa?

HERACLES

Luchando: por fortuna visité los misterios.

ANFITRIÓN

¿Y en casa de Euristeo se encuentra el monstruo ya?

HERACLES

En el bosque de Ctonia de la ciudad de Hermione.

ANFITRIÓN

¿Euristeo no sabe que a la tierra ya has vuelto?

HERACLES

No: ante todo aquí vine por ver qué sucedía.

ANFITRIÓN

¿Y cómo tanto tiempo bajo tierra estuviste?

HERACLES

Me demoré trayéndome del Hades a Teseo.

ANFITRIÓN

¿Dónde está? ¿Pisa el suelo ya de su tierra patria?

HERACLES

En Atenas, contento de haber vuelto de abajo.
Vamos, niños, seguid a casa a vuestro padre:
más alegre el regreso será de lo que fue
vuestra salida. Estad tranquilos y no broten
fuentes de vuestros ojos. Y tú, mujer, recobra
tu espíritu y no vuelvas a temblar; y soltad
mis vestiduras ya, porque carezco de alas
y no temáis que quiera dejar a mis amigos.
¡Vaya!
¡Pero es que no me sueltan, sino que todavía
se agarran más a mí! ¿Tan en peligro os visteis?
Os conduciré, pues, de la mano cual nave
que esquifes a remolque lleva. No me avergüenza
el mimar a mis hijos. Todo es igual lo humano:
los hombres de más clase no por ello les aman
menos que quien no es nada. Sólo cambia el dinero:
téngalo o no, es amante de los hijos el hombre.

Entran todos en palacio.

CORO

La juventud es la edad que yo amo y la senectud un [fardo
más pesado que el Etna pone
en nuestras cabezas cubriendo con velos
oscuros nuestros párpados.
No cambiara yo el tesoro
de la tiranía asiática
ni un palacio lleno de oro
por la mocedad, hermosa

tanto en la opulencia como
en la suma indigencia.
Odio la triste, la asesina
vejez: naufrague en los mares
y ojalá nunca llegara
a las casas y ciudades
humanas, mas por el éter
volara eternamente.

Si bien entendieran los dioses las cosas humanas,
doble juventud otorgarían,
como manifiesto signo de virtud,
a quienes la tuvieron,
que tras la muerte podrían
correr por segunda vez;
y una sola vida, en cambio,
el vulgo viviría
y así reconoceríamos
a los buenos y malos
como el nauta contar los astros
sabe en el cielo nuboso.
Hoy no señalan los dioses
claramente ni a unos ni a otros:
este mundo gira y sólo
la riqueza consagra.

Jamás cesaré de unir
las Gracias a las Musas,
combinación dulcísima.
¡Muera yo si ellas me faltan,
viva por siempre entre guirnaldas!
Este poeta, aunque sea
viejo, sabe a Mnemósine
celebrar y las gestas
victoriosas de Heracles;
siguiendo a Bromio, el dador del vino,
y oyendo el son de la flauta líbica,
jamás hará que calle
la canción de las Musas
en cuyo coro forma.

Es un peán lo que cantan
las Deliades danzando
a la puerta del noble
Letoida en sus bellos coros;
un peán, lo que la canosa
boca del vetusto cisne
cantor trae a tu casa;
es género que bien
cuadra a estos himnos míos.
El hijo de Zeus es aún más grande
por su virtud y por sus trabajos:
destruyó a horrendos monstruos
y trajo la bonanza
a las humanas vidas.

LICO

Entrando en escena por un lateral acompañado por sus guardias. A la vez Anfitrión sale del palacio.

Oportuna, Anfitrión, es esa tu salida,
pues hace largo tiempo ya que estáis preparando
vuestros cuerpos con ropas y mortuorio ornamento.
¡Ea, manda a los hijos y a la esposa de Heracles
que salgan y que aquí se me presenten quienes
a aceptar voluntaria muerte se han ofrecido!

ANFITRIÓN

Señor, en mi desdicha me acosas y te burlas
de estos parientes míos que mueren: deberías
ejercer tu poder más moderadamente.
Mas, ya que nos obligas por fuerza a perecer,
forzoso es aceptarlo y hacer lo que deseas.

LICO

¿Dónde Mégara, pues, y tus nietos están?

ANFITRIÓN

Aunque, estando aquí fuera, no sé, creo que se halle...

LICO

¿Haciendo qué? ¿Hay indicios que a pensarlo te lleven?

ANFITRIÓN

Como una suplicante cerca del sacro altar...

LICO

Es inútil que quiera salvarse suplicando.

ANFITRIÓN

Y que invoca a su esposo difunto vanamente.

LICO

Pero él no está presente ni hay miedo de que venga.

ANFITRIÓN

No, a no ser que algún dios pueda resucitarle.

LICO

Vete a buscarla y haz que de la casa salga.

ANFITRIÓN

Cómplice de ese crimen sería si lo hiciese.

LICO

Pues, si tienes un tal escrúpulo, iré yo,
que nada semejante temo, a lograr que vengan
los niños con su madre. Seguidme, servidores,
veamos pronto alegres el fin de nuestro afán.

Entra en palacio seguido de sus guardias.

ANFITRIÓN

Ve adonde debes ir: a otro le incumbe el resto.
Y disponte a sufrir el mal que estás tramando.
Es excelente, ancianos, esa entrada: ella implica
en los férreos lazos de una red al perverso
que perece creyendo matar a otras personas.
Entraré para ver cómo cae su cadáver:
grato es al enemigo contemplar cuando muere
expiando la pena de todos sus delitos.

Entra en palacio.

CORO

¡Mudanza en los males! Nuestro gran rey de antes
ha vuelto a la vida: regresó del Hades.
¡Oh, oh!
¡Justa inversión del hado divino!

CORIFEO

Por fin a pagar va tu muerte la soberbia
con la que a los mejores que tú tratar quisiste.

CORO

La alegría llena mis ojos de lágrimas:
volvió el rey de esta tierra; es algo que jamás creí que
[pudiera
ver realizado.

CORIFEO

Miremos ahora, ancianos, si dentro de la casa
le ocurre a alguien aquello que para él yo quisiera.

LICO

Desde el interior.

¡Ay, ay de mí!

CORO

La canción empieza que yo en el palacio
gusto de escuchar: la muerte está cerca.
Grita
el rey y es ello mortal preludio.

LICO

Desde el interior.

¡Ciudad entera de Cadmo, me matan a traición!

CORIFEO

Mas tú también matabas: resígnate a sufrir
lo que debes a causa de esas tus fechorías.

CORO

¿Qué hombre impío, siendo mortal, manchar quiere
a los que felices habitan el cielo con la torpe insidia
de que son débiles?

CORIFEO

Ancianos, el sacrílego no existe ya. El silencio en el palacio reina: cantemos nuestro coro.

CORO

¡Coros, coros y festines
dominan Tebas, la ciudad sagrada!
Las lágrimas al secarse,
los sucesos al mudar,
canciones producen, canciones.
Se marchó el nuevo rey, manda ya el de siempre,
que dejó el Aqueronte. Contra lo que creíamos
vino a cumplirse nuestra esperanza.

Cuídanse los dioses, cuídanse
de saber quiénes son justos o injustos.
El oro y la suerte sacan
al hombre de sus casillas
y al abuso injusto le arrastran.
Nunca piensa en los cambios del tiempo aquel hombre
que en lo ilegal e inicuo se goza; y así rompe
el triste carro de su opulencia.

¡Ponte guirnaldas, Ismeno!
¡Danzad, ciudad de las siete
puertas y pulidas calles
y Dirce la de aguas puras!
¡Oh, ninfas, hijas de Asopo,
las corrientes paternas
dejad para cantar
conmigo las triunfales
hazañas, oh, de Heracles!
¡Roca arbolada del Pitio,
morada heliconiade de las Musas,
celebrad mi ciudad alegres
y el recinto en que manó
la broncínea tropa sembrada
que a través de padres e hijos
gobierna a Tebas, sagrada
luz de este país!

¡Oh, doble paternidad,
lecho común al mortal
y a Zeus unido a la nieta
de Perseo! ¡Clara está
para mí esta vieja unión,
oh, Zeus! Pues te mostraste
cuando no lo esperábamos
y el tiempo hizo brillar
la potencia de Heracles,
que volvió desde ultratumba
y la infernal morada de Plutón.
Fuiste así mejor tirano
que ese vil rey que ahora, al verse
enfrentado al certamen férreo,
hizo que ya no dudemos
de si complace a los dioses
aún la justicia.

CORIFEO

Viendo aparecer sobre el palacio a las diosas Iris y Locura.

¡Eh! ¿Qué es esto?
¿No nos invade, ancianos, un temblor espantoso
al ver sobre el palacio tamaña aparición?

UN COREUTA

¡Huye, escape
tu torpe caminar, de en medio quítate!

OTRO COREUTA

¡Peán supremo,
sálvanos de los males que a amenazarnos vienen!

IRIS

Tranquilizaos, viejos: veis a Locura, la hija
de la Noche, y a mí, divina mensajera,
Iris. No hemos llegado para hacer ningún mal
a la ciudad, mas contra la casa de un solo hombre,
aquel que dicen que es hijo de Zeus y Alcmena.
Mientras no hubo acabado sus trabajos durísimos,
su sino protegíale y el padre Zeus negábase
a que daño jamás Hera y yo le causáramos.

Mas, terminadas ya las pruebas de Euristeo,
Hera, y yo estoy de acuerdo, quiere que sobre él caiga
la sangre familiar de sus hijos que inmole.

A Locura.

¡Ea, pues! A ti acudo y a tu alma inexorable,
¡oh, la hija virginal de Noche tenebrosa!
Arroja contra este hombre la locura, el delirio
que en matador le torne de sus hijos. ¡Que brinquen
sus pies, excítale, da a su ardor rienda suelta!
Haga su criminal mano que el Aqueronte
traspasen esos hijos que fueron su corona:
sepa así cómo son las iras de Hera y mías;
pues, si él no es castigado, los dioses para nada
contarán y ya en todo mandarán los humanos.

LOCURA

Soy de progenitores nobles, porque nací
de Noche y de la sangre de Úrano, y es mi oficio
funesto para quienes me tratan: ni yo misma
me gozo en visitar a hombres a los que quiero.
Y, como no deseo veros equivocadas,
a Hera y a ti advertiros quiero por si atendéis
mis razones. Aquel tras el cual me mandáis
no es nadie a quien desprecien los dioses o mortales:
las regiones selváticas pacificó y la mar
y fue el restaurador único de las honras
divinas que por tierra tiraban los impíos.
Por lo cual te aconsejo que a tal mal no te arrojes.

IRIS

No nos enmiendes los planes que hemos urdido Hera
[y yo.

LOCURA

Quiero que volváis al buen camino en vez del peor.

IRIS

No es para darnos templanza para lo que ella te envió.

LOCURA

Al sol pongo por testigo de que no lo quiero hacer,
mas, si debo obedeceros a Hera y a ti, si queréis

que corra y jadee siguiéndoos como el perro al cazador,
a ello voy. Ni los bramidos impetuosos del mar
ni el terremoto ni el rayo con su penoso aguijón
tienen la fuerza con que caeré sobre el pecho yo
de Heracles; su casa y techo destrozará mi invasión
y antes mataré a sus hijos sin que él, hasta que no esté
libre de mí, sepa que dio muerte a los que engendró.
Ved: su cabeza menea como aquel que a correr va;
revuelve y tuerce sus ojos centelleantes sin hablar;
su respiración se altera; toro es que intenta atacar;
sus mugidos a las Ceres del Tártaro invocan ya.
Pronto mi tremenda flauta le hará bailar a otro son.
Ve al Olimpo, Iris, al éter levanta tus nobles pies:
yo entraré en casa de Heracles sin que se me pueda ver.

Desaparecen.

CORO

¡Ay, mil veces ay! Gime, ciudad, porque cortan
tu flor, el retoño de Zeus. ¡Oh, triste Hélade,
que a perder vas a tu bienhechor,
le perderás cuando dance al son demente
que Locura marque!
En su carro a los potros aplica el mortal
aguijón Gorgo, la hija
de Noche; en su cabeza
silban cien sierpes: es la Locura
cuya mirada vuelve de piedra a los hombres.
Pronto al feliz héroe trajo un cambio el hado;
pronto a manos suyas caerá su prole.

ANFITRIÓN

Desde el interior.

¡Ay de mí, infeliz!

CORO

¡Oh, Zeus, sin hijos tu hijo se quedará al punto!
Un castigo feroz, sanguinario, implacable
le abatirá entre desastres.

ANFITRIÓN

¡Ay, mi casa!

CORO

Ya comienza la danza, mas sin timbales
ni el tirso gozoso que Bromio maneja.

ANFITRIÓN

¡Ay, palacio!

CORO

En ella se bebe la sangre, no el zumo
de dionisíacas, rituales uvas.

ANFITRIÓN

¡Huid, hijos, salvaos!

CORO

Es espantosa
la melodía de estas flautas.
Sigue la caza de niños:
no en vano a esta orgía Locura
lanzó a la casa.

ANFITRIÓN

¡Ay, desdicha!

CORO

¡Oh, cómo lloro por el padre anciano
y por esta madre que tan sin provecho
parió descendencia!

Se oye un gran estruendo dentro del palacio.

¡Mira, mira!
¡El palacio sacude el viento y derriba!
¿Qué traes, hijo de Zeus, a tu morada?
Confusión infernal, como
cuando a Encélado, ¡oh, Palas!, bajo
tierra sumiste.

Sale del palacio un mensajero que se dirige al coro.

MENSAJERO

¡Blancas faces seniles!

CORO

¿Por qué a gritos así me
llamas?

MENSAJERO

¡Esto es inolvidable!

CORO

De intérpretes
yo no necesito.

MENSAJERO

¡Muertos, sus hijos!

CORO

¡Ay, ay!

MENSAJERO

¡Sollozad, lo merece!

CORO

¡Cruel matanza,
crueles manos del propio padre!

MENSAJERO

No se puede expresar este infortunio nuestro.

CORO

¿Cómo surgió ese paterno crimen
que tú ahora me anuncias?
Dinos de qué manera provocaron los dioses
aquí este horror y cómo
murieron sus criaturas.

MENSAJERO

Estaba celebrándose junto al altar de Zeus
la purificación de la casa y ya fuera
de ella Heracles al rey muerto había arrojado.
En torno suyo el coro de sus hijos hermosos
se hallaba y también Mégara y Anfitrión: el cestillo
alrededor del ara circulaba y silencio
religioso observábamos. Mas, cuando iba a tomar
en su diestra el tizón que introducir debía
en el agua lustral, Heracles quedó mudo.
Al ver que se paraba, los suyos le miraron,
pero ya no era el mismo: descompuesto su rostro,
con los ojos estrábicos y surcados de sangre,
la baba le corría por la barba poblada.

Y habló entonces, con risas propias de un atacado:
«Padre, ¿por qué esta llama de purificación
enciendo antes de haber dado muerte a Euristeo,
tomándome un trabajo doble en vez de arreglar
ya todo de una vez? Cuando esté su cabeza
aquí, podré también limpiar mis manos de esto.
Verted el agua, el cesto soltad. ¿Quién me dará
los dardos, quién la maza? Pues me voy a Micenas:
yo palancas y picos necesito de hierro
para lograr que salten las hileras ciclópeas
que el cincel construyó con los cordeles rojos.»
Fingió entonces montar en carro inexistente,
hizo como que asiento tomaba en el pescante
y su brazo extendió pensando que al hacerlo
de verdad aguijoneaba con él a unos corceles.
Los siervos a la vez reían y temblaban
y unos a otros miraban y hubo alguno que dijo:
«¿Se burla de nosotros el dueño o loco está?»
Y él andaba por toda la casa y, penetrando
en plena sala de hombres, pensó que se encontraba
en la ciudad de Niso y en un palacio y luego
sin más se acostó en tierra como si le sirviesen
de comer y, después de pasar así un rato,
dijo que iba a los llanos y repliegues del istmo.
Desabrochóse luego para quedar desnudo,
luchó contra un rival supuesto y ordenó
silencio y a sí mismo de ese falso combate
proclamó vencedor. Mas helo ya en Micenas,
dando terribles gritos contra Euristeo. Entonces
su padre le tocó la mano y habló así:
«¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Qué significan esos
viajes? ¿Te ha enloquecido la sangre de las víctimas
que acabas de causar?» Y él, creyendo delante
al padre de Euristeo tener que le rogaba,
le rechazó y el arco y el carcaj aprestó
contra sus propios hijos, que con los de Euristeo
confundía. Los niños, temblorosos de espanto,
aquí y allá lanzáronse y el uno asió la túnica
de su madre infeliz y el segundo escondíase
tras un pilar y al lado del ara acurrucábase
como un pájaro el otro. Clamó Mégara al verlo:

«¿Qué haces? ¿Matar a aquellos que engendraste?»
[Y chillaban
el viejo y los sirvientes y en tanto Heracles vueltas
a la columna a dar púsose y un violento
giro suyo con su hijo le enfrentó y, alcanzada
la criatura en el hígado, boca arriba cayó
y pereció manchando de sangre la pared.
Y él con un alarido jactancioso exclamaba:
«Ya en uno de los pollos de Euristeo venguéme
del odio de su padre.» Y apuntó con sus flechas
al niño que, agachado junto al altar, creía
pasar inadvertido y anticiparse pudo
y agarrar las rodillas de su padre y la barba
y el cuello le tocaba diciendo: «No me mates,
¡oh, padre queridísimo! Tuyo es, no de Euristeo,
el que persigues.» Y él, que estaba demasiado
cerca de su hijo para flecharle cruelmente,
revolviendo sus ojos feroces de Gorgona
alzó al aire su maza cual forjador que bate
el hierro puesto al rojo y aplastó su cabeza
rubia y hendió sus huesos. Y, muertos ya estos dos
hijos, a la tercera víctima se acercaba
cuando la infeliz madre se adelantó a cogerle
y, atrancando las puertas, se metió en el palacio.
Pero él creyendo hallarse frente a un muro ciclópeo,
cavó y apalancó y echó abajo las puertas,
<tras las cuales el techo de la casa se vino>,
y abatió a su mujer y al niño con un dardo
y a la carrera contra su padre dirigíase
cuando surgió la imagen de Palas, con su lanza
en la mano, y, al pecho de Heracles una piedra
lanzando, aquel furor homicida contuvo
y sueño le infundió. Cayó, pues, y su espalda
quedó junto a un pedazo de una de las columnas
que, al hundirse la bóveda, se había abierto en dos.
Y nosotros, ya libres del deseo de huir,
y el viejo le ligamos por medio de cordeles
al pilar para que, cuando se despertase,
ya no más desafueros pudiera cometer.
Ahora el pobre duerme, mas no con feliz sueño,
sino con el de aquel que a los suyos dio muerte.

Ningún mortal conozco más desdichado que él.

Entra en palacio.

CORO

Un crimen recuerda la argólide roca,
el más famoso, inverosímil, que hubo en la Hélade,
[aquel de
las hijas de Dánao; pero este suceso de hoy
con mucho lo supera.
El pobre, noble hijo de Procne
diría yo que fue él solo una especie
de ofrenda a las Musas:
tú tres hijos, en cambio, tenías y los mató
esa fatal, terrible locura.
¡Ay, ay! ¿Con qué gemidos,
llanto, oda mortuoria
o coro de Hades debo lamentarme?
¡Ah, ah!

Se abre la puerta del palacio. La máquina llamada eccíclema traslada a escena a Heracles, dormido y atado a una columna; a su lado los cadáveres de Mégara y sus hijos.

Mirad, se abren de par en par
las grandes puertas del palacio.
¡Ay de mí!
Ved cómo yacen los niños junto
a su padre infeliz, que duerme
un sueño inquietante después de inmolarlos.
He aquí ligaduras que, llenas de nudos,
a una de las columnas
pétreas de la casa atado
mantienen el cuerpo de Heracles.

Viendo salir del palacio a Anfitrión.

Y, gimiendo como pájaro por su
pollada perdida, mirad al anciano
que viene con pasos lentos y menudos.

ANFITRIÓN

Al coro.

¡Viejos cadmeos! ¿No callaréis
para que así al sueño se entregue y olvido
de su mal logre?

CORO

Por tí, anciano, lloro, por ti y por los niños
y esa cabeza que triunfó tanto.

ANFITRIÓN

Apartaos, no hagáis ruido,
no gritéis, no despertéis
al que ahora tranquilo
duerme entregado a profundo sueño.

CORO

¡Ay, qué
charco de sangre...!

ANFITRIÓN

¡Oh, oh!
¡Vais a matarme!

CORO

¡... veo ante mí derramado!

ANFITRIÓN

¿No entonaréis el treno con voz muy baja, ancianos?
Si se despierta y se suelta, destruirá la ciudad,
matará a su padre, derribará este palacio.

CORO

¡No puedo callar, no puedo!

ANFITRIÓN

¡Silencio! ¡Mi oído respirar le escuche!

CORO

¿Duerme?

ANFITRIÓN

Sí, duerme
un sueño, un sueño funesto. ¡Mató a su esposa y sus
[hijos

vibrar haciendo las cuerdas del mortal arco!

CORO

Gime, pues...

ANFITRIÓN

Ya gimo.

CORO

... por esos niños...

ANFITRIÓN

¡Ay de mí!

CORO

... y tu propio hijo.

ANFITRIÓN

¡Ay, ay!

CORO

¡Anciano!

ANFITRIÓN

¡Calla, calla!
Cambia de posición, se vuelve, se despierta:
me voy a esconder metiéndome en palacio.

CORO

¡Calma! Cubre sus párpados la noche.

ANFITRIÓN

¡Cuidado, cuidado! El dejar
la vida en tal trance no temo,
mas, si mata a su padre, crimen sobre crimen
amontonará y a estas Furias
la familiar sangre se vendrá a sumar.

CORO

Debiste morir cuando destruiste
la insigne ciudad tafia por vengar
el fin de los hermanos de tu esposa.

ANFITRIÓN

¡Escapaos, ancianos, lejos de la casa!
¡Del violento hombre que despierta
huid a toda prisa!
Pronto con otra matanza sus transportes báquicos
llevará por la ciudad de Cadmo.

CORIFEO

¡Oh, Zeus! ¿Por qué tanto odio demuestras contra tu hijo?
¿Por qué a tal mar de horrores le has querido arrastrar?

HERACLES

Que se ha despertado; el coro y Anfitrión se han apartado de él.

¡Ah!
Ya respiro y contemplo lo que me cuadra, el éter
y la tierra y los dardos del sol que me iluminan.
Caí como en las olas de una perturbación
horrible de mi espíritu: mi aliento ardiente sale
desordenado y débil de mis pulmones. ¡Vaya!
¿Por qué, atados mi joven pecho y brazos al modo
de una nave en el puerto, me encuentro aquí sentado
al lado de estos restos destrozados de piedra
y rodeado de muertos? En el suelo esparcidos
yacen mi arco y aladas saetas, que eran siempre
mis fieles auxiliares y salvaban mi cuerpo,
por lo cual en guardarlos yo también me afanaba.
¿No será que ya estoy otra vez en el Hades
tras correr una doble prueba para Euristeo?
Pero el peñón de Sísifo no veo ni a Plutón
ni está por aquí el cetro de la hija de Deméter.
Estoy desconcertado: ¿qué rara tierra es ésta?
¿Se encuentra cerca o lejos algún amigo mío
que a esta perplejidad ponga remedio? Porque
nada claro distingo de aquello que solía.

ANFITRIÓN

¿Me pongo, ancianos, cerca de lo que mi mal causa?

CORIFEO

Sí, y yo contigo: no traiciono tu infortunio.

HERACLES

¡Oh, padre! ¿Por qué lloras y te tapas los ojos
y te mantienes lejos de tu hijo más amado?

ANFITRIÓN

Sí, porque sigues siéndolo dentro de este desastre.

HERACLES

¿Es que me sucede algo malo que tú deploras?

ANFITRIÓN

Lo que incluso algún dios gimiera al conocer.

HERACLES

Es fuerte esa expresión, mas no me cuentas nada.

ANFITRIÓN

Tú mismo puedes verlo si tu razón volvió.

HERACLES

Di, si es que rastrear puedes algo raro en mi vida.

ANFITRIÓN

Si no eres ya bacante del Hades, te hablaré.

HERACLES

¡Ay, otro enigma es ése que me hace sospechar!

ANFITRIÓN

Estoy examinando si de veras razonas.

HERACLES

Yo no recuerdo nada báquico de mi espíritu.

ANFITRIÓN

¿Desato a mi hijo, ancianos, o qué hacer debería?

HERACLES

Di más bien quién me ató, pues yo lo desapruebo.

ANFITRIÓN

Le desata.

Basta con lo que sabes y lo demás olvídalo.

HERACLES

¿Me informará el silencio de aquello que pregunto?

ANFITRIÓN

¿Lo ves, Zeus, desde el trono que compartes con
[Hera?

HERACLES

¿Es que de ahí vinieron los ataques sufridos?

ANFITRIÓN

Deja a la diosa y cuídate nada más de tus males.

HERACLES

Perdido estoy: anuncias una calamidad.

ANFITRIÓN

Contempla los cadáveres por tierra de esos niños.

HERACLES

Levantándose.

¡Ay de mí! ¿Qué visión surge ante este cuitado?

ANFITRIÓN

Te opusiste a tus hijos en batalla indecible.

HERACLES

¿Por qué hablas de batalla? ¿Quién su asesino fue?

ANFITRIÓN

Tú y las flechas de aquel dios que tenga la culpa.

HERACLES

¿Qué dices? ¿Qué he hecho, oh, padre, nuncio de ma-
[las nuevas?

ANFITRIÓN
Enloqueciste: me hace daño esta explicación.

HERACLES
¿Entonces soy también matador de mi esposa?

ANFITRIÓN
Obra única es todo ello de una mano, la tuya.

HERACLES
¡Ay! Todo un nubarrón de pesares me invade.

ANFITRIÓN
Por eso es por lo que tus malandanzas lloro.

HERACLES
¿Y destruyó la casa lo que delirar me hizo?

ANFITRIÓN
Sólo sé que no hay más que desventura en ti.

HERACLES
Pero ¿dónde me entró la furia destructora?

ANFITRIÓN
Cuando purificabas en el altar tus manos.

HERACLES
¡Ay de mí! ¿Por qué debo conservar ya mi vida
tras ser el que a mis hijos queridos inmoló
y no me lanzo al mar desde una roca abrupta
o me traspaso el hígado con un cuchillo, siendo
yo mismo el vengador de la sangre vertida,
o escapo a la existencia de infamia que me aguarda
abrasando en la llama mis carnes vigorosas?
Mas he aquí que Teseo, mi pariente y amigo,
se acerca como estorbo para mi mortal plan.
Me verá y el oprobio de quien mató a su prole
se tendrá que mostrar ante mi mejor huésped.
¿Qué haré? ¿Dónde un lugar desierto en que se oculten
mis males hallaré si no vuelo o penetro

bajo tierra?

Se cubre con el manto y se tiende junto a los cadáveres.

Que un velo me cubra de tinieblas.
Siento pudor del crimen y, ya que con la mancha
de esta sangre cargué, no quiero por lo menos
perjudicar a aquellos que se encuentran conmigo.

Entra Teseo con sus guardias.

TESEO

He venido, con mozos atenienses que esperan
armados a la orilla del Asopo, aportando
ayuda a tu hijo, anciano, de mi lanza aliada.
Porque corrió el rumor por la ciudad de Atenas
de que, usurpado el cetro de este país, está
Lico en combate abierto contigo guerreando.
Y así, recompensando los favores de Heracles,
que me salvó allá abajo, llegué por si precisas,
anciano, del apoyo de mi brazo y mi tropa.
Pero ¿por qué estos muertos que por el suelo yacen?
¿Es que traigo retraso que atajar me impidió
estos males? ¿Quién a estas criaturas ha matado?
¿Con quién casada estaba la mujer que contemplo?
Pues no suelen los niños exponerse a las luchas:
es mal extraordinario lo que aquí yo descubro.

ANFITRIÓN

¡Rey de la colina en que el olivo nace!

TESEO

¿Por qué ese tono empleas, presagio de desdichas?

ANFITRIÓN

Los dioses inspiraron atroces sucesos.

TESEO

¿Quiénes son estos niños por los que te lamentas?

ANFITRIÓN

Los engendró mi hijo infortunado
y el mismo padre fue quien vertió su sangre.

TESEO

¡Ten esa lengua!

ANFITRIÓN

Quisiera obrar como dices.

TESEO

¡Triste noticia!

ANFITRIÓN

¡Perdidos por los aires vamos!

TESEO

¿Qué dices? ¿Cómo?

ANFITRIÓN

Enloquecido y con los dardos
bañados en ponzoña de la hidra.

TESEO

¡De Hera viene esto!

Señalando a Heracles.

Pero ¿quién junto a ellos está?

ANFITRIÓN

Mi hijo, el de tantos trabajos, el que, cuando los
[Gigantes
murieron, al llano flegreo bajó
junto a los dioses, armado de escudo.

TESEO

¡Ay! ¿Qué hombre habrá que tantas penas haya su-
[frido?

ANFITRIÓN

No, no conoces
otro que haya pasado por más fatigas y correrías.

TESEO

¿Por qué oculta en el peplo su cabeza infeliz?

ANFITRIÓN

Siente pudor ante ti,
tu familiar amistad
y la sangre filial.

TESEO

Pero acudí a llorar con él: descúbrele.

ANFITRIÓN

Quita, hijo,
de esa cara el peplo,
deja que tu faz mire la luz del sol.
Quiere luchar contra tus lágrimas una súplica:
te lo pedimos por tu barbilla,
rodilla y manos; ante ti vertiendo
canosas lágrimas a caer vengo.
Contén esa alma feroz como la de un león salvaje
que ante el recuerdo ruge de tu crimen impío
queriendo otros males sumar a aquéllos.

TESEO

¡Vamos! ¡Tú, el que te sientas en penosa actitud,
descubre a tus amigos el rostro! Porque no hay
ninguna nube tan tenebrosa que oculte
esa tu conjunción de males. ¿Por qué agitas
tu mano señalando la sangre? ¿Para no
arrojarme una miasma si conmigo conversas?
Pues no le importa nada ser contigo infeliz
a quien también contigo fue dichoso y yo quiero
recordar que a la luz de entre los muertos todos
me sacaste. Aborrezco la gratitud que olvida
respecto a los amigos y el querer de lo bueno
gozar y no embarcar con el que trances sufre.

Destapando a Heracles.

Levántate, destapa la mísera cabeza,
míranos. Debe el noble mortal sobrellevar
sin resistencia alguna los golpes de los dioses.

HERACLES

¿Ves, Teseo, esta arena donde han muerto mis hijos?

TESEO

Lo oí contar y contemplo los males que me indicas.

HERACLES

¿Por qué haces, pues, que al sol enseñe mi semblante?

TESEO

¿Por qué no? Mancillar un hombre a un dios no puede.

HERACLES

Rehúye, desdichado, la impura mancha mía.

TESEO

No surgen vengadores genios para un amigo.

HERACLES

Te lo agradezco: es cierto que te beneficié.

TESEO

Y por haber gozado de ello te compadezco.

HERACLES

Merezco compasión, pues inmolé a mis hijos.

TESEO

Lloro por ti, que sufres circunstancias adversas.

HERACLES

¿Viste a alguien en horrores más grandes implicado?

TESEO

Tu pena es tan enorme que te eleva hasta el cielo.

HERACLES

Y presto estoy a dar un golpe que esto acabe.

TESEO

¿Crees que tus bravatas preocupan a los dioses?

HERACLES

Si ellos son arrogantes, habré de serlo yo.

TESEO

Calla, no sufras más por lanzar amenazas.

HERACLES

Repleto estoy de males: no cabe ya ninguno.

TESEO

¿Qué vas a hacer? ¿Adónde te llevará tu cólera?

HERACLES

Iré muerto a ultratumba, desde donde he venido.

TESEO

Las palabras que dices son de un hombre cualquiera.

HERACLES

Como tú nada sufres, puedes aleccionarme.

TESEO

¿Tal dice aquel Heracles que tanto padeció?

HERACLES

Nunca en esta medida: todo mal tiene límites.

TESEO

¿El bienhechor y amigo grande de los humanos?

HERACLES

Pero ellos no me ayudan: es Hera la que manda.

TESEO

No soportara Grecia tan insensata muerte.

HERACLES

Oye, pues, y disputen mis razones con esas reconvenciones tuyas: te voy a revelar cómo desde hace tiempo mi vida era imposible. Ante todo nací de un hombre que casó

con Alcmena, mi madre, tras haberse manchado
por la muerte del propio padre de ella. Y, si no hay
en una casa base firme, será forzoso
que infortunios padezcan todos sus habitantes.
Zeus, si es que así llamarle se puede, me engendró
como enemigo de Hera:

Volviéndose hacia Anfitrión.

no te ofendas, anciano,
pues a ti es a quien creo mi padre, que no a Zeus.
Y, cuando yo en pañales y mamando aún estaba,
a mi cuna su esposa llevó serpientes de ojos
ardientes con el fin de que muerte me dieran;
y, una vez que mi carne se cubrió de vigor
juvenil, ¿para qué contarte mis fatigas?
¿Con qué leones, Tifones triformes o Gigantes
o belicosas razas de Centauros cuadrúpedos
no tuve que enfrentarme? Maté a la hidra también,
perra a la que brotaban cabezas infinitas,
y, después de pasar por otros mil trabajos,
al país de los muertos bajé para traerme
a la luz por mandato de Euristeo aquel can
que guardaba las puertas del Hades. Y esta es mi última
prueba, el mísero y cruento parricidio que pone
un friso al monumento de mis grandes desdichas.
Ahora en este aprieto me veo: no me es lícito
habitar en mis Tebas y, aunque me quede aquí,
¿en qué templo o reunión de amigos podré entrar
si mi calamidad veda que nadie me hable?
¿Iré, pues, a Argos? ¿Cómo, si estoy de allí exiliado?
¿Marcharé a otra ciudad? Mas cuando me conozcan
me verán con recelo. Tendré, pues, que encerrarme
rehuyendo el aguijón punzante de las lenguas:
«¿No es el hijo de Zeus, que a su esposa mató
y prole? ¿No saldrá de esta tierra maldito?»
A esas vicisitudes temo que llegaré:
voz cobrará la propia tierra para prohibirme
que la toque y el mar y los ríos caudales
para que no los cruce; y a Ixión imitaré,
el que anda dando vueltas a su rueda amarrado.
¿Para qué vivir quiero? ¿Qué gano con llevar

una existencia inútil e impura? Que la ilustre
esposa de Zeus dance despertando en las salas
pulidas del Olimpo los ecos de sus botas.
Logró lo que quería, derribar con cimientos
y todo el edificio que fue el primer varón
de Grecia. A una tal diosa ¿quién orar ya podría?
Pues, por celos de Zeus y de su unión con otra
mujer, la ruina causa del bienhechor de la Hélade
sin que él culpa ninguna tenga de nada de ello.

TESEO

Este lance no viene de otra divinidad
que la esposa de Zeus: bien de eso te das cuenta.
Y en cuanto a tus deseos de muerte, yo más bien
te daría el consejo <de aceptar tu destino>.
Ningún mortal está libre de él, si no mienten
los poetas, ni dios. ¿No se aparean éstos
en contra de las normas? ¿No cargan a sus padres
de grillos por llegar con ello a ser tiranos?
Y habitan el Olimpo, sin embargo, y se avienen
al peso de sus culpas. ¿Por qué, si eres mortal,
te alzas contra tu suerte, cosa que no hacen ellos?
Abandona, pues, Tebas como ordena la ley
y a la ciudad de Palas sígueme. Allí limpiar
el miasma de tus manos quiero y darte una casa
y parte del peculio mío y de los regalos
que mis conciudadanos me hicieron por luchar
salvando a los catorce jóvenes con la muerte
del toro cnosio. Tengo por toda la comarca
recintos reservados: pues bien, en adelante
a tu nombre estarán y por tuyos los hombres
los tendrán mientras vivas. Y, una vez que hayas muerto
y al Hades descendido, te honrará toda Atenas
mediante sacrificios y erigiéndote túmulos.
Porque es bella corona para los ciudadanos
el obtener en Grecia la gloria por su ayuda
a un hombre bueno; y yo corresponderé así
al haber obtenido de ti mi salvación.
Ahora necesitas amigos: si uno goza
del favor de los dioses, para nada hacen falta.

HERACLES

¡Ay, poco que ver tiene todo esto con mis males!
Yo que los dioses busquen las uniones ilícitas
no creo ni se carguen entre sí de cadenas
ni que unos a otros manden: de eso quien me persuada
no hay. El dios, si de veras lo es, de nada está falto:
ahí no hay más que fábulas que cuentan los poetas.
Ahora bien, aunque estoy tan mal, reflexionar
he podido sobre eso de que seré acusado
de cobardía si huyo de ver la luz del sol.
Porque quien las desgracias no afronta, no es tampoco
capaz de resistir los dardos enemigos.
Me haré, por tanto, fuerte frente al morir e iré
a tu ciudad con gracias por tus cuantiosos dones.
Innumerables pruebas he sufrido y ninguna
rehusé ni lloré cuando en alguna estaba
ni pensé que jamás derramarían llanto
mis ojos. Al destino necesario parece
que ahora me someta;

A Anfitrión.

pues bien, anciano, ves
cómo al destierro marcho; contemplas al que ha sido
matador de sus propios hijos. Sepúltalos
y hónrales con tus lágrimas, pues a mí me prohíbe
la ley que lo haga; apóyalos contra el pecho y los brazos
de su madre y que formen un penoso conjunto
por culpa de este pobre que en forma involuntaria
les mató. Y, una vez enterrados los muertos,
sigue habitando en esta ciudad, aunque dolor
te produzca; mas tu alma corrobora y así
a soportar mis males me podrás ayudar.
¡Hijos, os mató el mismo padre que os engendrara
y no gozasteis nada de aquellas mis empresas
con que yo vuestra gloria buscaba y que debían
bella herencia haber sido mía! Y a ti, infeliz
mujer, no te traté como tú te portaste,
siendo fiel a mi lecho, soportando mis largas
ausencias en que dueña de mi casa eras única.
¡Ay, mi esposa y mis hijos, ay de mí! ¡Qué terrible
destino, el separarme de vosotros! ¡Oh, acerbo

goce de estos abrazos, amarga posesión
de estas armas! No sé si tomarlas o acaso
dejarlas, pues, rozando mis flancos, me dirán:
«A los tuyos mataste con nosotras: tus hijos
nuestras víctimas fueron.» ¿Las he de llevar, pues,
junto al codo? ¿Por qué? Pero arrojar aquello
con lo que hazañas mil hice en Grecia, ¿qué es sino
permitir que una muerte deshonrosa me den
mis enemigos? No, las conservo, aunque sea
para mí doloroso. Y ahora un solo favor
concédeme, Teseo: ven a Argos y consígueme
el precio del rescate del fiero can, pues temo
que el verme sin mis hijos contratiempos me cause.
¡Tierra de Cadmo, pueblo tebano! ¡Las cabezas
rapaos, compartid mi duelo, id a las tumbas
de mis hijos, lloradme como a ellos! Porque todos
perecemos por causa de Hera y su cruel decreto.

Se arroja al suelo.

TESEO

Álzate, infortunado, y acábense las lágrimas.

HERACLES

No puedo: entumecidos mis miembros tengo ya.

TESEO

También al poderoso le abate su destino.

HERACLES

¡Ay!
Quisiera ser la roca que del mal no se entera.

TESEO

Deja y tiende al amigo que te ayuda la mano.

HERACLES

Mira, no se te ensucien de sangre los vestidos.

TESEO

Mánchame, nada temas: no me opongo a que lo hagas.

HERACLES

Viéndome ya sin hijos, un hijo en ti tendré.

TESEO

Pon tu brazo en mi cuello, que te guiaré yo.

HERACLES

¡Amistosa coyunda y un desgraciado en ella!
Tales son los amigos, anciano, que convicnen.

ANFITRIÓN

Es que son hombres nobles los hijos de su patria.

HERACLES

Teseo, vuélveme porque a mis niños vea.

TESEO

¿Para qué? ¿Va a ser ello filtro que el mal alivie?

HERACLES

Lo siento, pero al menos abrace yo a mi padre.

Se abrazan.

ANFITRIÓN

Aquí estoy, hijo: aspiras a lo que yo deseo.

TESEO

¿De tal modo te olvidas de tus pasadas gestas?

HERACLES

A todo aquello vence lo que soporto ahora.

TESEO

Si tan afeminado te ven, criticaránte.

HERACLES

¿Es baladí el vivir? Así mi mal acrezco.

TESEO

Mucho; pero ¿qué fue de Heracles el glorioso?

HERACLES

¿Y cómo estabas tú cuando abajo sufrías?

TESEO

Con ánimo peor que el de ningún humano.

HERACLES

Entonces ¿cómo dices que me achican los males?

TESEO

Camina.

HERACLES

Adiós, anciano.

ANFITRIÓN

También, hijo, a ti adiós.

HERACLES

Como dije a los niños entierra.

ANFITRIÓN

Y a mí ¿quién?

HERACLES

Yo.

ANFITRIÓN

Mas ¿cuándo vendrás?

HERACLES

Una vez sepultados...

ANFITRIÓN

¿Qué?

HERACLES

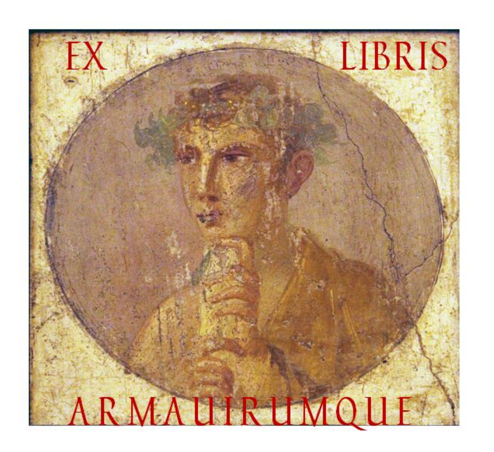
Haré que desde Tebas a Atenas te conduzcan;
mas da tierra a esos niños que vivir deberían.
Yo, que ultrajé mi casa, marcharé tras Teseo
como pobre barquilla que remolca un navío.

El que riqueza o fuerza prefiere tener antes
que un buen amigo, mal desde luego razona.

CORO

Vayámonos llenos de luto y dolor:
se perdió nuestro amigo mejor.

Por un lateral se retiran Teseo y Heracles; por el otro el coro; Anfitrión entra en el palacio tras los cadáveres de Mégara y los niños transportados en el eccíclema.



HIPÓLITO

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-120; monólogo de Afrodita, 1-57; canto de Hipólito y sus servidores, 58-71; diálogo entre Hipólito y un criado, 72-120).

Párodo (121-169; dos estrofas y antístrofas con epodo).

Primer episodio (170-524; anapestos del corifeo, 170-175; diálogo anapéstico entre Fedra y la nodriza, 176-266; el corifeo y la nodriza, 267-287; Fedra y la nodriza, 288-361; estrofa del corifeo, 362-372; Fedra y la nodriza, 373-524).

Primer estásimo (525-564; dos estrofas y antístrofas).

Segundo episodio (565-731; diálogo lírico entre Fedra, el corifeo y el coro, 565-600; Hipólito y la nodriza, 601-668; estrofa de Fedra, 669-679; Fedra, la nodriza y el corifeo, 680-731).

Segundo estásimo (732-775; dos estrofas y antístrofas).

Tercer episodio (776-1101; la nodriza y el corifeo, 776-789; Teseo y el corifeo, 790-810; dos estrofas y antístrofas del coro y Teseo, 811-855; Teseo y el corifeo, 856-901; Hipólito y Teseo, 902-1101).

Tercer estásimo (1102-1150; dos estrofas y antístrofas con epodo).

Cuarto episodio (1151-1461; Teseo y un mensajero, 1151-1267; canto del coro, 1268-1281; anapestos de Ártemis, 1283-1295; la misma, interrumpida por exclamaciones de Teseo, 1296-1341; anapestos del corifeo, 1342-1346; anapestos seguidos de versos líricos de Teseo, 1347-1388; diálogo entre Ártemis e Hipólito y luego entre Hipólito y Teseo, 1389-1461).

Despedida anapéstica del corifeo (1462-1466).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

AFRODITA, *diosa.*
HIPÓLITO, *hijo de Teseo y de Hipólita, reina de las Amazonas.*
SERVIDORES *de Hipólito.*
CRIADO *de Hipólito.*
NODRIZA *de Fedra.*
FEDRA, *esposa de Teseo.*
TESEO, *rey de Atenas.*
MENSAJERO, *criado de Hipólito.*
ÁRTEMIS, *diosa.*

CORO DE MUJERES DE TRECÉN.

PERSONAJES MUDOS:
SERVIDORAS DE FEDRA.
SOLDADOS DE TESEO.
SERVIDORES DE TESEO.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: HIPÓLITO, MENSAJERO.
DEUTERAGONISTA: AFRODITA, TESEO, FEDRA.
TRITAGONISTA: CRIADO, NODRIZA, ÁRTEMIS.

La escena representa el palacio de Teseo en Trecén. A ambos lados de la puerta del palacio están las estatuas de Afrodita y Ártemis. Recita el prólogo Afrodita, que aparece en lo alto del palacio.

AFRODITA

Grande diosa y no anónima soy entre los mortales
lo mismo que en el cielo: mi nombre es el de Cipris.
Y a aquellos que la luz del sol entre los límites
atlánticos contemplan y el Ponto, favorézcoles
si mi poder acatan, mas suelo derribar
a quienes altaneros demuestran ser conmigo.
Pues también se complace la raza de los dioses
en cualesquiera honores que los hombres les rindan.
Voy a mostrar al punto cuán cierto es lo que digo:
el hijo que Teseo tuvo con la Amazona,
Hipólito, criado por el puro Piteo,
es el único que entre los ciudadanos de esta
tierra trecenia dice que de los dioses soy
la peor y del lecho se abstiene y la coyunda
mientras a Ártemis honra, la hija de Zeus y hermana
de Febo, y por excelsa la tiene entre las diosas
y, cohabitando siempre con esa virginal
pareja en sociedad que a un mortal no le cuadra,
extermina a las fieras con sus rápidos canes
en la verde floresta. Lo cual no le reprocho,
¿por qué iba a hacerlo? Pero sí me voy a vengar
hoy de aquellas ofensas de Hipólito; ya casi
todo dispuesto está; poco costará el resto.
Un día de la casa de Piteo a la tierra
de Pandión acudió para ver los augustos
misterios; viole allí Fedra, la noble cónyuge
de su padre, y prendido quedó su corazón
en violento amor porque yo así lo quise.
Y, desde que Teseo por mar a esta ciudad
con su esposa llegó, queriendo rehuir
el miasma de la sangre de sus primos Palántidas

y resignado a estar en tierra ajena un año,
consúmese gimiendo la infeliz malherida
por la aguda punzada del aguijón erótico,
y calla por que en casa nadie su mal conozca.
Mas tal no será el fin de su amor, que a Teseo
todo con claridad lo mostraré y al mozo
que me odia matarán su padre y la primera
de las imprecaciones que el monarca marino
Posidón le otorgó con el don de que vana
ninguna de las tres súplicas resultase.
Y también morirá Fedra, aun sin menoscabo
de su reputación, pues no renunciaré,
por no causarle mal, a aplicar un castigo
satisfactorio a aquel que conmigo se enfrenta.
Pero a Hipólito, el hijo de Teseo, estoy viendo,
que vuelve del penoso tráfago de la caza;
me apartaré, por tanto, de estos parajes. Síguele
un nutrido cortejo de siervos que con himnos
a Ártemis la divina celebran; pues no sabe
que las puertas del Hades ante él se hallan abiertas
y que la luz postrera contemplando hoy está.

Se retira. Por un lateral entra en escena Hipólito, vestido de cazador y con una corona de flores en la mano. Va seguido de unos servidores. Se acerca a la estatua de Ártemis mientras habla a los servidores.

HIPÓLITO

¡Seguidme, seguid cantando
a Ártemis, hija de Zeus,
nuestra patrona celeste!

HIPÓLITO Y SERVIDORES

¡Señora, augustísima señora,
de Zeus retoño,
salve, salve, Ártemis, hija
de Zeus y de Leto, hermosa
más que ninguna otra virgen,
tú que en el vasto cielo
el áureo palacio habitas
de Zeus, el mejor de los padres!
¡Salve, la más bella diosa
que mora en el Olimpo!

HIPÓLITO

Depositando la corona junto a la estatua.

Para ti esta corona, señora, yo he trenzado
y la aporto; procede de una pradera intonsa
en que ningún pastor se atreve a apacentar
y en que el hierro no entró; la abeja solamente
el prado virginal recorre en primavera
y la riega el Pudor con su limpio rocío
para aquellos que nada lo aprendieron, mas saben
en todo temperantes ser por naturaleza;
ellos la segarán, que al malo no le es lícito.
Recibe, pues, señora querida, esta guirnalda
de una mano piadosa para tu áureo cabello.
Porque poseo el don, único entre los hombres,
de poder convivir y conversar contigo
y tu voz escuchar, aunque sin ver tu rostro.
¡Que mi vida a su meta llegue como empezó!

Sale del palacio un criado y se acerca a Hipólito.

CRIADO

Señor, pues sólo a un dios se debe llamar amo,
¿aceptarás algún consejo de mi boca?

HIPÓLITO

Sí, porque no sería cuerdo si tal no hiciera.

CRIADO

¿Conoces tú la ley que impera entre los hombres?

HIPÓLITO

No, pero ¿a qué me vienes con ese tema ahora?

CRIADO

Odian al engreído y al que no quiere a todos.

HIPÓLITO

Cierto; ¿quién que lo sea no resulta cargante?

CRIADO
¿Y tiene, en cambio, encanto quien con todos dialoga?

HIPÓLITO
Mucho, y ello lo obtiene con muy poco trabajo.

CRIADO
¿Mas no crees que ocurre lo mismo con los dioses?

HIPÓLITO
Sí, pues sus leyes son las que los hombres siguen.

CRIADO
¿Por qué entonces a un numen respetable no invocas?

HIPÓLITO
¿A quién? Anda con tiento, no se exceda tu lengua.

CRIADO
A Cipris, esta diosa que a tu puerta se yergue.

HIPÓLITO
Sí la respeto, pero de lejos, pues soy puro.

CRIADO
Grande entre los humanos es con todo y excelsa.

HIPÓLITO
A un dios u hombre distinto prefiere cada cual.

CRIADO
Sé feliz, mas también sensato como debes.

HIPÓLITO
No me gustan los dioses cuyo culto es nocturno.

CRIADO
A las divinidades, hijo mío, hay que honrarlas.

HIPÓLITO

A los servidores.

¡Pasad, oh, compañeros, en el palacio entrad!
Pensemos en comer, que tras la caza es grato
un yantar abundante; y almohazad los corceles
por que, tras el almuerzo, pueda yo al carro uncirlos
y luego ejercitarlos en la forma adecuada.

Al criado, haciendo a la vez un gesto despectivo hacia la estatua de Afrodita. Luego entra en el palacio seguido de sus servidores.

Y a esa Cipris de que hablas yo la mando a paseo.

CRIADO

Dirigiéndose a la estatua de Afrodita.

No nos cuadra a nosotros imitar a los jóvenes
en esos sentimientos, mas, siervos como somos,
dirigir nuestras súplicas a esta tu efigie, ¡oh, Cipris
soberana! Hay que ser indulgente. Si alguno
con ánimo exaltado por su edad juvenil
dice palabras vanas, finge no haberle oído:
los dioses más prudentes deben ser que los hom-
[bres.

Entra en el palacio. A la vez hace su entrada en escena por un lateral el coro, formado por quince mujeres de Trecén.

CORO

Hay una fuente en la roca con agua que dicen que
[es del
Océano y a que suelen llevarse los cántaros.
Allí una amiga mía
ropas purpúreas
lavaba en la pura
corriente y luego en la soleada roca
a secar las ponía. Así supe
por primera vez lo de mi ama,
que abatida y enferma en la cama no sale de casa jamás
y con finos cendales cubre su rubia cabeza.

Cuentan que hace dos días
que se mantienen
su boca y su cuerpo
limpios del sacro fruto de Deméter;
un mal secreto a abordar la incita
la costa infeliz de la muerte.

¿No será que te poseen
Hécate o Pan, hija mía,
los sagrados Coribantes
o la montaraz Madre?
¿Te consume el haber
ofendido a la silvestre
Dictina omitiendo la torta ritual?
Reina es de la laguna
y la barra en que el mar alza
sus torbellinos de espuma.
¿O a tu esposo, el noble jefe
de los Erectidas, alguien
en casa seduce y lleva
a un lecho que es tuyo?
¿O quizá un navegante
que desde Creta zarpara
hacia este hospitalario puerto ha traído
a la reina noticias
que en la cama la encadenan
con lastimosa amargura?

Como inestable de las mujeres
es el ajuste, suele
abandono funesto y penoso en ellas
toda preñez y delirio causar.
También mi vientre un vendaval afrontó
como el de ella; yo a la diosa invoqué,
a Artemis, flechera celeste
que mis partos envidiables con ayuda
de los dioses hace.

CORIFEO

Señalando hacia la puerta del palacio, que se abre dejando ver a

Fedra, sostenida por la nodriza y seguida de unas sirvientes. Éstas transportan un lecho, sobre el cual tienden a Fedra.

Mas he aquí que la vieja nodriza la trae
a la puerta. En su frente se ve el nubarrón
de su ceño fruncido. Quisiera saber
mi alma qué ocurre, por qué se mudó
de la reina el color
y qué cosa su cuerpo amustió.

NODRIZA

¡Oh, desdichas humanas y ataque feroz
del mal! ¿Qué haré yo? ¿Qué no haré?

A Fedra.

Tienes ya
la luz, ves el éter brillar ante ti;
de tu casa la cama en que yaces saqué
al pedírmelo tú.
De otra cosa no hablabas, mas ahora querrás
a tu alcoba en seguida de nuevo volver.
Porque pronto te cansas; de nada a gozar
te detienes; te aburre lo de hoy, vas detrás
de lo que ha de venir.

Hablando consigo misma.

Vale más estar malo que haber de cuidar:
lo uno es simple y a lo otro le toca el sufrir
con el alma y trabajo en las manos tener.
Es la vida del hombre penar y penar;
las fatigas no dan remisión;
y, si hay algo tal vez al vivir superior,
la tiniebla lo suele con nubes cubrir.
Y así nos prendamos con un loco amor
de aquello que vemos por tierra brillar
e ignoramos qué pueda otra vida tener
y sólo sabemos del mundo inferior
los mitos que corren sin fin.

FEDRA

A los sirvientes.

Levantad mi cabeza, mi cuerpo asentad;
se desligan mis miembros y quiébranse ya.
Mis manos hermosas, sirvientes, tomad.
Me molesta el cabello cogido llevar:
soltadlo, que pueda mis hombros cubrir.

NODRIZA

No te muevas ya más excitada; valor
debes, hija, tener.
Mejor ese mal llevarás si con paz
y noble firmeza lo sabes sufrir.
Padecer le es forzoso al mortal.

FEDRA

¡Ay de mí!
¿Cómo podría yo al fresco hontanar
acercarme y en su agua impoluta apagar
mi sed y después, de algún álamo al pie,
recostada en la yerba frondosa yacer?

NODRIZA

¿A qué viene ese hablar?
¿Por qué quieres que todos escuchen tu voz
y tu loco delirio conozcan así?

FEDRA

Incorporándose sobre el lecho.

Llevadme a los montes; al bosque me iré,
al pinar; seguiré a la jauría feroz
de los perros que van
tras el ciervo moteado; yo ansío azuzar
a los canes también, por los dioses; poder
quisiera a mi rubia melena acercar
y en mi mano blandir
el leño tesalio de punta sutil.

NODRIZA

¿Por qué desvarías, oh, niña, otra vez?
¿Qué tiene la caza contigo que ver?
¿Por qué un tal deseo del agua fontal?
Al pie de los muros hay un terraplén
con corriente perpetua en que puedes beber.

FEDRA

Ártemis, dueña del lago que está
junto al mar y el gimnasio en que trota el corcel,
¡quién pudiera en tu sede divina habitar
y venéticos potros en ella domar!

NODRIZA

¿Qué nuevo delirio te asalta esta vez?
¡Hace un momento querías cazar
en los montes y ahora hasta el quieto arenal
ir deseas en cambio y los potros montar!
Sólo un gran adivino, hija mía, de hallar
el dios que te ofusca sería capaz
y que anubla tu recta razón.

FEDRA

Dejándose caer otra vez en el lecho.

¡Desdichada de mí! ¿Qué he podido hacer, pues?
¿Hasta dónde, perdido el sentido, llegué?
¡Loca estoy, derribóme el castigo de un dios!
¡Ay, ay, ay, qué infeliz!

A la nodriza.

Vuelve a ocultar mi cabeza, mujer,
lo que he dicho ahora mismo vergüenza me da.
Cúbreme, que mis ojos el llanto a llenar
empieza y alzarlos no deja el pudor.
El volver a estar cuerda produce dolor;
la locura es terrible; el remedio mejor
es la muerte inconsciente sufrir.

NODRIZA

Bajando el velo de Fedra hasta tapar su rostro.

Yo te tapo; y mi cuerpo ¿por qué no vendrá
la muerte a cubrir?
Muchas cosas mi largo vivir me enseñó.
Deberían mesura los hombres tener
al ligar unos y otros estrecha amistad
por que al tuétano mismo del alma el amor
no llegase, mas fuera posible soltar
los lazos, cortarlos o darles vigor.
Pues que un alma padezca ella sola por dos
es carga pesada; y así sufro yo
por ella y por mí.
En la vida una rígida norma nos da,
según dicen, más penas que dichas, y no
nos ayuda a guardar la salud; y así yo
a cualquier demasía prefiero el cantar
«los excesos jamás»;
y los sabios me dan la razón.

CORIFEO

Anciana y fiel nodriza de nuestra soberana Fedra, vemos su infausta situación, pero indicio no tenemos de cuál pueda ser su dolencia. Nos gustaría, pues, oírlo de tus labios.

NODRIZA

Lo ignoro; a mis preguntas no quiere contestar.

CORIFEO

¿Ni cómo fue el principio de ese mal que la aqueja?

NODRIZA

Es lo mismo; silencio también sobre ello guarda.

CORIFEO

¡Qué débil está y qué marchitado su cuerpo!

NODRIZA

¿Cómo no, si con hoy ayuna ya tres días?

CORIFEO

¿Es que está loca? ¿O siente deseos de morir?

NODRIZA

¿De morir? Sí, su ayuno la vida va a quitarle.

CORIFEO

Me extraña que su esposo permita cuanto dices.

NODRIZA

Es que su mal esconde fingiendo que está sana.

CORIFEO

¿Pero él no lo adivina cuando ve su semblante?

NODRIZA

Hoy además ausente se encuentra de esta tierra.

CORIFEO

¿Pero tú no la obligas a que te explique cuál
es el mal que padece y extravío del alma?

NODRIZA

He recurrido a todo sin lograr nada, pero
ni aun ahora en mi celo voy a cejar tampoco
y así tú, que lo ves, podrás atestiguar
cómo con mis señores me porto en su infortunio.

A Fedra.

Pues bien, niña querida, de lo dicho olvidémonos
ambas; anímate, desfrunce ese sombrío
ceño; tus pensamientos cambien de dirección;
yo dejaré la ruta por la que no acertaba
a seguirte y palabras te diré más certeras.
Si es que tu achaque es de esos que nombrar no se debe,
estas mujeres son, como para calmártelo;
o, si cosa que puedan los hombres conocer,
cuéntala y que a los médicos todo se les explique.

Después de un silencio.

¡Vamos! ¿Por qué te callas? No debieras hacerlo,
niña, mas refutar aquello en que yo yerre
o ceder a estos dichos si razonables son.
¡Dime algo, mira aquí! ¡Qué desdicha la mía!

Al coro.

En vano son, amigas, estos esfuerzos nuestros;
como al principio estamos, pues ni entonces dejábase
ablandar con palabras ni ahora nos hace caso.

A Fedra.

Pues ya que a la mar misma vences en no atender
a razones, saber debes que, si murieras,
a tus hijos traicionas, que no tendrán ya casa;
por la ecuestre señora, la Amazona, lo digo,
que ya un dueño les dio, bastardo con sus pujos
de legitimidad, a quien conoces bien,
Hipólito.

FEDRA

¡Ay de mí!

NODRIZA

¿Te impresiona eso ya?

FEDRA

Ama, me estás matando; por los dioses te imploro
que no vuelvas jamás a mencionar a ese hombre.

NODRIZA

¿Lo ves? En tus cabales estás y, sin embargo,
no ayudas a tus hijos ni enderezas tu vida.

FEDRA

Les amo, pero hay otra tempestad que me turba.

NODRIZA

¿Supongo que tus manos tendrás limpias de sangre?

FEDRA

Mis manos están limpias, pero mi alma manchada.

NODRIZA

¿No será algún conjuro de parte de quien te odie?

FEDRA

Un amigo me pierde sin culpa de él ni mía.

NODRIZA

¿Es que tal vez Teseo faltó contra ti en algo?

FEDRA

¡Ojalá no resulte que soy yo quien le ofende!

NODRIZA

¿Qué es, pues, eso tan grave que a la muerte te induce?

FEDRA

Déjame que obre mal; a ti no te hago daño.

NODRIZA

Arrodillándose y cogiendo a Fedra de la mano.

No a sabiendas, mas voy a fallar por tu culpa.

FEDRA

Pero ¿qué haces? Me tomas la mano por la fuerza.

NODRIZA

Abrazando sus rodillas.

E incluso tus rodillas; jamás te soltaré.

FEDRA

Malo, infeliz, es eso que preguntas, malísimo.

NODRIZA

¿Qué hay para mí peor que el no llegar a ti?

FEDRA

Esto te va a matar, aunque a mí me dé gloria.

NODRIZA

¿Y aun siendo cosa honrosa no atiendes a mis súplicas?

FEDRA

Es que de esta vergüenza salir con bien intento.

NODRIZA
Pues bien, si hablas tendrás una honra más completa.

FEDRA
¡Márchate, por los dioses, suéltame ya la mano!

NODRIZA
No, que no me concedes el favor que debías.

FEDRA
Lo haré, porque tu abrazo me obliga a respetarte.

NODRIZA

Se levanta y hace una seña a las criadas para que salgan de escena.

Y yo me callo ya; tú tienes la palabra.

FEDRA
¡Oh, qué tremendo amor, madre, el que concebiste!

NODRIZA
¿Al toro te refieres, hija, o a qué otra cosa?

FEDRA
Y tú, mi pobre hermana, la esposa de Dioniso...

NODRIZA
¿Qué te ocurre, mi niña? ¿Contra los tuyos hablas?

FEDRA
Y también yo como ellas, pobre de mí, me pierdo.

NODRIZA
Estoy estupefacta; ¿dónde irás a parar?

FEDRA
De ahí viene y no es de ayer esta desgracia mía.

NODRIZA
Pero en nada me aclaras lo que yo quiero oír.

FEDRA

¡Ay!
¿No puedes decir tú lo que decir yo debo?

NODRIZA

Yo no soy un augur que lo oscuro comprenda.

FEDRA

¿Qué es eso a lo que llaman los hombres el amor?

NODRIZA

Nada existe, hija mía, más dulce y doloroso.

FEDRA

Pues yo de esos extremos tan sólo uno he probado.

NODRIZA

¿Qué dices? ¿Amas, niña? Pero, ¿quién es el hom- [bre?

FEDRA

Ése, como le llamen, sí, sí, el de la Amazona.

NODRIZA

¿Hablando estás de Hipólito?

FEDRA

Tú lo nombras, no yo.

NODRIZA

¡Ay, ay, qué cosas cuentas, hija! ¡Pues sí me matas!

Dirigiéndose al coro.

¡Esto es intolerable, no quiero ya vivir,
amigas, soportándolo, la luz odio y el día!
¡Despéñese mi cuerpo, del vivir con la muerte
líbreme! ¡Adiós, que ya no existo! Pues incluso
los virtuosos, no adrede, desde luego, pero aman
lo perverso. No es Cipris, por lo visto, una diosa,
sino alguna potencia mayor aún si cabe
que a ella y a mí ha arruinado y aun al palacio entero.

CORIFEO

¡Lo has oído,
lo escuchaste,
algo inaudito,
lamentables cuitas que la reina ha llorado!
¡Morir quisiera por no llegar
a ese estado de ánimo, triste de mí!
¡Desgraciada, qué dolores!
¡Pena en que los hombres viven!
Perdida estás, salieron tus males a la luz.
¿Cuál será tu destino cuando avance el día?
Sucederán en casa horrores.
¡Ya no está oculto el sino que para ti reserva
Cipris, infeliz hija de Creta!

FEDRA

Levantándose y dirigiéndose al coro.

¡Oh, mujeres trecenias, que aquí en este altozano
vivís por que al país de Pélope se llega,
más de una vez el lento discurrir de la noche
me ha hecho pensar en cómo quiebra el vivir humano!
Yo creo que la mente no es la que a pecar lleva,
pues hay muchas personas sensatas; lo que ocurre,
y así hay que ver las cosas, es que, aunque conozcamos
lo bueno y discernamos, no tenemos constancia,
los unos por pereza y otros porque anteponen
algún placer al bien. Y existen en la vida
deleites muy diversos, los ocios y tertulias
largas, placer insano, pero el pudor también.
Existen dos pudores: uno no es malo, pero
el otro hunde las casas; la clara distinción
de ellos evitaría que igual se llamen ambos.
Así, pues, siendo tal mi opinión, no habrá droga
que pueda pervertirla de modo que yo venga
a caer en contrario criterio al que profeso.
Ahora te mostraré la vía que ha seguido
mi razón; busqué, herida por el amor, el modo
de afrontar lo mejor posible sus embates
y comencé a callar y a ocultar mi afección.

Porque no es de fiar la lengua, consejera
buena cuando se trata de otros, pero causante
de males infinitos en las cuestiones propias.
En segundo lugar me propuse vencer
mi locura empleando contra ella la templanza;
pero, pues sobre Cipris triunfar no conseguía
solamente con ello, decidí al fin morir,
que era el mejor partido sin discusión posible.
Pues ni oculto quedar debe el acto honorable
ni, en cambio, el deshonor tener muchos testigos.
Yo sabía que indignos eran mi acto y mi morbo,
pero también sin duda que, al ser mujer, odiosa
resulto para todos. ¡Ojalá mala muerte
haya tenido aquella que inventó el profanar
su lecho en adulterio! Y además comenzó
este mal en mujeres de buena casa a darse.
Y, si en obras innobles el prócer se deleita,
con más razón creerá que ello es bueno el villano.
Yo execro a las que son virtuosas de palabra,
pero en secreto al vicio con audacia se entregan.
¿Cómo, Cipris, señora venerable, podrán
cara a cara mirar al que duerme en su lecho
sin miedo a que las vigas de los palacios hablen
o la propia tiniebla que a pecar les ayuda?
Esto sólo a la muerte me lleva, amigas mías,
el que ante mi marido vaya a quedar sin honra
o ante los propios hijos que parí. ¡No, mas libres
y felices habiten en la famosa Atenas
de su madre gloriándose con el rostro bien alto!
Porque esclaviza al hombre, por valiente que fuere,
el conocer las faltas de un padre o de una madre.
Sólo una cosa dicen que vale en la carrera
de la vida, el ser justo y honrado; que a los malos
tarde o temprano el tiempo, como espejo al que acude
la doncella a mirarse, les muestra cuales son.
¡Que nunca mi persona de mal modo aparezca!

CORIFEO

¡Ay, ay, qué hermosa en todas partes es la templanza
y qué reputación cosecha entre los hombres!

NODRIZA

Señora, a mí tu caso me infundió de momento
gran pavor hace poco, pero comprendo ahora
que soy necia; y no hay nada más cuerdo en los mortales
que el cambiar de opinión tomando otras ideas.
No es nada inexplicable ni raro eso que sientes;
las iras de la diosa se abaten contra ti.
Amas, ¿y qué te extraña? Como muchas personas.
¿Por causa del amor vas a perder la vida?
Mal negocio sería, para quien quiere al prójimo
o querrá, el que ello deba la muerte aparejar.
Irresistible es Cipris cuando viene crecida;
a quien a ella se entrega le trata dulcemente,
pero, si encuentra que alguien se pasa de la raya
o está engreído, se echa sobre él y de terrible
manera le maltrata. Y está en el éter Cipris
y en las olas del mar, y todo nació de ella,
y es quien inspira y siembra los deseos, que son
aquello de que todos los terrestres nacemos.
Quienes de los antiguos poseen los escritos
y con las Musas siempre viven, saben que Zeus
quiso en tiempos unirse con Sémele y que antaño
Aurora, la de hermosa luz, arrebató a Céfalo
y al recinto divino le transportó movida
por el amor; y ni una ni otro escapar intentan
de entre los dioses, sino que habitan en el cielo
resignados, supongo yo, a su nuevo destino.
¿No aceptarás tú el tuyo? Con los dioses tu padre
debió un día pactar o engendrarte bajo otros
distintos si la ley común a repudiar
ibas. ¿No has visto muchas gentes prudentes que, aunque
peligre el matrimonio, fingen que no se enteran?
¿O padres que a sus hijos pecadores procuran
lo de Cipris? De sabios es el disimular
aquello que está mal; ni conviene que quiera
perfección excesiva dar a su vida el hombre.
Ni aun en las casas suelen los tejados de modo
minucioso acabarse; tú, pues, que en tal destino
caíste, ¿cómo piensas que te zafarás de él?
No; si a lo malo excede lo bueno en tu vivir,

date por satisfecha, porque eres ser humano.
Deja, pues, niña mía, tu idea equivocada,
cesa en tu demasía, que eso es y no otra cosa
el querer a los dioses aventajar. Atrévete
a amar como una diosa lo quiso y, ya que enferma
estás, de un modo o de otro procura tu salud.
No faltarán embrujos ni palabras que encanten;
habrá una curación de ese mal. ¡Arreglados
estábamos si hubiera de encontrarla un varón!
Pero hay muchos recursos que tienen las mujeres.

CORIFEO

Es útil lo que dice, Fedra, sobre tu estado,
aunque yo a quien apruebe sea a ti; mas resulta
mi asenso más penoso que las palabras de ella
y te ocasionará más dolor el oírlo.

FEDRA

Eso es lo que destruye las mejor gobernadas
ciudades, las palabras demasiado bien dichas;
pero hablar no se debe para el gusto del que oye,
sino a fin de que surja de ello la buena fama.

NODRIZA

Pero ¿a qué esas pomposas frases? No necesitas
especiosas razones, sino a un hombre. Las cosas
hay que poner cuanto antes en claro y por su nombre
llamar. Si ahora en tal aprieto no se viese
tu vida y dueña fueses de ti, no te llevara
a esa extremidad yo por lo que al lecho toca
y al deseo que sientes, mas grave es el certamen:
si hay que salvar tu vida, no caben los reproches.

FEDRA

¡Oh, tú que hablas de modo tan terrible! ¿No cierras
la boca ya y te abstienes de vergonzosos dichos?

NODRIZA

Sí, pero, aun vergonzosos, superan a lo honesto.
Mejor es ya la cosa, si te salva, que el nombre
ese de que te jactas y que te va a matar.

FEDRA

¡Por los dioses, no sigas! Hablas con elocuencia,
mas sin pudor. Bastante minado está mi espíritu
por el amor; si el crimen embelleces, a aquello
mismo de que huir quiero voy a verme abocada.

NODRIZA

Pues bien, ya que así piensas... No debiste pecar,
mas, si lo haces, escúchame lo que tras ello cabe
y te pido. Yo encantos de amor en casa y filtros
tengo, de que me acabo de acordar y que harán,
si no flaqueas tú, que esta enfermedad de hoy
se cure sin escándalo ni daño de tu mente.
Pero hace falta alguna señal del deseado,
quitarle algún mechón o trozo de su ropa
y que ambas cosas juntas de utilidad resulten.

FEDRA

¿Pero es para beber la droga o para ungirse?

NODRIZA

No sé; busca el provecho, niña, no la enseñanza.

FEDRA

Me temo que te muestres en exceso sutil.

NODRIZA

Cualquier cosa es capaz de asustarte. ¿Qué temes?

FEDRA

Que de esto algo denuncies al hijo de Teseo.

NODRIZA

Déjame, hija, que yo te lo arreglaré bien.

Acercándose a la estatua de Afrodita.

Pero tú, mi señora, la venerable Cipris,
colabora conmigo. Lo demás que yo pienso
baste con que lo sepan los amigos de casa.

Entra en palacio.

CORO

¡Amor, amor, tú que en los ojos
deseo instilas, dulce delicia
para las almas a las que atacas!
No te muestres para mi mal ni
vengas sin mesura.
Porque ni el ígneo rayo ni los de las estrellas
sobrepasan al dardo de Afrodita que el hijo
de Zeus, Eros, lanza.

Pues vanas son junto al Alfeo
o frente al templo de Febo pítico
las hecatombes de los Helenos
si a Eros no honramos, el de Afrodita,
el rey de los hombres,
que las llaves posee de la amorosa alcoba
y la devastación con graves infortunios
trae a los mortales.

A la potra virgen
de Ecalia, a la que nunca
varón ni nupcias conociera, al yugo
unció Afrodita y diósela
al hijo de Alcmena; y fue náyade fugitiva y fue ba-
[*cante*
entre el humo y la sangre
y tétricos himnos. ¡Ay, pobre doncella, qué triste hime-
[*neo!*

¡Oh, muros de Tebas
sacros, aguas de Dirce,
bien sabéis cómo es Cipris cuando alcanza!
Con el trueno y el rayo
a la madre de Baco, el dos veces nacido, ayuntó
en fatal sino. ¡Grande
es su soplo, ubicuo! ¡Como el de una abeja, su revoloteo!

FEDRA

Incorporándose bruscamente y hablando al coro.

¡Guardad silencio, amigas, que perdidas estamos!

CORIFEO

¿Qué hay en la casa, Fedra, que así pueda alarmarte?

FEDRA

Que se ha acercado a la puerta del palacio y está escuchando lo que sucede dentro.

Esperad que distinga la voz que dentro se oye.

CORIFEO

Ya me callo, pero es mal proemio ese tuyo.

FEDRA

¡Ay, ay de mí!
¡Qué desdichada soy! ¡Qué desgracias las mías!

CORO

¿Qué es eso que exclamas? ¿Qué grito es el tuyo?
Dinos qué palabras causan, señora,
turbación en tu alma.

FEDRA

Esto es ya nuestra ruina. Venid junto a la puerta
y escuchad el escándalo que resuena en la casa.

CORO

Tú junto a ella estás, tú entender puedes
lo que se escuche.
Mas dime, dime ya, ¿qué mal sucedió?

FEDRA

Chilla Hipólito, el hijo de la ecuestre Amazona,
y grandes improperios dirige a la nodriza.

CORO

El ruido lo oigo, pero imposible
me es entender
las cosas que a través de la puerta llegan.

FEDRA

Sin embargo está claro que habla de la alcahueta
malvada que ha ultrajado la cama de su dueño.

CORO

¡Qué dolor, el mío! ¡Vendida te ves!
¿Qué hacer ahora?
Salió lo oculto; muerta estás del todo.
¡Ay, ay, traición, traición de una amiga!

FEDRA

Me destruye contando lo mío y torpemente,
aun con intención buena, quiere mi mal sanar.

CORIFEO

¿Y ahora qué harás, pues no hay solución a tu apuro?

FEDRA

No veo otro remedio de estas calamidades
que uno solo, la muerte cuanto antes afrontar.

Hipólito sale muy excitado del palacio seguido por la nodriza.

HIPÓLITO

¡Oh, madre Tierra y brillo del Sol, cuán indecibles
son las cosas que acaban de llegar a mi oído!

NODRIZA

Calla, hijo, antes que nadie de tus voces se entere.

HIPÓLITO

No me callo; tan grave lo que escucho resulta.

NODRIZA

Arrodillándose ante Hipólito.

¡Sí, por tu fuerte mano derecha te lo pido!

HIPÓLITO

¡No me acerques la tuya ni me toques la ropa!

NODRIZA

¡Oh, no causes mi ruina, por tus rodillas, no!

HIPÓLITO

¿Por qué si, como afirmas, nada malo dijiste?

NODRIZA

No fue cosa, hijo mío, que hubieran de oír todos.

HIPÓLITO

Lo honorable es mejor que en público se sepa.

NODRIZA

¡En modo alguno incumplas, hijo, tu juramento!

HIPÓLITO

Mi lengua sí juró, pero no así mi espíritu.

NODRIZA

Pero entonces ¿qué harás? ¿Perder a tus amigos?

HIPÓLITO

Rechazo esa palabra; no lo es ningún perverso.

NODRIZA

Perdona, hijo; es normal que el ser humano falle.

HIPÓLITO

¿Por qué a la luz tuviste que sacar para el hombre,
oh, Zeus, la falsa plaga que las mujeres son?
Si es que la raza humana tú propagar querías,
no debiste emplearlas para ello; mejor fuera
que a tus templos pudiesen aportar los varones
bronce o plata o también cierta cantidad de oro,
proporcionadamente cada uno con su clase,
y, conseguida así la sucesión filial,
vivir en casas libres del sexo femenino.
He aquí lo que demuestra que es gran mal la mujer:
el padre, tras haberla criado, ha de pagar,
para librarse de ella, dote que en otra parte
la establezca; y, en cambio, quien en su casa toma
tan triste criatura, se goza en adornar
la repugnante efigie y ha de penar el pobre
para ello y malgastar el peculio en vestidos.
Y aún está mejor quien una nulidad
tiene en casa, una estúpida que para nada sirva;
porque yo odio a las sabias; jamás tenga yo esposa

cuyo talento exceda del que a su sexo cuadra.
Porque donde mayor maldad suele poner
Cipris es en las listas; mientras que a la incapaz
la libra de locuras su poca inteligencia.
Ni tampoco acercárseles debieran las sirvientes,
y así, viviendo sólo con mudas y salvajes
fieras, no habría modo de que con nadie hablaran
ni escucharan a nadie. Mas lo que ocurre es que
sin moverse de casa las taimadas discurren
torvos planes que sacan a la calle las siervas.

A la nodriza.

Así, mala persona, también tú entablas tratos
conmigo sobre el lecho sagrado de mi padre,
lo que hará que me tenga que lavar las orejas
con aguas vivas. ¿Cómo podría yo ser malo
si, sólo con oírte, no creo ya estar limpio?
Y sabe bien, mujer, que mi piedad te salva,
pues, si mis juramentos por los dioses inerme
no me tuvieran, todo mi padre lo sabría.
Pero voy, sí, a dejar la casa hasta el regreso
de Teseo y silencio guardaré sobre el caso;
y, cuando con él vuelva, ya veré con qué cara
osáis mirarle tanto tú como tu señora.
Malditas seáis; jamás en mi odio a las mujeres
cejaré; y, si se alega que siempre lo repito,
es porque tampoco ellas a su maldad renuncian;
de manera que enséñelas alguien a ser más castas
o toléreseme, si no, que las ataque.

Sale de escena.

FEDRA

¡Malhadada,
triste suerte
de nuestro sexo!
¿Cómo ahora o con qué palabras aflojar
podré este nudo de mis desdichas?
Merecido téngolo, ¡oh, tierra y luz! ¿Cómo
voy a escapar al destino?
¿Cómo ocultar mi vergüenza?
¿Qué dios o qué mortal a mi lado vendría

para colaborar conmigo en mis hechos
pecaminosos? Porque mi falta
trae consigo el penoso final de mi existencia.
¡Oh, soy la más mísera de las mujeres!

CORIFEO

¡Ay, ay, se consumó! Las artes de tu sierva
no han triunfado, señora; las cosas están mal.

FEDRA

A la nodriza.

¡Oh, mil veces maldita, ruina de tus amigos!
¿Qué me has hecho? ¡Ojalá te extirpe de raíz
mi antepasado Zeus con fuego fulminándote!
¿No te dije, previendo cuál era tu intención,
que callaras sobre esto que me está deshonrando?
Mas no te resignaste y ahora honorablemente
ya no podré morir; necesito un plan nuevo.
Porque éste, exasperado por la cólera en su alma,
delatará a su padre tu falta y llenará
de los más horrorosos dichos la tierra entera.
¡Mueras tú y todo aquel que en ayudar se obstina
zafiamente al amigo que no se lo pidió!

NODRIZA

Señora, te es posible censurar mis torpezas,
pues tu ecuanimidad a la ira que te muerde
cedió; más, si lo admites, a eso he de contestarte.
Te crié y te soy fiel; he buscado una droga
para tu enfermedad, aunque sin encontrarla.
De haberlo conseguido por sabia pasaría,
pues sólo por los logros es juzgado el talento.

FEDRA

¿Puede ser cosa justa para mí y suficiente
que, tras haberme herido, vengas con concesiones?

NODRIZA

Hablamos demasiado; yo, es verdad, tonta fui,
pero aún ahora de esto puedes, hija, salvarte.

FEDRA

Ni una sola palabra; me diste un mal consejo
ha poco y un fracaso tu intento resultó.
Vete de mi presencia y a lo tuyo dedícate,
que lo mío arreglar intentaré yo sola.

La nodriza se retira. Fedra se dirige al coro.

Y vosotras, las hijas ilustres de Trecén,
lo único que os suplico concededme: guardad
silencio sobre aquello que aquí acabáis de oír.

CORIFEO

Por la hija de Zeus, Ártemis la venerable, juro
que no revelaré ninguno de tus males.

FEDRA

Bien dicho. Yo, tras dar muchas vueltas al caso,
una solución única de mis desdichas veo
con que vida honorable dejar pueda a mis hijos
saliendo lo mejor posible de este lance.
Pues no quiero infamar la cretense morada
ni, sólo por salvar una vida, a Teseo
contemplar cara a cara tras de mi deshonor.

CORIFEO

¿Qué irreparable acción vas, pues, a cometer?

FEDRA

Moriré de algún modo que ahora he de discurrir.

CORIFEO

Ten tu lengua.

FEDRA

Y que sea tu consejo oportuno.
Yo deleitaré a Cipris, que mi perdición quiere,
la vida en este día quitándome y con ello
sucumbiendo a un amor amargo; mas también
haré que a otra persona fatal mi muerte sea
y que así a no engreírse con motivo del trance
en que me encuentro aprenda; mas mi mal compartir

deberá y de mesura será esto una lección.

Entra en palacio.

CORO

¡Si en recónditas cavernas de la tierra
me viera o pájaro alado
de la aérea bandada un dios me hiciese!
¡Si volara a las marítimas
olas de la ribera
adriana y hasta el Erídano,
donde, al lado de las aguas
purpúreas, las dolientes
mozas destilan su ambarino llanto
en recuerdo de Faetonte!

¡O a la costa en que florecen las manzanas
de las canoras Hespérides,
donde ya el rey del piélago no traza
a los nautas su camino,
mas fija el fin augusto
del cielo, que a Atlante oprime,
donde las divinas fuentes
manan ante la cámara
nupcial de Zeus y donde la alma tierra
felices hace a los dioses!

¡Oh, navecilla cretense
de alas blancas, que a través
de la mar resonante
trajiste del rico palacio a mi dueña! ¡Funestas
las bodas para ella a ser iban! ¡Fue doble el augurio
desfavorable al volar
de Creta a la insigne Atenas
y cuando amarró sus cables
trenzados en las orillas
de Múnico al llegar al continente!

Y así su alma se quebró
con el impío apetito
que le infundió Afrodita;
y, anegada en tremenda cuita, del techo que cubre

su alcoba nupcial una cuerda colgará que el blanco
cuello luego oprima; y ello
por vergüenza ante su feo
destino y su honesta fama
salvar queriendo y huir
del amor que su espíritu tortura.

NODRIZA

Desde el interior del palacio, como lo siguiente.

¡Eh, oh!
¡Acudid aquí todos los que andáis por la casa!
¡Se ahorcó la señora, la esposa de Teseo!

CORIFEO

¡Ay, ay! ¡Se consumó! ¡La soberana ya
no existe! ¡Se ató a un lazo que de una viga cuelga!

NODRIZA

¿No venís en seguida? ¿No traerá alguien un ha-
[cha
de dos filos que el nudo deshaga de su cuello?

SEMICORO PRIMERO

¿Qué hemos de hacer? ¿Entramos en el palacio,
[amigas,
y a la reina soltamos de la cuerda en que pende?

SEMICORO SEGUNDO

¿Pues qué? ¿No están ahí los jóvenes criados?
Excederse en la acción no es prudente conducta.

NODRIZA

Levantad y tended el mísero cadáver:
¡mal modo de guardar la casa para el amo!

CORIFEO

Pereció la infeliz a juzgar por lo que oigo;
porque, como el de un muerto, su cuerpo extienden ya.

Teseo entra en escena desde un lateral seguido de una escolta; lleva sobre su cabeza una corona de peregrino; se dirige al coro.

TESEO

¿Sabéis qué son, mujeres, esos gritos en casa?
Me llega el eco lúgubre de la voz de las siervas
y no se digna abrirme sus puertas el palacio
ni acogerme gozoso cual cuadra a un peregrino.
¿No habrá habido algo malo sobre el viejo Piteo?
Larga ha sido su vida, pero, aun así, amargura
me causara el saber que mi hogar ha dejado.

CORIFEO

No son viejos aquellos a los que este hado alcanza,
Teseo, sino jóvenes; te apenará la pérdida.

TESEO

¡Ay de mí! ¿Habrán dejado la existencia mis hijos?

CORIFEO

No, la muerta de modo tristísimo es su madre.

TESEO

¿Qué dices? ¿Mi mujer? Pero ¿de qué manera?

CORIFEO

Con el fin de ahorcarse de una cuerda colgóse.

TESEO

¿Transida de dolor? ¿O qué otra fue la causa?

CORIFEO

Ya no sabemos más; hace poco, Teseo,
que he llegado al palacio para llorar tus males.

TESEO

Despojándose de la corona.

¡Ay! ¿Por qué, si fue infausta mi peregrinación,
con trenzado follaje corono mi cabeza?

A unos servidores que están dentro del palacio.

¡Las hojas del portón abrid, mis servidores,
los cerrojos soltad, vea yo el espectáculo

acerbo de mi esposa, cuya muerte me mata!

Se abren las puertas del palacio y aparece el cadáver de Fedra tendido sobre un lecho; a su alrededor unos servidores.

CORO

¡Oh, la infortunada, qué penas las tuyas!
Sufriste y la causa
fuiste del desastre para este palacio.
¡Ah, qué audacia!
¡Moriste con un golpe de tu propia mano en tu trance
[impuro, desdichada!
¿Quién, infeliz de ti, apagó tu vida?

TESEO

¡Ay, mis sufrimientos! ¡Padezco, ciudad,
males inmensos! ¡Ay, mi destino!
¡Con qué peso tan grande mi casa has aplastado!
¡Oh, la infamia inefable de un genio vengador!
¡Golpe tras el cual mi vida no existe!
¡Veo ante mí, pobre desdichado,
un tal mar de miserias que en él sobrenadar
no podré ni salir del fatal oleaje!
¿Qué palabras debo, desgraciada, usar
con que califique tu horrenda suerte?
Te fuiste de mis manos cual pájaro que escapa
y con raudo aleteo va volando hacia el Hades.
¡Ay, ay, qué pesadumbre, qué tristezas las mías!
¡Heredo de algún lejano suceso
un duro sino que las faltas de alguien me han acarreado!

CORIFEO

No eres, señor, el único que tal ha padecido;
nobles esposas muchos perdieron como tú.

TESEO

Quiero bajo tierra, quiero en la tiniebla
yacer difunto, ¡pobre de mí!,
pues me veo privado de tu trato amoroso;
esto ha sido mi muerte tanto como la tuya.
¿Quién me va a informar? ¿De dónde el fatal
hado hasta tu alma vino, infortunada?

¿No me va a contar nadie lo sucedido? ¿Inútiles
serán los muchos siervos que el real palacio hospeda?
¡Ay de mí, tu muerte me ha hecho desgraciado,
ay, ay, qué dolor he hallado en casa!
¡Dolor insoportable, que ni explicarse puede!
¡Desierto está el palacio, huérfanos nuestros hijos!
¡Ay, ay, me abandonaste, la mujer más amada,
la mejor de todas a las que contemplan
la luz del sol y el fulgor nocturno de las estrellas!

CORO

¡Pobre, un gran mal tu casa padece!
¡Mis párpados se mojan,
el llanto me inunda ante tu infortunio!
¡Y aun tiemblo ante el trance que va a venir!

TESEO

Viendo una carta entre las manos de Fedra.

¡Eh, eh!
¿Qué será esa tablilla que cuelga de su mano?
¿Acaso es algo nuevo que me quiere indicar?
¿Quizá la desdichada me ha escrito algún mensaje
para hablarme implorante de mi boda y sus hijos?
Queda, infeliz, tranquila; no habrá jamás mujer
que entrar pueda en la casa ni el lecho de Teseo.
Mas he aquí que me llaman la atención las improntas
dejadas por el áureo sello de la difunta.
¡Ea, pues, desatemos el cordón que esto envuelve
para poder leer qué me dice su carta!

Rompe el sello, desata el cordón que ata las tablillas y empieza a leer.

CORO

¡Ay, un nuevo, sucesivo golpe
traen los dioses! ¿Qué calamidad
peor aun cabe que la ocurrida?
Yo afirmo que ha muerto, que ya no existe,
¡ay, ay!, la casa de mis señores.

TESEO

Dando un gran grito.

¡Horror, otra desgracia que a la anterior se suma!

CORIFEO

¿Qué es ello? Dímelo si puedo yo saberlo.

TESEO

Es espantoso el grito de la tablilla: ¿adónde
huiré de estos graves males que me matan?
¡Tal es el canto que he oído alzarse
de esas escrituras!

CORIFEO

¡Oh, presagio de penas son esas tus palabras!

TESEO

Ya no retendré de labios adentro
la inadmisible, la maldita infamia,
¡no, no, ciudad mía!
Hipólito mi lecho se atrevió a profanar
por fuerza y sin temor al sacro ojo de Zeus.
Pues bien, ¡oh, Posidón, padre mío!, de aquellas
mis tres imprecaciones que me diste, con una
mata a mi hijo; que inmune no llegue al fin del día
de hoy si válidos son los dones de tu mano.

CORIFEO

¡Oh, señor, por los dioses, retira esa plegaria!
Pues pronto verás, créeme, cómo te equivocaste.

TESEO

No puedo; y además le echaré de esta tierra
y de uno de estos dos destinos será víctima:
o Posidón al Hades le enviará respetando
estas mis maldiciones o, escapado del reino,
errará vagabundo y apurará una vida
repleta de amargura por países extraños.

CORIFEO

Viendo llegar a Hipólito seguido de sus compañeros.

Pues bien, precisamente tu hijo viene en persona,
Hipólito. Depón tu ira insana, Teseo,
y el partido mejor toma para tu casa.

Entra Hipólito.

HIPÓLITO

Oí tu griterío, padre, y vine de prisa;
no conozco los hechos que ahora te hacen gemir
y quería que tú mismo me los contaras.
Vamos, ¿qué es lo que ocurre? Veo, padre, a tu esposa
muerta; suceso es digno de la mayor sorpresa.
La dejé hace un momento y entonces, ahora mismo,
sus ojos contemplaban la luz que nos alumbra.
Mas ¿qué le ha sucedido? ¿De qué modo murió?
Quiero saberlo, padre, que me lo expliques tú.

Tras un silencio.

¿Te callas? Para nada sirve hacerlo en los males.
No es justo que a un amigo —pero yo soy más que eso—
le quieras ocultar, padre, tus desventuras.

TESEO

¡Hombres que inútilmente mil cosas aprendéis!
¿Por qué, mientras son tantas las artes que enseñáis,
tanto lo que en hallar se esfuerza vuestro ingenio,
algo hay que ni sabéis ni intentáis, el hacer
que adquieran sensatez los que carecen de ella?

HIPÓLITO

¡Un hombre habilidoso ciertamente describes,
el que a los insensatos obligara a no serlo!
Pero, pues no es momento, padre, de sutilezas,
temo que estas desdichas tu lengua descarríen.

TESEO

¡Ay, si un indicio claro poseyesen los hombres
para determinar quién de entre sus amigos
lo es de verdad! ¡Si cada ser humano tuviera
dos voces, de las cuales la una pudiera ser
de tal o cual manera, mas la otra el eco fuese
de la honradez, capaz de desenmascarar
a la voz deshonesta por que no nos engañe!

HIPÓLITO

¿Es que ante ti un amigo me calumnió y así
me veo en un aprieto sin tener culpa alguna?
Me encuentro estupefacto; me asombran tus palabras
que desvariando están fuera de la razón.

TESEO

¡Ay, mente humana! ¿Adónde va a llegar? ¿Cuál será
el límite a que alcancen su impudor y su audacia?
¡Si en tan gran auge de ellas cada generación
se supera de modo que el bribón de hoy lo sea
mañana más aún, los dioses deberán
a este mundo añadir un segundo en que encuentren
cabida los injustos y los de mala vida!

Señalando a Hipólito.

Mirad a éste: nacido de mi propia persona,
ha ultrajado mi lecho y así me lo denuncia
la difunta ella misma como un vil declarado.

A Hipólito que, horrorizado, vuelve la vista.

Atrévete, pues bien osaste tal infamia,
a mirar cara a cara los ojos de tu padre.
¿Y tú eres aquel hombre superior que vivía
con las divinidades? ¿Tú el casto, limpio y puro?
No me harán tus bravatas ver necedad en los dioses.
Por mí puedes jactarte de que no comes seres
vivos, charlatanear con tu alimentación,
tu amor al rey Orfeo y a sus orgías báquicas
y a todos esos libros que son mero dislate,
pues ya te hemos cogido. Yo a todos les advierto

que huyan de las personas que salen a cazar
con palabras pomposas y en pos de las maldades.
Ella ha muerto. ¿Crees que eso te va a salvar? Pues no,
perverso tú entre todos, es lo que más te acusa.
Porque ¿qué juramentos o argumentos podrían
absolverte de culpa frente a su testimonio?
Dirás que ella te odiaba y es por naturaleza
enemigo el bastardo de la prole legítima.
¡Pues buen negocio el suyo si, por lo visto, a su odio
hacia ti su tesoro mejor sacrificó!
¿O es que no es propia de hombres tal locura y, en cambio,
cosa innata en mujeres? He conocido mozos
que no son más de fiar que ellas cuando en sus mentes
deseos juveniles se pone a implantar Cipris;
y entonces les ayuda su masculinidad.
Pero, en fin, ¿para qué discutir tus razones
si está aquí este cadáver, testigo el más seguro?
Al punto de esta tierra sal como desterrado
y la divina Atenas no pises ni el confín
del territorio entero que mi lanza domina.
Pues si vencer me dejo después de esta tu afrenta,
ya no confesará jamás el istmio Sinis
que lo maté y dirá que me jacto sin causa,
ni reconocerán las marítimas rocas
escironias que soy azote de los malos.

CORIFEO

No sé cómo llamar feliz a ningún hombre,
pues también lo más alto suele caer por tierra.

HIPÓLITO

Terribles son, ¡oh, padre!, la ira y tensión de tu alma,
pero ese tu alegato con sus bellas razones
no resulta tan firme cuando se le examina.
Yo no suelo ser hábil para hablar a la plebe,
mas sí con unos pocos de mi edad sé explicarme.
Y ocurre lo contrario, que algunos quedan mal
con las gentes sensatas y ante el pueblo se lucen.
Pero no hay más remedio, pues sucedió este caso,
que soltar yo mi lengua. Y en seguida iré al punto

en que tú me atacaste primero con la idea
de que me destruías sin réplica posible.
Ves la luz y la tierra; no hay hombre más virtuoso
que yo en ellas por mucho que tú quieras negarlo.
Sé ante todo a los dioses honrar y unirme a amigos
que no hagan mal a nadie y a quienes el pudor
prohíba enviar mensajes vergonzosos que pidan
a los de su familia favores deshonestos.
Yo no me burlo, padre, de aquellos que conmigo
viven y soy su amigo se hallen o no presentes;
y eso de que me acusas es algo que no toco;
mi cuerpo hasta hoy es puro por cuanto atañe al lecho;
nada sé de esos temas salvo lo que me cuentan
y veo en las pinturas; y aun tampoco eso gusto
mucho de contemplarlo, pues tengo el alma virgen.
Y si no te convence mi supuesta templanza,
tendrás que demostrar cómo me corrompí.

Señalando a Fedra.

¿Acaso esta mujer aventajaba a todas
en cuanto a hermoso cuerpo? ¿Tal vez pensaba yo
que, al tomarla, heredero de tu casa me hacía?
Yo únicamente quiero vencer en los certámenes
griegos; en la ciudad me bastan los segundos
puestos y el ser feliz con selectos amigos.
Así actuar es posible sin peligro y gozar
con ello de un placer mejor que el del tirano.
Una última palabra te falta de las mías:
si tuviera un testigo del modo en que yo soy,
si al defenderme yo viviera ella, el examen
de los hechos te haría ver quiénes son los malos.
Mas, siendo así este caso, te juro por el Zeus
ante quien hay que hacerlo y el suelo de esta tierra
que ni toqué a tu esposa ni pensé en cosa tal.
¡Ojalá muera yo sin fama y sin renombre,
que ni el mar ni la tierra reciban mis despojos
el día de mi muerte si soy un miserable!
Y, en cuanto a ella, no sé si se quitó la vida
por temor; no me es lícito nada más añadirte.
Se mostró virtuosa porque serlo no pudo
y yo, que sí podía, vine con ello a errar.

CORIFEO

La acusación muy bien refutas y pequeña
garantía divina no son tus juramentos.

TESEO

¿No es éste un charlatán y embaucador que cree
que con su mansedumbre va a poder cautivar
mi alma tras ultrajar a su progenitor?

HIPÓLITO

Y además tu conducta, padre, mucho me extraña:
en caso de que fueras tú mi hijo y no yo el tuyo,
no sería el destierro, mas la muerte tu pena
si creyera que habías a mi esposa tocado.

TESEO

¡Qué propio de ti es ello! No morirás con ese
castigo a que a ti mismo te quieres condenar,
un Hades demasiado dulce para un impío,
sino errante en exilio de tu tierra paterna.

HIPÓLITO

¡Ay, ay! ¿Qué vas a hacer? ¿No esperas que te in-
[forme
de mí el paso del tiempo, mas me echas del país?

TESEO

Y aun, si pudiera, allende los límites de Atlante
o el Ponto; tan grande es mi odio hacia tu persona.

HIPÓLITO

¿Y sin examinar pruebas ni juramentos
ni opiniones de vates me expulsas del país?

TESEO

Firme es la acusación de la propia tablilla
que a augurios no recurre; y a las aves que sobre
nuestras cabezas vuelan yo no hago el menor caso.

HIPÓLITO

¿Por qué, dioses, mi boca no abro ahora y a causa
me pierdo del respeto que siento hacia vosotros?

Pero no; en vano así quebrara el juramento
sin convencer a quienes creerme deberían.

TESEO

¡Oh, me vas a matar con ese aire pomposo!
¿No saldrás en seguida de tu ciudad natal?

HIPÓLITO

¿Y adónde, desgraciado de mí, iré? ¿A la morada
de qué huésped, cargado con esa inculpación?

TESEO

De quien quiera acoger a los violadores
de mujeres infieles que a su crimen se asocian.

HIPÓLITO

¡Ay, que mi corazón hieres y cerca estoy
de llorar, pues me tienes sólo por un malvado!

TESEO

En vez de gemir hoy, ser más cauto debiste
cuando osaste a la esposa de tu padre ofender.

HIPÓLITO

¡Ojalá, casa mía, voz humana pudieras
tomar y atestiguar si soy o no perverso!

TESEO

Te escudas hábilmente con testimonios mudos;
tampoco hablan los hechos, mas tu maldad denuncian.

HIPÓLITO

¡Ay!
¿Por qué no me es posible mirarme cara a cara
para poder llorar por lo que estoy sufriendo?

TESEO

Siempre te gustó más el culto de ti mismo
que el honrar a tu padre como es tu obligación.

HIPÓLITO

¡Ay, pobre madre mía! ¡Mi amargo nacimiento!
¡No resulte bastardo ningún amigo mío!

TESEO

A su escolta.

¿No le echaréis ya mano, mis siervos? ¿No escuchasteis
que hace tiempo que le he declarado extranjero?

HIPÓLITO

Llorará quien me toque de entre todos vosotros;
expúlsame tú mismo del país si te atreves.

TESEO

Lo haré si a mis palabras sigues sin atender;
ninguna compasión tu destierro me inspira.

HIPÓLITO

Decidido está ya, según parece: ¡pobre
de mí, pues lo sé todo, pero no sé decirlo!

Acercándose a la estatua de Ártemis.

¡Hija de Leto, diosa por mí la más amada,
tú que conmigo vives y cazas, de la ilustre
Atenas me destierran! ¡Adiós, pues, oh, ciudad
y tierra de Erecteo! ¡Suelo trecenio, adiós,
que tan felices haces a los que aquí son jóvenes!
Ésta es la última vez que te contemplo y te hablo.

A sus compañeros.

¡Ea, mis coetáneos, los mozos de esta tierra,
decidme adiós ahora, dadme escolta al salir!
Jamás veréis a un hombre más virtuoso que yo
aunque sea distinta la opinión de mi padre.

Sale seguido de sus compañeros por un lateral. A la vez entran en el palacio Teseo y su escolta.

CORO

Ciertamente la ayuda divina, si en ella mi mente repara,
me consuela; yo abrigo una oculta esperanza en que tenga
sentido el destino común, mas no logro entender lo que veo:
lances de acá para allá y siempre la suerte del hombre variando y su vida
en eterna mudanza.

¡Ojalá a mis plegarias concedan los hados que obtenga la dicha,
la fortuna y un alma a que nunca las penas alcancen!
¡Que inflexible no sea mi mente y tampoco el error la falsee!
¡Adaptar mi criterio yo pueda y ser feliz para siempre cambiando mi idea
de un día para el otro!
Pues tengo la mente turbada y no puedo creer lo que veo,
que al más esplendente de todos los astros que adornan la griega
Atenas le hallamos lanzado a otra tierra
por la cólera de su padre.
¡Oh, ciudad con su playa arenosa y el monte
frondoso en que con veloces canes
cazaba a las fieras llevando a su lado
a la augusta Dictina!

Ya no montarás en el carro tirado por vénetos potros
llenando la pista del galope sonoro de raudos corceles.
Callará en la paterna morada la Musa
infatigable de tus cuerdas;
guirnaldas no habrá en la profunda espesura
donde reposa la hija de Leto.
¡No tendremos, sin ti, la porfía de mozas
tras tu lecho y tus nupcias!

No será vida mi vida
de llanto eterno por tus desdichas. ¡Oh, madre infeliz,

inútil fue tu parto, ay!
Me indignan los dioses,
¡ay, ay de mí!
¡Oh, trío inmortal de las Gracias! ¿Por qué al desdicha-
[do que en nada
pecó le hacéis dejar
su casa y tierra patria?

CORIFEO

Mas he aquí que a un sirviente de Hipólito contemplo
que de prisa y con aire triste viene hacia casa.

Entra un mensajero por un lateral.

MENSAJERO

¿En dónde hallar podría, mujeres, al señor
de esta tierra, Teseo? Si lo sabéis, decídmelo.
¿Le encontraré quizá dentro de su palacio?

CORIFEO

Mira, en este momento saliendo está de casa.

Teseo sale del palacio.

MENSAJERO

Teseo, una noticia traigo digna de angustia
tuya y de los que viven en Atenas o bien
dentro de los confines de la tierra trecenia.

TESEO

¿Qué ocurre? ¿No será que algún suceso infausto
se ha cebado en las dos ciudades convecinas?

MENSAJERO

Hipólito no existe ya; bien puedo decirlo,
que en precaria balanza su vida está pendiente.

TESEO

¿Quién le mató? ¿Tal vez alguno que le odiaba
porque violó a su esposa lo mismo que a la mía?

MENSAJERO

Su propio carro fue con las imprecaciones
que tu boca lanzó pidiendo al rey del ponto,
tu padre, que con ellas a tu hijo maldijese.

TESEO

¡Dioses y Posidón, por lo visto era cierto
que mi padre eras tú, pues cumpliste mis votos!
Mas di, ¿cuál fue su muerte? ¿Cómo en la ratonera
cayó de la Justicia por haberme ofendido?

MENSAJERO

Estábamos al lado de la orilla del mar
almohazando entre lágrimas las crines de las yeguas
cuando vino un mensaje según el cual ya no
volvería a poner pie en esta tierra Hipólito,
pues tú de lamentable modo le desterrabas.
Y él luego presentóse, con llanto consonante
al nuestro, en la ribera; seguíale un cortejo
infinito de amigos de su edad. Y al final
cesó ya en sus lamentos y dijo: «¿Para qué
así me desespero? Cumplir debo lo dicho
por mi padre; uncid, pues, los caballos al yugo,
mis siervos; ya no existe la ciudad para mí.»
Y ya a partir de entonces todos nos afanábamos
y, en menos que lo cuento, llevamos al señor
las potras preparadas. Él tomó del pescante
las riendas con sus manos, asentó bien su cuerpo
sobre los calapiés y ante todo a los dioses
dijo, extendiendo hacia ellos los brazos: «¡Ojalá
muera yo, padre Zeus, si soy un hombre vil
y mi padre comprenda que fue conmigo injusto
tanto si ahora perezco como si sigo vivo!»
Después el aguijón tomó y a los corceles
tocó a la vez con él; y nosotros marchábamos
cerca de los bocados, junto al carro del dueño,
por la ruta que hacia Argos lleva y a la Epidauria.
Y, una vez que llegamos a una yerma región,
a la costa que está más allá de esta tierra
y cuyas aguas son ya del golfo Sarónico,
un eco similar al trueno subterráneo

de Zeus profundamente mugió y de modo horrendo.
Los caballos alzaron al cielo sus cabezas
y sus orejas tiesas; con gran terror nosotros
pensábamos de dónde vendría aquel estrépito.
Y, mirando a la orilla que el mar azota, vimos
una ola monstruosa que hasta el cielo subía
y ver no nos dejaba las rocas de Escirón
ni el istmo ni el peñón de Asclepio; luego hinchóse
y, como un surtidor que con la hirviente espuma
del mar todo rociaba, barrió la costa en que
estaba la cuadriga; y, en medio del oleaje
gigantesco, se vio cómo surgía, al modo
de prodigio brutal, un toro que llenaba
de espantosos mugidos devueltos por el eco
todo aquel territorio; y era aquello visión
que los espectadores soportar no podían.
En seguida a las potras les entró un miedo enorme;
el amo, ya a los hípicos resabios avezado,
las riendas con sus manos asía echando atrás
el cuerpo, cual remero, para que las correas
más tensas se pusieran; pero ellas, sin que fuese
posible contenerlas, lanzáronse al galope
tascando con sus dientes los artísticos frenos
y sin cuidarse ya del auriga, el arnés
o el bien armado carro. Si él dirigía aún
su rumbo hacia lugares más llanos, se mostraba
el toro enfrente de ellos por que las cuatro bestias,
de horror enloquecidas, tuvieran que volver;
o si, ya desbocadas, se echaban a los riscos,
en silencio al pescante se arrimaba y seguíalas
hasta que hizo volar el carruaje cuando
chocó una de sus ruedas contra la roca. Y ya
todo aquello fue un caos; saltaban por los aires
los cubos de las ruedas, las clavijas del eje;
y él mismo, desgraciado, se enredó entre las riendas
de modo inextricable, fue arrastrado y golpeaban
los pedruscos su amada cabeza y se rompían
sus carnes entre voces que era horroroso oír:
«¡Oh, yeguas de mi casa, parad, no me matéis!
¡Ah, maldición funesta de mi padre! ¿No habrá
quien quiera aquí salvar al mejor de los hombres?»

Nosotros sí queríamos, y éramos muchos, pero
no llegamos a tiempo. Y él de las trabajadas
bridas logró soltarse de una manera o de otra
y cayó con un poco de aliento todavía;
y, en cuanto a los caballos y el monstruo, ignoro en qué
lugar de aquellas peñas pudieron ocultarse.
Yo sólo soy, señor, un siervo de tu casa,
pero hay algo de que nunca seré capaz,
de creer que tu hijo fue malvado ni aunque todo
el sexo femenino se ahorque o de escritura
llene el pinar entero del Ida hecho tablillas,
pues estoy convencido de que es un hombre noble.

CORIFEO

¡Ay, ay! Se consumaron desdicha y nuevos males,
al destino y al hado no hay modo de escapar.

TESEO

Yo, por odio al que acaba de sufrir esa suerte,
me gocé en la noticia; pero hoy siento pudor
no sólo ante los dioses, sino ante él, que de mí
nació, y ya no me alegro ni me apeno tampoco.

MENSAJERO

¿Qué, pues, hacer debemos que pueda complacerte?
¿Traer aquí al infeliz u otra cosa distinta?
Piénsalo; mas, si atiendes mi consejo, cruel
no te mostrarás ya con tu hijo desdichado.

TESEO

Traedle; que mis ojos vean al que mi lecho
niega haber mancillado; pueda yo confundirle
con ayuda del lance divino que ha sufrido.

Sale el mensajero.

CORO

El ánimo indomable de los dioses
riges, ¡oh, Cipris!,
y el de los hombres; y a todos captúrales
Eros, que con fúlgidas
alas veloz revolotea

sobre la tierra y mar.
Y a todas las locas almas embelesa
volando hacia ellas lleno de luz:
fieras montaraces o marinas, cuanto
la tierra alimenta
o el ígneo sol contempla; mas también
a los humanos. ¡De todos tú sola eras dueña,
Cipris, con poder soberano!

ÁRTEMIS

Apareciendo en lo alto del palacio.

A ti, noble retoño de Egeo, a escuchar
te invito mi voz;
Ártemis, la hija de Leto, soy yo.
¿Por qué de esto te alegras, Teseo, por qué,
si a tu hijo has matado impíamente al creer
de tu esposa la incierta y dolosa versión
granjeándote ruina bien cierta y fatal?
¿Bajo tierra, en el Tártaro mismo, no vas
tu vergüenza a ocultar?
¿Por qué no alzas el vuelo hasta el éter a fin
de escapar a los males que aquí has de sufrir?
Pues entre hombres honrados tu vida pasar
después de esto ya nunca podrás.

Escucha ahora, Teseo, cómo están tus desdichas.
Nada gano con ello ya y te aflijo, mas vine
a mostrarte cuán justo fue de tu hijo el espíritu,
por que con gloria muera, y a que sepas cuál fue
la pasión de tu esposa no exenta de nobleza;
picóla el aguijón de la diosa a que odiamos
los que en lo virginal ponemos nuestro gozo
y de tu hijo prendóse; su razón intentaba,
cierto es, triunfar de Cipris, mas dejóse vencer
contra su voluntad por las maquinaciones
del ama, que aquel morbo, logrando que jurase,
reveló a tu hijo. Y él, que era justo, a sus dichos
no atendió, pero ni aun cuando le maltratabas
dejó de ser piadoso violando el juramento

prestado. Y ella, para que no la descubrieran,
escribió su mendaz acusación y a tu hijo
perdió con la impostura que a ti te convencía.

TESEO

¡Ay de mí!

ÁRTEMIS

¿Te muerden mis palabras, Teseo? Pues tranquilo
escucha lo siguiente, que te hará gemir más.
¿Te acuerdas de las tres certeras maldiciones
de tu padre? Una de ellas en tu hijo malgastaste
que pudieras, malvado, contra algún enemigo
usar. Y tu marítimo padre tuvo razón
al darte lo debido, pues era una promesa;
tú eres quien ante él fuiste y ante mí criminal,
pues ni esperaste pruebas ni voz divina alguna
ni le hiciste preguntas ni te tomaste tiempo
para reflexionar, mas demasiado pronto
la imprecación lanzaste que a tu hijo dio la muerte.

TESEO

¡Muérame ya, señora!

ÁRTEMIS

Fue terrible tu acción,
pero puedes aún el perdón obtener.
Fue Cipris la que quiso que todo esto ocurriera
para desahogar su ira. Es la ley divina:
ningún dios a lo que otro desee hacer se opone,
mas nunca en tales casos actuamos; y, si no
fuese porque a Zeus temo, yo jamás la vergüenza
sufriera de dejar que muera el más querido
para mí de los hombres todos. Y en lo que toca
a tu falta, te exime de culpa en primer término
el hecho de que nada sabías; y además
la mujer al morir toda clase excluía
de encuestas, y así pudo lograr tu convicción.
En fin, ésta es desdicha que sobre ti se abate,
pero también disgusto para mí; que los dioses
no queremos que mueran los piadosos y, en cambio,
al malo aniquilamos con su casa y su prole.

CORIFEO

Señalando a Hipólito que, cubierto de sangre, es traído en brazos por unos servidores.

¡Contemplad al cuitado que viene hacia aquí,
destrozadas su rubia cabeza y la flor
juvenil de su cuerpo! ¡Ay, mi casa, qué horror!
¡Qué doble desdicha el palacio atacó,
por la mano traída de un dios!

HIPÓLITO

¡Ay, ay, ay!
¡Desgraciado de mí, la plegaria cruel
de un mal padre la ruina me vino a traer!
¡Mi cabeza recorre un agudo dolor,
los espasmos mis sesos sacuden!

A los servidores.

¡Parad,
que mi cuerpo cansado se pueda sentar!
¡Ay, ay!
¡Oh, odiosa cuadriga y caballos, que yo
con mis manos crié!
¡Me matasteis, la muerte me disteis, ay, ay!
¡Por los dioses, sirvientes, cuidado tened
al tocar estas llagas que cubren mi piel!
¿Quién es el que tengo a mi diestra? ¡A compás
levantadme, entre todos los miembros alzad
de este pobre y maldito infeliz al que hundió
un error de su padre! Zeus, Zeus, ¿no lo ves?
Yo, el hombre devoto que siempre adoré
a los dioses y a nadie en virtudes cedí,
a un Hades patente me voy tras perder
sin remedio mi vida. ¡Fue vano el querer
frente al prójimo ser
esforzado ejemplar de piedad!
¡Ay, ay de mí!
¡El dolor, el dolor me penetra!
¡Dejadme en mi desgracia,
que venga a sanarme la muerte!
¡Matadme, matad a este pobre infeliz,

quiero una espada que pueda a cercén
mi cuerpo rajar
y mi vida en el sueño por siempre sumir!
¡Funesta imprecación de mi padre!
Un hereditario horror
venido de antaño se lanza contra mí
sin demora a atacarme.
¿Por qué si yo ninguna culpa tengo
de aquellos males de entonces?
¡Ay, ay de mí!
¿Qué puedo decir? ¿Cómo librar mi vida
de este atroz dolor?
¡Ojalá dormir me hiciera,
pobre de mí, la negra, nocturna ley del Hades!

ÁRTEMIS

¡Desdichado, qué penas te ha tocado sufrir!
A tu nobleza debes el verte muerto ahora.

HIPÓLITO

¡Oh!
¡Qué divino perfume! Tu presencia percibo
a través de mis males y mi cuerpo se alivia.
¿Es que en estos lugares se encuentra la diosa Ártemis?

ÁRTEMIS

Sí está aquí, desdichado, la diosa a quien más amas.

HIPÓLITO

¿Ves, señora, en qué estado me hallo, pobre de mí?

ÁRTEMIS

Lo veo, pero lícito no es que mis ojos lloren.

HIPÓLITO

No tienes cazador, no tienes ya sirviente.

ÁRTEMIS

No por cierto, mas mueres siendo por mí querido.

HIPÓLITO
Ni tu palafrenero, ni el guardián de tu efigie.

ÁRTEMIS
Así lo resolvió la malévola Cipris.

HIPÓLITO
Ahora, ¡ay!, comprendo ya qué diosa me ha arruinado.

ÁRTEMIS
Odiaba tu virtud y el que a ella no la honraras.

HIPÓLITO
Y así, siendo una sola, nos ha perdido a tres.

ÁRTEMIS
Sí, a tu padre y a ti y a su esposa además.

HIPÓLITO
Debo, pues, lamentar de aquél las desventuras.

ÁRTEMIS
Fue por las artimañas de la diosa engañado.

HIPÓLITO
¡Pobre desventurado, qué infortunios los tuyos!

TESEO
Muerto estoy ya, hijo mío, gozo no hay en mi vida.

HIPÓLITO
Lloro más por tu error que por mi propia muerte.

TESEO
¡Ojalá fuera yo quien muriese y no tú!

HIPÓLITO
¡Ay, qué amargos los dones que te hizo Posidón!

TESEO
Jamás haber venido debieron a mi boca.

HIPÓLITO

Pero era tal tu cólera, que me habrías matado.

TESEO

Es que de la razón me privaban los dioses.

HIPÓLITO

¿Por qué no hay maldiciones en que su estirpe incurra?

ÁRTEMIS

Déjalo, que, aunque tú vayas a las tinieblas
subterráneas, impune no quedará la cólera
con que la diosa Cipris se propuso en tu cuerpo
fustigar tu piedad y la bondad de tu alma,
pues yo con propia mano me vengaré alcanzando
con estos infalibles dardos a aquel en quien
más afecto ella ponga de todos los mortales.
Y, a cambio de estos males, a ti, desventurado,
los mayores honores de la tierra trecenia
te daré; las solteras te ofrecerán su pelo
antes del matrimonio y a través de los siglos
recogerás ubérrima mies de penosas lágrimas.
Y siempre en ti las mozas pensarán al crear
sus canciones y así no caerá en el silencio
ni en olvido el amor que tú inspiraste a Fedra.
Y ahora en tus brazos toma, retoño del anciano
Egeo, a tu hijo y ponlo junto a ti; le mataste
sin querer y explicable resulta que los hombres
pequen cuando los dioses lo disponen así.
Y a ti aconsejo, Hipólito, que no odies a tu padre,
pues ahora ya conoces el hado que has sufrido.
Adiós ya, que no es lícito que a los muertos contemple
ni se empañen mis ojos con mortales alientos;
y veo que tú cerca te encuentras de ese trance

Desaparece.

HIPÓLITO

Ve, pues, virgen feliz, enhorabuena, y puedas
de nuestro largo trato sobrellevar la falta.
Rencor hacia mi padre no tengo, pues lo quieres;
nunca desobediente fui para tus mandatos.

¡Ay, baja la tiniebla sobre mi vista ya!
¡Cógeme, padre mío, y endereza mi cuerpo! 1445

TESEO

Abrazando a Hipólito.

¡Ay! ¿Qué me estás haciendo, desgraciado de mí?

HIPÓLITO

Me muero y estoy viendo las puertas infernales.

TESEO

¿Vas a dejar entonces impureza en mi espíritu?

HIPÓLITO

No, porque yo te absuelvo del crimen de mi muerte.

TESEO

¿Qué dices? ¿Me liberas del peso de esa sangre? 1450

HIPÓLITO

A Ártemis, buena arquera, yo pongo por testigo.

TESEO

¡Qué noble, hijo amadísimo, con tu padre te mues-
[tras! 1452

HIPÓLITO

Desear puedes que sea tal tu prole legítima. 1455

TESEO

¡Oh, qué mente la tuya tan recta y tan piadosa! 1454

HIPÓLITO

¡Adiós a ti también, adiós por siempre, padre! 1453

TESEO

¡No me abandones, hijo, resístete a morir! 1456

HIPÓLITO

Cesó mi resistencia, padre, me estoy muriendo
y cuanto antes con este manto cubrid mi rostro.

Muere.

TESEO

¡Oh, confines ilustres de Atenas y de Palas,
de qué hombre os veis privados! ¡Desgraciado de mí!
¡Cómo me vengaré, Cipris, de tus desmanes!

Entra en el palacio seguido de los servidores, que transportan el cadáver de Hipólito. El coro inicia el desfile.

CORIFEO

Es común el dolor que sobre esta ciudad
se ha venido a abatir.
Ahora un río de llanto abundante fluirá.
Pues suelen los trances causar más dolor
en que envuelto un gran hombre se ve.

LOS HERACLIDAS

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-72; recitado por Yolao con aparición del heraldo).

Párodo (73-119; estrofa y antístrofa del coro dividido en dos semicoros que dialogan con Yolao y el heraldo).

Primer episodio (120-352; Demofonte y el heraldo; Yolao; Demofonte y el heraldo con intervenciones del corifeo).

Primer estásimo (353-380; estrofa, antístrofa y epodo).

Segundo episodio (381-607; Yolao y Demofonte; los mismos y Macaria).

Segundo estásimo (608-629; estrofa y antístrofa).

Tercer episodio (630-747; Sirviente, Yolao y Alcmena, con intervenciones del corifeo).

Tercer estásimo (748-783; dos estrofas y antístrofas).

Cuarto episodio (784-891; mensajero y Alcmena).

Cuarto estásimo (892-927; dos estrofas y antístrofas).

Quinto episodio (928-1052; sirviente, Alcmena y Euristeo).

Despedida anapéstica del corifeo (1053-1055).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

YOLAO, *hijo de Ificles, compañero de Heracles en su juventud.*
COPREO, *heraldo.*
DEMOFONTE, *hijo de Teseo, rey de Atenas.*
MACARIA, *hija de Heracles.*
SIRVIENTE *de Hilo, hijo mayor de Heracles.*
ALCMENA, *madre de Heracles.*
MENSAJERO.
EURISTEO, *rey de Argos.*

CORO DE ANCIANOS DE MARATÓN.

PERSONAJES MUDOS:
ACAMANTE, *hermano de Demofonte.*
HIJOS DE HERACLES.
SOLDADOS ATENIENSES.
SERVIDORES.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: YOLAO, EURISTEO, MENSAJERO.
DEUTERAGONISTA: HERALDO, MACARIA, SIRVIENTE.
TRITAGONISTA: DEMOFONTE, ALCMENA.

La escena representa el templo de Zeus en Maratón. Delante, un gran altar, en cuyas gradas están sentados Yolao y los hijos de Heracles. Recita el prólogo Yolao, ya anciano.

YOLAO

Hay algo que hace tiempo me tiene convencido:
el justo está en la vida para ayudar al prójimo,
mientras aquel cuya alma por el lucro se mueve
no es útil para nadie, resulta por su trato
difícil y a su propia persona sólo sirve.
Bien lo sé y no de oídas, pues fue por pundonor
y en aras del linaje por lo que yo, pudiendo
vivir tranquilo en Argos, era el único amigo
que a Heracles en las más de sus gestas seguía
mientras vivió; y ahora que se encuentra en el cielo,
tomé bajo mis alas a su prole y la guardo
aunque seguridad yo mismo necesite.
Pues, al faltar su padre y Euristeo querer
darnos muerte, escapamos perdiendo la ciudad,
mas salvando la vida desterrados y errantes
de lugar en lugar; y entonces Euristeo
a nuestros otros males consideró oportuno
agregar el ultraje siguiente: mandar suele
sus heraldos adonde sepa que nos hallamos
y nos reclama y pide que de allí nos expulsen
diciendo que importantes son la amistad y el odio
de Argos y que pequeño no es el poder que él tiene.
Y los demás, al ver que soy débil y que éstos
son menores y están privados de su padre,
respetando al más fuerte nos echan del país.
Ando, pues, escapado junto con estos niños
y soporto con ellos la desdicha no osando
traicionarles, no sea que algún mortal me diga:
«Ved, como ellos son huérfanos, Yolao, su pariente,
no les ayuda.» Estando, pues, excluidos de toda
la Hélade, a Maratón y a su región vecina,
para sentarnos como suplicantes al lado

de las aras divinas, vinimos con el fin
de que ellos nos auxilien. Dicen que ocupan estas
llanuras los dos hijos de Teseo, a los cuales
tocaron en sorteo que entre los descendientes
de Pandión se hizo, y que son familiares próximos
de estos mozos. Por eso nos hemos presentado
en los mojones que delimitan la ilustre
Atenas. Dos ancianos este éxodo dirigen:
yo, que angustiado velo por ellos, y conmigo
Alcmena, que está dentro del santuario abrazada
a las niñas, pues no queremos que tan jóvenes
doncellas estén cerca del altar ni con nadie
se mezclen; mientras Hilo con los de más edad
de sus hermanos va buscando un torreón
en que nos refugiemos si de aquí nos rechazan.
¡Hijos, hijos, aquí cogeos a mi peplo!
Pues contemplo al heraldo de Euristeo que viene
hacia acá y por el cual nos vemos acosados
y fugitivos sin tierra que nos ampare.

A un heraldo que está entrando en escena.

¡Ser odiado, ojalá mueras con quien te envía,
tú que tantas desdichas al noble padre de éstos
anunciaste con esa misma boca que hoy habla!

HERALDO

Crees que has hecho bien en elegir tal sede
y en buscar la alianza de esta ciudad, mas yerras.
No hay quien tu exigua fuerza se atreva a anteponer
a la inmensa potencia de Euristeo. Y ya en marcha
ponte: ¿a qué tanto afán? Tienes que ir a Argos, donde
el castigo te espera de la lapidación.

YOLAO

No, que el ara del dios me defenderá de ello
y libre es el país en el que hemos entrado.

HERALDO

¿Pretendes, pues, hacer que esta mano trabaje?

YOLAO

Tu violencia ni a mí ni a éstos arrastrará.

HERALDO

Ya verás: mal profeta te habrás mostrado en esto.

YOLAO

No ocurrirá jamás mientras me quede vida.

HERALDO

Agarrando a los niños y arrojando al suelo a Yolao.

Adelante, que yo, quiéraslo o no, a llevármelos
voy, pues creo que son de Euristeo, su dueño.

YOLAO

¡Oh, quienes habitáis Atenas desde antiguo!
¡Socorro! ¡A los que somos suplicantes de Zeus
del ágora maltrátannos, ultrajan estas ínfulas,
insulto a la ciudad, desprecio de los dioses!

Entra en escena el coro, que se divide en dos semicoros. Está formado por ancianos de Maratón.

CORIFEO DEL PRIMER SEMICORO

¡Eh! ¿Qué voces son esas que se oyen junto al ara?
¿Qué desdicha nos van a revelar muy pronto?

CORIFEO DEL SEGUNDO SEMICORO

Ved al débil viejo que al suelo derribaron.
¡Ay, desgraciado de él!

CORIFEO DEL TERCER SEMICORO

¿Quién dio en tierra contigo de forma lamentable?

YOLAO

Señalando al heraldo.

Éste, extranjeros, que, sin respeto a los dioses,
por la fuerza me arranca de las gradas de Zeus.

Coro

¿De qué país, anciano, llegaste adonde habitan
juntas las cuatro ciudades? ¿Trájoos
de ultramar el remo
marino trasladándoos desde la euboica costa?

Yolao

No es insular mi género de vida, mas llegamos
a tu tierra, extranjero, desde las de Micenas.

Coro

¿Y qué nombre te daba,
anciano, el pueblo que allí reside?

Yolao

A Yolao supongo que conocéis, amigo
de Heracles: mi persona no carece de fama.

Coro

Sí que antaño he escuchado tu nombre; mas ¿de quién
son esos muchachos que llevas
de la mano? Cuéntamelo.

Yolao

Son los hijos de Heracles, extranjeros, y acuden
a suplicarte a ti y a la ciudad entera.

Coro

¿Para qué? ¿Desean, dime, que los de aquí
les oigan hablar?

Yolao

Que a Argos no les conduzcan al altar arrancándoles.

Heraldo

Lo cual no ha de gustar a tus amos, que ahora
te han encontrado al fin y en su poder te tienen.

Coro

Razonable, extranjero, que al suplicante se honre
es y el altar por la violencia

no hacer que abandone,
pues la augusta Justicia no lo consentirá.

HERALDO

Del país a los hijos de Euristeo si expulsas,
ninguna fuerza habrás de temer de mi brazo.

CORO

Impío es no atender
a un extranjero cuando suplica.

HERALDO

Mas también oportuno resulta el no exponerse
con prudencia adoptando la mejor decisión.

. . . .

CORIFEO

Pues bien, antes de osar tal cosa deberías
hablar con nuestro rey y respetar la tierra
que es libre y a estos huéspedes del ara no arrancar.

HERALDO

¿Quién es aquel que en esta ciudad y país manda?

CORIFEO

Demofonte, hijo de un noble padre, Teseo.

HERALDO

Entonces el litigio debe ante él tener curso
y en vano quedó dicho todo lo hasta ahora hablado.

CORIFEO

Helo, pues, que aquí llega de prisa; le acompaña
Acamante, su hermano, y ambos te van a oír.

Entran en escena Demofonte, Acamante y su escolta. Demofonte se dirige al corifeo.

DEMOFONTE

Ya que, aun siendo viejo, antes llegaste que nosotros,
jóvenes como somos, a este altar de Zeus, dinos,
¿qué circunstancia a tanta gente aquí reunió?

CORIFEO

He aquí que suplicantes circundan este altar,
sentados como ves, señor, los Heraclidas
con el fiel compañero de su padre, Yolao.

DEMOFONTE

¿Y qué hecho ha sido el que provocó tal clamor?

CORIFEO

Señalando al heraldo.

Éste causó los gritos intentando apartar
del altar a los mozos y doblar la rodilla
hizo al viejo mis lágrimas de piedad provocando.

DEMOFONTE

Griegos son sus vestidos con todo y la manera
de llevarlos, mas bárbaros sus actos. Debes, pues,
sin demora explicarme de qué país los límites
franqueaste al venir a visitar Atenas.

HERALDO

Soy ciudadano de Argos, pues tal es lo que inquie-
[res,
y el señor de Micenas, Euristeo, me manda
para que a éstos conduzca; y he llegado pudiendo,
extranjero, ser justo con mis dichos y acciones.
Soy argivo y a argivos como cautivos llévome,
porque éstos de mi tierra se escaparon, según
cuyas leyes estaba para ellos decretada
la muerte, y es legal que aquellos que un país
habitan aplicar se puedan mutuamente
las penas judiciales. Ellos han acudido
ya a muchísimas casas y las mismas razones
dimos y a acarrearse nadie osó el daño propio.
Y si aquí están es porque necedad han visto en ti
o corriendo el albur, al verse en este apuro,
de que salga su empeño bien o mal con vosotros.
Pues no pienso que esperen que en tus cabales hagas
de esta tu tierra la única de cuantas visitaron
que con tanta imprudencia se apiade de sus cuitas.
Porque, veamos, mira qué ganas si les dejas

entrar o nos permites que de aquí les saquemos.
En un caso te harías con el poder enorme
de Argos y tu ciudad a su alcance tendría
en su totalidad la fuerza de Euristeo.
Pero, si te ablandases ante lo que éstos dicen
y al escuchar sus llantos, cuadrará ya a las lanzas
el dirimir la lid, y no creas que vamos
a dejar el certamen sin tocar lo calíbdico.
¿Qué aducirás entonces? ¿Que contra Argos batallas
por vengar el despojo de qué región o presa?
¿En pro de qué aliados, en defensa de quién
caerán aquellas víctimas a las que entierres? Mal
renombre entre los tuyos tendrás si por un viejo,
un sepulcro, un fantasma, como quien dice, y unos
niños a la borrasca tu ciudad expusieras.
Tan sólo te cabrá decir que una esperanza
persigues y cambiar por ella un buen presente
quieres; pero bien débiles enemigos serán
de Argos éstos cuando hayan crecido, si es que es eso
lo que tu ánimo incita: ¡pues no hay en medio poco
tiempo en que morir pueden! No, mas hazme a mí caso:
sin dar nada, dejando que de aquí me los lleve,
a Micenas conquista sin hacer tú también
lo que soléis, al débil por amigo tomar
cuando os era posible con los fuertes uniros.

CORIFEO

¿Quién juzgará el litigio y alegatos sin antes
oír exactamente lo que dicen los dos?

YOLAO

Señor, no escuchar sólo, sino hablar me es hoy lícito,
pues tal en tu ciudad se acostumbra sin que haya
nadie que, como en otras, de antemano a uno excluya.
Entre nosotros y éste nada común existe;
pues de Argos ya no somos en virtud del decreto
que se aprobó y estamos desterrados de allí,
¿cómo ha de resultar justo que se nos rapte,
teniéndonos por gentes miceneas, a aquellos
que al verse así tratados son extranjeros? ¿Debe
el exiliado de Argos salir quizá de toda

Grecia? Aunque no de Atenas, desde luego, que a echar
de este país no vais a los hijos de Heracles
por miedo a los Argivos. No pisamos Traquine
ni cualquier pueblo aqueo de donde injustamente,
llenándote la boca como ahora con el nombre
de Argos, nos expulsabas cuando junto al altar
suplicábamos. Si esto sucede y te hacen caso,
la libre Atenas ya no reconozco aquí.
Pero sé bien cuál es su voluntad y su índole:
afrontarán la muerte, porque el honor los hombres
buenos aun al vivir anteponen. Mas baste
sobre Atenas lo dicho, porque las demasiadas
laudes envidias traen y de mí sé decir
que me molesta ser elogiado en exceso.

A Demofonte.

Pero explicarte quiero por qué debes salvar

Señalando a los niños.

a éstos como monarca que reina en el país.
De Pélope Piteo nació y él de Etra, aquella
que a tu padre Teseo pariera. Y a la estirpe
voy en seguida de ellos: Heracles procedía
del connubio con Zeus de Alcmena, a cuya madre
Pélope el ser también dio. Tu padre y el de éstos
vástagos son, por tanto, de dos primas hermanas.
He aquí tu parentesco con ellos, Demofonte;
pero, aparte de tal afinidad, te digo
lo que a estos hijos debes pagar. He de advertirte
que, escudero del padre de éstos antaño siendo,
en pos del ceñidor que causó tantas muertes
me embarqué con Teseo, que, como toda Grecia
sabe, fue por aquél de las sombras del Hades
rescatado; favor por el cual hoy te piden
que no se les entregue ni prive de esta tierra
por la fuerza arrancándoles a las divinas aras.
¡Vergüenza para ti, bochorno frente a todos
si esos tus familiares que en su vagar te impetran
—mírales, mírales— por la violencia fuesen
secuestrados! No, no, te lo ruego abrazándote;
no, por esa barbilla, no entregues a los hijos

de Heracles que en poder tuyo a parar vinieron.
Sé su pariente, amigo, padre, hermano, amo incluso:
toda cosa será para ellos preferible
a terminar en manos de los de Argos cayendo.

CORIFEO

Señor, de éstos me apiado cuando su mal escucho.
Ahora mejor que nunca veo la buena raza
por la suerte vencida, mas no debieran hijos
dignos de un noble padre tal sino soportar.

DEMOFONTE

Tres consideraciones ¡oh, Yolao!, me obligan
a no desatender esas palabras tuyas:
Zeus ante todo, al lado de cuyo altar unido
te sientas a esa joven familia; el parentesco
y el haber contraído la deuda que me fuerza
a hacerles los favores que de su padre obtuve;
y el deshonor, que debe rehuirse en absoluto.
Si dejo que estas aras viole un extranjero,
parecerá que libre no es ya el país que habito
y que es el temor de Argos lo que a estos suplicantes
me impele a traicionar. ¡La horca merecería!
¡Ojalá con mejor destino aquí llegaras!
Mas no temas que nadie ni a ti ni a estos muchachos
arranque del altar.

Al heraldo.

Y tú vuelve a Argos, cuéntaselo
a Euristeo y añádele que se le oirá en cualquier
querella que contra estos extranjeros promueva;
pero jamás podrás llevártelos de aquí.

HERALDO

¿Ni aunque tenga razón y valga mi argumento?

DEMOFONTE

¿Justo será por fuerza llevarse a quien suplica?

HERALDO

Mío el oprobio fuera sin daño para ti.

DEMOFONTE
Sí, en el caso de que te permita arrancármelos.

HERALDO
A algún lugar confínales donde con ellos me haga.

DEMOFONTE
Eres torpe al querer saber más que los dioses.

HERALDO
Aquí al parecer pueden refugiarse los malos.

DEMOFONTE
Para todos asilo son las sedes divinas.

HERALDO
Quizá los Miceneos no opinarán igual.

DEMOFONTE
¿No voy a ser yo, pues, quien mande en esta tierra?

HERALDO
Si tienes el buen juicio de no agraviar a nadie.

DEMOFONTE
¡Bendito agravio que no ofende a lo divino!

HERALDO
No quiero que mantengas contienda con los de Argos.

DEMOFONTE
Tal me propongo, pero sin dejar que se marchen.

HERALDO
Pues yo voy a llevármelos, porque me pertenecen.

DEMOFONTE
No te será sencillo llegar a Argos con ellos.

HERALDO

Avanzando hacia los niños

Al punto he de probarlo para saber qué pasa.

DEMOFONTE

Interponiéndose amenazante.

Muy pronto llorarás si llegas a tocarles.

HERALDO

¡No oses tal, por los dioses, contra quien es heraldo!

DEMOFONTE

Si el heraldo no quiere atender a mis razones.

CORIFEO

Al heraldo.

Tú vete y tú, señor, de maltratarle abstente.

HERALDO

Me voy: es en la lucha débil un hombre solo.
Pero volveré aquí con las muchas broncíneas
armas del argivo Ares: me esperan infinitos
portadores de escudo teniendo al frente de ellos
a Euristeo, su rey, que en los mismos confines
de la ciudad de Alcátoo lo que aquí ocurra acecha.
Y, cuando ese tu abuso conozca, fulminar
querrá la tierra entera con gentes y cultivos.
De nada nos sirviera tener en Argos tanta
juventud como existe si no te castigáramos.

Se retira por un lateral.

DEMOFONTE

Marcha ya enhoramala: no temo a los Argivos.
¿Cómo ibas a estos niños a arrastrar por la fuerza
y con mengua de mi honra? La Atenas que gobierno
no es comunidad súbdita de tu Argos, sino libre.

CORIFEO

Precavámonos, que entra a invadir el país
la argiva legión;

peligroso es el Ares micénico, y más
que nunca ha de serlo en la actual ocasión.
Todo heraldo exagera los hechos; ésta es
entre ellos la ley general. ¿Cómo crees
que al rey le hablará de la gran vejación
que ha sufrido, y dirá que los hombres de aquí
a poco le arrancan la piel?

YOLAO

No hay otra cualidad mejor en unos hijos
que, de un padre nacidos bueno y noble, capaces
ser de igualmente honrar a quien les engendra-
[ra. Stob. LXXXIX 3
Porque del infortunio se defiende mejor
el noble nacimiento que el vil. Así nosotros,
en la mayor desdicha sumidos, encontramos
amistad y parentesco junto a éstos, que, entre tantas
ciudades como pueblan Grecia, fueron los únicos
que apoyarnos quisieron. Aproximaos, pues,
hijos, dadles las diestras y ellos que os las estrechen.
En la prueba, muchachos, hallamos la amistad.
Si os luce alguna vez el regreso a la patria
y hogar de vuestro padre y <otra vez recibís>
sus honras, por amigos <tened a los de Atenas>,
ved en ellos a quienes os salvaron y nunca
alcéis hostiles lanzas contra su territorio,
sino, en recuerdo de esto, más afectos os sean
que otro pueblo ninguno. Respetar ciertamente
os cumple a quienes, viéndoos como errantes mendigos,
no entregaros por ello quisieron ni expulsaros,
sino la hostilidad de esa nación pelásgica
tan potente afrontar por causa de vosotros.
Y yo no sólo en vida te alabaré, mas, cuando
muera, iré, amigo, en busca de Teseo y su espíritu
alegraré ensalzándote con excelsos elogios
de qué bien recibiste y ayudaste a los hijos
de Heracles y de cómo tu pundonor la gloria
de Teseo preserva por toda Grecia y cómo,
nacidos de un tal héroe, no desmerecen de él,
lo que a pocos sucede: tal vez encontrarías
un solo hijo entre muchos que a su padre se iguale.

CORIFEO

Siempre nuestra ciudad presta está a socorrer
a los desamparados en pro de la justicia.
Incontables trabajos sufrió por sus amigos
y ahora este certamen veo que cerca se halla.

DEMOFONTE

Bien dicho está lo tuyo y, en cuanto a éstos, anciano,
espero que tal sea y el favor no se olvide.
Voy ahora a convocar asamblea del pueblo
y, tras organizarles para que una gran tropa
se enfrente con Micenas, despacharé ante todo
unas avanzadillas para que por sorpresa
no irrumpan, pues veloz será el ataque argivo,
y augures reuniré que sacrifiquen. Tú
ve a palacio con estos niños dejando el ara
de Zeus. Pues, aunque ausente me encuentre yo, tendrás
quien os cuide. Entra, pues, anciano, como digo.

YOLAO

Ya no dejo el altar, mas sentados quedamos
orando por que el éxito consiga la ciudad.
Cuando bien del certamen salga, entonces iremos
a palacio. No peores son los dioses, señor,
que nos auxiliarán contra Argos; porque, si Hera,
la cónyuge de Zeus, les protege, nosotros
tenemos a Atenea. Yo afirmo que el contar
con mejores deidades la victoria asegura;
y no es Palas de aquellas que admiten la derrota.

Se retiran Demofonte y su escolta.

CORO

Grande es tu arrogancia, pero
hay quien no te obedece,
forastero que de Argos
vienes. No me asusta tu soberbia.
¡Nunca ello acontezca
a Atenas, ciudad de bellos
coros! ¡Tan insensato eres
como el rey de los Argivos,
el nacido de Esténelo!

Pues te presentaste en otra
ciudad no menor que Argos
como extranjero y quieres
a unos suplicantes de los dioses
que errantes nos llegan
secuestrar y no respetas
al monarca o las razones
válidas. ¿Aprobaría
eso un hombre sensato?

Busco la paz, mas te digo,
¡oh, tú, perverso señor!,
que no es fácil que obtengas
lo que exiges al venir.
No son únicas tus lanzas
ni tu escudo broncíneo. ¡No,
oh, amante de las guerras,
tus armas no turbarán
a la ciudad de las Gracias,
mas contenerte debes!

YOLAO

A Demofonte, que ha vuelto a entrar en escena.

¿Por qué, hijo, con los ojos llenos de angustia llegas?
¿Vas a decirles algo nuevo del enemigo?
¿Están aquí o se acercan o qué es lo que supiste?
No creas engañosos los dichos del heraldo.
Vendrá ese jefe, que antes ha tenido tal suerte,
a Atenas, lo sé bien, y de arrogancia lleno.
Pero hay un dios que es Zeus y que castigar debe
a aquellos cuyas mentes son en exceso altivas.

DEMOFONTE

Han llegado las fuerzas de Argos y su monarca
Euristeo: las vi yo mismo. Saber debe
lo que hace el adversario sin necesitar nuncios
quien se precie de ser buen jefe. Pero aún
no ha lanzado sus tropas contra nuestras llanuras,
mas, apostado encima de un peñón dominante,
reflexiona —esto es una conjetura que te hago—

por donde aquí el ejército podrá sin uso de armas
dejar establecido de manera segura.
En lo que toca a mí, todo está preparado:
armada la ciudad, dispuestas ya las víctimas
que para cada dios serán sacrificadas
por los augures como presagios de derrota
del enemigo y triunfo del país. Congregué
también a los que dan oráculos y examen
hice de las antiguas profecías secretas
o no con que a esta tierra posible sea salvar
y, aunque en ellas hay muchos puntos contradictorios,
un solo dato en todas coincide, el prescribir
que una virgen nacida de noble padre para
Core, la de Deméter, se inmole. Tú ya ves
mi buena voluntad hacia vosotros, pero
ni he de matar a mi hija ni obligaré a ningún
ciudadano a que lo haga con la suya si no
lo quiere él. ¿Y quién es tan necio que de grado
a sus amados hijos con propia mano entregue?
Ahora oír podrás ásperas discusiones,
pues, mientras unos dicen que es justo que se ayude
a extranjeros que aquí se asilan, de locura
hay otros que me acusan. Si lo hago, es una guerra
civil lo que tendremos. Piensa, pues, tú también
el modo de que sea posible el ampararos
quedando inmune nuestra tierra y mi posición
no peor que la de hoy. Porque no es tiranía
como las de los bárbaros el gobierno que ejerzo:
con justicia he de obrar para que igual me traten.

CORIFEO

¿Es que, aun estando ansiosa la ciudad por salvar
a estos huéspedes, no lo permiten los dioses?

YOLAO

Somos, hijos, cual nautas que, habiendo rehuido
un temporal cruel y al tocar ya la tierra,
se ven de nuevo al mar llevados por los vientos.
Así también hallamos que ahora nos excluyen
de este país en cuyas riberas nos creíamos
a salvo. ¡Ay de mí! ¿Por qué me engolosinabas,

oh, infeliz esperanza, si al final tus favores
no ibas a concederme? Comprensible resulta
la actitud de este rey, que se niega a matar
a hijos de ciudadanos, lo cual de cierto apruebo.
Si a los dioses agrada que tal sea mi destino,
no por ello menor es nuestra gratitud.
¡Hijos, no sé qué hacer con vosotros! ¿Adónde
volvernos? ¿Qué deidad no vio ya nuestras ínfulas?
¿Qué tierra o qué recinto no hemos tocado? Estamos
perdidos, hijos míos, y nos van a entregar.
A mí, si he de morir, no me importa; tan sólo
que con ello alegría causo a mis adversarios.
Pero a vosotros, niños, os lloro y compadezco
tanto como a la madre de vuestro padre, Alcmena,
anciana ya. ¡Infeliz, llegar a tal edad!
¡Desdichado de mí, que tanto luché en vano!
Era fatal, fatal que en manos enemigas
cayéramos para ir a una ultrajante muerte
penosa. Pero ¿sabes de qué modo ayudarme
puedes? Aún esperanza queda de salvación:
en vez de a éstos entrégame, señor, a los Argivos,
con lo cual, sin peligro tuyo, se salvarán
los muchachos. Tal hágase, no debo amar la vida
con exceso. A Euristeo gustaríale mucho
humillar al aliado de Heracles, pues es hombre
grosero. Y debe el sabio no desear enemigos
zafios, mas otros tales de los que esperar pueda
gran respeto si alguna desventura surgiere.

CORIFEO

Anciano, a esta ciudad no acuses, que tal vez
sufrirá los reproches malévolos e injustos
de quienes nos achaquen el traicionar al huésped.

DEMOFONTE

Noble es tu oferta, mas impracticable. No es
a ti a quien busca el rey al frente de sus tropas.
¿Qué ganará Euristeo con que un viejo sucumba?
La muerte de estos jóvenes es lo que le interesa:
el enemigo cree peligrosa una raza
de mozos en sazón que recuerde el ultraje

hecho a su padre: es ello lo que impedir desea.
Si hay, pues, alguna idea que mejor consideres,
apórtala, que yo, conocido el oráculo,
lleno de indecisión y de temor estoy.

Macaria sale desde el interior del templo.

MACARIA

No juzguéis, extranjeros, esta mi aparición
como impúdica: es esto lo primero que os pido.
Es para las mujeres lo mejor el silencio
y el decoro y estarse bien quietas en sus casas,
pero salí al oír tus lamentos, Yolao.
No es mi misión ser jefe de la familia, pero
algo me toca a mí y además amo mucho
a mis hermanos: quiero, pues, en su nombre y mío,
saber si a los antiguos males se agrega ahora
algún otro dolor que a tu espíritu inquiete.

YOLAO

Hija, no es de hoy el hecho de que te tengo a ti
en estima mayor que a cualquier Heraclida.
Cuando bien parecía rematarse este viaje,
nuevamente han saltado los vientos para mal.

Señalando a Demofonte.

Dice éste que no ordenan quienes cantan oráculos
la inmolación de un toro ni ternera, mas debe
una doncella noble ser a Core ofrendada,
la de Deméter, si hemos nosotros de vivir
sin destruir Atenas. Cosa que nos conturba,
pues se niega a matar a ningún hijo suyo
o de otro ciudadano y, aunque no me lo dice
claramente, tenemos, si esto no se resuelve,
que irnos en busca de otra ciudad, pues decidido
se halla a que esta su tierra del trance salga incólume.

MACARIA

¿De esa condición sola nuestra salvación pende?

YOLAO

De ésa, que lo demás lo hemos logrado todo.

MACARIA

Pues no sigas temblando frente a la adversidad
de las lanzas argivas: yo seré, anciano, quien,
sin que nadie lo pida, presta estaré a morir
y ser sacrificada. ¿Qué alegar nos cabría
si, estando la ciudad a peligrar dispuesta
por nosotros, echáramos los trabajos sobre ellos
y a morir nos negásemos pudiéndonos salvar?
No; risible sería limitarse a estas súplicas
sentados en las aras de los dioses y, siendo
los hijos de aquel padre, permitir que portarnos
nos vean como viles. ¿Cuadra esto a gente honrada?
¡Preferible es quizá, si la ciudad perece,
lo cual no debería suceder, que cautiva
indignamente caiga la hija de hombre tan noble
y no menos con ello tenga que ver el Hades!
¿Deberé, pues, vagar saliendo de esta tierra?
Rubor el escuchar me causará que digan:
«¿Por qué con esos ramos suplicantes vinisteis
si tanto os aferráis a la vida? ¡Marchaos,
que a los cobardes no queremos socorrerles!»
Y ni aun me queda, si éstos caen y yo me salvo,
esperanza ninguna de una futura dicha,
motivo de que muchos al amigo traicionen.
¿Quién tomar por mujer querrá a una abandonada
doncella o procrear con ella? ¿No resulta
mucho mejor la muerte que una situación tal
que no merezco y sólo resultara adecuada
a quien un nombre insigne no ostente como el mío?
Llevadme, pues, adonde se me inmole y con ínfulas
ceñidme y las debidas primicias consagrad;
venced al enemigo gracias al alma que hoy
se os ofrece de grado proclamando que muere
no sólo por salvarles a ellos, sino también
a mí. Pues el desprecio del vivir me ha enseñado
el más hermoso hallazgo, que es un final glorioso.

CORIFEO

¡Ay! ¿Qué diré al oír las palabras magnánimas
de esta virgen que por sus hermanos se ofrenda?
¿Qué mortal hablará con más noble lenguaje
que ella o procederá más generosamente?

YOLAO

No de distinto origen proviene tu persona,
hija mía: simiente tú eres de la divina
alma de Heracles. No tengo por qué sentir
rubor ante tus dichos, mas dolor de tus hados.
Voy algo a proponerte que es más equitativo.
Aquí llamar debemos a todas tus hermanas
y muera por los suyos la que la suerte elija:
no es justo que perezcas sin un previo sorteo.

MACARIA

Me negara a morir sólo por un azar,
que es cosa en que no hay mérito. No hables más de ello, anciano.
Si aceptáis y queréis aprovechar el celo
con que me ofrezco yo, de grado doy mi vida,
lo que jamás haría si forzar me quisieren.

YOLAO

¡Ah!
He aquí palabras aun más nobles que las antes
dichas, tan excelentes ya. A ti misma en valor
estás sobrepasándote y en honestos discursos.
Hija, no te prohíbo ni te mando que mueras,
pero al obrar así sirves a tus hermanos.

MACARIA

Prudente es tu consejo: no temas incurrir
en este miasma mío, pues muero libremente.
Sígueme, anciano: a ti quiero morir asida;
ven aquí y con el peplo cubre esta mi persona,
pues la degollación y su horror los afronto
como hija de aquel padre de quien me enorgullezco.

YOLAO

No puedo estar presente cuando te sacrifiquen.

MACARIA

Pues por lo menos pídeles que mi vida no exhale
yo entre hombres, mas mujeres sean quienes me atiendan.

DEMOFONTE

Será así, pobre virgen; también a mí me da
vergüenza el no tratarte con decencia pensando,
entre otras muchas cosas, en esa tu bravura
y porque es de justicia. Nunca mis ojos vieron
mujer más valerosa. Ve, pues, y, si lo quieres,
puedes ya con tus últimas palabras saludar
a estos niños y anciano que contigo vinieron.

Se retira.

MACARIA

Yo te saludo, anciano. Sé feliz y a estos hijos
instruye por que adquieran esa sabiduría
tuya y no más, pues ya les será suficiente.
Intenta de la muerte salvarles con gran celo,
porque hijos tuyos son, por tus manos criados.
Ves cómo yo igualmente la sazón de mis bodas
sacrifico al morir por ellos. Y vosotros,
hermanos que presentes me oís, dichosos sed
y que se os cumpla aquello por causa de lo cual
va mi persona a ser degollada. A este anciano
honraréis y a la vieja madre de vuestro padre,
Alcmena, que en el templo se encuentra, y a estos huéspedes.
Y si alivio a estos males los dioses y el regreso
os dieren, recordad que a vuestra salvadora
sepultar bellamente debéis cual corresponde
a la que no os dejó, mas murió por su estirpe.
Yo antepuse al deseo de nupcias virginales
y prole este tesoro, que encontrar debería
si hay algo bajo tierra. Lo que ojalá no ocurra,
pues, si han de continuar sufriendo allá los muertos,
no tendrá ya lugar ninguno al que volverse
quien considere que no hay remedio mejor
de todas las humanas desdichas que el morir.

Yolao

Pues bien, sabe, mujer que por tu valor fulges
entre todas, que tú serás la más honrada
con mucho por nosotros en la vida y la muerte.
Te saludo también y no hablo de otro modo
que pueda sonar mal por respeto a la diosa
Core, la de Deméter, a quien hoy se te ofrenda.

Se retira Macaria; Yolao cae al suelo desfallecido.

Hijos, ya nada soy; de dolor desfallezco;
sostenedme, cubridme, contra el ara apoyadme.
No me alegra este fin, pero no viviríamos
si el oráculo no se cumpliera. Sería
mayor calamidad, pero también lo es ésta.

Coro

Sin los dioses declaro que no hay ningún hombre
[feliz ni tampoco
que sufra desgracias;
no hay casa que siempre en la dicha prospere,
mas a un lance otro lance sucede
que trae el destino:
de la altura derriba a los unos y humilla
y al que honor no recibe le aporta venturas.
Es al hado imposible escapar y no hay sabio
que tal logre y será vano el celo que emplee
quien derroche fatigas en ello.

Pero tú no te abatas, soporta las leyes divinas, no
[caigas
en dolor excesivo.
Es glorioso ese fúnebre lote que obtuvo
la infeliz al morir por su tierra
y familia; renombre
no carente de brillo tendrá entre los hombres.
La virtud entre penas camina. Ese gesto
de su padre y su insigne linaje fue digno.
Si honrar quieres la muerte que alcanza a los bravos,
yo también a un tal culto me asocio.

. . . .

Aquel que honra a sus padres en vida es luego
[amado Stob. LXXIX 2
por los dioses después de muerto, mientras yo
quien al progenitor no venere ni quiero
que comparta conmigo la barca en que navegue
ni ningún sacrificio que se ofrende a los dioses.

. . . .

Tres virtudes tú debes cultivar, hijo mío: Stob. I 8
el honrar a los dioses, a los que te engendraron
y a las leyes comunes de Grecia. Si tal haces,
la más bella corona de gloria tendrás siempre.

. . . .

Es la degollación tremenda, mas gloriosa, Stob. VII 9
y el no morir deleita, pero a los viles cuadra.

. . . .

Entra un sirviente de Hilo. Se dirige a los niños, que siguen sentados en las gradas del altar.

SIRVIENTE

¡Salud, hijos! El viejo Yolao y vuestra abuela,
que aquí ya no se sientan, ¿dónde podrán hallarse?

YOLAO

Sí que estamos, si es que a esto tal se puede llamar.

SIRVIENTE

¿Por qué en el suelo yaces con mirada abatida?

YOLAO

Una preocupación familiar me posee.

SIRVIENTE

¡Pues bien, anímate, levanta la cabeza!

YOLAO

Soy un viejo y vigor no tengo para nada.

SIRVIENTE

Pero es gran alegría la que llego a traerte.

YOLAO

¿Quién eres? Te he encontrado, mas no me acuerdo
[de ello.

SIRVIENTE

Un siervo de Hilo al cual viste. ¿No me conoces?

YOLAO

¿Vienes para salvarnos del mal, hijo amadísimo?

SIRVIENTE

Sí; de feliz fortuna vas a gozar ahora.

YOLAO

Levantándose y llamando a Alcmena, que está en el interior del templo.

¡Madre de ilustre vástago! ¡Te llamo, Alcmena, a ti!
¡Sal, escucha estas nuevas que te van a gustar,
pues tu alma dolorida se consumía siempre
pensando si a volver iban los que partieron!

ALCMENA

Que ha salido del templo.

¿Por qué, Yolao, de voces se llena este lugar?
¿Algún heraldo de Argos tal vez quiere forzarte?

Dirigiéndose al sirviente.

Débiles son mis fuerzas, pero debes saber
lo siguiente, extranjero: que nunca, mientras viva
la que te habla, podrás llevártelos. ¡No fuera
por madre de aquel héroe tenida en caso tal!
¡Si les toca tu mano, no te va a salir bien
la lucha que contra estos dos ancianos mantengas!

YOLAO

Cálmate y sin temor oye, que él no es heraldo
que desde Argos aporte ningún mensaje hostil.

ALCMENA

¿Por qué, entonces, con tales gritos terror causá-
[basme?

YOLAO
Porque con él delante del templo departieras.

ALCMENA
Yo no sé nada de ello. ¿Quién es ese individuo?

YOLAO
Nos anuncia que el hijo de tu hijo está aquí ya.

ALCMENA
¡Salve, oh, tú, el portador de tal noticia! Pero
¿por qué no acude aquí si este país ya pisa?
¿Qué novedad le impide que ante mí se presente
para alegrarme con lo que contarme pueda?

SIRVIENTE
Organiza y aposta las tropas que le siguen.

ALCMENA
Yo con esas palabras nada tengo que ver.

YOLAO
Sí tienes, pero soy yo el que preguntar debe.

SIRVIENTE
¿Qué es lo que conocer quieres de lo ocurrido?

YOLAO
¿Qué cantidad de fuerzas aliadas le acompaña?

SIRVIENTE
Son muchos: otro número no puedo precisártelo.

YOLAO
¿Y lo saben los próceres de Atenas, yo imagino?

SIRVIENTE
Lo saben, pues sus tropas forman el ala izquierda.

YOLAO
¿Es que ya a la batalla se aprestan los ejércitos?

SIRVIENTE

Sí; fuera de las filas las víctimas están.

YOLAO

¿A qué distancia se hallan las lanzas de los de Argos?

SIRVIENTE

Tan cercanas que al jefe puede bien divisarse. 675

YOLAO

¿Qué hace? ¿La formación enemiga dispone?

SIRVIENTE

Así lo suponíamos sin saberlo de cierto.
Pero me voy: no quiero que, en lo que a mí respecta,
tengan mis amos que combatir ellos solos.

YOLAO

Y yo; también deseo formar con mis amigos, 680
a los que me parece que de algo serviré.

SIRVIENTE

No es propio de tus años el decir tonterías.

YOLAO

Ni el no pugnar con ellos en el viril combate. 683

SIRVIENTE

No tienes, buen amigo, las fuerzas de otros tiem-
[pos. 688

YOLAO

Batallarán al menos con un soldado más.

SIRVIENTE

¡Lucido es el baluarte que a los tuyos agregas! 690

YOLAO

¿Pero qué? ¿Traspasar no puedo algún escudo? 685

SIRVIENTE

Sí, mas antes de hacerlo tú serás el que caigas.

YOLAO

No habrá enemigo alguno que mi mirada afronte. 687

SIRVIENTE

Los ojos nunca hieren si la mano no actúa. 684

YOLAO

No me retengas: pronto me encuentro a guerrear. 691

SIRVIENTE

No eres capaz de obrar, mas sólo de intentarlo.

YOLAO

Di cuanto gustes, pero yo no me quedaré.

SIRVIENTE

¿Cómo sin armadura te irás con los hoplitas?

YOLAO

El templo armas tomadas al enemigo tiene
de que usaré; devueltas serán por mí si vivo
y, si me matan, no va el dios a reclamármelas.
Entra, pues, y cuanto antes la armadura de algún
hoplita de su clavo descuelga. Feo modo
de guardar un hogar fuera, mientras batallan
los demás, el quedar cobardemente inerte.

Entra el sirviente dentro del templo.

CORIFEO

El tiempo tu espíritu no domeñó;
mas, si de alma eres joven, tu cuerpo se fue.
¿Por qué en algo te afanas que daño te hará
sin provecho ninguno de nuestra ciudad?
Debe cambiar de opinión la vejez
y dejar lo imposible; pues nada podrá
devolverte otra vez la sazón.

ALCMENA

¿Por qué, anciano al que toda sensatez ahora falta,
vas a dejarme aquí sola con estos hijos?

YOLAO

De hombres es la pelea; tuyo el cuidarte de ellos.

ALCMENA

¿Y qué? Si tú murieres, ¿cómo viviré yo?

YOLAO

Te atenderán aquellos nietos que sobrevivan.

ALCMENA

¿Y si, tal no acontezca, caen bajo el destino?

YOLAO

No temas, que estos huéspedes no te traicionarán.

ALCMENA

Tal es mi confianza, pues nada más me queda.

YOLAO

Y también Zeus me consta que de tu mal se apiada.

ALCMENA

¡Ay!
Zeus ninguna palabra mala de mí ha de oír,
pero él sabe si fue justo conmigo o no.

Se retira dentro del templo. Vuelve a escena el sirviente con una armadura y se dirige a Yolao.

SIRVIENTE

Aquí está una armadura completa; no demores
el revestir tu cuerpo con ella, que la pugna
está cerca y los lentos son por Ares los más
odiados. Y, si temes el peso de las armas,
camina ahora con ellas para luego, en las filas,
armarte, que, entre tanto, yo te las llevaré.

YOLAO

Dices bien, pero a mano me tendrás la armadura
y haz que empuñe el escudo de mimbre sujetando
mi codo izquierdo para que mi andar no vacile.

SIRVIENTE

¿Tendrá acaso un hoplita que servirse de un ayo?

YOLAO

La marcha ha de ser firme para evitar augurios.

SIRVIENTE

¡Si tus brazos iguales a tu voluntad fuesen!

YOLAO

De prisa: es una lástima llegar tarde al encuentro.

SIRVIENTE

Tú, no yo, vas despacio queriendo apresurarte.

YOLAO

¿No ves qué velozmente caminan estas piernas?

SIRVIENTE

Creo que tú no corres, sino crees correr.

YOLAO

No opinarás lo mismo cuando allí me contemples.

SIRVIENTE

¿Haciendo qué? Y, con todo, tu éxito yo deseo.

YOLAO

Hiriendo a algún rival a través del escudo.

SIRVIENTE

¡Con tal de que lleguemos! Eso es lo que me asusta.

YOLAO

¡Ay!
¡Ojalá, brazo mío, fueras un tal apoyo
como en tu juventud, según yo te recuerdo,
devastando los campos de Esparta con Heracles!
¡Qué gran derrota entonces a Euristeo causáramos!
Pues es hombre cobarde para blandir la lanza.
En la prosperidad de manera indebida

se cree uno valiente; si alguien de suerte goza,
pensamos que ese tal lo sabe hacer bien todo.

Se retiran.

CORO

¡Tierra y noctivaga luna
y rayos resplandecientes
del dios que luz nos trae,
aportadme la noticia!
¡Gritadla, que llegue al cielo
y al sublime trono y óigala
la glauca Atenea!
En pro de mi patria y casa
y quienes me suplicaban
dispóngome en el bélico
trance a cortar con el canoso hierro.

Es terrible que Micenas,
rica y a la cual dan fama
sus lanzas, un rencor
contra mi ciudad abrigue;
pero está mal, ciudadanos,
que a extranjeros suplicantes
a Argos entreguemos.
Mi aliado es Zeus y no temo;
con razón me favorece.
Nunca vi que los dioses
fueran por los mortales derrotados.

¡Ea, señora, pues tuyos
son este suelo y ciudad
de que madre, ama y guardiana
eres, que a otra parte este lancero,
inicuo ejército de Argos
se dirija! No es justo que expulsada
sea la virtud de estas mis casas.

Pues siempre pingües honores
se te dan; nunca te olvidan,
el día del mes postrero,
los cantos y coros juveniles.
El ventoso promontorio

alaridos oye con los resonantes
pasos nocturnos de las doncellas.

Alcmena sale del templo. A la vez entra por un lateral un mensajero.

MENSAJERO

Traigo, señoras, nuevas fáciles de contar
y las más agradables para este mensajero.
Vencimos y un trofeo surgió ya en que se ostenta
una armadura entera tomada al enemigo.

ALCMENA

Queridísimo amigo, te concede este día
la libertad por esas noticias. Pero tú
no me libras a mí de la angustia y temor
por si habrán muerto aquellos que vivos ver quisiera.

MENSAJERO

Viven y enorme gloria la batalla otorgóles.

ALCMENA

¿Y sobrevive aún el anciano Yolao?

MENSAJERO

Sí, y los dioses le hicieron conseguir un gran triunfo.

ALCMENA

¿Pero cómo? ¿Luchó con alguna eficacia?

MENSAJERO

En un adolescente se ha tornado aquel viejo.

ALCMENA

Prodigioso es tu anuncio, mas quiero que me cuentes
antes que nada el éxito que han tenido los míos.

MENSAJERO

Mi propia narración te irá explicando todo.
Cuando ya ambos ejércitos hubimos apostado
cara a cara las filas de los hoplitas, Hilo
de un salto su cuadriga dejó y se puso en medio
de los dos contingentes y de este modo habló:

«Jefe que de Argos vienes, ¿por qué en paz no dejamos
tú y yo este territorio? Ningún daño a Micenas
harás y ni de un solo guerrero privarásla
si en singular combate los dos nos enfrentamos
para que, tras matarme, te lleves a los hijos
de Heracles o, si mueres, me dejes que las honras
paternas y el hogar conserve de mi padre.»
Y la tropa estos dichos aprobó por valientes
y por significar el fin de los trabajos.
Pero, sin importarle los que estaban oyendo
ni sentir el rubor de su propia vileza,
Euristeo, aunque jefe, no aceptó aquel combate
de las lanzas, mas fue cobarde su conducta.
¡Tal es quien a la raza quería esclavizar
de Heracles! Volvió, pues, Hilo a su posición
y los augures, viendo que no se realizaba
la lucha singular, sin tardar inmolaron
y aun hicieron brotar propiciadora sangre
de una garganta humana. Montaron los demás
en los carros o bien sus flancos resguardaron
formando un parapeto de escudo contra escudo.
El monarca de Atenas a la tropa arengó
como a un ser bien nacido cuadra: «¡Conciudadanos,
ahora ayudar debéis al país que sustento
y nacimiento os dio!» Y el otro suplicaba
que no ultrajasen a Argos y a la aliada Micenas.
Y, cuando la tirrénica trompeta dejó oír
su aguda voz y en lucha los bandos se enzarzaron,
¡qué estrépito de escudos como un trueno sonó,
qué clamor de lamentos y gemidos! Rompíanos
al principio el empuje de las lanzas argivas,
pero después cedieron y a continuación,
apoyando cada hombre su pie en el del rival
que delante tenía, se hizo intenso el combate
y caían ya muchos y una doble consigna
se escuchaba: «Atenienses» o «Aquellos que sembráis
en las glebas argivas» y luego «¿El deshonor
no evitáis de la patria?» Y al fin y a duras penas
les pusimos en fuga. Y entonces el anciano
Yolao, viendo que Hilo se lanzaba, rogóle
con la diestra tendida que en su carro un lugar

le hiciera y, con las bridas en la mano, partieron
en pos de los caballos de Euristeo. Y diré
lo que sigue a partir de cuanto otros contaban,
no según lo que vi, como lo ya narrado.
Cuando pasaba cerca de la augusta colina
que en Palene a Atenea la divina da culto,
vio el carro de Euristeo y a Zeus y Hera rogó
que por un solo día la juventud le diesen
y la venganza. Y esto que oirás es un prodigio.
Dos estrellas, posadas en los hípicos yugos,
la cuadriga envolvían en una oscura nube
—los enterados dicen que era tu hijo con Hebe—;
y el ilustre Yolao, saliendo de la negra
tiniebla y con su brazo lleno de juvenil
fuerza, se apoderó del carro de Euristeo
al lado de las rocas de Escirón y volvió
trayendo la más bella presa, a aquel general
que tantos triunfos antes lograra, con las manos
atadas y una clara lección en su derrota
proclamando a los hombres: que nadie envidia sienta
hacia quien aparente ser feliz mientras no
se vea cómo muere, pues la suerte es efímera.

CORIFEO

¡Ah, Zeus derrotador, por fin veo lucir
el día que a librarme viene de un gran terror!

ALCMENA

¡Oh, Zeus, mucho en sanar mis males has tardado,
pero, aun así, te doy gracias por tus favores!
Hasta ahora no creí que con los dioses mi hijo
tratara, pero hoy de ello bien persuadida me hallo.
¡Mozos, estáis exentos de fatigas, quedáis
libres de ese Euristeo que mala suerte alcance!
¡Contemplaréis la tierra paterna, pisaréis
vuestra heredad en ella, podréis sacrificar
a nuestros dioses patrios de que os privó esa vida
de extranjeros errantes cargados de miseria!
Pero ¿qué ardid oculta Yolao, que perdona
a Euristeo no dándole muerte? Cuéntamelo;
no es prudente a mi juicio que quien ha capturado
al enemigo deje de aplicarle el castigo.

MENSAJERO

Lo hace en tu honor y para que tus ojos perciban
en servidumbre a aquel que fuera poderoso.
Mas no se resignaba de grado y por la fuerza
hubo que reducirle, porque ser visto en vida
antes de su expiación no quería por ti.
Salve, pues, y recuerda todo lo que dijiste,
anciana, cuando a hablar empecé, prometiéndome
que me libertarías. Debiera en tales casos
verídica la boca ser de las gentes nobles.

Se retira por un lateral.

CORO

Dulce me es el coro si en él suena el claro
encanto de los lotos
con las gracias de Afrodita;
dulce es ver dichoso al amigo
que antes fuera infeliz.
Mucho paren la Mera,
cumplidora
de todo, y la Eternidad,
hija a su vez del Tiempo.

Sigues, ¡oh, ciudad!, un camino recto
que jamás dejar debes,
el del honrar a los dioses;
de la locura anda aquel cerca
que lo niegue, pues esto
es una prueba. Avisos
manifiestos
mandan los dioses privando
de cordura al inicuo.

En el cielo está ya tu hijo,
anciana; nadie dirá
que al Hades bajó, abrasado
su cuerpo por un terrible
fuego, mas comparte el lecho
grato de Hebe en un palacio
dorado. ¡A los dos retoños
de Zeus, Himeneo, diste
honor sobresaliente!

Las cosas concuerdan unas
con otras. Dicen que al padre
de éstos ayudó Atenea
y el pueblo de su ciudad
les apoya y la soberbia
contiene del que antepuso
su pasión a la justicia.
Nunca el orgullo ni un alma
insaciable en mí reinen.

Entran en escena un sirviente y unos guardias que conducen a Euristeo preso.

SIRVIENTE

Señora, ya lo ves, mas decírtelo debo:
aquí a Euristeo tienes que viene conducido,
visión inesperada, como para él también
esta suerte. Pues poco pensó que llegaría
a tus manos el día que salió de Micenas
rodeado de escudos aguerridos, hinchado
por la impía soberbia, pensando en saquear
a Atenas. Mas los dioses en contrario sentido
cambiaron su destino, con lo cual Hilo ahora
y el valiente Yolao la victoriosa imagen
de Zeus derrotador erigieron y mandan
que te traiga este gozo, pues no hay nada más grato
que los males del que antes fuera rival dichoso.

ALCMENA

Dirigiéndose a Euristeo.

¿Viniste, odiado ser? ¿La justicia por fin
te abatió? Pero empieza por volver esa cara
y atreverte a mirar de frente al enemigo.
Ahora fuiste vencido, no triunfas ya. ¿Eres, pues,
quiero saberlo, el hombre que a mi hijo, quien hoy se [halla
donde está, maltratar osaste, oh, tú, el peor
de los hombres? ¿Qué afrenta dejaste de infligirle?
A descender al Hades en vida le obligabas,
a las hidras y leones le ordenabas matar.
Y aún callo respecto de otras muchas maldades
que urdiste, pues sería muy largo este discurso.

Pero no te bastaron semejantes audacias,
mas a mí y a estos hijos nos ibas expulsando
de todas las ciudades griegas a cuyos templos
en súplica acudíamos siendo viejos los unos
y niños los demás. Pero al fin encontraste
a ciudadanos libres de una libre ciudad
que ante ti no temblaron. Vas a morir de mala
muerte y con ello ganas, pues no será sanción
que merezca el autor de tantas desventuras.

SIRVIENTE

No te será factible la ejecución de este hombre.

ALCMENA

¿Entonces para nada le hicimos prisionero?
¿Qué ley es la que impide que acabemos con él?

SIRVIENTE

Lo prohíben aquellos que en este país mandan.

ALCMENA

¿Pues qué? ¿No creen que deba perecer su enemigo?

SIRVIENTE

Por lo menos no aquel a quien vivo capturan.

ALCMENA

¿Pero Hilo toleró que tal cosa acordasen?

SIRVIENTE

¿Necesario sería que desobedeciera?

ALCMENA

Necesario que no quedara vivo el otro.

SIRVIENTE

¡Buen daño ya se le hizo cuando le respetaron!

ALCMENA

¿No convendría, pues, que expiara su culpa?

SIRVIENTE

No hay persona ninguna que pueda darle muerte.

ALCMENA

Sí la hay, porque supongo que yo también soy alguien.

SIRVIENTE

Serás muy censurada si a tal cosa te arrojas.

ALCMENA

Yo a esta ciudad la quiero, nadie lo negará;
pero, ya que en mis manos a parar ha venido,
no existirá un mortal que de entre ellas le saque.
Ante esto que me llamen atrevida si quieren
o de altivez me tilden impropia de mi sexo,
pero no lograrán que a mi empeño renuncie.

CORIFEO

Es tremendo, mujer, tu encono contra este hombre,
mas también comprensible según puedo entenderlo.

EURISTEO

Yo no voy a adularte, sábelo bien, mujer,
ni por salvar mi vida diré nada que pueda
granjearme acusación de cobardía alguna.
Pero no es voluntaria la querella en que entré
aunque soy primo tuyo por lo que toca a estirpe
y aunque la misma sangre que tu hijo Heracles llevo.
Mas, quisiéralo o no, me obligó Hera, que es diosa,
a ser por una tal enfermedad atacado.
Y, una vez contraída la hostilidad hacia Heracles
y convencido yo de que luchar debía,
en inventor torneme de infinitos trabajos
y pasé muchas noches sin cesar discurriendo
modos de contener a quienes me atacaran
y matarles y así de aquel miedo librarme;
y ello sabiendo que tu hijo no era uno más,
sino un hombre de veras; pues, aun habiendo sido
mi enemigo, no oirá de mí sino alabanzas
aquel noble varón. Y después de su muerte
¿no es natural que yo, por éstos detestado

y que en ellos veía la enemistad paterna,
moviese cielo y tierra con mis maquinaciones
a fin de darles muerte y expulsarles? En eso
mi seguridad estaba. ¿Tú en mi puesto no habrías
intentado alejar de tal modo a la hostil
camada del león que me odiaba? ¿Dejárasles
tranquilamente en Argos vivir? Nadie creerlo
podrá. Pero resulta que, pues no me mataron
cuando presto a ello estuve, las helénicas leyes
mandan que impuro quede quien me quite la vida.
Por eso la ciudad con buen juicio me indulta,
poniendo lo divino sobre mi odiosidad.
Me hablaste y contesté: digan ahora que soy
monstruoso criminal o quizá inocente,
pero, en fin, así está mi causa. Y ni deseo
morir ni gemiría por dejar la existencia.

. . . .

CORIFEO

Un pequeño consejo te voy, Alcmena, a dar,
que liberes a este hombre, pues la ciudad lo exige.

ALCMENA

¿Y si satisfacción diéramos aun matándole?

CORIFEO

Sería lo mejor, mas ¿cómo conseguirlo?

ALCMENA

Fácil me es explicártelo: le ejecutaré y luego
daré el cuerpo al amigo que lo reclame. Así
obedezco en aquello que al cadáver respecta
y él expía muriendo la pena que nos debe.

EURISTEO

Mátame, no te pido perdón; mas obsequiar
quiero a Atenas, que escrúpulos sentía de un tal hecho,
con un antiguo oráculo de Loxias que algún día
les beneficiará más de lo que parece.
Una vez muerto yo, me enterraréis en donde
lo prescriben los hados, delante de la virgen

divina de Palene. Y así seré un meteco
que siempre bajo tierra yazga como propicio
salvador del país y enemigo de quienes,
aun siendo descendientes de éstos, vendrán aquí
en masa con olvido del beneficio: tales
son estos extranjeros a quienes defendéis.
¿Que por qué, conociéndolo, vine sin recordar
aquel celeste augurio? Porque Hera a todo oráculo
superior e incapaz de traición parecíame.
Pero ni libaciones ni sangre hasta mi tumba
goteen; pues haré terrible su regreso.
De modo que así un lucro doble os dará mi muerte
reportándoos ganancia y a éstos perjudicando.

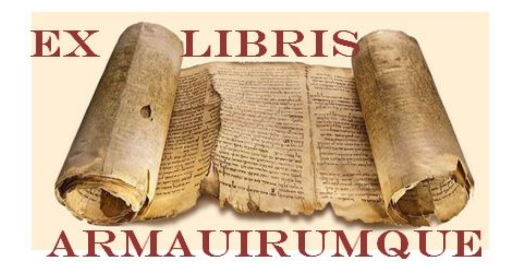
ALCMENA

¿Por qué, al escuchar esto, demoráis el matarle
si ello trae salvación a la ciudad y a vuestros
descendientes? Enseñaos la más segura vía
y, aunque es un enemigo, con su fin os ayuda.
Lleváoslo, por tanto, siervos, y su cadáver
al fuego menester será que se confíe.
Porque esperar no puedes quedar vivo y capaz
de intentar otra vez nuestra patria quitarnos.

Salen los guardias llevándose a Euristeo. A la vez se retiran también Alcmena y el coro, desfilando lentamente mientras pronuncia los últimos versos.

CORIFEO

Tal opino. ¡Marchad! En aquello que a mí
atañe podrá
el rey puras sus manos tener.



LAS BACANTES

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-63; recitado por Dioniso).

Párodo (64-169; dos estrofas y antístrofas y epodo).

Primer episodio (170-369; Tiresias y Cadmo; ambos y Penteo).

Primer estásimo (370-433; dos estrofas y antístrofas).

Segundo episodio (434-518; un sirviente; Penteo y Dioniso).

Segundo estásimo (519-575; estrofa, antístrofa y epodo).

Diálogo lírico entre Dioniso y el coro (576-603).

Tercer episodio (604-861; Dioniso y el corifeo; Dioniso y Penteo; el mensajero; Dioniso y Penteo).

Tercer estásimo (862-911; estrofa, antístrofa y epodo).

Cuarto episodio (912-976; Dioniso y Penteo).

Cuarto estásimo (977-1023; estrofa, antístrofa y epodo).

Quinto episodio (1024-1387; segundo mensajero con réplicas del coro, 1024-1152; una estrofa del coro, 1153-1164; anapestos del corifeo, 1165-1167; diálogo lírico entre el coro y Ágave, 1168-1199; Ágave y Cadmo, 1202-1326; Ágave, Dioniso y Cadmo, 1327-1367; diálogo anapéstico entre Ágave y Cadmo, 1368-1387).

Despedida anapéstica del corifeo (1388-1392).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

DIONISO, *dios.*
TIRESIAS, *adivino ciego.*
CADMO, *padre de Ágave.*
PENTEO, *rey de Tebas, hijo de Ágave.*
SIRVIENTE *de Penteo.*
PRIMER MENSAJERO.
SEGUNDO MENSAJERO.
ÁGAVE, *hija de Cadmo, madre de Penteo.*

CORO DE BACANTES.

PERSONAJES MUDOS:
SOLDADOS *de Penteo.*
SERVIDORES.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: DIONISO, TIRESIAS.
DEUTERAGONISTA: PENTEO, ÁGAVE.
TRITAGONISTA: CADMO, SIRVIENTE, PRIMER MENSAJERO, SEGUNDO MENSAJERO.

El decorado representa el palacio real de Tebas, con una puerta en la parte central. Delante del palacio está la tumba de Sémele y las ruinas de su casa. El dios Dioniso recita el prólogo, vestido con larga túnica y un tirso en la mano.

DIONISO

Aquí estoy en la tierra de los Tebanos yo,
Dioniso, hijo de Zeus a quien antaño Sémele,
la de Cadmo, alumbró con el fuego del rayo;
he cambiado la forma divina por la humana
y heme junto a las fuentes de Dirce y el fluir
del Ismeno. Y al lado del palacio estoy viendo
la tumba de mi madre fulminada y las ruinas
de su casa humeantes aún con llama de Zeus,
perdurable venganza de Hera contra mi madre.
Apruebo a Cadmo, que este suelo hizo inaccesible
como sacro recinto de su hija; yo en su torno
he puesto los verdeantes pámpanos de la vid.
Y, dejando las fértiles campiñas de los Lidos
y Friges, las soleadas llanuras de los Persas,
las fortalezas bactrias, la inclemente nación
de los Medos y Arabia la feliz y la entera
Asia, que al lado se halla de la salina mar
con sus ciudades llenas de murallas magníficas
en que juntos habitan los Helenos y bárbaros,
y tras llevar allí mis coros e implantar
mis ritos, a los hombres como dios presentándome,
es ésta la primera ciudad griega que piso
y es Tebas el lugar de todos los helénicos
al que antes clamar he hecho con la piel de cervato
y el tirso, dardo armado de yedra; porque aquellas
que menos deberían así hablar, las hermanas
de mi madre, afirmaban que no nació Dioniso
de Zeus, sino que Sémele, por alguien seducida,
de ello la culpa al dios echó por una argucia
de Cadmo; y esa fue, decían, la razón
de que Zeus la matara, pues fingió aquel enlace.

Por eso mi locura las sacó aguijoneándolas
de casa y delirantes en los montes habitan,
forzadas a vestir mi orgiástico atavío;
y he provocado el mismo frenesí en todo el pueblo
femenino cadmeo, que su casa dejó
y bajo los abetos verdes y entre las rocas
inhóspitas va errante con las hijas de Cadmo.
Ya sabrá esta ciudad, lo quiera o no lo quiera,
qué cosa es verse falta de mis báquicos ritos;
y yo a mi madre Sémele debo vengar, mostrándome
a los hombres cual dios al que Zeus ha engendrado.
Pero Cadmo a Penteo, que de su hija nació,
ha entregado el honor regio y el poderío
y él me ataca, de toda libación excluyéndome,
y de mí en las plegarias para nada se acuerda.
Y así le enseñaré tanto a él como a los otros
tebanos que un dios soy y, arreglado el asunto,
pasaré a otra comarca mostrando en todas partes
mi poder; y, si intentan los Tebanos airados
del monte a las Bacantes con armas expulsar,
con mi tropa de Ménades yo les haré la guerra.
Para ello he transformado mi figura y tomé
la forma de un mortal. Pues bien, ¡oh, las mujeres
de mi tiaso, que el Tmolo dejasteis, el baluarte
de Lidia, y a las cuales traje de tierras bárbaras
por que me acompañarais y a mi lado estuvieseis,
alzad los tamboriles de vuestra natal Frigia,
inventos que son míos y de la madre Rea,
y, cercando el real palacio de Penteo,
tañedlos a la vista de la ciudad de Cadmo!
Y yo iré a los repliegues del Citerón, en donde
las Bacantes están, y regiré sus coros.

Se retira por un lateral. Entra en escena el coro de Bacantes, compuesto por quince mujeres que danzan al son de flautas y panderetas.

CORO

Del Asia y el sacro
Tmolo a afanarme vine en las fatigas
dulces de Bromio, esfuerzos
hermosos, mientras entono
el báquico evohé.

¿Quién, quién está en la calle?
¡Todos a sus casas! En pío silencio
de buen agüero manténganse;
yo observaré siempre el rito
cantando a Dioniso.

Feliz aquel que en buena hora,
conociendo el divino
ritual, lleva vida pura
y su alma entrega al tiaso
báquico en las montañas
con santa purgación
practicando en las orgías
de Cibele, la madre excelsa,
blandiendo el tirso y ceñido
de yedra para honrar
a Dioniso. ¡Vamos, vamos,
Bacantes, ea, traed
de nuevo a Dioniso, a Bromio,
dios e hijo de un dios, traedle
desde los montes de Frigia
a las espaciosas calles
de la Hélade, a Bromio!

A cuya madre, que el duro
trance estaba aguardando,
el aéreo rayo de Zeus
hizo que antes de tiempo
le sacara del vientre
muriendo fulminada.
Pero en seguida dio abrigo
a su gestación Zeus el Crónida
encerrándole con broches
áureos en su muslo
a espaldas de Hera. Y el día
que las Meras lo quisieron,
parióle cual dios cornudo
con guirnaldas serpentinas
coronado; y así llevan
entre sus bucles las Ménades
esas fieras bestias.

¡Tebas, que criaste a Sémele,
cíñete con la yedra!
¡Haz crecer la verde, fecunda
zarzaparrilla y a Baco
con ramas de abeto o de roble
conságrate! ¡La piel
del moteado cervato
vellones de blanca lana adornen!
¡Con unción lleva las violentas férulas!
Al punto a danzar va toda esta tierra;
es Bromio quien los coros dirige.
¡Al monte! Esperando está allí la grey toda
femenil que, excitada
por Dioniso, abandonó
telar y lanzadera.

¡Sala de los Curetes
y cámaras divinas
de Creta en que Zeus vio la luz,
donde el redondel de cuero
me inventaron los Coribantes
de triple casco! Unido,
en el tenso éxtasis báquico,
al dulce son de la flauta frigia,
lo dieron a la Madre Rea para
que a su compás dieran gritos las Bacantes.
Luego vinieron los locos sátiros,
lograron tomarlo a la Madre divina
y su uso adscribieron
a las danzas trienales
que placen a Dioniso.

¡Qué placer, el tiaso errante y al suelo caer
con la nébride sacra
persiguiendo la sangre del cabrón y luego
matarlo y comerse con júbilo crudas sus carnes
por los montes de Frigia y de Lidia con Bromio que guía
[el cortejo,
evé!
Manan leche las tierras y vino y el néctar que dan las
[abejas. Y, alzando

en su férula la llama
de la antorcha de pino
que huele a incienso sirio,
corre y da saltos Baco
y al que se ha extraviado
le anima y lleva al coro,
le excita y vitupera,
dejando suelta al aire su muelle melena,
y a los alaridos su voz tonante une:
«¡Vamos, Bacantes,
vamos, con brillo
condigno del Tmolo aurífero,
cantad a Dioniso al son
sordo y grave del tamboril,
que al dios evio celebre vuestro evé con las voces
y clamores de Frigia y resuene la flauta
sagrada de dulces tonos
con suaves acordes cuyo ritmo seguir puedan
las mujeres que vagan de un monte a otro monte!»
Cual potrilla que alegre a su madre en el prado
sigue, así va la Bacante con raudas piruetas y saltos.

Entra por un lateral Tiresias, vestido como una bacante y con el tirso en la mano; se dirige hacia la puerta del palacio.

TIRESIAS

¿Quién cuida de la puerta? Llamad a Cadmo, el hijo
de Agenor, el que vino de la ciudad sidonia
para fortificar esta de los Tebanos.
Que vaya alguien y dígale que le busca Tiresias,
pero ya sabe él mismo por qué vengo y aquello
que él y yo decidimos, viejos como ambos somos,
fabricarnos un tirso, llevar piel de cervato
y adornar nuestras frentes con vástagos de yedra.

Cadmo sale del palacio vestido igual que Tiresias.

CADMO

¡Con qué placer, amigo, reconocí ya en casa
tu sabia voz, tan propia de un sabio como tú!
Ya aquí dispuesto estoy con atuendo sagrado.
A Dioniso, nacido de mi hija, que a los hombres

como un dios se ha mostrado, magnificar debemos
en todo aquello que de nosotros dependa.
¿Dónde hay que ir a danzar, dónde a mover los pies
sacudiendo las canas cabezas? Sé tú, anciano
y prudente Tiresias, guía de este otro viejo.
Yo no me cansaré de golpear noche y día
la tierra con mi tirso. ¡Qué gusto, nuestra edad
olvidar!

TIRESIAS

Por lo visto te pasa lo que a mí.
También joven me siento; quiero unirme a los coros.

CADMO

¿No usaremos del carro para ir a la montaña?

TIRESIAS

Menor sería la honra que recibiera el dios.

CADMO

¿Habrá de guiar, pues, un anciano a otro anciano?

TIRESIAS

El dios nos llevará sin fatiga hasta allí.

CADMO

¿Cómo únicos tebanos que para Baco dancen?

TIRESIAS

Como únicos que tienen razón de entre los más.

CADMO

Es larga la distancia: cógete de mi mano.

TIRESIAS

Toma, agárramela y únela con la tuya.

CADMO

Yo, como soy mortal, no desprecio a los dioses
ni me ando en sutilezas con las divinidades.

TIRESIAS

La tradición paterna, tan vieja como el tiempo
mismo, no hay argumentos que puedan refutarla
ni sofismas hallados por ingeniosas mentes.
Alguien dirá que no respeto mi vejez
yendo a bailar y yedra poniendo en mis cabellos.
Pero el dios distinciones no hace sobre si debe
viejo o bien joven ser quien tenga que danzar,
mas quiere ser honrado de manera común
y no que le venere tan sólo una fracción.

CADMO

Como la luz del sol, Tiresias, tú no ves,
intérprete esta vez seré yo en mis palabras.

Señalando a Penteo que está entrando en escena.

He aquí que a toda prisa viene a casa Penteo,
hijo de Equión, al cual di el poder de esta tierra.
¡Qué excitado se encuentra! ¿Qué novedad traerá?

Entra Penteo seguido de unos servidores y presa de tal agitación que al principio no ve a los dos ancianos. Habla consigo mismo.

PENTEO

He conocido, hallándome fuera de este país,
los recientes desastres que en la ciudad suceden,
que unos supuestos ritos báquicos han sacado
de sus casas a nuestras mujeres y en los bosques
sombríos andan sueltas, honrando a un nuevo dios,
Dioniso o como quieran llamarle, con sus coros;
y que hay cántaros llenos en medio de los tiasos
y que van a ocultarse cada cual por un sitio
solitario en que puedan acostarse con hombres
pretextando que Ménades son y sacerdotisas,
mas realmente a Afrodita sirviendo antes que a Baco.
Cuantas en mi poder han caído, ya tienen
las manos bien atadas en calabozos públicos,
pero a aquellas que faltan las cazaré en el monte,
Ino y Ágave, aquella que a Equión me dio, y la madre
de Acteón, que es Autónoe. Yo haré que las detengan
entre férreas redes y así conseguiré

que abjuren en seguida de su perversión báquica.
Y dicen que de tierras lidias un extranjero,
un mago encantador, ha venido, con largos
y rizosos cabellos rubios y bienolientes;
tiene el color del vino y en sus ojos la gracia
de Afrodita y está con ellas día y noche
atrayendo a las mozas con evias ceremonias.
Si en la ciudad a cogerle llego, haré que ya nunca
dé golpes con el tirso ni la melena agite
su cabeza del cuerpo separando de un tajo.
Es él quien va diciendo que Dioniso es un dios
y que estuvo en el muslo de Zeus cosido; pero
no fue así, que a su madre con él fulminó el rayo
por haber pretendido ser la amante de Zeus.
¿No es, pues, ese extranjero, sea quien sea, digno
de la horca por su modo de portarse insolente?

Dándose cuenta de la presencia de Cadmo y Tiresias.

Pero esto sí me extraña, con nébrides vistosas
ver al vate Tiresias y, cosa muy risible,
al padre de mi madre, que una férula empuña
igual que las Bacantes.

A Cadmo.

De ti, abuelo, reniego,
porque veo que el seso con la vejez perdiste.
¿No tirarás la yedra y el tirso de tus manos,
oh, padre de mi madre? Tú a ello le has persuadido,
Tiresias. ¿Es que quieres, introduciendo a un nuevo
dios entre los humanos, poder observar más
aves y que te paguen para estudiar más víctimas?
Si no te protegiera tu cana senectud,
con grillos te verías, rodeado de Bacantes,
por traer ritos viciosos; porque, si a las mujeres
se sirve en los festejos el licor de las vides,
yo afirmo que no hay nada de sano en tal orgía.

CORIFEO

¡Qué impiedad! Extranjero, ¿no temes a los dioses
ni a Cadmo, el que sembró la mies de los terrígenas?
Siendo el hijo de Equión, ¿infamas tu linaje?

TIRESIAS

Cuando un sabio al hablar encuentra un tema hermoso
no tiene mucho mérito que elocuente resulte;
mas tú, aun con ágil lengua como si fueras listo,
ningún discernimiento muestras en tu discurso.
Y el orador que cifre su influencia en la audacia
es un mal ciudadano que sentido no tiene.
En cuanto al nuevo dios de que ahora tú te burlas,
sería yo incapaz de exponer la grandeza
que en Grecia alcanzará. Porque dos son, muchacho,
los elementos primos del hombre: uno es la diosa
Deméter o la Tierra; como desees llámala.
Ésta a los hombres nutre con alimentos áridos.
Pero otro la emuló, que fue el hijo de Sémele,
portador e inventor del extracto fluido
de la uva, que a los pobres mortales en sus penas
alivia, cuando se hinchen del zumo de la vid,
y sueño da y olvido del cotidiano mal,
de suerte que no hay otro remedio de sus cuitas.
Y en honor de los dioses es escanciado, siendo
él mismo un dios, de modo que por él tenga el hombre
su bien. ¿Pero te mofas porque estuvo cosido
en el muslo de Zeus? Te lo explicaré bien.
Cuando le extrajo el padre de la fulmínea llama
y en calidad de dios se lo llevó al Olimpo,
Hera quiso expulsarle del cielo, pero Zeus,
cual cuadra a un ser divino, tramó a su vez lo que oyes:
un fragmento aisló del éter que circunda
la tierra, hizo un Dioniso de él y se lo entregó
a Hera como rehén que su rencor saciara.
Mas dijeron los hombres que se gestó en el muslo
de Zeus, cambiando el nombre y al tiempo la leyenda,
porque de Hera rehén el dios había sido.
Y es además profeta, pues a adivinación
grande suele llevar su desvarío báquico
y, cuando en abundancia viene al cuerpo de alguno,
consigue que frenético prediga el porvenir.
Mas también participa de Ares en cierto modo,
que a un ejército armado y ordenado el terror

puede paralizar sin que nadie una lanza
haya tocado, pánico que de Dioniso viene.
Y un día le verás sobre las rocas délficas
saltando con sus teas por el llano que está
entre las dos alturas, blandiendo el ramo báquico
como gran dios de la Hélade. Créeme, pues, Penteo,
no pienses que el poder a los hombres da fuerza
ni te creas que aciertan tus ideas malsanas.
Acoge al dios aquí, libaciones ofréndale,
date a transportes báquicos, corona tu cabeza.
No habrá de ser Dioniso quien la mesura infunda
a ninguna mujer por lo que toca a Cipris,
mas es la índole misma la que trae castidad.
A eso debe atenderse: no será en las orgías
donde la mujer pura caiga en la corrupción.
¿Ves? Tú te regocijas cuando hay gente a tus puertas
y loa la ciudad el nombre de Penteo.
Pues también, yo supongo, goza él con los honores.
Y así, yo mismo y Cadmo, de quien tanto te ríes,
danzaremos cubiertos de yedra; una coyunda
canosa somos ambos, pero que danzará.
No lograrán tus dichos que contra el dios combata.
Estás penosamente loco y no hay droga alguna
que te sane del mal que otras tales causaron.

CORIFEO

Anciano, tus palabras no rebajan a Febo
y con prudencia ensalzas a Bromio, el magno dios.

CADMO

Dirigiéndose a Penteo.

Bueno, hijo, es el consejo que Tiresias te da:
vive como nosotros, no contra la costumbre.
Ahora estás exaltado, tu razón no razona.
Aunque no fuera dios aquél, como tú dices,
sea por ti aclamado: miente piadosamente
para que pase Sémele por haberle parido
y ello a nosotros honre y a toda nuestra estirpe.
Conoces el penoso destino de Acteón:
los carniceros canes que criara le hicieron

pedazos por decir, cazando en un erial,
que su arte venatorio mejor era que el de Ártemis.

Ofreciéndole su propia corona de yedra.

Ven, que tal no te ocurra; coronaré de yedra
tu cabeza; acompáñanos en el culto del dios.

PENTEO

¿No me dejas en paz yendo a hacer de Bacante
y así tu estupidez no me podrá ensuciar?
Mas el maestro es éste de tu locura y yo
voy a hacer que su pena pague.

A uno de sus servidores.

Al punto diríjase
alguien hacia la sede donde observa las aves
y garfios y palancas boca abajo la pongan,
de modo que una piedra sobre la otra no quede,
y las ínfulas den al viento huracanado,
con lo cual le heriré más que con cosa alguna.
Y otros que la ciudad rastreando recorran
al ahembrado extranjero que un mal a las mujeres
ha inoculado que nuestros lechos corrompe.
Y, cuando le encontréis, traédmelo aquí atado
por que, a lapidación condenado, contemple
moribundo el fin triste de su fiesta tebana.

Salen los servidores.

TIRESIAS

¡Desgraciado, no sabes adónde van tus dichos!
Loco estás ya, no sólo descarriado como antes
en cuanto a tu razón. ¡Vamos, Cadmo, y oremos
por él, aun en sus furias, e impetremos del dios
que nada nuevo y malo traiga a nuestra ciudad!
¡Sígueme con tu báculo que la yedra enguirnalda!
¡Intenta sostenerme, como haré yo contigo!
Es feo que dos viejos caigan, pero suceda
lo que deba ocurrir; hay que servir a Baco,
el de Zeus. Mas me temo que Penteo un desastre
lleve a tu casa, Cadmo; no es asunto de mántica,
sino un hecho: es un necio que necedades dice.

Salen Tiresias y Cadmo. Penteo se retira hacia el palacio y, probablemente, se sienta en algún banco adosado al muro.

CORO

¡Piedad, alta señora,
Piedad, que nuestras tierras
cubres con tu ala dorada!
¿Oyes qué dice Penteo?
¿Los impíos ultrajes
con que a Bromio ofende, el hijo
de Sémele, excelso dios
de los alegres banquetes
y las coronas? Al que incumbe el tiaso
con su coro y la risa
al compás de la flauta
y el ahuyentar cuitas cuando
viene el licor de la vid
al festín divino y sobre
las cabezas coronadas
de yedra el cántaro sueño derrama.

¡Bocas desenfrenadas,
atea insensatez,
vuestro fin es la desdicha!
Una existencia apacible
y un razonable espíritu
preservan de convulsiones
y traen unidad a las casas.
Aun desde el éter lejano
al mortal los Uránidas contemplan.
No es sabio el ingenioso
ni el que a lo humano excede.
La vida es corta y así
quien cosas grandes persigue
deja escapar lo presente.
¡Ésta es conducta de locos,
creo yo, y de hombres que mal discurren!

¡Quién pudiera ir a Chipre,
la ínsula de Afrodita,
donde reinan los Amores
que al mortal embelesan,

y a Pafos, la fecundada
sin lluvias por la corriente
bárbara de cien bocas,
o al dominio de las Musas,
la hermosa Pieria, en la ladera
augusta del Olimpo!
¡Llévame allá, dios Bromio, Bromio y Evio,
que a las Bacantes guías!
¡Allí el Deseo
vive y las Gracias, allí se pueden celebrar ritos báquicos!

El dios, hijo de Zeus,
disfruta en las orgías
y ama a la Paz, criadora
de la vida y la dicha;
igual goce inofensivo
al rico trae como al pobre
cuando el vino les da;
y odia a aquel a quien no gusta,
a la luz o en la noche amiga,
tener felicidad,
guardar su alma y su mente separadas
de los hombres sutiles.
Lo que aceptaron
y veneran las gentes sencillas, a eso también me atengo.

Entran unos criados de Penteo que conducen hacia éste a Dioniso encadenado. Habla uno de ellos.

SIRVIENTE

Aquí estamos, Penteo: la pieza hemos cazado
tras la cual nos mandaste; no fue estéril la búsqueda.
La fiera estaba mansa; no pretendió escapar,
mas voluntariamente sus manos ofreció
y no palideció ni su color vinoso
mudó, sino sonriendo nos pidió que aquí atado
le trajéramos. Quieto se quedaba y así
mi tarea aliviaba, por lo que con vergüenza
le dije: «A pesar mío te conduzco, extranjero,
por orden de Penteo.» Y, en cuanto a las Bacantes
que prendiste y ataste y encerraste en prisión
pública, libres andan por la campiña haciendo

cabriolas y a Bromio como dios invocando,
pues solas se han soltado las trabas de sus pies
y abriéronse las puertas sin que mano mortal
las tocara. Son muchos los prodigios que este hombre
viene trayendo a Tebas. Ahora decide tú.

PENTEO

Sus manos desatad, pues, estando en mis redes,
no va a ser tan agudo como para escaparse.

Dirigiéndose a Dioniso.

No es, extranjero, feo tu cuerpo; agradarás
a las mujeres, que ello te hizo venir a Tebas.
Esos tus largos bucles no son de un luchador,
pero inspiran deseo la mejilla enmarcando;
y tu piel blanca cuidas y a la sombra mantienes,
de los rayos solares resguardada, en tu intento
de captar a Afrodita con esa tu belleza.
Pero ante todo dime tu linaje cuál es.

DIONISO

No encuentro inconveniente: fácil es el decirlo.
Supongo que del Tmolo florido oíste hablar.

PENTEO

Sí, por él la ciudad de Sardes es rodeada.

DIONISO

Pues bien, de allí soy yo y es mi patria la Lidia.

PENTEO

¿De dónde vienen esos ritos que aquí nos traes?

DIONISO

Dioniso, hijo de Zeus, nos ha iniciado en ellos.

PENTEO

¿Existe allí algún Zeus que engendre nuevos dioses?

DIONISO

No, sino aquel que en Tebas con Sémele se unió.

PENTEO
¿Y esas órdenes diótelas en persona o en sueños?

DIONISO
Cara a cara, y con ellas los enseres orgiásticos.

PENTEO
Y, en cuanto a las orgías, ¿qué modalidad tienen?

DIONISO
Secretas para aquellos que iniciados no están.

PENTEO
¿Algún provecho aportan a quienes creen en ello?

DIONISO
Aunque ayuda el saberlo, no te es lícito a ti.

PENTEO
Bien eso has maquinado para que oírlo quiera.

DIONISO
Las orgías divinas odian al que es impío.

PENTEO
¿Cómo era el dios, pues dices haberle visto bien?

DIONISO
Como quiso: su forma de mí no dependió.

PENTEO
Otro sutil rodeo para no decir nada.

DIONISO
Piensan los ignorantes que los sabios deliran.

PENTEO
¿Y es ésta la primera tierra a que al dios aportas?

DIONISO
Sus misterios celebran en todo país bárbaro.

PENTEO

Es que discurren mucho peor que los Helenos.

DIONISO

En esto mejor, aunque con distintas costumbres.

PENTEO

¿Y de día o de noche los ritos se practican?

DIONISO

De noche sobre todo: la tiniebla es sagrada.

PENTEO

Cosa sórdida y trampa para cualquier mujer.

DIONISO

También obscenidades pueden darse de día.

PENTEO

De esos viles sofismas expiarás la pena.

DIONISO

Y tú de tu ignorancia que a los dioses ofende.

PENTEO

¡Qué audaz es el Bacante! ¡No anda torpe en la liza!

DIONISO

Di lo que he de sufrir: ¿qué mal me vas a hacer?

PENTEO

Te cortaré ante todo tus delicados rizos.

DIONISO

Mi cabello es sagrado: para el dios lo reservo.

PENTEO

Después dame ese tirso que tienes en la mano.

DIONISO

Quítamelo tú mismo: Dioniso me lo dio.

PENTEO

Tu persona en la cárcel vamos a custodiar.

DIONISO

Me librará mi dios en cuanto yo lo quiera.

PENTEO

Siempre que tú le invoques de Bacantes rodeado.

DIONISO

También ahora está cerca mirando lo que sufro.

PENTEO

¿Dónde? Pues por lo menos mis ojos no le ven.

DIONISO

Conmigo; pero tú ciego estás, por impío.

PENTEO

A los servidores.

Cogedle: a Tebas éste desprecia como a mí.

DIONISO

Te prohíbo que me ates: yo razono y tú no.

PENTEO

Y yo mando que te aten con más poder que tú.

DIONISO

No sabes cómo vives ni qué haces ni quién eres.

PENTEO

Penteo, el hijo de Ágave, cuyo padre fue Equión.

DIONISO

A ser un desdichado tu nombre predispónete.

PENTEO

Vete; y en los establos aquí cerca encerradle
para que solamente contemple las tinieblas.
Allí puedes danzar; y, en cuanto a esas mujeres

que traes como cómplices, o bien las venderemos
o, haciendo que el sonar calle de esos tambores,
las tendré como siervas al telar aplicadas.

DIONISO

Allá voy, porque aquello que no debo sufrir
no lo padeceré. Pero castigará
tus abusos Dionisio, cuya existencia niegas,
pues no soy yo, sino él, al que en la cárcel metes.

Penteo sale de escena entrando en el palacio; los servidores conducen tras él a Dioniso prisionero.

CORO

<¡Oh, bellísima fuente>
de Aqueloo nacida,
señora virginal, Dirce!
Tú en tus aguas recibiste
antaño al hijo de Zeus
cuando del fuego inmortal
le salvó el padre encerrándole
en su muslo y así clamando:
«¡Vamos, Ditirambo, ocúltate
en mi útero masculino!
¡Yo ordeno, Baco, que así
te denominen en Tebas!»
¿Me rechazas, feliz Dirce,
cuando te traigo los tiasos
coronados de guirnaldas?
¿Por qué me niegas y me huyes?
Yo te juro por las uvas
y el don de la vid de Baco
que aún te habrás de preocupar de él.

¡Qué furores demuestra
el hijo de la Tierra,
el que nació del dragón,
al que engendrara el terrígena
Equión como fiero monstruo
y no como hombre mortal,
el que, cual un sanguinario
Gigante, se opone a los dioses,

el que va pronto a cazarme
en sus redes por servir
a Bromio y ya tiene preso
en la temblorosa cárcel
de su casa a mi cortejo!
¿Ves esto, Dioniso, vástago
de Zeus, cómo tus profetas
luchan contra la opresión?
¡Ven del Olimpo blandiendo,
señor, tu tirso dorado,
contén las iras de este frenético!

¿Dónde, Dioniso, presides
con él los tiasos, en Nisa,
la criadora de fieras,
o en las cimas coricias?
¿O tal vez en las frondosas
salas del Olimpo, donde
otrora Orfeo y la Musa
de su cítara reunían
a los árboles y bestias
feroces? ¡Feliz Pieria,
Evio te ama y a ti irá
con sus coros y transportes
y las evoluciones
de las Ménades guiará
más allá del curso rápido
del Axio o del padre Lidias,
que trae dicha a los mortales
y del que sé que con aguas
hermosísimas la tierra
de buenas yeguas riega!

DIONISO

Hablando desde el interior del palacio sin ser visto, por tanto, por las Bacantes.

¡Ah, ah!
¡Escuchad mi voz, oídla,
oh, Bacantes, oh, Bacantes!

CORO

¿Qué es eso, qué es eso, qué es ese clamor
con que Evio llamándome está?

DIONISO

¡Ah, ah! ¡De nuevo te llamo
yo, el hijo de Zeus y Sémele!

CORO

¡Oh, oh, señor! ¡Oh, oh, señor!
¡A unirte ven ahora a nuestro
tiaso, ven, Bromio, ven con nosotras!

DIONISO

¡Énosis, mueve, señora, estos suelos!

Se oye un ruido terrible detrás del decorado.

CORO

¡Ay, ay!
¡Pronto el palacio de Penteo a tierra
se irá entre sacudidas!
¡En esta casa Dioniso está!

DIONISO

¡Pues honradle!

Ruido de piedras que caen dentro del palacio.

CORO

¡Ya le honramos!
¿Veis cómo caen arquitrabe y columnas?
¡Es Bromio el que dentro del palacio mismo
su alarido profiere!

DIONISO

¡Enciende la luz fulgurante del rayo!
¡Incendia la casa en que vive Penteo!

Resplandor que sale de la tumba de Sémele.

CORO

¡Ah, ah!
¿No ves, no ves ese fuego
que sobre su sepulcro dejó Sémele

al ser fulminada por Zeus y su rayo
resonante?
¡Al suelo caed con cuerpos temblorosos,
al suelo, Ménades! El señor,
el hijo de Zeus, esta casa
ataca y de raíz derriba.

Dioniso sale del palacio y ve a las Bacantes prosternadas.

DIONISO

¡Bárbaras mujeres! ¿Fue tan grande vuestro pavor
como para así postraros? Sentisteis al parecer
que la casa de Penteo Baco agitaba. ¡Alzad, pues,
los cuerpos y sosegaos, cese en ellos el temblor!

CORIFEO

Levantándose.

¡Luz para mí soberana del báquico frenesí!
¡Con qué contento te veo llegar a mi soledad!

DIONISO

¿En desánimo caíste cuando detenido yo
fui por Penteo y a lúgubre calabozo me envió?

CORIFEO

¿Pues qué? ¿Quién mi guardián era si te ocurría algún [mal?
Mas ¿cómo del hombre impío te pudiste así librar?

DIONISO

Yo mismo me he liberado con toda facilidad.

CORIFEO

¿Y no te ligó las manos en la red de tu prisión?

DIONISO

Ésa fue mi mayor burla: creyéndome en su poder
ni me tocaba siquiera, pues todo era una ilusión.
Un toro halló en el establo que de cárcel me sirvió,
corvejones y pezuñas quiso con trabas atar
y con furor jadeaba, todo lleno de sudor
y mordiéndose los labios, mientras yo, cerca de allí

sentado, estaba muy quieto mirándole. Entonces fue
cuando Baco sacudía la casa y fuego prendió
a la tumba de su madre; y él al verlo se creyó
que estaba ardiendo el palacio y acá saltaba y allá
pidiendo a los siervos agua; y en vano todos así
se esforzaban. Dejó luego tal labor, porque pensó
que yo me había escapado, y en la casa entró a coger
una negra espada. Luego Bromio —tal opino yo—
creó un fantasma en el patio, contra el cual él se lanzó
horadando el éter fúlgido cual si me matara a mí.
Y otros ultrajes como éste Baco le envió también:
derribó al suelo su casa; todo por tierra cayó
y así amarga resultóle mi prisión. Soltó por fin,
ya fatigado, la espada y exhausto quedó el mortal
que osó acometer a un dios; y yo tranquilo me fui
sin que Penteo me diera ninguna preocupación.
Pero creo sus sandalias por ahí dentro oír sonar;
del palacio va a salir: ¿qué cosa a contarme irá?
Le afrontaré con mesura por excitado que esté:
de sabios es el guardar la cuerda ecuanimidad.

PENTEO

Saliendo del palacio y hablando consigo mismo.

¡Tremenda es mi experiencia! ¡Se escapó el extranjero
que hasta hace poco estaba de cadenas cargado!

Viendo a Dioniso.

¡Vaya, vaya!
¡Aquí al hombre tenemos! ¿Qué es eso? ¿Ante la puerta
del palacio te muestras habiendo de él salido?

DIONISO

Detente, algo de calma pon en esa pasión.

PENTEO

¿Cómo sin ligaduras conseguiste fugarte?

DIONISO

¿No dije o no escuchaste que alguien me salvaría?

PENTEO

¿Quién? Siempre nuevos cuentos discurriendo me vienes.

DIONISO

El que para los hombres cría la vid fecunda.

PENTEO

¡Pues sí, bello atributo lo que a Dioniso asignas!

<DIONISO

Lleno empero de bienes a esta ciudad llegó.>

PENTEO

¡Mando que a la redonda cierren todas las puertas!

DIONISO

¿Pero qué? ¿Las murallas no se saltan los dioses?

PENTEO

¡Sabio, sabio eres tú, menos para lo bueno!

DIONISO

No, sino para aquello que exige reflexión.

Dirigiéndose a un mensajero que está entrando en escena por un lateral.

Pero antes oye a este hombre que del monte ha bajado
a contarte algo: entérate, que yo me quedaré
entre tanto a tu lado, no temas que me vaya.

MENSAJERO

Penteo, gobernante de esta tebana tierra,
vengo del Citerón, lugar en que jamás
faltan los puros copos de la cándida nieve.

PENTEO

¿Cuál es el importante mensaje que me aportas?

MENSAJERO

Tras ver a las augustas Bacantes, cuyos blancos
pies las aguijonearon a salir del país,
vengo a anunciarte a ti, señor, y a la ciudad
que su obrar es extraño y aun más que portentoso.
Pero quiero saber si debo francamente
lo de allí revelar o moderar mi lengua,
porque temo, señor, tu carácter tan vivo
e iracundo y tu asaz autoritario temple.

PENTEO

Di, porque ningún daño de mí recibirás,
que no es justo irritarse con quien tiene razón.
Mas, cuanto peor sea lo que de las Bacantes
cuentes, tanto mayor resultará el castigo
de aquel que tales artes imbuyó a esas mujeres.

MENSAJERO

Trepaban los rebaños que yo a pacer llevaba
por sus laderas arduas en esa hora en que el sol
con sus dardos la tierra calienta, cuando vi
tres tiasos de mujeres, el uno de los cuales
Autónoe regía, mientras que era el segundo
por Ágave, tu madre, dirigido y el otro
por Ino. Allí dormían con relajados cuerpos,
en ramajes de abeto la cabeza apoyando
o de encina, yaciendo por acá y por allá,
mas decorosamente, no, como tú decías,
tras Cipris recorriendo los desiertos lugares
del bosque, por las flautas embriagadas y el vino.
Mas he aquí que se irguió tu madre en medio de ellas
y lanzó un alarido para que despertaran
cuando oyó los mugidos de los cornudos bueyes
y ellas, salido el sueño profundo de sus ojos,
al punto en pie se alzaron, jóvenes, viejas, vírgenes,
y era un gran espectáculo del decoro más puro.
Sueltos hasta los hombros dejaban sus cabellos,
se arreglaban las nébrides cuyos broches se hubieran
soltado y ajustaban estas moteadas pieles
con cinturón de sierpes de lenguas lamedoras.
Otras entre sus brazos a un cervato tomaban

o lobezno feroz y leche blanca dábanle,
cuantas, recién paridas y estando sin sus hijos,
el reteso en sus pechos sufrían; y ceñíanse
con guirnaldas de yedra, de roble o floreciente
zarzaparrilla. La una, con su tirso golpeando
la roca, un caño de agua límpida hizo brotar;
otra bajó hasta el suelo su vara y una fuente
de vino alumbró el dios allí; y cuantas deseo
de la blanca bebida sentían, nada más
que tocando la tierra con sus dedos lograban
surtidores de leche, mientras que de los tirsos
de yedra goteaban chorros de dulce miel.
De modo que, si allí te hubieras encontrado,
al dios al que combates plegarias dirigieras.
Entonces nos reunimos boyeros y pastores
para discutir juntos aquellas novedades
y alguno que frecuenta la ciudad y sabe hablar
nos dijo a todos: «¡Oh, vosotros que habitáis
en las sagradas cimas de estos montes! ¿Queréis
que hagamos en su orgía cesar a Ágave, madre
de Penteo, y al rey complazcamos?» Creímos
que era bueno el consejo y allí entre la maleza
nos ocultamos. Ellas, cuando llegó el momento,
se pusieron frenéticas meneando los tirsos
y a Bromio, Yaco, el hijo de Zeus, todas llamando;
y la montaña entera con sus fieras en trance
cayó y todo era en ella carreras e inquietud.
Pero resulta que Ágave cerca de mí saltaba;
yo a mi vez me lancé, del matorral saliendo
donde estaba escondido, para hacerme con ella;
pero empezó a gritar: «¡Oh, mis perras veloces,
nos cazan estos hombres! ¡Venid, pues, tras de mí,
seguidme, con las manos de los tirsos armadas!»
Salvarnos sí pudimos y el despedazamiento
rehuir de las Bacantes, pero ellas atacaron
sin armas a las reses que en el prado pacían.
Y oyeras los mugidos de una vaca tetuda
a la que alguna de ellas descuartizaba sólo
con las manos; y vieras cómo otras desmembraban
terneras; y, volando por esta y la otra parte,
costillares y hendidas patas, que, chorreando

sangre, iban a pender de las ramas de abeto.
Y aun los soberbios toros de cuerna furibunda
yacían por los suelos con cuerpos maltratados
por incontables manos de jóvenes mujeres
y eran despedazados antes de lo que puedan
tardar en parpadear tus ojos soberanos.
Y luego, como pájaros que levantan el vuelo,
bajaron a los llanos que, a orillas del Asopo,
producen para Tebas las fértiles espigas
e invadieron Eritras e Hisias, que están situadas
al pie del Citerón, como enemiga hueste
destruyéndolo todo, de las casas raptando
a los niños... Y nada caía hasta la negra
tierra de todo aquello que sobre sí tomaran
aunque suelto estuviese; <ni había objeto alguno
que se les resistiera, la piedra,> el bronce, el hierro;
y su pelo acercaban al fuego sin quemarse.
Los hombres del país, por ellas despojados,
con cólera tomaron las armas, pero entonces
fue tremendo el prodigio, señor, que pudo verse.
Las jabalinas de ellos sangre no derramaban
y, en cambio, ellas, los tirsos nada más manejando,
les herían y hacían huir, siendo mujeres
ante hombres y, por tanto, con la divina ayuda.
Y después regresaron al lugar de partida,
a las fuentes que el dios hizo manar para ellas;
y, mientras se lavaban, lamían las serpientes
sus caras y dejábanlas limpias de toda sangre.
Sea, pues, como sea tal dios, recíbelo,
señor, en la ciudad: no sólo es grande en otras
cosas, sino también, según oigo que dicen,
en el don de la vid que a los hombres alivia.
Cuando no existe el vino tampoco es nada Cipris
y no hay deleite alguno que a los humanos reste.

CORIFEO

Me da miedo el hablar con sinceras palabras
al rey, mas, sin embargo, lo tendré que decir:
no hay ningún dios al cual sea inferior Dioniso.

PENTEO

¡Ya la vergüenza báquica como un fuego a nosotros
se acerca, una ignominia grande entre los Helenos!
No hay, pues, que vacilar:

Al mensajero.

ve a las puertas Electras
y di que acudan todos los que portan escudos,
quienes montan corceles rápidos, los que blanden
venablos o la cuerda del arco hacen vibrar,
pues contra las Bacantes vamos a combatir;
es el colmo, en efecto, que de sufrir hayamos
lo que ahora estas mujeres haciéndonos están.

Sale el mensajero.

DIONISO

No atiendes mis palabras, Penteo, y, aunque he sido
maltratado por ti, te aviso sin embargo
que levantar no puedes tus armas contra un dios;
debes estarte quieto; no tolerará Bromio
que a las Bacantes eches de las evias montañas.

PENTEO

¡Deja de aleccionarme, ya es bastante el haberte
escapado! ¿Tendré que renovar tu pena?

DIONISO

Yo sacrificaría, no iría a cocear
con ira el aguijón divino siendo un hombre.

PENTEO

La ofrenda que merece le haré, una gran matanza
femenina en los valles del monte Citerón.

DIONISO

Pues correréis, y es una vergüenza que los tirsos
de las Bacantes pongan en fuga a los escudos.

PENTEO

Difícil adversario resulta el extranjero,
pues le hagas lo que le hagas no hay modo de que calle.

Dioniso

Aún es posible, amigo, que todo esto se arregle.

Penteo

¿Cómo? ¿Siendo yo esclavo de aquellos que me sirven?

Dioniso

Yo traeré a las mujeres sin utilizar armas.

Penteo

¡Ay, ay! He aquí un engaño que contra mí maquinas.

Dioniso

¿Por qué, si es el salvarte lo que mi maña quiere?

Penteo

En común lo tramasteis por no dejar lo báquico.

Dioniso

Solamente he tramado, sábelo, con el dios.

Penteo

¡Sacadme aquí las armas! ¡Y tú deja de hablar!

Dioniso

¡Bien!
¿Quieres verlas a todas acampando en el monte?

Penteo

Sí, y por ello un enorme peso de oro daría.

Dioniso

¿Y cómo ese apetito tan grande concebiste?

Penteo

Aunque me entristeciera contemplar su ebriedad.

Dioniso

¿Aun así ver querrías aquello que te amarga?

PENTEO
Desde luego, callado debajo de un abeto.

DIONISO
Pero rastrearíante por mucho que te ocultes.

PENTEO
Y si no, cara a cara: razón en eso tienes.

DIONISO
¿Te conducimos, pues? ¿En camino te pones?

PENTEO
Cuanto antes: me molesta cualquier tiempo que tardes.

DIONISO
Entonces que tu cuerpo vista este peplo líneo.

PENTEO
¿Qué es eso? ¿Ya no soy hombre, sino mujer?

DIONISO
Para que no te maten si te advierten varón.

PENTEO
¡Bien dicho! Vi hace tiempo que eras inteligente.

DIONISO
Dioniso en esto fue quien a inspirarnos vino.

PENTEO
¿Cómo, pues, podrá hacerse lo que bien me aconsejas?

DIONISO
Entremos en palacio y allí te vestiré.

PENTEO
¿Con ropas de mujer? ¡Pero me da rubor!

DIONISO
¿Es que no sientes ansias de mirar a las Ménades?

Penteo

¿Con qué vestidos dices que me habré de ataviar?

Dioniso

Te pondré una peluca con cabellera larga.

Penteo

¿Y qué prenda será la segunda en mi ornato?

Dioniso

Un peplo hasta los pies y mitra en la cabeza.

Penteo

¿Hay alguna otra cosa que desees que lleve?

Dioniso

El tirso con la piel moteada de un cervato.

Penteo

No, no puedo vestirme con ropa femenina.

Dioniso

Pues derramarás sangre si combates contra ellas.

Penteo

Bien: una descubierta conviene hacer primero.

Dioniso

Algo mejor que el mal con violencia atraerse.

Penteo

¿Cómo recorreré la ciudad sin ser visto?

Dioniso

Iremos por lugares desiertos: te guiaré.

Penteo

Todo antes que dejar que se rían de mí.
Pero entremos en casa: ya decidiré yo.

DIONISO

Así puedes hacerlo: yo estoy presto a ayudarte.

PENTEO

Pues vamos: o saldré con armas en las manos
o bien lo que aconsejas resolveré seguir.

Entra en el palacio.

DIONISO

Mujeres, en la red ya está el hombre: vendrá
a ver a las Bacantes para morir expiando
su pena. Ahora, Dioniso, pues no estás lejos, tuya
es la labor: castígale; prívale de razón
con leve frenesí; porque, si bien discurre,
se negará a vestir ropajes de mujer,
pero lo hará si está fuera del buen sentido.
Quiero que la irrisión sea de los Tebanos
yendo por la ciudad con disfraz mujeril
después de las tremendas amenazas de otrora.
Entro, pues, a poner el vestido a Penteo
que al Hades llevará cuando a manos perezca
de su madre; y así conocerá a Dioniso,
hijo de Zeus, que sabe ser a los hombres grato,
pero al final mostrarse como terrible dios.

Se retira, quedando el coro solo en escena.

CORO

¿Pondré, pues, mi blanco pie
en el coro báquico
y sus coros nocturnos, dando
mi cuello al éter húmedo
como una cierva que alegre
salta y retoza en el verde prado
tras huir de la terrible
caza y los ojeadores
y de la red bien trenzada?
Pero el cazador azuza
con griterío a sus canes
y ella, como el viento rápida,
salta por los llanos
a lo largo del río, contenta
con su soledad

en el bosque frondoso y sombreado.
¿Qué es el saber? ¿Hay honor divino
más bello que el poner la mano
triunfante en la cabeza
del enemigo? Lo hermoso
es lo que a uno le complace.

Lentamente obra el poder
divino, mas siempre
con eficacia: pide cuentas
a los hombres inicuos
cuya alma loca a los dioses
niega sus ritos; engañar saben
sobre la marcha del tiempo
y cazan al impío.
Nada debe discurrirse,
nada ejercitarse que
se oponga a la tradición.
Cuesta muy poco creer
que ello tiene fuerza,
lo divino, sea lo que sea,
lo que siempre ha estado
conforme a ley e innato en los mortales.
¿Qué es el saber? ¿Hay honor divino
más bello que el poner la mano
triunfante en la cabeza
del enemigo? Lo hermoso
es lo que a uno le complace.

¡Feliz el que escapa a las olas
tempestuosas del mar y llega al puerto!
¡Feliz el que sobre sus penas
se eleva! Son muchos los modos en que uno
a otro excede en dicha y potencia.
Infinitos son los hombres
y sus planes, que a veces
desdichado al hombre hacen,
pero otras salen bien.
¡Dichoso aquel que sabe gozar
la fortuna del día!

Dioniso sale del palacio y llama a Penteo, que aparece vestido como una mujer. Va seguido de un servidor.

DIONISO

Tú, que estás tan ansioso por ver lo no debido,
que lo prohibido intentas, me refiero a Penteo,
sal de tu casa, veámoste los vestidos llevando
propios de una mujer, una Bacante y Ménade,
y a tu madre acechando lo mismo que a su tropa.
¡Pero a una de las hijas de Cadmo eres igual!

PENTEO

Titubeante y desorientado.

¡Parece que dos veces el sol y a Tebas veo,
la ciudad de las siete puertas! ¡Y tú, que guías
mi camino, diríase que te volviste toro
y que una cornamenta tu cabeza crió!
¿Es que eras ya animal? ¡Si en toro te has tornado!

DIONISO

El dios, antes hostil, nos acompaña en paz;
hoy es cuando contemplas lo que tienes que ver.

PENTEO

Pero ¿cuál es mi aspecto? ¿Tal vez a Ino parézcome
o a Ágave, que es mi madre, me asemejo quizá?

DIONISO

A esas mismas creo ver cuando te miro a ti.
Pero ahí tienes un bucle que se salió del sitio
en que yo lo dispuse debajo de tu mitra.

PENTEO

Me despeiné sin duda cuando, llegado al trance
báquico, el pelo en casa comencé a sacudir.

DIONISO

Pues, como he de cuidarme de ti, seré yo quien
tu cabellera arregle: levanta la cabeza.

PENTEO

Sí, arréglala, que estoy totalmente en tus manos.

DIONISO

Floja va tu cintura y en tus tobillos vese
que no caen en orden los pliegues de tu peplo.

PENTEO

Al menos por la parte derecha, porque aquí
la falda hasta el talón llega perfectamente.

DIONISO

Te reconciliarás conmigo cuando veas
que, contra lo esperado, las Bacantes son castas.

PENTEO

¿Y cómo imitaré mejor a una Bacante,
con la derecha el tirso llevando o con la izquierda?

DIONISO

Tómalo en la derecha y eleva el pie del mismo
lado; y apruebo que hayas cambiado de opinión.

PENTEO

¿Podría el Citerón y sus valles llevar
a mis espaldas con las Bacantes encima?

DIONISO

Podrías si quisieras; antes no andaba sana
tu mente, pero ahora te hallas como hay que estar.

PENTEO

¿Me llevo una palanca? ¿Lo arranco con las manos
aplicando mis hombros o brazos a sus cumbres?

DIONISO

No vayas a estropear las sedes de las Ninfas
o aquellas en que tañe la siringa de Pan.

PENTEO

Dices bien; no empleemos fuerza contra mujeres:
a ocultarme debajo de esos abetos voy.

DIONISO

Así tu ocultamiento será el que darse deba
cuando alguien a las Ménades espía astutamente.

PENTEO

¡Seguramente están entre los matorrales
apareadas como aves en dulce red de amor!

DIONISO

¿Pues no es ésa la causa de que a acecharlas vengas?
Las puedes sorprender si a ti no te sorprenden.

PENTEO

Llévame por en medio de la ciudad tebana:
pues soy de ellos el único que se atreve a tal cosa.

DIONISO

Tú sólo preocupándote de ellas estás, tú solo:
te esperan, pues, las pruebas que habían de venir.
Sígueme: yo seré tu guía y salvador;
de allí otro te traerá.

PENTEO

Mi madre, desde luego.

DIONISO

Como entre todos célebre.

PENTEO

Sólo para eso voy.

DIONISO

Regresarás en andas.

PENTEO

¡Qué lujo es el que dices!

DIONISO

En brazos de tu madre.

PENTEO

Mucho mimarme quieres.

DIONISO

¡Menudos son los mimos!

PENTEO

Lo merecido obtengo.

Salen Penteo y el servidor.

DIONISO

Héroe terrible, emprendes una terrible hazaña:
al cielo llegarás y encontrarás la gloria.
¡Tendedle vuestras manos, Ágave y las demás
hijas de Cadmo! Al mozo llevo a un grande certamen
en que los vencedores seremos Bromio y yo.
Y lo demás que ocurra los hechos lo dirán.

Se retira.

CORO

¡Al monte en que están las hijas de Cadmo
y su tiaso marchad, veloces perras
de las Furias! ¡Contra
ese demente espía de las Ménades
que de mujer se viste azuzadlas!
Su madre la primera, al ver que acecha
desde alguna roca
o árbol, con gritos avisará:
«¿Quién, Bacantes, vino
a contemplar cómo recorren el monte
las Cadmeas? ¿Quién podrá, pues, ser su madre?
Pues no tiene sangre
de mujer, mas de leona o bien de alguna
Gorgón de aquellas que en Libia nacen.»

¡La justicia aparézcase portadora de espada,
de un tajo la garganta siegue
del hijo ateo de Equión, descendiente impío
que parió Tierra!

El que con impulsos malvados e injustos
contra tus ritos y los de tu madre,
Baco, locamente
se arma y con delirante hostilidad,
presto a vencer lo que es invencible,

tendrá en la muerte su castigo, mientras
quien deja a los dioses
lo suyo lleva tranquila vida.
La ciencia no envidio;
disfruto, en cambio, persiguiendo fines claros,
grandes, que la vida conducen hacia el bien
y piedad infunden
y culto de los dioses y repudio
de las conductas que la ley niegan.

¡La justicia aparézcase portadora de espada,
de un tajo la garganta siegue
del hijo ateo de Equión, descendiente impío
que parió Tierra!

¡Cual toro o dragón de muchas cabezas
o león ardiente muéstratenos, Baco!
¡Ve y con sonriente faz la mortal
red echa sobre el que cazar Bacantes
quería y entre la tropa cae
de nuestras Ménades!

Entra un mensajero.

MENSAJERO SEGUNDO

¡Oh, morada que en Grecia florecías antaño,
la del viejo Sidonio que en el país sembró
la estirpe del dragón nacido de la tierra,
cómo, aun esclavo siendo, te compadezco ahora!

CORIFEO

¿Qué pasa? ¿Alguna nueva traes sobre las Bacantes?

MENSAJERO SEGUNDO

Muerto Penteo está, que de Equión hijo fue.

CORO

¡Soberano Bromio! ¡Cual gran dios te muestras!

MENSAJERO SEGUNDO

¿Cómo? ¿Qué es lo que dices? ¿Te puedes alegrar,
mujer, de los desastres que mis señores sufren?

CORO

Soy extranjera, bárbaro es mi canto;
no tiemblo al pensar que puedan prenderme.

MENSAJERO SEGUNDO

¿Tal cobardía crees que puede haber en Tebas
<como para que dejen que así de ellos te burles>?

CORO

Dioniso, hijo de Zeus, no Tebas, es quien tiene
poder sobre mí.

MENSAJERO SEGUNDO

Se os puede perdonar, mujeres, pero nadie
deleitarse debiera con los males ajenos.

CORO

Dime, explícame, ¿cómo murió ese hombre
impío y culpable de tanta injusticia?

MENSAJERO SEGUNDO

Dejamos los poblados de esta tierra tebana,
traspasamos el curso del Asopo y subíamos
al monte Citerón, siguiendo sus laderas,
Penteo, mi señor, y yo y el extranjero
que guía estaba siendo de nuestra expedición.
Primero detuvímonos en un herboso valle
ahogando los ruidos de nuestros pies y lenguas
para que, sin ser vistos, ver nosotros pudiéramos.
Había allí un barranco, regado por arroyos
y sombreado por pinos, donde estaban las Ménades
ocupando sus manos en amables fatigas.
Las unas reparaban sus tirsos averiados
reponiendo de nuevo sus melenas de yedra
y otras, como potrillas escapadas al yugo,
mutuamente los himnos báquicos se cantaban.
Pero Penteo el pobre, no viendo el femenino
grupo, dijo: «Extranjero, desde aquí donde estoy
a esas bastardas Ménades no acierto a divisar:
en esa altura, encima de aquel esbelto abeto,
podré bien observar sus manejos infames.»
Y al extranjero entonces le vi hacer maravillas:

el abeto agarró por su más alta rama
y tiró y tiró de él hasta la negra tierra,
como un arco encorvándolo del modo en que el carrero
con compás a la llanta da forma circular.
Así con ambas manos al suelo aproximaba
la rama el extranjero con sobrehumana acción.
Y a Penteo sentó después en el abeto
y entre sus manos fue dejando enderezarse
la rama lentamente, no le desarzonara.
Y cuando erguido el árbol se apoyaba en el éter
llevando a mi señor jinete de sus lomos,
fue visto por las Ménades, aunque él no las veía;
y, en cuanto apareció sentado en las alturas,
ya nadie supo dónde se hallaba el extranjero
y una voz en el aire, que daba al parecer
Dioniso, así gritaba: «Mozas, a aquel os traigo
que burla de vosotras hacía y que de mí
se mofaba y mis ritos; ahora, pues, castigadle.»
Y, cuando de tal modo se expresaba, la luz
del venerable fuego recorrió cielo y tierra.
Calló por fin el éter y en silencio quedó
el follaje en el valle; ni una fiera se oía.
Ellas, que claramente no oyeron la llamada,
se pusieron de pie mirando a todas partes.
Y él repitió el mensaje; y, al reconocer bien
la firme orden de Baco, se lanzaron las hijas
de Cadmo, tan veloces como raudas palomas,
y las Bacantes todas, que, con furor que el dios
inspiraba, saltaron el torrente y barranco.
Y, al ver a mi señor posado allá en la copa,
a tirarle empezaron grandes piedras desde una
roca que, frente al árbol, de torre les servía,
y a acribillarle con ramas de otros abetos
y a tirar a Penteo, blanco desventurado,
sus tirsos por los aires; pero lograban poco.
Porque el infortunado, que nada hacer podía,
más alto se encontraba de lo que ellas quisieran.
Comenzaron después a desgajar ramaje
de encina para usarlo como lígneas palancas
que el árbol extirparan, mas, como ello era inútil,
Ágave dijo: «¡Vamos, pongámonos en corro

y tirad de este tronco, Ménades, capturemos
la fiera trepadora para que no revele
nuestras divinas danzas secretas!» E incontables
manos desarraigaron el abeto del suelo;
y Penteo, que estaba sentado arriba, a tierra
de cabeza cayó dando gritos agudos,
porque cuenta se dio de que el fin se acercaba.
Principio al sacrificio como sacerdotisa
dio su madre atacándole; y él la mitra quitóse,
por que reconocerle pudiera y no matarle
Ágave la infeliz, y así dijo, tocando
sus mejillas: «Yo, madre, tu hijo Penteo soy,
aquel a quien pariste para Equión en su casa.
Ten compasión de mí, madre, y que mis errores
no sean causa de que hoy a tu propio hijo mates.»
Pero ella, espumeante, revolviendo sus ojos
extraviados, privada del necesario juicio,
poseída por Baco, ningún caso le hacía
y, es más, con sus dos manos le agarró de la izquierda
y, haciendo fuerza con el pie en el costillar
del desdichado, el brazo le arrancó desde el hombro
con el fácil vigor que el dios le estaba dando.
También Ino en el otro costado se esforzaba
en desgarrar sus miembros, y Autónoe con el grupo
báquico entero allí se presentó. Y todo eran
clamores, y gemidos de él mientras tuvo aliento,
y el alarido de ellas. Una iba con un brazo,
otra llevaba un pie calzado; las costillas
desnudas se veían; y todas, con sangrientas
manos, se peloteaban las carnes de Penteo.
Y allí quedó esparcido su cuerpo, por las rudas
piedras o entre la espesa maleza de aquel bosque;
y hallarlo no era fácil. La tétrica cabeza
su madre la cogió con sus manos; clavóla
en el tirso y paseábala por todo el Citerón,
como si fueran restos de un león montaraz,
dejando a sus hermanas con el coro de Ménades.
Y ahí va, entusiasmada con su caza funesta,
viniendo hacia estos muros y celebrando a Baco,
compañero de caza que le ha dado el botín,

vencedor en un triunfo que costará mil lágrimas.
Yo de en medio me quito, siendo tales los hechos,
antes de que en palacio vaya a aparecer Ágave.
Es la moderación lo mejor y el honrar
a los dioses; y pienso que no tienen los hombres
un más rico tesoro de gran sabiduría.

Se retira.

CORO

¡Para Baco dancen los coros,
celebremos lo que a Penteo
sucedió, a aquel que del dragón su linaje traía!
Pues se vistió de mujer
y tomó el tirso, presagio
seguro de muerte,
tras el toro que había de llevarle al desastre.
¡Hijas de Cadmo,
Bacantes, vuestro ilustre triunfo a terminar va
en gemidos y llanto!
¡Bella victoria, que las manos manche
la sangre del hijo!

CORIFEO

Pero veo que a casa viene Ágave, la madre
de Penteo, con ojos frenéticos. ¡Vayamos
a acoger el cortejo que al dios evio festeja!

Ágave entra por un lateral con sus vestidos ensangrentados y blandiendo sobre su tirso la cabeza de Penteo. Hasta el verso 1200 danza frenéticamente junto con las Bacantes.

ÁGAVE

¡Bacantes asiáticas!

CORO

¿Para qué me llamas?

ÁGAVE

Traemos del monte
a casa una rama de yedra fresquísima.
¡Qué botín espléndido!

CORO

Lo veo; al tiaso sé bienvenida.

ÁGAVE

Sin redes este cachorro
de un agreste león cacé: lo puedes
mirar aquí.

CORO

¿Dónde?

ÁGAVE

El Citerón...

CORO

¿Qué le hizo?

ÁGAVE

Matarle.

CORO

¿Quién disparó?

ÁGAVE

Privilegio fue mío esa hazaña.
Ágave y dichosa: me llaman así los cortejos.

CORO

¿Con quién?

ÁGAVE

De Cadmo...

CORO

¿De Cadmo?

ÁGAVE

Las hijas,
aunque después de mí,
a la fiera alcanzaron.

CORO

¡Buena caza!

ÁGAVE

¡Ven a mi banquete!

CORO

¿Cómo, desdichada?

ÁGAVE

Es tierno el novillo;
vello fino brota bajo su cabeza
de suave melena.

CORO

¡Si está velludo cual fiera bestia!

ÁGAVE

El báquico cazador
hábilmente a las Ménades condujo
contra esta presa.

CORO

¡Es dios venatorio!

ÁGAVE

¿Me alabas?

CORO

Te alabo.

ÁGAVE

Pronto los Cadmeos...

CORO

Penteo entre ellos...

ÁGAVE

Él debe elogiar a su madre,
que cazar supo tal bestia de aspecto leonino.

CORO

¡Sin par!

ÁGAVE

¡No hay otra!

CORO

¿Te jactas?

ÁGAVE

¡Me alegro!
¡Singular es el hecho,
gloriosa empresa la ciudad ha logrado!

CORIFEO

Muestra ahora, desdichada, muestra a los ciudadanos
esa presa triunfal que has venido trayendo.

ÁGAVE

¡Oh, aquellos que habitáis la ciudad bien murada
de esta tierra tebana, venid mi caza a ver,

la fiera que las hijas de Cadmo capturamos
no con las jabalinas provistas de correas
que manejan los Tésalos, ni con redes, mas sólo
con nuestras blancas manos! ¿Podrán, pues, presumir
quienes en vano adquieren armas innecesarias?
Con estas solas manos la cazamos; con ellas
los miembros de la bestia despedazar supimos.
¿Dónde mi viejo padre se halla? ¡Que venga aquí!
¿Dónde mi hijo Penteo? ¡Que tome una escalera
de sólidos peldaños y al palacio la adose
y aquí entre los triglifos esta cabeza clave
del león que le aporto como botín de caza!

Entra Cadmo seguido de unos servidores que traen los restos ensangrentados de Penteo.

CADMO

¡Seguidme servidores, a la casa acercaos,
traed la triste carga del cuerpo de Penteo
que con grandes trabajos y después de mil búsquedas
deshecho en los repliegues del Citerón hallé
y escondido en el bosque, pues ni un solo pedazo
cerca del otro estaba! Del hecho de mis hijas
me enteré tras haber dejado a las Bacantes,
cuando, con el anciano Tiresias, ya de vuelta
franqueaba los muros de la ciudad; y tuve
que regresar al monte para traer los restos
del hijo a quien las Ménades mismas matado habían.
Allí a Autónoe vi, la que a Aristeo otrora
dio como hijo a Acteón; con ella Ino encontrábase;
iban, desventuradas, por entre la maleza
en loco desvarío; y allá de Ágave supe
que en su frenesí báquico venía; y era cierto,
porque aquí la contemplo, pavoroso espectáculo.

ÁGAVE

Padre, puedes jactarte de una excelente cosa,
de que hijas engendraste que las mejores son
con mucho entre los hombres. A todas me refiero,
mas sobre todo a mí, que dejé lanzadera
y telar y emprendí lo que es mejor, la caza
con mis manos. Y así ves que mis brazos traen

el premio que gané para que consagrado
en el palacio sea;

Ofreciéndole la cabeza de Penteo.

padre, en tus manos tómalo
y de mí enorgullécete y a tus amigos llama
que vengan al festín; dichoso debe hacerte,
dichoso que tus hijas tal empresa realicen.

CADMO

¡Sufrimiento infinito cuya visión espanta,
oh, sangre derramada por desdichadas manos!
¡Hermosa, sí, es la víctima que inmolas a los dioses
en banquete al que a Tebas conmigo invitar quieres!
¡Ay de tus males, ay, mas también de los míos!
Porque, aunque con razón, duramente el dios Bromio,
el señor de esta tierra, nuestra casa destruye.

ÁGAVE

Aparte.

¡Qué difícil humor el de los hombres viejos,
qué ceñudo su aspecto!

A Cadmo.

¡Sea buen cazador
mi hijo, en eso las dotes de su madre heredando,
y con la juventud tebana bien rastree
a las fieras! Mas no sabe sino luchar
con los dioses: habrás de reprenderle, padre.
¿Quién le podrá traer aquí, ante mi presencia,
por que testigo sea de mi felicidad?

CADMO

¡Ay, ay! Al daros cuenta de qué cosas hicisteis,
sufriréis gran dolor; y, si hasta el fin quedáis
como ahora estáis, felices no seréis, aunque en vuestro
desvarío creáis que no sois desgraciadas.

ÁGAVE

Recobrándose lentamente de su delirio.

¿Pero en esto de malo qué hay o bien de penoso?

CADMO

Tus ojos ante todo deja llegar al éter.

ÁGAVE

Bien; ¿qué es lo que me mandas que contemple allí
[arriba?

CADMO

¿Piensas que aún está igual o que hay cambios en él?

ÁGAVE

Lo encuentro más brillante que antes y más trans-
[lúcido.

CADMO

¿Y sigue ese estupor de tu alma apoderándose?

ÁGAVE

No entiendo lo que dices, mas creo en cierto modo
que vuelvo a la razón de un anterior estado.

CADMO

¿Me puedes, pues, oír y hablar con claridad?

ÁGAVE

Sí, mas me olvidé, padre, de lo que ahora decía.

CADMO

¿En qué familia el día de tu himeneo entraste?

ÁGAVE

Me diste a Equión, que dicen que era de los sem-
[brados.

CADMO

¿Y qué hijo en tu morada tuvisteis tú y tu espo-
[so?

ÁGAVE

Penteo, al que en común engendré con su padre.

CADMO

¿De quién es la cabeza que tienes en los brazos?

Ágave

Es de un león, según las otras cazadoras.

Cadmo

Pues ahora mira bien: no te costará esfuerzo.

Ágave

¡Eh! ¿Qué es lo que contemplo? ¿Qué llevo entre mis manos?

Cadmo

Obsérvalo y así mejor te enterarás.

Ágave

¡Veo, pobre de mí, las más agudas penas!

Cadmo

¿Te sigue pareciendo que es igual que un león?

Ágave

No, tengo la cabeza de Penteo, ¡ay de mí!

Cadmo

Al cual lloraba yo cuando aún no le veías.

Ágave

¿Quién le mató? ¿A mis manos cómo vino a parar?

Cadmo

¡Triste verdad, aquí estás, mas demasiado tarde!

Ágave

Di, que mi corazón palpita ante el futuro.

Cadmo

Tú le mataste, tú junto con tus hermanas.

Ágave

¿Pero dónde murió? ¿Fue en el palacio o dónde?

Cadmo

Donde antaño a Acteón los canes desgarraron.

ÁGAVE

Mas ¿por qué al Citerón acudió el infeliz?

CADMO

A mofarse del dios iba y de las orgías.

ÁGAVE

¿Y nosotras allí cómo fuimos a dar?

CADMO

Delirabais vosotras y la ciudad entera.

ÁGAVE

Dioniso nos perdió; bien lo comprendo ahora.

CADMO

Sí, porque le insultabais no creyéndole dios.

ÁGAVE

¿Y dónde el cuerpo amado, padre, de mi hijo está?

CADMO

Lo encontré a duras penas y lo he traído aquí.

ÁGAVE

¿Y están decentemente sus miembros reunidos?

<CADMO

Sólo en el grado mínimo que aquello permitía.>

ÁGAVE

¿Mas qué tuvo Penteo que ver con mi locura?

CADMO

Se equiparó a vosotras en el no honrar al dios
y nos implicó a todos en un común desastre,
a vosotras y a él mismo, destrozando esta casa,
y a mí también, que quedo sin viril descendencia
viendo cómo del modo más vergonzoso y feo
perece este retoño de tu vientre infeliz.

Dirigiéndose al cadáver.

¡Hijo en quien el palacio se miraba, tú el único
que unido lo tenías, quien de mi hija nació,
terror de la ciudad, pues nadie se atrevía
a abusar de este anciano viendo ante ello tu rostro
que al ofensor el justo castigo presagiaba!
Ahora con infamia de la casa expulsado
seré yo, aquel gran Cadmo que sembró y cosechó
la mies extraordinaria de la tebana estirpe.
¡Oh, el hombre a quien más quiero, pues seguirás con-
[tando
como tal aunque ya no existas, hijo mío!
Ya no me abrazarás tocando mi barbilla,
hijo mío, y el padre de tu madre llamándome
y diciendo: «¿Quién es, anciano, el que te ofende
o deshonra? ¿Quién turba tu corazón o apena?
Di, padre, y reprender pueda a aquel que te ultraje.»
Un miserable ya soy yo y tú un desdichado
y compasión provocan tu madre y tus hermanas.
Pero, si hay quien desprecie todavía a los dioses,
mire el fin de éste y crea que realmente existen.

CORIFEO

Yo me duelo por ti, Cadmo; justa expiación
la de tu nieto ha sido, mas para ti penosa.

ÁGAVE

Pues ves, padre, de qué modo cambió mi espíri-
[tu... *Bacch.* 1329
... a mí, la desdichada que me jactaba anta-
[ño... *Chr. P.* 1011
... si no hubieran mis manos contraído la man-
[cha... *sch.* Ar. *Pl.* 907
... consuelo bien exiguo para aquellos que han muer-
[to... *Chr. P.* 1449

CADMO

... yo que, siendo su abuelo, me fatigué en
[traer P. Ant. 24, 2 *a* 3
los miembros destrozados, sangrientos de Penteo... 4

CORIFEO

Instrúyase el mortal que esto haya contemplado: 5
Zeus es quien a Dioniso como dios engendró. 6

ÁGAVE

¿Quién es este cadáver que mis manos sostie-
[nen? *Chr. P.* 1311
¿Cómo, triste de mí, contra mi pecho aprieto 1312
esto que tocar no oso? ¿Cómo voy a llorarle? 1313
... por que de mi hijo abrace cada uno de los miem-
[bros, 1256
besando aquellas carnes que yo misma crié... 1257
¿Qué manos, hijo mío, de ti van a cuidar? 1123
Ea, anciano, ajustemos al tronco la cabeza 1466
del desdichado y todo su cuerpo compongamos 1467
como nos sea posible... 1468
¡Oh, amadísima faz, oh, juvenil quijada! 1469
Vamos, con este velo cubriré tu cabeza. 1470
¿Con qué peplo podré tus miembros recubrir? 1122

DIONISO

Hablando desde el theologeion.

El mísero despojo que tienes en tus bra-
[zos, P. Ant. 24, 2 *b*
Ágave, fue Penteo, quien quiso reprimir
nuestro éxtasis...
... va a impedir que veáis del regreso la luz...
... maltrató a un bienhechor con envidiosa cóle-
[ra, *Chr. P.* 1666
le cargó de cadenas, le ofendió con palabras... 1664
... por eso murió a manos de la propia familia 1663
y justo fue el castigo que en ello recibió... 1667
... que habrás de conocer la sanción merecida... 300
... palabras no adecuadas con mentira dijeron 1360
que yo había nacido de alguno de los hombres. 1361
Pero no les bastó de tal modo afrentarme... 1362
... pues tú, la criminal, debes salir de aquí... 1756
... mas no debo ocultar lo que sufrirá el pueblo... 1668
... expiando la pena del crimen cometido... 1675
... y dejen la ciudad, cediendo al enemigo... 1669
... salir de la ciudad, donde un impío miasma... 1674
... y ya nunca más ver la patria, que no deben 1676
vivir los asesinos tan cerca de las tumbas... 1677
... y a infinitas ciudades lleguen, llevando el yugo 1678
servil los desgraciados... 1679

... vasallos de las lanzas, llenos de muchos males... 1672
Y ahora a ti explicaré las penas que te aguardan: 1690
te tornarás dragón y Harmonía, tu esposa, *Bacch.* 1330
con la cual, hija de Ares, casaste, aun mortal siendo,
su forma cambiará volviéndose serpiente;
y, como un vaticinio de Zeus dice, con ella
un carro por terneros tirado llevarás,
serás jefe de bárbaros e incontables ciudades
devastarás con gran tropa hasta que de Loxias
el oráculo pillen y miserablemente
vuelvan; pero a Harmonía y a ti os ha de salvar
Ares, que os dará eterna vida allí donde habitan
los Bienaventurados. Tal digo yo, Dioniso,
no nacido de padre mortal, sino de Zeus.
Si a tener sensatez negado no os hubierais,
conmigo como aliado llevarais vida próspera.

CADMO

Te imploramos, Dioniso, pues te hemos agraviado.

DIONISO

Tarde me conocisteis, no cuando era preciso.

CADMO

Nos damos cuenta de ello, pero mucho nos hieres.

DIONISO

Porque a quien era dios de tal modo ultrajasteis.

CADMO

Los dioses no debieran sentir pasión humana.

DIONISO

Ya hace tiempo que el padre Zeus tal hado os fijó.

ÁGAVE

¡Ay, un penoso exilio se nos impone, anciano!

DIONISO

¿Por qué, pues, resistiros a aquello que es fatal?

CADMO

¡Hija, a qué grave mal vamos a llegar todos,
tú, infeliz, tus hermanas y yo, el infortunado
que, ya en mi ancianidad, meteco en tierras bárbaras
iré a ser! Y además hay una profecía
por la que una promiscua tropa bárbara contra
la Hélade mandaré convertido en dragón
y a mi esposa Harmonía transformada en serpiente
feroz contra las aras y sepulcros helénicos
llevaré con mis lanzas; ¡no cesarán mis males,
pobre de mí, jamás ni quedaré tranquilo
aun tras atravesar el abrupto Aqueronte!

ÁGAVE

Y yo, padre, privada de ti voy al destierro.

CADMO

¿Por qué, pobre hija mía, me abrazas como el cisne
al ave vieja y cana que para nada vale?

ÁGAVE

¿Adónde iré, pues soy del país expulsada?

CADMO

Hija, no sé; de poco va tu padre a servirte.

ÁGAVE

¡Adiós, casa; adiós, oh, paterna ciudad!
Me obliga el destierro mi hogar a dejar
en triste avatar.

CADMO

Ve ahora, hija mía, a la <casa de Acteón 1371
y> Aristeo; <allí ve>.

ÁGAVE

Gimo, padre, por ti.

CADMO

Yo por ti lo hago y a 1372
tus pobres hermanas las lloro también.

ÁGAVE

Fue terrible, ultrajante este mal con el cual
Dioniso, el señor,
tu casa ha venido a golpear.

DIONISO

Porque en forma afrentosa tratado aquí fui;
a mi nombre negóse el legítimo honor.

ÁGAVE

¡Adiós, padre, adiós!

CADMO

¡Mi pobre hija, salud
te deseo, mas dudo que llegue ella a ti!

Sale de escena.

ÁGAVE

Al coro de Bacantes mientras se retiran en un lento desfile.

¡Llevadme, llevadme hacia el sitio en que van
mis pobres hermanas su exilio a empezar!
Ir quiero al lugar
en que verme no pueda el cruel Citerón
ni vean mis ojos tal monte jamás
ni haya nada que me haga en el tirso pensar;
gocen otras Bacantes con él.

CORIFEO

Suele formas diversas tomar el destino:
lo que cumplen los dioses prever no se puede.
Lo esperado no dejan que llegue a su fin,
consiguen que se haga real lo imposible.
Así en esta historia ocurrió.

LAS FENICIAS

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-201; monólogo de Yocasta, 1-87; diálogo entre el preceptor y Antígona, ella en versos líricos, 88-201).

Párodo (202-260; dos estrofas y antístrofas).

Primer episodio (261-637; monólogo inicial de Polinices y su reconocimiento por el corifeo, 261-300; monodia de Yocasta, 301-354; Polinices y Yocasta, 355-437; los mismos y Eteocles, 446-637).

Primer estásimo (638-689; estrofa, antístrofa y epodo).

Segundo episodio (690-783; Eteocles y Creonte).

Segundo estásimo (784-833; estrofa, antístrofa y epodo).

Tercer episodio (834-1018; Tiresias y Creonte; Meneceo y Creonte; monólogo de Meneceo).

Tercer estásimo (1019-1066; estrofa y antístrofa).

Cuarto episodio (1067-1283; un mensajero y Yocasta; Antígona y Yocasta).

Cuarto estásimo (1284-1307; estrofa y antístrofa).

Quinto episodio (1308-1736; Creonte y el corifeo; el mensajero; monodia de Antígona, 1485-1538; diálogo lírico entre Antígona, Édipo y Creonte, 1539-1736).

Despedida anapéstica del corifeo (1764-1766).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

YOCASTA, *esposa de Édipo, madre de Eteocles y Polinices.*
PRECEPTOR *de Antígona.*
ANTÍGONA, *hija de Édipo, hermana de Eteocles y Polinices.*
POLINICES, *su hermano.*
ETEOCLES, *hermano de los anteriores.*
CREONTE, *hermano de Yocasta.*
TIRESIAS, *adivino ciego.*
MENECEO, *hijo de Creonte.*
PRIMER MENSAJERO.
SEGUNDO MENSAJERO.
ÉDIPO, *padre de Eteocles, Polinices y Antígona.*

CORO DE MUJERES FENICIAS.

PERSONAJES MUDOS:
- HIJA DE TIRESIAS.
- SOLDADOS TEBANOS DE ETEOCLES.
- SEGUIDORES DE YOCASTA Y CREONTE.
- PARTICIPANTES EN EL CORTEJO FÚNEBRE.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: YOCASTA, TIRESIAS, ÉDIPO.
DEUTERAGONISTA: POLINICES, ANTÍGONA, CREONTE.
TRITAGONISTA: ETEOCLES, PRECEPTOR, MENECEO, MENSAJEROS.

La acción transcurre en Tebas. Al fondo de la escena el palacio real, sobre cuyo tejado hay una terraza a la que conduce una escalera. Delante del palacio se encuentra un altar consagrado a Apolo. Recita el prólogo la anciana Yocasta, que sale del palacio enlutada y con su cabello rapado.

YOCASTA

¡Oh, sol, cuyos corceles raudos hacen rodar
tu llama sobre el mundo, qué triste luz enviaste
a Tebas cuando Cadmo de Fenicia llegó!
El cual, en matrimonio con Harmonía, la hija
de Cipris, nacimiento dio a Polidoro; y cuentan
cómo éste engendró a Lábdaco, que a su vez padre fue
de Layo. En cuanto a mí, por nacida me tienen
de Meneceo; y Creonte procede de la misma
madre que me parió. Y es Yocasta mi nombre,
pues tal quiso mi padre. Casé con Layo y, cuando,
después de muchos años de enlace, nos faltaba
en casa descendencia, fue a consultar a Febo
y a pedirle a la vez que accediera a otorgarnos
hijos varones que nuestro hogar compartiesen.
Y el dios dijo: «¡Oh, señor de las hípicas Tebas!
Filial simiente no eches en contra de los dioses
y, en otro caso, muerte te dará aquel que nazca
de ti y tu casa entera se inundará de sangre.»
Pero él, en el deseo cayendo y frenesí,
engendró un niño en mí que luego, al recordar
las palabras del dios y comprender su falta,
hizo que unos boyeros en la pradera de Hera
expusiesen y el monte Citerón tras haberle
horadado con hierros los tobillos, lo cual
fue la causa de que Édipo se le llamara en Grecia.
Mas los caballerizos de Pólibo lleváronle
a su casa y en manos le pusieron de su ama
y ella dijo a su esposo que el con dolor tenido
por mí era de los dos y le crió a sus pechos.
Y, cuando le nacía bozo en la roja barba,

mi hijo, que algo dedujo si no se lo dijo alguien,
fue a la casa de Febo queriendo averiguar
quiénes eran sus padres mientras Layo, mi esposo,
saber se proponía si aún vivía su vástago.
Y encontráronse en un camino que en la Fócide
se bifurca. El auriga de Layo le gritó:
«¡Extranjero, retírate, no estorbes al monarca!»
Pero él, de orgullo henchido, siguió sin contestar
y ensangrentados fueron sus pies por las pezuñas
de los potros. Lo cual —¿por qué contar aquello
que no atañe a este mal?— hizo que al propio padre
matara y luego a Pólibo, que le crió, obsequiara
con aquel carro. Y, como la Esfinge y sus secuestros
a la ciudad afligían con mi marido ausente
y Creonte proclamó, mi hermano, que en mi cama
iba a entrar quien lograra resolver el enigma,
diose la circunstancia de que el canto entendió
de la Esfinge mi hijo Édipo, que como premio obtuvo
el cetro de esta tierra. Y así el desventurado
con su madre se unió sin saberlo y tampoco
ella se percató de que con él yacía.
Di, pues, a mi hijo dos varones, Eteocles
y el ilustre, potente Polinices, y dos
muchachas: a una de ellas llamó Ismene su padre
y a la mayor yo Antígona. Y, al saber que eran bodas
incestuosas las suyas, Édipo, el sufridor
de tantos infortunios, de tremenda manera
los ojos se sacó, llagando sus pupilas
con sus áureas hebillas. Después, cuando negreaba
la barba de mis hijos, a su padre encerraron
para que en el olvido cayera aquel suceso
que tanta explicación requería. Está, pues,
vivo en casa y sufriendo por su sino y lanzando
impías maldiciones contra ellos y deseándoles
que esta casa con armas aguzadas se tengan
que repartir. Entonces ellos cobraron miedo
de que los dioses dieran cumplimiento a estos votos
si ellos juntos vivían y acordaron un turno
de un año: Polinices, el más joven, la tierra
de grado dejaría y Eteocles el mando
conservaría en ella. Pero, una vez se ha visto

éste al timón sentado del reino, no consiente
en ceder ya su trono y a seguir exiliado
obliga a Polinices, el cual fue a Argos, casó
con una hija de Adrasto y ha reunido una tropa
de infinidad de escudos con la que se halla frente
al muro y siete puertas solicitando el cetro
paterno y el reparto del país. Yo aplacar
la querella pretendo y he logrado de mi hijo
que no acuda a las armas sin hablar con su hermano;
y anuncia un mensajero que ya ha llegado. ¡Zeus,
sálvanos, habitante del esplendente cielo!
¡Reconcílienseǃ No debiera un dios sensato
dejar que siempre el mismo mortal dolores sufra.

Yocasta se retira hacia el interior del palacio. Aparece en la terraza el preceptor; habla a Antígona, que está todavía dentro del palacio.

PRECEPTOR

Retoño ilustre, Antígona, de tu casa y tu padre,
pues te deja tu madre que salgas de las salas
en que estáis las muchachas para, como querías,
ver las tropas argivas en el último piso
del palacio, espera antes, que el camino te explore,
no nos vaya a salir al paso algún tebano
y nos venga un reproche feo a mí como siervo
y a ti como señora. Te explicaré asimismo
lo que de los Argivos ver y oír pude cuando
allí fui y desde allí volví para ofrecer
las treguas a tu hermano. Pues bien, ya que ningún
ciudadano a la casa se arrima, en esta vieja
escalera de cedro tu pie puedes poner.
Mira el llano y qué gran ejército lo ocupa
cerca de las orillas del Ismeno y de Dirce.

ANTÍGONA

Une, pues, esa vieja mano a esta joven,
conduce mis pasos
escalera arriba.

PRECEPTOR

Mira, ya te la tiendo, niña, y es oportuna
tu llegada: se mueve la pelásgica tropa
y entre sí separarse veo los batallones.

ANTÍGONA

Ya desde el exterior.
¡Oh, señora, hija de Leto,
Hécate! En toda la llanura
el bronce reluce.

PRECEPTOR

Es que no desarmado vino aquí Polinices,
sino con el estrépito de mil caballos y armas.

ANTÍGONA

¿Hay cerrojos puestos y broncíneas barras
en estas murallas pétreas que Anfión
construyera antaño?

PRECEPTOR

Queda tranquila: está la ciudad bien segura
por dentro. Mira aquello que quieres conocer.

ANTÍGONA

¿Quién es aquel del penacho
blanco que a todos conduce
llevando el brazo armado
con escudo de bronce?

PRECEPTOR

Es un jefe, señora.

ANTÍGONA

¿Quién y dónde nació?
Explícamelo, anciano, dime cómo se llama.

PRECEPTOR

Cuentan que es miceneo, mas junto a las corrientes
de Lerna habita y es el rey Hipomedonte.

ANTÍGONA

¡Oh, qué arrogante! ¡Qué terrible apariencia!
A un gigante terrígena es igual
de los de las pinturas. ¡Y cómo brilla!
¡Su aspecto no es de hombre!

PRECEPTOR

¿No ves al que las aguas de Dirce cruza ahora?

ANTÍGONA

¡Distinta, muy distinta es su armadura!
Ese otro ¿quién es, pues?

PRECEPTOR

Tideo, el que nació
de Eneo y en su pecho lleva el Ares etolo.

ANTÍGONA

¿Es el que a la hermana se unió consanguínea
de la que con Polinices
casó? ¡Singular
su armamento parece, medio bárbaro ser!

PRECEPTOR

Llevan escudo todos los Etolos y no hay
gentes que más certeras sean con sus venablos.

ANTÍGONA

¿Y aquel que pasa al lado de la tumba de Zeto,
lleno de rizos, muchacho que inspira
espanto al mirarle?
Un jefe a juzgar por la tropa armada
que tras él camina.

PRECEPTOR

Ése es Partenopeo, nacido de Atalanta.

ANTÍGONA

¡Artemis, que corre por las montañas
con su madre, le mate lanzándole dardos, pues vino a mi
[tierra
para devastar esta ciudad!

PRECEPTOR

Tal suceda, hija mía, mas con justicia vienen,
lo cual temo que vean bien las divinidades.

ANTÍGONA

¿Y dónde está el nacido de mi madre con triste
sino? ¡Oh, queridísimo
anciano, dime dónde se encuentra Polinices!

PRECEPTOR

Junto a Adrasto y vecinos uno y otro al sepulcro
en que están enterradas las siete hijas de Niobe.
¿Les ves?

ANTÍGONA

No claramente, pero sí una figura
y un busto que a los suyos creo que se asemejan.
¡Ojalá por el éter volar pudiera
con más veloz carrera que las nubes
hacia el pobre hermano exiliado
desde hace tanto tiempo y su cuello
abrazar amadísimo!
¡Cómo en sus armas de oro refulge, anciano,
parejo a los rayos del sol al alba!

PRECEPTOR

Al palacio las treguas le harán venir colmándote
de alegría.

ANTÍGONA

Y ese otro, ¿quién puede ser, anciano,
que un blanco carro rige manejando sus riendas?

PRECEPTOR

Anfiarao, señora, que es augur; y con él
van las víctimas cuya sangre la tierra ansía.

ANTÍGONA

¡Oh, Selene, la hija de Leto, la diosa
de brillante cintura, áurea luz
redonda, con qué calma y qué mesura
aplica el aguijón a sus corceles!
¿Y dónde Capaneo se halla, el que de tal modo
nos amenaza?

PRECEPTOR

Mide los muros desde arriba...
a abajo calculando cómo los va a escalar.

ANTÍGONA

¡Oh, tú,
Némesis, y truenos sonoros de Zeus,
y tú, fulgor radiante del relámpago,
que la altanería soberbia de humillar gustas,
he aquí al que hacer sierva quiere
a Tebas con su lanza de Micenas
y que la esclavice el tridente
de Posidón, el que hizo brotar
para Amimone el agua lernea!
¡Jamás padezca yo tal servidumbre,
hija de Zeus, Ártemis augusta,
diosa de los dorados bucles!

PRECEPTOR

Entra, hija, en el palacio y en tu virginal cámara
quédate, pues el gusto ya te has dado de ver
aquello que tenías ganas de contemplar.
Porque, en la agitación que a la ciudad conmueve,
viene a la casa real una femenil turba
y a la crítica suelen las mujeres ser dadas
y, sólo con que tengan una pequeña base,
la amplían con sus dichos y es un placer para ellas
el decir cosas malas contra las de su sexo.

Se retiran Antígona y el preceptor. A la vez entra en escena el coro, compuesto por quince mujeres vestidas al modo oriental.

CORO

He venido, dejando el mar
tirio y la ínsula fenicia,
a ser primicia esclava
para Febo en su templo,
que en los nevados collados se alza
del Parnaso; remé
por los estériles llanos del mar
jonio, que a Sicilia baña,
galopando bajo los soplos
del céfiro, cuyo susurro
es el más bello clamor
que en el cielo se escuche.

Elegida entre mis paisanas
como bello don de Loxias,
llegué a tierras cadmeas
ilustres de Agenor,
a las murallas de Layo, afines
a mí y a mi linaje.
De Febo sierva soy como una áurea
alhaja labrada en oro;
me esperan las aguas castalias
en que bañe mi hermosa y virgen
cabellera cuando preste
mis febeos servicios.

¡Roca gemela que reflejas
el fuego cuando en tu cima hay fiestas
báquicas de Dioniso!
¡Cepa que todos los días
destilas el fecundo
zumo de tus uvas! ¡Cueva
del dragón divina, atalayas
montañosas de los dioses!
¡Sacra, nivosa cumbre, ojalá
pueda yo, dejando a Dirce,
sin temor danzar en coro
del dios inmortal junto a aquel templo
que es ombligo del mundo!

Ahora viene a estos muros
el fiero Ares y blande
contra Tebas su tea.
¡No consiga incendiarlas!
Comunes son las penas
del amigo y Fenicia
sufrirá si algo ocurre
a esta ciudad de siete
puertas. Corre la misma sangre
en los nacidos de la cornuda
Io y su mal comparto.

Una compacta nube
de escudos ilumina

la ciudad y es presagio
de lucha en la que el árbitro
Ares a los Edípidas
traerá de las Erinis
la maldición. ¡Pelásgico
Argos, temo tu fuerza
y el poder divino! No injusto
es que a la lid baje armado el hijo
en busca de su herencia.

Polinices entra en escena por un lateral, con la espada en la mano y mirando inquietamente a todas partes.

POLINICES

Cerrojos y porteros me han acogido bien
y entré tan fácilmente dentro de la muralla,
que temo estar en una red cogido de donde
no me liberen sin ensangrentar mi cuerpo.
Por eso hay que mirar en una dirección
y en otra, no se trate de una trampa, y, armado
con la espada en la mano, darme una confianza
a mí mismo que arrojo me permita mostrar.
¡Eh! ¿Quién va? ¿Es que ante un ruido nos amedrenta-
[remos?
Todo infunde pavor al que atrevido pone
su pie en tierra enemiga. Cierto es que he de confiar
en mi madre, que aquí me hace venir mediante
una tregua, mas no me encuentro muy seguro.
Pero hay cerca un recurso, que es el vecino fuego
del altar; y el palacio no está vacío. El arma,
pues, a la vaina vuelva y a éstas preguntaré
quiénes son y por qué paradas se hallan junto
al palacio.

Dirigiéndose al coro.

Extranjeras, decidme, ¿de qué patria
sois y por qué rondáis una morada helénica?

CORIFEO

Fenicia fue la patria que me crió y me enviaron
los nietos de Agenor aquí como primicia
bélica para Apolo. Y el preclaro hijo de Édipo
iba a hacer que al augusto santuario de Loxias

y a sus aras me guiasen cuando en campaña entraron
los Argivos contra esta ciudad. Mas tú respóndeme:
¿quién eres y por qué vienes a este recinto
de la tierra tebana que siete puertas tiene?

POLINICES

Édipo, hijo de Layo, mi padre fue y parióme
Yocasta, la nacida de Meneceo; llámame
Polinices el pueblo de la ciudad de Tebas.

CORIFEO

Arrodillándose ante Polinices.

¡Pariente de los hijos de Agenor, mis tiranos,
por lo que aquí mandados fuimos, yo me prosterno
ante ti arrodillada, oh, señor mío,
honrando mi nacional uso!
¡Entraste al fin en tu tierra patria!
¡Oh, oh, soberana, sal a tu vestíbulo,
abre sus portones!
¿Oyes, oh, madre que a luz le dio?
¿Por qué el dejar tu palacio demoras
para acoger a tu hijo?

YOCASTA

Que sale del palacio.

Al oír acentos
fenicios vienen mis viejos pies
arrastrándose temblorosos.

Viendo a Polinices y abrazándole.

¡Oh, hijo mío,
tu rostro veo por fin tras incontables
días! ¡Rodee tu abrazo
el pecho de tu madre,
tus mejillas y los negros
bucles de tu melena vengan
a ensombrecer mi cuello! ¡Al fin, al fin
tocas sorprendentemente
los brazos maternos, que no lo esperaban!
¿Qué diré de ti? ¿Cómo
mis manos y mi boca,
el danzar alocado,

placentero de mi cuerpo hallará el deleite
de la antigua alegría?
Dejaste, hijo, vacío el patrio lar
ante el fraterno ultraje; te añorábamos
todos tus amigos,
te añoraba Tebas.
Por eso rapé mis blancos cabellos,
luctuosa ofrenda hecha con llanto; y peplos
blancos, hijo, no llevo ya, mas vístome
con los siniestros andrajos negros
que ahora me cubren.
Y en casa el anciano, cegados sus ojos,
siempre llorando de menos echa
a la coyunda
del familiar carro, que hoy se ha desunido;
y a su espada salta
por darse muerte suicida
o a una maroma en el techo,
gimiendo por la prole
a la que maldijera, en esa lúgubre,
miserable noche.
Oigo, hijo, que hallaste un himen
y la deleitable paternidad en casa
extraña y unido a extraños,
golpe cruel para tu madre
y para el antiguo Layo,
matrimonial desastre
venido desde fuera.
Y yo no encendí teas en tu boda
como es la costumbre
de las madres felices;
ni se unió a tus nupcias Ismeno aportando
el honor lustral; y Tebas callaba
cuando entró en tu lecho la novia. ¡Perezca
quien causó estos males, el hierro,
la discordia o bien tu padre o la furia
divina que en casa de Édipo irrumpió
a celebrar allí
su funesta orgía que me apesadumbra!

CORIFEO

Grande es en las mujeres el haber sido madres
y todo el femenino sexo a los hijos ama.

POLINICES

Madre, he hecho bien y mal con haberme acercado
a mi enemigo; pero forzoso es que todo hombre
quiera a la patria. Aquel que sostenga otra cosa,
habla por hablar con el alma puesta en ella.
Pero tal fue mi espanto y el miedo con que vine,
no fuera alguna trampa mortal a urdir mi hermano,
que espada en mano toda la ciudad he recorrido
y por doquier mirando. Lo único que me ayuda
es la tregua y la fe que en ti tengo y me trajo
a las murallas patrias. Y llorando llegué
al ver tras tanto tiempo los palacios y altares
divinos y el gimnasio que me crió y el agua
de Dirce: injustamente perdí todo ello al ser
lanzado a una extranjera ciudad donde resido
con un río de lágrimas en mis ojos. Y ahora
es un nuevo dolor el ver tu pelo al rape
y tus negros vestidos. ¡Ay, desventuras mías!
¡Qué horrible el odio, madre, de quienes son parien-
[tes!
¿Qué hace en casa mi viejo padre, siempre en tinie-
[blas,
y qué mis dos hermanas? ¿Gimen quizá las pobres
alguna vez pensando que desterrado estoy?

YOCASTA

Malamente los dioses destruyeron la raza
de Édipo desde que parí indebidamente
y en mala hora casé con él y te di a luz.
Mas ¿qué hacer? Lo divino debe ser acatado.
Y ahora temo herirte con mis preguntas, pero
siento ansia de saber lo que puedas decirme.

POLINICES

Pues interrógame, no omitas nada: todo
lo que tú, madre, quieras me resulta agradable.

YOCASTA

Sobre todo deseo saber qué sea el verse
privado de la patria; ¿sin duda un grande mal?

POLINICES

Enorme y aun mayor en hechos que en palabras.

YOCASTA

¿En qué consiste? ¿Qué molesta al desterrado?

POLINICES

Sobre todo que libre no es de hablar como guste.

YOCASTA

Eso es cosa de siervos, callar lo que uno piense.

POLINICES

La necedad del amo tiene que soportarse.

YOCASTA

Tampoco es agradable ser tonto con los tontos.

POLINICES

Pero el propio interés esclaviza al no esclavo.

YOCASTA

Dicen que al exiliado le nutre la esperanza.

POLINICES

Mira con buenos ojos, mas su efecto es tardío.

YOCASTA

¿Y así demuestra el tiempo que es vana en realidad?

POLINICES

Pero un dulce consuelo trae entre muchos males.

YOCASTA

Y antes del matrimonio ¿con qué te alimentabas?

POLINICES

Unos días tenía comida y otros no.

YOCASTA

¿No te ayudaron huéspedes de tu padre y amigos?

POLINICES

Sé feliz, que, si no, nada la amistad vale.

YOCASTA

¿Tu preclaro linaje no te elevaba mucho?

POLINICES

Malo es ser pobre: no me alimentó mi estirpe. 405

YOCASTA

No hay nada, por lo visto, más grato que la patria.

POLINICES

Imposible es citarte nada que la supere.

YOCASTA

¿Por qué fuiste a Argos? ¿Qué designio te llevó?

POLINICES

No sé: algún dios llamábame para cumplir mi [sino. 413

YOCASTA

Sí, los dioses son sabios; pero ¿cómo casaste? 414

POLINICES

Un oráculo Loxias para Adrasto emitió. 409

YOCASTA

¿Cuál? ¿Cómo es lo que dices? No puedo imaginar- [lo. 410

POLINICES

Que a un león y a un jabalí sus dos hijas uniera. 411

YOCASTA

Mas tú con esas fieras ¿qué tenías que ver? 412

POLINICES

De noche ante el portal de Adrasto presentéme.

YOCASTA

¿Buscando una yacija como exiliado errante?

POLINICES

Así es; y allí también llegó otro desterrado.

YOCASTA

¿Quién? Un infortunado por lo visto igualmente.

POLINICES

Tideo, del que dicen que es el hijo de Eneo.

YOCASTA

¿Y por qué con dos fieras Adrasto os comparó?

POLINICES

Porque nos peleábamos por un mismo cubil.

YOCASTA

¿Así el hijo de Tálao comprendió el vaticinio?

POLINICES

Y nos dio a cada cual una de sus doncellas.

YOCASTA

¿Fueron, pues, venturosas vuestras bodas o no?

POLINICES

Hasta hoy del matrimonio no me puedo quejar.

YOCASTA

¿Cómo lograste que te siguiera un ejército?

POLINICES

Adrasto a sus dos yernos juró que llevaría 427
a sus patrias, mas antes a mí. Y tengo conmigo 429
muchos próceres dánaos y miceneos que
me prestan un servicio necesario, aunque triste,

porque combato contra mi propia tierra. Y juro
por los dioses que no quería alzar las armas
de modo voluntario frente a los más queridos.
A ti reconciliar y amistar, madre, cuádrate
a tus dos consanguíneos; y cesen mis desdichas
y las tuyas y aquellas que la ciudad padece.

CORIFEO

Viendo llegar a Eteocles por un lateral.

He aquí que a hacer las paces se presenta Eteocles:
deberías, Yocasta, razonar de manera
que a tus dos hijos pueda llevar a la amistad.

ETEOCLES

Madre, ya estoy aquí: vine por complacerte.
¿Qué hay que hacer? La palabra debe ya tomar alguien.
Pues yo, que ante los muros de la ciudad acoplaba
mis tropas, lo he dejado con el fin de escuchar
ese arbitraje tuyo para el que me indujiste
a tolerar que a este hombre trajeras al recinto.

YOCASTA

Espera, que las prisas a la justicia dañan
y es la discusión lenta fuente de sensatez.
Modera tu mirada terrible y el hervor
de tu alma: la cabeza degollada no tienes
ante ti de Gorgón, mas a tu propio hermano.
Y la vista también vuelve tú, Polinices,
al tuyo: si le miras cara a cara, mejor
podrás hablar con él y entender lo que diga.
Daros quiero un consejo razonable: cuando alguien
que está encolerizado contra un amigo se halla
frente a él y con los ojos en los suyos, no debe
atender sino a aquello que le trajo y ningún
recuerdo conservar de lo que pasó antaño.
Tú debes hablar antes, ¡oh, Polinices, mi hijo!,
pues vienes con la tropa de los Danaidas porque
has sufrido injusticia según dices: que juez
y reconciliador algún dios aquí sea.

POLINICES

Sencillo es el lenguaje de la verdad y lo justo
de explicaciones largas no necesita y tiene
en sí razón de ser, mientras que la injusticia
requiere hábiles drogas que remedien su vicio.
Yo puse por delante del peculio paterno
mi interés y el de Eteocles, pues, queriendo escapar
a aquellas maldiciones que Édipo nos lanzó
antaño, abandoné de grado este país
y el reino de la patria le cedí para un año
con el fin de otro tanto yo tenerlo a mi vez
sin enemistad alguna ni sangre entre nosotros.
Él accedió y juró delante de los dioses,
pero nada cumplió de aquello, mas el reino
conserva para sí con mi parte de herencia.
Y ahora dispuesto estoy, si se me da lo mío,
a llevarme el ejército de esta tierra y vivir
en mi casa durante mi turno y dejar luego
que él rija el mismo tiempo sin devastar mi patria
ni aplicar a los muros los peldaños de firmes
escalas, lo que, en cambio, voy a intentar hacer
si no gano el litigio. Y a los dioses invoco
como testigos de que, habiendo actuado siempre
con justicia, sin ella me privan de mi patria
del modo más inicuo. Por orden cada cosa
dije, madre, sin fárragos ni circunlocuciones,
sino de la manera que, según yo lo entiendo,
justa al sabio y al simple tendrá que parecer.

CORIFEO

Yo, aunque en la tierra griega no me crié, razonable
considero que ha sido lo que ahora nos dijiste.

ETEOCLES

Si para todos fuera todo sabio y hermoso,
no habría entre los hombres discordia o controversia;
pero nada hay humano que de hecho igual resulte
ni semejante aunque haya palabras que tal digan.
Madre, te voy a hablar sin ocultarte nada:
yo hasta a los propios ortos iría de los astros

y a las entrañas mismas de la tierra, si fuera
capaz de ello, con tal de lograr el poder,
que es la divinidad mayor; y, pues es bueno,
cederlo a otro no quiero, madre, mas conservarlo.
¡Cobarde es quien acepta quedarse sin lo mucho
y recibir lo poco! Y además me avergüenza
que quien viene con armas a arrasar la ciudad
obtenga lo que quiere. Para Tebas sería
un oprobio que yo, por temor a las lanzas
miceneas, el cetro que poseo le diese.
No debería, madre, la reconciliación
buscar llegando armado: cuanto el hierro hostil pueda
conseguir, la palabra lo logra. En fin, si quiere
habitar en distintas condiciones aquí,
que lo haga, pero lo otro no se lo cederé
por mi voluntad. ¿Siéndome posible gobernar
habré de ser su esclavo? Contra esto vengan fuego
y espadas; los corceles uncid; llenad los llanos
de carros, que mi reino no dejaré. Si toca
ser injusto, que ocurra con miras al poder
y quede la piedad para asuntos menores.

CORIFEO

Nada vale hablar bien si no es justa la causa:
esta tuya no lo es, que ofende a la justicia.

YOCASTA

Eteocles, hijo mío, no todo en la vejez
es malo: la experiencia suele hablar con más juicio
que los mozos. ¿Por qué te fuiste a enamorar,
hijo, de esa funesta diosa que es la Ambición?
No lo hagas: es injusta y entró en muchas dichosas
moradas y ciudades para causar perjuicio
a quienes la han tenido: ¿y ésa te vuelve loco?
Es mejor a Igualdad honrar, que no otra cosa
hace sino ligar entre sí a las naciones
y alianzas. La igualdad es estable elemento
de lo humano y, en cambio, lo menor siempre lucha
con lo mayor y así resulta ser principio
de disensión perpetua. Medidas y unidades
de peso y cantidades fija Igualdad a los hombres;

la noche y su ojo oscuro como la luz del sol
en igualdad caminan por sus ciclos anuales
sin que ninguno de ellos envidie al que le vence.
Y si aun el propio sol y la noche son siervos
de la medida, ¿tú no vas a contentarte
con tener una igual parte de tu palacio
dejando a éste otro tanto? ¿Dónde está, si tal piensas,
la justicia? ¿Por qué desmesuradamente
la tiranía aprecias, que es feliz injusticia,
y gustas de que te honren y miren, cosa vana?
¿Quieres poseer en casa tesoros que trabajos
te den? ¿Qué es tener más? Solamente palabras.
Al que es inteligente lo suficiente bástale.
Las riquezas no son propiedad de los hombres:
cuidamos del legado que los dioses nos dejan
y que, cuando les place, nos retiran de nuevo.
¡Ea! Si te pregunto por dos alternativas,
si prefieres salvar la ciudad o el poder,
¿querrías ser tirano? Mas, si éste te venciere,
verás esta ciudad tebana dominada
y a muchos de los jóvenes cautivos y debiendo
soportar la violencia de la tropa enemiga.
Dolor causará a Tebas la opulencia que tú
amontonar ansías en tu ambición de honores.
Eso es lo que te digo; y ahora a ti, Polinices:
insensato servicio te prestó Adrasto y necio
has sido tú al venir a asolar la ciudad.
Veamos: si la tomas, lo que ojalá no ocurra,
¿qué trofeos a Zeus erigir, por los dioses,
podrás y qué preámbulos dar a tus sacrificios
y qué inscripción poner junto al botín a orillas
del Ínaco? «¿A los dioses consagró estos escudos
Polinices después de haber quemado Tebas?»
Jamás, hijo, tal gloria te sea dado adquirir
entre los Griegos. Pero, si eres por él vencido,
¿cómo volverás a Argos dejando mil cadáveres?
Dirá alguien: «Esponsales fatales concediste,
Adrasto: perecimos por una sola novia.»
En fin, dos males son, hijo, lo que procuras,
perder a unos y ser víctima de los otros.
¡Dejad esos excesos, dejadlos! No hay peor

cosa que la ceguera de seres enfrentados.

CORIFEO

¡Dioses, apartad estos desastres de nosotros
y que a alguna avenencia lleguen los hijos de Édipo!

ETEOCLES

Madre, no es éste certamen de discursos: a perder
vamos el tiempo y tu celo de nada nos servirá.
No habrá acuerdo de otro modo sino como dije ya:
quede yo dueño del cetro cual monarca del país.
Cesen, pues, tus aburridos sermones y déjame;

A Polinices.

y tú, si no sales de este recinto, muerto serás.

POLINICES

¿A manos de quién? ¿Quién puede tan invulnerable ser
que al herirme con su espada no tema caer también?

ETEOCLES

Está cerca, no lejano. ¿Junto a ti mi brazo ves?

POLINICES

Lo veo, mas la riqueza cobarde hace al hombre y vil.

ETEOCLES

Entonces ¿a qué esa tropa contra quien es tan vulgar?

POLINICES

El general precavido, no temerario ha de ser.

ETEOCLES

La tregua de morir sálvate: puedes fanfarronear.

POLINICES

Y a ti: mi peculio y cetro pido por segunda vez.

ETEOCLES

No admito reclamaciones: en mi casa viviré.

POLINICES

¿Con parte abusiva de ella?

ETEOCLES

Te insisto en que mar-
[ches ya.

POLINICES

¡Oh, aras de los dioses patrios!

ETEOCLES

Que tú quieres devas-
[tar.

POLINICES

¡Oídme!

ETEOCLES

¿Quién al que avanza contra su país oirá?

POLINICES

¡Y de los dioses de níveos potros!

ETEOCLES

Que te odian a ti.

POLINICES

De mi patria me destierran.

ETEOCLES

Viniste a exiliarme a mí.

POLINICES

¡Sin razón, dioses!

ETEOCLES

Invócales en Micenas, que no aquí.

POLINICES

Eres impío.

ETEOCLES

No lucho con mi ciudad como tú.

POLINICES

Pues me expulsas y despojas.

ETEOCLES

Y te mataré ade-
[más.

POLINICES

¿Oyes, padre, lo que sufro?

ETEOCLES

Mas ve lo que haces tam-
[bién.

POLINICES

¿Y tú, madre?

ETEOCLES

No te es lícito tal parentesco mentar.

POLINICES

¡Oh, ciudad!

ETEOCLES

Ve a Argos y al agua de Lerna implorar
[podrás.

POLINICES

Me voy, descuida. A ti, gracias, madre.

ETEOCLES

¡Abandona el
[país!

POLINICES

Lo abandono, pero déjame ver a mi padre.

ETEOCLES

No tal.

POLINICES

Pues a mis hermanas vírgenes.

ETEOCLES

Tampoco a ellas las
[verás.

POLINICES

¡Hermanas!

ETEOCLES

¿Por qué las llama quien su enemigo peor
[fue?

POLINICES

Sé feliz tú al menos, madre.

YOCASTA

¿Y cómo serlo podré?

POLINICES

Ya no existe tu hijo.

YOCASTA

Y yo nací para penas mil.

POLINICES

Porque éste ahora nos maltrata.

ETEOCLES

También maltratado soy.

POLINICES

¿En qué sector lucharás?

ETEOCLES

¿Por qué lo quieres saber?

POLINICES

Para afrontarte y matarte.

ETEOCLES

Lo mismo deseo yo.

YOCASTA

¡Ay de mí! ¿Qué vais a hacer, hijos?

POLINICES

Ello lo dirá.

YOCASTA

¡Rehuid la paterna Erinis!

ETEOCLES

¡Húndase la casa ya!

POLINICES

No estará inactiva mucho tiempo mi espada fatal.
Y a los dioses por testigos pongo y mi tierra natal
de que humillado me arrojan con tratamiento cruel
como si fuera un esclavo, no hijo de Édipo también.
Si algo te ocurre, ciudad, a éste acusa, que no a mí,
porque no vine de grado y él por la fuerza me echó.

Volviéndose hacia el altar.

¡Oh, palacio y soberano Febo agieo, os digo adiós,
y a las gentes de mi edad y a los altares en que
las víctimas se acumulan! No sé si os volveré a ver,
mas no duerme mi esperanza, pues, si me ayuda algún [dios,
creo que a éste dar la muerte y en Tebas reinar po- [dré.

ETEOCLES

Sal de aquí: de cierto fue una divina premonición
lo que a mi padre a darte ese nombre bélico movió.

Polinices abandona la escena por un lateral. Yocasta y Eteocles entran en el palacio.

CORO

Cadmo el tirio a este país
llegó y aquí una cuadrúpeda
ternera salvaje acostó
su cuerpo en el suelo, cumpliendo
el oráculo, donde
debía, según el dios,
los llanos de los Eones
poblar en que abundante brota el trigo
y en que Dirce y su corriente
viva las feraces
campiñas irriga.
Allí su madre, con Zeus unida,
parió a Bromio; y allí
la yedra sinuosa
recién nacido coronóle
con verdes retoños, dándole
su sombra benéfica, a aquel por quien danzan
las mozas de Tebas, en honor de Baco lanzando
el evé femenino.

Allí estaba el sanguinario
dragón de Ares, guardián fiero
que con sus inquietas pupilas
las húmedas ondas del río
frondoso vigilaba.
Cadmo, que en busca llegaba
de agua lustral, le mató
con la piedra lanzada por su brazo
contra su cráneo asesino;
y ordenóle Palas,
la diosa sin madre,
enterrar sus dientes en el suelo
de la fértil campiña.
Parió la tierra entonces
una armada visión surgida
de su superficie misma;
la férrea matanza volvió a sepultarlos
y empapó su sangre la gleba que al sol les mostrara
y a las brisas etéreas.

A ti, Épafo, nacido
de Io, nuestra abuela,
y de Zeus, con mi clamor bárbaro
te invoco, te invoco en mis bárbaras súplicas.
¡Acude a nuestra tierra
que fundaron tus hijos
y poseen los númenes
de dos nombres, Perséfone
y Deméter, la diosa
amada, y Tierra,
reina y nodriza de la raza humana!
¡Ven con las divinas tedíferas,
defiende este país! Todo
es fácil para un dios.

ETEOCLES

Saliendo del palacio acompañado de un servidor a quien da órdenes.

Vete y a Creonte tráete, el hijo de Meneceo, hermano de mi madre Yocasta, y dile que

quiero hacerle consultas privadas y que atañen
a nuestro país antes de presentar batalla
y de poner en líneas las armas.

Viendo llegar a Creonte.

Pero aquí
presente está y te excusa la fatiga del viaje:
en efecto, le veo que a casa se encamina.

CREONTE

He ido a muchos lugares, soberano Eteocles,
porque quería verte, recorriendo las puertas
cadmeas y los puestos en pos de tu persona.

ETEOCLES

También yo hablar contigo deseaba, Creonte,
pues, después de mi plática con Polinices, veo
que es algo muy difícil la reconciliación.

CREONTE

He sabido que a Tebas desprecia con orgullo,
confiando en sus fuerzas y la unión con Adrasto.
Pero ello en las divinas manos debe dejarse:
a contarte vengo algo que ofrece más urgencia.

ETEOCLES

¿Qué es ello? Porque ignoro de qué hablando me estás.

CREONTE

Uno de los Argivos ha sido capturado.

ETEOCLES

¿Y relata algo nuevo de lo que allí sucede?

CREONTE

Que los soldados de Argos nos rodearán muy pronto.

ETEOCLES

Entonces los Cadmeos deben salir armados.

CREONTE

¿Dónde? ¿En tu inexperiencia no ves lo que hay que [ver?

ETEOCLES

Más allá de estos fosos, para luchar al punto.

CREONTE

Nosotros somos pocos y ellos son infinitos.

ETEOCLES

Pero sé que tan sólo de palabra son bravos.

CREONTE

Argos entre los Griegos tiene cierto renombre.

ETEOCLES

Descuida: con sus muertos llenaré la llanura.

CREONTE

Tal quisiera, mas pienso que ello es muy trabajoso.

ETEOCLES

No, dentro del recinto no mantendré la tropa.

CREONTE

Pero el vencer no está sino en tener prudencia.

ETEOCLES

¿Pretendes que me incline por algún otro medio?

CREONTE

Por todo el que no sea peligrar de una vez.

ETEOCLES

¿Y si les sorprendiéramos en ataque nocturno?

CREONTE

Sí, siempre que te salves si ello se malograra.

ETEOCLES

Igualdad trae la noche y ello al osado ayuda.

CREONTE

Terrible es la tiniebla para cualquier fracaso.

ETEOCLES

¿Entonces les ataco cuando comiendo estén?

CREONTE

Sí, por sorpresa, pero la cuestión es triunfar.

ETEOCLES

Dirce es demasiado honda para una retirada.

CREONTE

Nada mejor que actuar con extrema cautela.

ETEOCLES

¿Y si a caballo contra los Argivos cargáramos?

CREONTE

También allí a la tropa muchos carros circundan.

ETEOCLES

¿Qué hago, pues? ¿La ciudad entrego al enemigo?

CREONTE

No por cierto, mas piensa: tú eres inteligente.

ETEOCLES

¿Qué precaución habrá que más sabia resulte?

CREONTE

Dicen, según he oído, que siete hombres entre ellos...

ETEOCLES

¿Qué misión recibieron? ¡Pequeño es ese número!

CREONTE

Cada cual con los suyos atacará una puerta.

ETEOCLES

¿Y qué haremos? No voy a esperar a ese aprieto.

CREONTE

Pon tú también siete hombres en las varias entradas.

ETEOCLES

¿Al mando de sus grupos o para luchar solos?

CREONTE

Al mando; y elegir debes a los mejores.

ETEOCLES

Comprendo: que rechacen al que escale los muros.

CREONTE

Y secúndente: un hombre todo no puede verlo. 745

ETEOCLES

¿Por su valor escójoles o por su sensatez?

CREONTE

Por ambos: para nada vale lo uno sin lo otro.

ETEOCLES

Haré, pues, lo que dices: marcharé a la ciudad
de los siete baluartes para poner un jefe
en cada puerta que haga frente a aquel que la ataque. 750
Mas muy largo sería dar los nombres de todos
cuando los enemigos acampan junto al muro. 752
Algo hemos descuidado: la información acerca 766
de cualesquiera oráculos que pueda quizá dar
Tiresias el augur: enviaré a Meneceo,
tu hijo, que el nombre lleva de tu padre, ordenándole,
¡oh, Creonte!, que acá se venga con Tiresias. 770
Contigo él gustará de hablar, mientras que a mí
me ha de guardar rencor sin duda porque alguna
vez ante él censuré su arte adivinatoria. 773

A los servidores

¡Traedme mi armadura con mis armas completas 779
porque al marcial certamen con que me enfrentaré 780
ayudado me lance por la triunfal Justicia!
Y a Precaución oremos, diosa la más benéfica,
pidiendo que se digne salvar nuestra ciudad.

Sale seguido de sus servidores.

CORO

¡Ares, el dios del dolor! ¿Por qué así te
posee un delirio de sangre y de muertes ajeno a las fies-
[tas
de Bromio? No muestras tus bucles tocando en la flauta
[de loto
los sones que incitan a gráciles danzas del coro florido
de los mozos; no hay tibias en ese cortejo
que diriges, prestando tu aliento a las bélicas tropas
[argivas
que aportan la sangre
a Tebas; ni vistes la nébride cuando
sin tirsos que guíen tu loca carrera te arrojas
con tus carros y haciendo al solípedo potro cuadrúpedo
[el freno
tascar en tu marcha impetuosa hacia el agua
del Ismeno; y también azuzaste a la raza sembrada a
[que luche
contra Argos formando
un tiaso que armado de escudos aguarde a
los contrarios al pie de las pétreas murallas.
¡Tremenda deidad, la Discordia, que tanto
descalabro a los próceres trajo de Tebas,
la familia de Lábdaco, llena de cuitas!

¡Oh, valle frondoso de ubérrima caza,
Citerón, monte níveo en que Ártemis tanto se goza, al
[infante
Édipo, aquel que Yocasta pariera y lanzara a la muerte
de su casa expulsándole, nunca criarle debiste ni hacerle
por sus áureas fíbulas luego famoso!
¡Y ojalá que no hubiera jamás aquí entrado la alada
[doncella,
el monstruo del monte,
a causarnos mil penas, la Esfinge y su canto
funesto! Sus cuádruples garras al muro venían
y al fulgor intangible del éter llevábase al pueblo de
[Cadmo,
porque el Hades, el dios de allá abajo, la enviaba
contra él. Pero ahora es distinto el azote, la pugna que
[enzarza

en las calles de Tebas
a los dos hijos de Édipo. Nunca es hermoso
aquello que feo en su día naciera;
no era lícito el parto materno y oprobio
de su padre debían por fuerza ser ellos:
¡aquélla acostóse en el lecho del hijo!

¡Tierra, engendraste en un tiempo, engendraste,
según escuché yo en mi bárbara casa y comarca, a la
[estirpe
del dragón de bestial apariencia y de cresta purpúrea,
[una raza
que nació de sus dientes, vergüenza y honor a la vez
[para Tebas!
De Harmonía a las bodas vinieron los hijos
de Úrano; al son de la lira de Anfión, la forminge, el
[recinto
de Tebas se alzó con los muros rodeados del curso ge-
[melo
de ambos ríos allí adonde Dirce, vecina al Ismeno,
las fértiles aguas aporta que bañan
la llanura de tanta espesura vestida.
Io, la abuela cornuda, a los reyes
cadmeos parió; y, tras vivir infinitas
bienandanzas que nunca acababan, hoy esta
ciudad en la cúspide de Ares se erige y persigue
la militar corona.

Entra en escena Tiresias, coronado con una guirnalda de oro, apoyado en su bastón y en su hija que guía sus pasos. Les sigue Meneceo.

TIRESIAS

Ve delante, hija, y guíame. Tú eres de este pie ciego
el ojo, como el astro que a los nautas conduce;
avanza procurando que por terreno liso
marche yo, pues soy débil: no vaya a resbalar.
Y que tu mano virgen me conserve las suertes
que en el sitial sagrado donde augurios obtengo
recibí de las aves. Meneceo, hijo mío,
nacido de Creonte, dime si aún queda mucho
camino en la ciudad hasta llegar adonde

está tu padre, porque se cansan mis rodillas
y, aunque el paso acelero, muy poco es lo que avanzo.

CREONTE

Queda tranquilo: el ancla puedes echar, Tiresias,
cerca de tus amigos.

A Meneceo.

Cógele, hijo, pues, como
niños que aún no andan, acostumbran los viejos
a esperar que a la puerta se les tienda una mano.

TIRESIAS

Bien, heme aquí. ¿Por qué con prisa me llamaste?

CREONTE

No me olvido: recobra tus fuerzas y el aliento
y reponte de la ardua venida hasta mi casa.

TIRESIAS

Rendido estoy por cierto de fatiga, que ayer
me llamaron los hijos de Erecteo: otra guerra
contra Eumolpo y sus lanzas había y conseguí
que fueran los Cecrópidas en ella vencedores.
Esta áurea guirnalda que ves me la otorgaron
ellos como primicia del botín enemigo.

CREONTE

Considero un presagio tu corona triunfal:
estamos, como sabes, capeando la tormenta
de las lanzas danaides y es gran certamen éste
para Tebas y el rey Eteocles, que partió
ya armado a defenderse del ataque micénico
y me encarga que a ti te pregunte qué haríamos
con el fin de poder salvar a esta ciudad.

TIRESIAS

Si por Eteocles fuera, cerraría mi boca
sin darte vaticinios, mas, pues tú me los pides,
te los daré. Creonte, ya hace tiempo está enferma
Tebas, desde que Layo, contra la voluntad
divina, al infeliz Édipo nacimiento

dio, que esposo sería de su madre; y la pérdida
sangrienta de sus ojos fue lección que los dioses
a Grecia dieron. Esto quisieron ocultarlo
mucho tiempo sus hijos, como si se pudiera
a las divinidades escapar, pero en ello
era torpe su engaño. Pues, no honrando a su padre
ni salir permitiéndole, no hacían más que agriar
a un desdichado; y él les lanzó unas terribles
maldiciones nacidas de su mal y su agravio.
Y cuanto yo hice y dije sólo me acarreó
el odio de sus hijos; mas la muerte recíproca
de éstos está cercana, Creonte, y muchos muertos
caídos en el choque de Cadmeos y Argivos
causarán los acerbos lamentos de la tierra
tebana. Y tú, ciudad infeliz, destruida
serás si no obedeces a lo que diga yo.
Se imponía ante todo que ningún hijo de Édipo
ciudadano ni rey fuese de este país,
porque están poseídos de un genio destructor.
Pero, pues que los malos superan a los buenos,
queda un solo remedio que salvación ofrezca.
Ahora bien, como no es seguro para mí
el dar explicaciones y amarga habrá de ser
la droga salvadora para el que ha de aportarla,
me voy. Adiós. Seré tan sólo uno de tantos
que sufran lo que venga. ¿Qué puedo yo hacer ya?

CREONTE

Espera, anciano, aquí.

TIRESIAS

No quieras retenerme.

CREONTE

Aguarda: ¿me rechazas?

TIRESIAS

Tu infortunio, no yo.

CREONTE

Cuenta a los ciudadanos cómo podrán salvarse.

TIRESIAS

Sí, mas tú, que lo quieres, pronto no lo querrás.

CREONTE

¿Cómo a negarme voy si he de salvar mi tierra?

TIRESIAS

¿Accedes, pues, a oírme y estás interesado?

CREONTE

¿Qué otra cosa podría más interés causarme?

TIRESIAS

Pues bien, vas a escuchar lo que te profetizo.
Pero ante todo quiero saber exactamente
dónde está Meneceo, que conmigo venía.

CREONTE

Helo aquí: nada lejos, sino cerca de ti.

TIRESIAS

Que se aparte y no escuche lo que voy a augurar.

CREONTE

Como es mi hijo, silencio guardará si es preciso.

TIRESIAS

¿Quieres, pues, que delante de él te lo manifieste?

CREONTE

Gozaría al saber que existe salvación.

TIRESIAS

Escucha, pues, por dónde caminan mis oráculos: 911
a Meneceo, tu hijo, degollar por la patria 913
debes, puesto que tú mismo a la suerte invocas.

CREONTE

¿Qué dices? ¿Por qué, anciano, te expresas de ese
[modo?

TIRESIAS

Lo que te he revelado, forzoso es que lo cumplas.

CREONTE

¡Oh, tú, que tantos males citaste en corto espacio!

TIRESIAS

Para ti, pero tienes que salvar el país.

CREONTE

No te escucho: ¡se vaya la ciudad a paseo!

TIRESIAS

Ya no es el mismo este hombre: mirad cómo se evade.

CREONTE

Enhoramala vete: no quiero tus augurios.

TIRESIAS

¿Ya ha muerto la verdad por ser tú quien padece?

CREONTE

Arrodillándose ante Tiresias.

¡Oh, por esas rodillas y venerable pelo!

TIRESIAS

¿Por qué imploras sobre algo que es mal inevitable?

CREONTE

Calla: no digas nada de eso a los ciudadanos.

TIRESIAS

Me pides un delito: no lo silenciaré.

CREONTE

Levantándose.

¿Qué harás conmigo, pues? ¿Vas a matar a mi hijo?

TIRESIAS

A otros incumbirá: por mí está dicho todo.

CREONTE

¿Por qué a mí y a mi prole tal horror sobreviene?

TIRESIAS

Con razón me preguntas y a debate provocas.
Es menester que tu hijo degollado su sangre
dé como libación a la tierra en la cueva
donde el dragón terrígena custodiaba las aguas
de Dirce, y ello a causa del viejo rencor de Ares
contra Cadmo y venganza por la muerte del monstruo.
Si así lo haces, tendrás a Ares como aliado.
Si la tierra recibe fruto por fruto y sangre
mortal por otra sangre, propicia será aquella
que os engendró una mies de sembrados con casco
áureo, de cuya raza debe ser esta víctima
y haber de la quijada nacido del dragón.
Ahora bien, tú nos quedas como puro retoño
de los sembrados por parte de padre y madre
y tus hijos también. Pero a Hemón eliminan
del degüello las nupcias y el no ser ya soltero,
mientras que este otro vástago, muerto y a la ciudad
consagrado, salvar podrá su tierra patria
y hará triste el regreso de Adrasto y los Argivos
con una maldición negra sobre los ojos
y dará gloria a Tebas. Elige, pues, o bien
a tu hijo conservar o salvar tu país.
Ya lo mío conoces. Condúceme, hija, a casa.
Es necio quien el arte sacrificial practica:
si resulta contrario lo que predecir deba,
odioso se hace a aquellos a los que augurios da;
y, si por compasión al consultante miente,
a los dioses ofende con ello. Sólo Febo
profetizar debiera, pues que no teme a nadie.

Sale de escena conducido por su hija.

CORIFEO

Creonte, ¿por qué callas y sin voz permaneces?
Tampoco yo estupor siento menor que el tuyo.

CREONTE

¿Y qué va decir uno? Clara fue mi respuesta.
Jamás caeré en desgracia tal como la de dar
a mi hijo a la ciudad para que lo degüellen.
No hay hombre en cuya vida no haya amor de los suyos
ni que quiera entregarlos para que se los maten.
Que no hayan de elogiarme porque a mi hijo inmolé.
Yo mismo, que en edad adecuada me encuentro,
presto estoy a morir por salvar a mi patria.

A Meneceo.

¡Ea, pues, hijo mío, vete en seguida de esta
tierra antes de que toda la ciudad sepa el caso
y deja los extraños presagios de ese augur
que ahora a los magistrados irá a contarlo y jefes!
¡Si nos anticipásemos, sano y salvo quedarás;
si no, estamos perdidos: tú tendrás que morir.

MENECEO

Pero ¿a qué ciudad iré y a qué huésped me acojo?

CREONTE

Donde más alejado de estos lugares te halles.

MENECEO

Natural es que tú pienses y yo obedezca.

CREONTE

Debes pasar por Delfos.

MENECEO

¿Adónde, padre, voy?

CREONTE

A la tierra de Etolia.

MENECEO

¿Desde ella adónde paso?

CREONTE

A Tesprotia.

MENECEO

¿Y al sacro recinto de Dodona?

CREONTE

Aciertas.

MENECEO

¿Un refugio para mí podrá ser?

CREONTE

Es un dios protector.

MENECEO

¿Cómo tendré dinero?

CREONTE

Oro te mandaré.

MENECEO

Tienes, padre, razón.
Vete, pues: yo iré a ver a tu hermana Yocasta,
cuyo seno me crió cuando recién nacido
me dejó en orfandad la muerte de mi madre.
¡Ea, márchate, no me estorbe tu presencia!

Sale Creonte. Meneceo se dirige al coro.

¡Qué bien supe a mi padre, mujeres, los temores
quitar y así engañarle para hacer lo que quiero!
Él pretende alejarme privando a la ciudad
de un éxito y bellaco me hace: cosa admisible
en él, que es un anciano, pero en mí intolerable
si voy a ser traidor a mi país natal.
Sabed, pues, que a salvar a la ciudad iré
y a morir entregando mi existencia a esta tierra.
Sería vergonzoso que los libres de oráculos,
a quienes ningún hado de los dioses obliga,
formen con sus escudos sin miedo de morir,
luchando ante los muros en defensa de Tebas,
mientras yo, a mi ciudad traicionando y mi padre
y mi hermano, me fuera lejos del territorio
como infame y cobarde dondequiera que viva.
¡No, por Zeus, el que vive con los astros, por Ares

el sangriento, que antaño puso como señores
de aquí a aquellos sembrados que del suelo brotaran!
Iré y, en lo más alto de las almenas puesto,
me degollaré haciendo que mi sangre al recinto
negro del dragón caiga, donde indicó el augur,
liberando mi tierra. Queda, pues, dicho todo.
Y así parto a la muerte como glorioso don
a la ciudad y remedio contra su enfermedad.
Si cada uno aportara lo bueno que pudiese
cumpliendo su deber por el bien de su patria,
menos calamidades sufrieran y felices
con ello en adelante las ciudades serían.

Se retira.

CORO

Viniste, hija
alada de Tierra y de la
infernal Equidna,
a raptar Cadmeos,
funesto, luctuoso engendro,
virgen a medias
de alas erráticas,
garras mortíferas,
a la orilla del Dirce
raptando mancebos
al son de tu canción
sin liras y aportando
a este país malditas
Furias y dolores fieros, que feroz
ha sido también ese dios
que la plaga trajo.
Trenos de madres y vírgenes
sollozaban en las casas:
voces lastimeras,
melodías lastimeras
una a la otra relevando,
con su lúgubre clamor
recorriendo la ciudad.
Era como un trueno
el gemir, los gritos
cada vez que una presa la doncella
alada a Tebas arrebataba.

Por fin vino
trayendo un mensaje pítico
el infeliz Édipo
a Tebas, un gozo
primero y luego un pesar.
Pues el enigma
resolvió y bodas
tristes contrajo
el desdichado y mancha
fue de la ciudad.
Y sigue el cruel, sangriento
certamen, pues maldijo
a los suyos el pobre.
Yo admiro, yo admiro a aquel que va a la muerte
en defensa de su país;
deja los lamentos
a Creonte, pero a las siete
torres que la ciudad cierran
la victoria otorga.
¡Ojalá fuéramos madres
de tal prole, amada Palas,
que la sangre del dragón
con tus piedras derramaste
animando a Cadmo!
Pero ello fue causa
de que otra maldición divina a Tebas
mandara el monstruo que nos diezmó.

MENSAJERO

Entrando por un lateral y llamando a la puerta del palacio.

¡Eh! ¿Quién está a la puerta de este palacio? ¡Abrid,
que de la casa salga Yocasta haced! ¡Eh, llamo
otra vez! Tardas mucho: sal por fin, ¡oh, la ilustre
esposa del rey Édipo!, y escucha algo que hará
que en tus gemidos ceses y llorar lastimero.

YOCASTA

Saliendo del palacio.

¡Amigo queridísimo! ¿No vendrás a decirme

que Eteocles murió, cercano a cuyo escudo
ibas siempre alejándole los dardos enemigos.
¿Vive o ha muerto mi hijo? Comunícamelo.

MENSAJERO

Vive, no temas tal: te libro de ese miedo.

YOCASTA

¿Y cómo está el recinto con sus siete portones?

MENSAJERO

Intacto en pie: no ha sido tomada la ciudad.

YOCASTA

¿Pero se vio en peligro frente a la lanza aquea?

MENSAJERO

En grave riesgo estuvo, pero el Ares cadmeo
resultó superior al arma de Micenas.

YOCASTA

Di, por los dioses, qué sabes de Polinices:
me interesa enterarme de si aún ve la luz.

MENSAJERO

Hasta ahora la pareja vive de tus dos hijos.

YOCASTA

Bendito seas. ¿Cómo, si estabais asediados,
a los lanceros de Argos lograsteis rechazar?
Dímelo por que al viejo ciego de arriba lleve
la buena nueva de que nos hemos salvado.

MENSAJERO

Cuando el hijo de Creonte murió por la ciudad
degollándose en lo alto de la muralla con
su ennegrecida espada que así nos salvó a todos,
tu hijo en las siete puertas otras tantas falanges
con sus jefes situó contra las lanzas de Argos
y dejó de reserva más jinetes y hoplitas
que a la lucha acudieran si de manera súbita

hiciera falta ayuda por encontrarse débil
alguno de los muros. Desde nuestros baluartes
veíamos los áureos escudos de la argiva
tropa que a la carrera venía de Teumeso
al foso y a rodear esta ciudad cadmea.
Y el peán y las trompetas sonaban a la vez
desde las filas de ellos y desde la muralla.
Partenopeo, el hijo de Atalanta, el primero
fue en avanzar, con su batallón erizado
de infinidad de escudos, contra la puerta Neista:
su blasón en el centro veíase del suyo,
la cazadora haciéndose dueña del jabalí
etolo con sus dardos que de lejos alcanzan.
Hacia la puerta Prétide marchaba con las víctimas
en su carro el augur Anfiarao sin soberbios
signos en sus modestas, no blasonadas armas.
La Ogigia iba a atacar el rey Hipomedonte,
que en pleno escudo a guisa presentaba de empresa
al que todo lo ve con sus múltiples ojos.
Tideo a sus soldados tenía ante la puerta
Homoloide: en su escudo la piel de un león lucía
con hirsuta melena y el titán Prometeo
con la tea en la diestra como para incendiar
la ciudad. Polinices, tu hijo, a Ares conducía
a la puerta Crenea; y en su escudo las potras
potniades como emblema de modo pavoroso
saltaban, pareciendo desbocadas al ser
hábilmente movidas por los ejes que ocultos
junto a la embrazadura se hallaban. Capaneo,
cuyo pugnaz espíritu no cede a Ares, llevaba
hasta la puerta Electra su batallón: labrado
en su férreo escudo se mostraba un gigante
con la ciudad cargado que de raíz había
por medio de palancas extirpado: era un símbolo
de lo que iba a sufrir la nuestra. Y en la séptima
puerta se hallaba Adrasto y en su escudo pintadas
las cien sierpes de que Argos se jacta y que a los hi-
[jos
de Cadmo devoraban en las murallas mismas
con sus fauces. Tal vi mientras la contraseña
llevaba a los pastores de cada batallón.

Primero combatimos con dardos y venablos
en su mitad hendidos, hondas que mucho alcanzan
y piedras arrojadas. Y como les vencíamos,
así Tideo y tu hijo gritaron de repente:
«Vástagos de los Dánaos, ¿por qué, antes que os destro-
[cen
sus tiros, no atacáis las puertas todos juntos,
ligeros y jinetes y quienes rigen carros?»
Y, al oír esas voces, nadie quedó inactivo;
muchos cayeron con sus cabezas sangrantes,
mas también de los nuestros en el suelo veíase,
al pie de la muralla, mucho saltarín muerto
cuya sangre regaba la tierra seca. El árcade,
que no argivo, el retoño de Atalanta, a las puertas
como un ciclón lanzóse pidiendo a gritos fuego
y picos como quien va a destruir la ciudad.
Pero a tal arrogancia puso fin Periclímeno,
hijo del dios marino, que le arrojó un pedrusco,
de las propias almenas sacado del bastión,
que un carro llenaría, con el cual su cabeza
rubia pulverizó, las suturas abriendo
de sus huesos y en sangre bañando sus mejillas
rojizas; y ya vivo no volverá a su madre,
la muchacha del Ménalo, la del bello arco. Y tu hijo,
al ver que iban las cosas bien por aquella parte,
a otras se dirigió conmigo. Y vi a Tideo,
que en formación cerrada lanzaba con los suyos
jabalinas etolias contra la barbacana
ahuyentando a las gentes de allí; pero Eteocles
a todos fue reuniendo como hace un cazador
y les llevó a las torres de nuevo y, ya sanado
este mal, acudimos a las restantes puertas.
¿Y cómo la locura pintar de Capaneo?
Con su escala de muchos peldaños avanzaba
y jactándose incluso de que ni el propio rayo
de Zeus le impediría conquistar la ciudad
desde sus altas torres. Y hablando así ascendía
franqueando uno tras otro los lisos escalones,
todo apelotonado tras el escudo a fin
de rehuir las piedras; mas, cuando ya pisaba
las almenas, un rayo de Zeus le hirió y el suelo

resonó de tal modo, que todos se espantaron;
y rodando cayó de lo alto de la escala
hasta quedar por tierra y ardiendo su cadáver.
Cuando Adrasto vio ya que Zeus les era adverso,
hizo a la tropa argiva formar allende el foso
y los nuestros, al ver el propicio presagio
del dios, se dedicaron, hoplitas y jinetes,
a alejar a los carros de guerra y a llevar
sus armas a las líneas argivas. Allí todo
era un horror: morían, caían de los carros;
saltaban por el aire las ruedas y los ejes;
un montón verdadero ya los muertos formaban.
En fin, hasta el momento la destrucción logramos
evitar de los muros y el país; a los dioses
incumbe decidir si se salva esta tierra,
pero hoy alguno de ellos protegerla ha querido.

CORIFEO

Bello es vencer, mas, si los dioses otra cosa
deciden, escapar pueda yo por lo menos.

YOCASTA

Bien se presentan, pues, los dioses y la suerte:
mis hijos están vivos, la ciudad se halla inmune;
pero el infeliz Creonte pagar las consecuencias
parece de mi boda con Édipo, privado
de su hijo, felizmente para Tebas sin duda,
pero de modo amargo para él. Mas vuelve atrás
y cuenta lo que sigue. ¿Qué proyectan mis hijos?

MENSAJERO

No te ocupes del resto, que hasta ahora están bien.

YOCASTA

Sospechosa es tu frase: no lo debo dejar.

MENSAJERO

¿Qué más quieres que estar ambos sanos y salvos?

YOCASTA

Saber si va a ser bueno también lo que viniere.

Mensajero

Permíteme irme: tu hijo sin escudero está.

Yocasta

Algo malo me ocultas y cubres de tinieblas.

Mensajero

No diré nada que a estos bienes se contraponga.

Yocasta

Lo dirás si no sales volando por el éter.

Mensajero

¡Ay! ¿Por qué no consientes en que marche tras esas
buenas nuevas y a darte las peores me constriñes?
Tus dos hijos dispónense con execrable audacia
a enfrentarse en combate solitario sin tropas
y han hablado delante de Argivos y Cadmeos
con palabras que nunca debieron pronunciar.
Dijo primero Eteocles, en el alto baluarte
de pie, habiendo ordenado que callara el ejército:
«Campeones de los Dánaos que habéis venido aquí
y tú, pueblo de Cadmo, no vendáis vuestras vidas
baratas en defensa de mí o de Polinices.
Yo mismo liberaros quiero de esos peligros
con una singular lucha contra mi hermano:
habitaré mi casa solo si le doy muerte
o se la entregaré toda si soy vencido.
Y vosotros, Argivos, dejaréis esta tierra
sin luchar ni perder vuestras vidas aquí.»
Tal habló y Polinices, tu otro hijo, de las filas
salió para aprobar lo dicho y aplaudiéronlo
los Argivos y el pueblo de Cadmo por creer
que era propuesta justa; y establecieron treguas
en esas condiciones y los jefes, en medio
del campo de batalla, respetarlas juraron.
Y ya estaban cubriendo sus cuerpos con broncíneas
armas los dos donceles nacidos del viejo Édipo:
sus amigos vestíanles, los mejores sembrados
a Eteocles y a su hermano la flor de los Danaidas.
Resplandecientes luego se alzaron, sin cambiar

de color y deseando blandir la lanza el uno
contra el otro; y pasaban junto a ellos sus amigos
de este modo arengándoles: «¡Polinices, de ti
depende el erigir al Zeus de la derrota
un trofeo y hacer glorioso el nombre de Argos!»
O bien a Eteocles: «Hoy por la ciudad peleas
y la hermosa victoria te hará dueño del cetro.»
Así les animaban mientras los adivinos
degollaban las víctimas y observaban la llama
limpia o rota y sus fallos, que son de mal augurio,
o el elevarse mucho, que puede ser señal
de un triunfo o bien indicio de próxima derrota.
Si, pues, algún remedio conoces o acaso hábiles
argumentos o filtros mágicos, ve, contén
a tus hijos en esa terrible pugna. Inmenso
es el peligro y mucho lo que está en juego. Lágrimas
te esperan si en un día les pierdes a los dos.

Se retira por un lateral. Yocasta llama a Antígona, que está dentro del palacio.

YOCASTA

¡Antígona, hija mía, ven aquí, ante el palacio!
No son precisamente coros ni virginales
juegos lo que los hados divinos te reservan:
dos hombres excelentes, tus hermanos, caminan
hacia la muerte y debes impedir con tu madre
que recíprocamente se nos maten los dos.

ANTÍGONA

Apareciendo en la puerta del palacio.

¿Qué nuevo espanto, madre que me pariste, es [este
con que a los tuyos pides que ante la casa acudan?

YOCASTA

Hija, acabó la vida ya de tus dos hermanos.

ANTÍGONA

¿Cómo?

YOCASTA

A encontrarse van frente a frente en combate.

ANTÍGONA

¡Ay! ¿Qué decirme intentas?

YOCASTA

Nada agradable: sal.

ANTÍGONA

¿Del salón de las vírgenes?

YOCASTA

Sí, al campo de batalla.

ANTÍGONA

Me avergüenzan las gentes.

YOCASTA

No es hora de rubores.

ANTÍGONA

¿Qué haré?

YOCASTA

A la fraternal contienda poner término.

ANTÍGONA

¿Cómo?

YOCASTA

Poniéndote como yo de rodillas.

ANTÍGONA

Llévame entre unos y otros: no haya en ello demora.

YOCASTA

¡De prisa, hija, de prisa! Si llego antes que actúen
las lanzas, aún alguna luz quedará a mi vida;
pero, si ellos murieren, yo yaceré con ellos.

Salen precipitadamente por un lateral. El coro queda solo en escena.

CORO

¡Ay, ay! ¡Ay, ay!
¡Tiembla mi espíritu, siente escalofríos!
Recorre mi cuerpo
la piedad, la piedad hacia esta madre infortunada.
¿Cuál de los dos hijos será quien con su mano ensangrente,
ay, de mis penas,
ay, ay, Zeus y Tierra,
el cuello fraterno del ser fraternal
mientras chocan los escudos?
¡Desdichada de mí!
¿Por la muerte de cuál entonaré mis quejas?

¡Ay, ay, tierra!
¡Fieras gemelas, almas asesinas
que la lanza blanden
harán que caiga, caiga pronto un cadáver sangriento!
¡Desgraciados que apetecisteis el combate singular,
mi clamor bárbaro
sonará en el treno
lleno de lamentos por los que ahora mueren!
La suerte y la muerte: el arma
decidirá el futuro.
¡La matanza es destino fatal de las Erinis!

CORIFEO

Mas como a Creonte veo que se encamina hacia aquí con triste semblante, acabo mis lamentaciones ya.

CREONTE

Que entra seguido de unos servidores.

¡Ay! ¿Qué hacer? ¿Lloraré por mí mismo o mi llanto
vierto por la ciudad, de un nubarrón cercada
tal como para hacerla bajar al Aqueronte?
Mi hijo en aras murió de la patria obteniendo
el más bello renombre, mas para mí penoso.
Ha poco entre los riscos del dragón recogí

su cuerpo degollado por propia mano y tréjele,
¡pobre de mí!, en mis brazos. Clama la casa entera
y este anciano que soy busca a su anciana hermana
Yocasta para que lave y exponga el cuerpo
muerto de mi hijo. Deben honrar a los difuntos
los vivos y con ellos al subterráneo dios.

CORIFEO

Tu hermana se ha marchado del palacio, Creonte,
y con ella la joven Antígona se fue.

CREONTE

¿Adónde? ¿Por qué causa? Dame noticias de ello.

CORIFEO

Oyó que sus dos hijos en singular combate
se enfrentaban luchando por la casa real.

CREONTE

¿Cómo? Por ocuparme del cadáver de mi hijo
no he podido hasta ahora saber que ello ocurría.

CORIFEO

Pues hace tiempo ya que ha salido tu hermana
y creo que estará consumada, Creonte,
esa pugna mortal entre los hijos de Édipo.

CREONTE

Viendo entrar en escena a un mensajero.

¡Ay! Ya veo un indicio de ello, los ojos tristes
y el semblante de un nuncio que hacia aquí avanza y todo
nos va a poder contar de lo que ha sucedido.

MENSAJERO

¡Ay, de mí desventurado! ¿Qué palabras emplearé?

CREONTE

Perdidos estamos: malo tu preludio empieza a ser.

MENSAJERO

¡Desventurado, repítolo! ¡Traigo gran calamidad!

CREONTE

Penas sobre penas. Pero ¿qué nos tienes que contar?

MENSAJERO

Ya los hijos de tu hermana, Creonte, no ven la luz.

CREONTE

¡Ay, ay!
¡Gran pesar me anuncias a mí y a esta tierra!
¿Oíste, casa de Édipo, la noticia? ¡Tus hijos
entrambos sucumbieron en el mismo desastre!

CORIFEO

¡Llanto derramaría si fuera un ser viviente!

CREONTE

¡Ay, qué infortunio, qué sino cruel!

MENSAJERO

¡Si supieras los males que a ello se han añadido! 1347

CREONTE

¿Pero cómo podrían caber aún más desgracias?

MENSAJERO

Tu hermana pereció junto con sus dos hijos.

CORIFEO

Dirigiéndose al coro.

¡Iniciad ya las lamentaciones,
golpead las cabezas con vuestras blancas manos!

CREONTE

¡Yocasta infortunada, qué final a tus bodas
y a tu vida pusieron la Esfinge y sus enigmas!
¿Cómo fue la matanza de sus hijos y cómo
las maldiciones de Édipo se cumplieron? Explícamelo.

MENSAJERO

Ya conoces el éxito que hubo frente a las torres,
que cerca está el recinto formado por los muros. 1357
Una vez revestidos de sus armas broncíneas, 1359
los hijos del viejo Édipo fueron a colocarse 1360
entre los dos ejércitos con el fin de llegar 1361
a luchar frente a frente con sus guerreras lanzas. 1363
Y miró Polinices a Argos y así imploró:
«Pues, Hera soberana, soy tuyo por haberme 1365
unido a la de Adrasto y habitar en tu tierra,
concédeme el matar a mi hermano y poder
teñir mi victoriosa diestra con sangre suya.» 1369
Y Eteocles, con los ojos en el templo de Palas, 1372
la del escudo de oro, suplicó: «Hija de Zeus,
permite que estos brazos y manos mi triunfal
arma hundan en el pecho de mi hermano y dé muerte 1375
yo al que vino queriendo devastar mi país.»
Y, cuando la trompeta tirrénica sonó
como una viva antorcha para dar la señal
de la cruenta lucha, con terrible carrera
uno hacia otro corrió. Como los jabalíes 1380
que aguzan los colmillos feroces atacándose
con espuma en la boca, tal saltaban los dos
con sus lanzas, cubriéndoles los redondos escudos
para que resbalara sin herirles el hierro.
Si alguno aparecer el ojo del contrario 1385
tras el brocal veía, para herirle su lanza
blandía; mas muy bien usaban de las miras
y evitaban los golpes. Y más que ellos sudaban
aún los espectadores, temblando cada cual
por su amigo. Eteocles, queriendo con un pie 1390
apartar algún canto que estorbaba, la pierna
dejó sin proteger; le atacó Polinices
con su arma al observar que podía alancearle
y atravesó su miembro la lanza argiva y toda
la tropa de los Dánaos daba gritos de triunfo. 1395
Mas el herido en tal trance vio descubierto
el hombro de su rival; alcanzó a Polinices
con la lanza en el pecho, causando el entusiasmo
de la gente cadmea, pero el arma rompiendo,

y, al verse desarmado, dio un paso atrás, tomó
una colosal piedra y arrojóla y la lanza
partió de su adversario. Ya Ares era imparcial,
pues con ello los dos se encontraban inermes.
Echaron mano entonces al puño de la espada,
juntáronse y chocaron sus escudos y mucho
estrépito formaban al trabarse en combate.
Y Eteocles se acordó de la finta tesalia
que allí mismo aprendiera y usóla retirando
hacia atrás el pie izquierdo como si abandonase
su ardua posición, mas protegiendo el vientre,
y con un nuevo avance de su pierna derecha
la espada en pleno ombligo del rival introdujo
y la clavó en sus vértebras. El pobre Polinices,
sobre su pecho y vientre plegándose, cayó
en un río de sangre; y el otro, ya creyéndose
triunfante en el combate, su arma tiró por tierra
y empezó a despojarle de las suyas sin otro
pensamiento en su espíritu que el de esta ocupación.
Cosa que le iba a ser fatal, pues Polinices,
que todavía alientos guardaba y cuya espada,
tras su mortal caída, se hallaba junto a sí,
la blandió con trabajo y en el hígado hundióla
de Eteocles. Yacen, pues, ambos mordiendo el polvo
y uno cerca del otro sin dirimir su pugna.

CORIFEO

¡Ay, ay, lloro por tantos males que sufres, Édipo!
¡Parece que algún dios tus maldiciones cumple!

MENSAJERO

Pues el horror escucha que a aquellos sucedió.
Cuando expirando estaban sus hijos moribundos,
la madre infortunada vino a echarse sobre ellos
y, al verles alcanzados de tan certero modo,
gimió: «¡Llego muy tarde para ayudaros, hijos
míos!» Y luego al uno tras el otro abrazaba
con sollozos y lágrimas, lamentando el esfuerzo
inútil de sus pechos; y la hermana, junto a ella,
decía: «¡Oh, quienes ibais a cuidar de mi madre,
oh, hermanos queridísimos que traicionáis mis bodas!»
El soberano Eteocles a su madre escuchaba

entre los estertores penosos de su pecho
y una lánguida mano le tendió mudamente
con un llanto en sus ojos que era señal de amor.
Y en tanto Polinices, que respiraba aún,
a su hermana mirando y anciana madre dijo:
«Madre, perdido estoy: os compadezco tanto
a ti como a mi hermana y al hermano difunto
que, aunque enemigo mío, siguió mi amigo siendo.
Enterradme en mi tierra patria, madre y también
tú, mi hermana. Aplacad las iras del país
y, puesto que mi casa perdí, consiga al menos
este suelo paterno. Que ahora cierren mis párpados
esas manos, ¡oh, madre!» —y él mismo las ponía
sobre ellos— «y ahora adiós, porque ya las tinieblas
me envuelven». Los dos hijos sus vidas infelices
abandonado habían; y, cuando vio Yocasta
que tal calamidad sobre todos cayera,
en su exceso de pena quitó a uno de los muertos
la espada y algo horrible cometió, que fue hundir
el hierro en su garganta quedando así yacente
entre seres amados y abrazando a los dos.
Se alzó entonces la gente y entró en oral discordia:
nosotros sosteníamos que venció nuestro dueño
y ellos que aquél. Había jefes que sostuvieran
que Polinices fue quien el primero hirió
y otros que, al morir ambos, no hubo victoria alguna.
Y así a las armas todos corrieron: los Cadmeos,
precavidos, formaban con el escudo al lado
y así súbitamente sobre la tropa argiva
lanzámonos, que armada no se encontraba aún.
Ninguno resistió: su huida llenó el llano
y fluía la sangre de muchos que iban siendo
muertos por nuestras lanzas. Ya habíamos vencido:
mientras unos la efigie del Zeus de las derrotas
erigían, nosotros, tras quitar los escudos
a los caídos de Argos, como botín trajímoslos
al recinto. En tanto otros, y Antígona con ellos,
recogen los cadáveres para que aquí los lloren
los suyos. El certamen ha sido muy feliz
para esta ciudad, pero también desventurado.

Sale por un lateral. Por el otro empieza a entrar en escena el cortejo fúnebre guiado por Antígona, que va vestida con una túnica color azafrán y con los cabellos sueltos.

CORO

Ya no es sólo que llegue a mi oído el rumor
fatal: los despojos me es dado ahora ver
de los tres que ahora han muerto y que aportan aquí.
El lote de muerte común les tocó
y el estar en tinieblas sin fin.

ANTÍGONA

Sin cubrir con un velo mis tiernas mejillas
enmarcadas por rizos, sin que haya rubores
que enrojezcan mi faz y mis párpados bajen,
sin vergüenza ninguna
me lanzo como una bacante en honor de
los muertos, las cintas que enlazan mi pelo
desatando, soltando mi gualdo, lujoso
vestido, y conduzco el cortejo luctuoso. ¡Ay, cuitada!
¡Polinices, llevaba tu nombre la guerra! ¡Ay, mis Tebas!
Tu querella, o más bien ese afán de matanza,
fue, al llegar entre sangre terrible, penosa
lo que vino a traer perdición a la casa
de Édipo. ¿Cómo
modular consonantes gemidos que expresen
mi duelo con llantos y llantos, oh, casa,
oh, casa paterna,
cuando traigo tres cuerpos del mismo linaje,
la madre y los hijos, deleite de Furias?
Pues por ellas fue nuestra familia extirpada
cuando Édipo supo
descifrar hábilmente el cantar misterioso
de la Esfinge y con ello mandarla a la muerte.

¡Ay, padre mío!
¿Qué otro hombre heleno o bien bárbaro,
cuál de los nobles de antaño
sufrió tales y tan patentes
penas al ser derramada
la sangre de su estirpe! ¡Desventurada! ¡Cómo
trina mi voz! ¿Qué pájaro, posado

en la copa de una encina
o un abeto, entonar podrá canciones
como éstas aunque le roben
su camada? El lino y ayes
sin fin se oirán en mi lloro
cuando solitaria vida para siempre
sumida en lágrimas lleve.
¿A quién ofrendo ante todo
las primicias que a mi melena
arranco? ¿Al doble seno
de la madre que me crió
o a los cuerpos ultrajados
de mis dos hermanos?
¡Ay, sal, oh, viejo padre, ven
con esos ojos ciegos!
Muestra, Édipo, tu vida
infeliz, tú que en casa tu longeva existencia
arrastras no hallando sino nebulosa
negrura ante tu vista. ¿Oyes, anciano,
que en el patio vagas o intentar encuentras,
oh, desdichado,
reposo en tu lecho?

Édipo sale del palacio apoyándose en su bastón.

ÉDIPO

¿Por qué, muchacha, aquí a la luz mis pies
ciegos sacas que el bastón
guía y con quejas desconsoladas
me has arrancado a la oscura
alcoba, a un canoso fantasma
del éter, ser de ultratumba,
pesadilla alada?

ANTÍGONA

Triste noticia te doy, padre mío:
tus hijos no ven ya la luz ni tu esposa
tampoco, que siempre penaba, tus pasos
de hombre ciego cuidando que nunca sin báculo puede [moverse.
¡Ay, ay, padre mío!

ÉDIPO

¡Ay, ay, mis dolores! Gemidos tal nueva, clamores exige.
¿Pero cómo han dejado la vida tres almas
con un solo destino? Explicármelo debes.

ANTÍGONA

No quiero ultrajarte y de nada me alegro.
Con dolor te lo digo: tu genio maléfico
fue el que armó las espadas
y entre fuego y odiosas contiendas marchó a destruir a tus hijos.
¡Ay, ay, padre mío!

ÉDIPO

¡Ay, ay!

ANTÍGONA

¿Por qué tales sollozos?

ÉDIPO

¡Hijos!

ANTÍGONA

Te invadió la pena.
¡Si, las luces del carro solar contemplando,
a los cuerpos sin vida llevar la mirada
pudieran tus ojos, de ver incapaces!

ÉDIPO

Está clara la suerte que cupo a mis hijos,
mas mi esposa, la pobre, ¿cuál fue su destino mortal, hija mía?

ANTÍGONA

Mostrándose ante todos con lamentos y llanto,
iba a enseñarles
como suplicante el seno que les amamantó otrora.
Y en las puertas Electras halló que tus hijos estaban,
con sus lanzas pisando el lotífero prado,
trabados en lucha
como leones, ¡oh, madre!, que viven en antros
y se asestan zarpazos: era una sangrienta
libación que ahora fría ya está; la ofrendaba

a Hades Ares. Y entonces, tomando a un cadáver
la espada, fue a hundirla ella misma en su carne
y, cediendo al dolor maternal que sentía,
cayó muerta también con sus hijos yacentes.
Todo se unió bajo el sol que ahora luce,
¡oh, padre!, dolor a que el dios cumplimiento
dio funesto para esta casa.

CORIFEO

Gran mal trajo este día para el palacio de Édipo.
¡Ojalá sea la vida futura más feliz!

CREONTE

Cesad en los lamentos, que de pensar es hora
en funerales ya. Tú, Édipo, estas palabras
oye: dijo Tiresias que jamás la ciudad
podría ser dichosa si tú en ella habitares.
Sal, pues, de ella; pues no lo digo en son de oprobio
ni por ser tu enemigo, pero a tus genios malos
temo y a que más duelos de esta tierra produzcan.

ÉDIPO

¿Pero qué voy a hacer, desgraciado de mí?
¿Qué guía habrá que pueda conducir mis pies ciegos?
¿La muerta? Si viviera, bien sé que así lo haría.
¿Esa bella coyunda de mis hijos? No existen.
¿Soy lo bastante joven para buscar sustento?
¿Cómo? ¿Entonces por qué, Creonte, así me matas?
Porque me matarás si de Tebas me expulsas.
Mas no van a abrazar vilmente tus rodillas
mis manos: yo no puedo traicionar a esta estirpe
tan noble aunque infinitos mis sufrimientos sean.

CREONTE

Haces bien no intentando mis rodillas tocar,
pues no puedo dejarte que en la ciudad residas.

Se retira.

ANTÍGONA

Parte para el destierro desdichado y tu mano
querida tiéndeme, padre:
como el viento a la nave he de llevarte.

ÉDIPO

Pues bien, hija mía, vámonos;
infortunada, de mis pies guía.

ANTÍGONA

Lo soy, de cierto, más que ninguna
de todas las doncellas de esta ciudad tebana.

ÉDIPO

¿Adónde llevo mis viejos pasos?
Tráeme el báculo, niña.

ANTÍGONA

Ven aquí, pon tu pie
tan débil como el de un ser
entrevisto en sueños.

ÉDIPO

¡Oh, qué exilio desventurado!
¡Echar a un viejo de esta su patria!
¡Crueles penas, crueles, las mías!

ANTÍGONA

¿Qué penas? A los malos la Justicia
no ve ni castiga las insensateces.

ÉDIPO

¡Aquí estoy yo, que subí al cielo
triunfalmente cuando el enigma
descifré insoluble
de la virgen alada!

ANTÍGONA

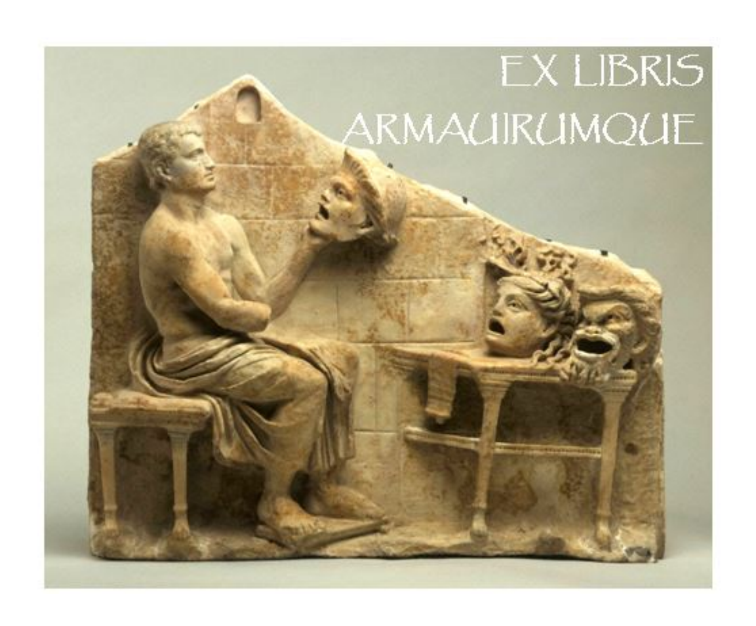
El horror de la Esfinge evocas:
deja ya de hablar de pasados éxitos.
He aquí el grave mal que al fin te esperaba:
irte desterrado de la patria y luego
morir no sé dónde.

Édipo, llevando de la mano a Antígona, se dirige lentamente fuera de la escena seguido por el coro.

CORIFEO

¡Y tú, insigne Victoria, mi dueña sé siempre!
¡Con coronas triunfales
de ceñirme no ceses jamás!

LAS SUPLICANTES



ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

Prólogo (1-41; monólogo de Etra).

Párodo (42-86; tres estrofas y antístrofas).

Primer episodio (87-364; Teseo y Etra; Teseo y Adrasto; dáctilos del coro dividido en semicoros, 271-286; Teseo y Etra).

Primer estásimo (365-380; dos estrofas y antístrofas).

Segundo episodio (381-597; Teseo y un heraldo).

Segundo estásimo (598-633; dos estrofas y antístrofas del coro dividido en semicoros).

Tercer episodio (634-777; el mensajero; el mismo y Adrasto.

Tercer estásimo (778-793; una estrofa y antístrofa).

Cuarto episodio (794-954; canto lírico de Adrasto y el coro, 794-837; Teseo y Adrasto, 838-917; canto del coro, 918-924; Teseo y Adrasto, 925-954).

Cuarto estásimo (955-979; una estrofa y antístrofa con epodo).

Quinto episodio (980-1231; anapestos del coro, 980-989; monodia de Evadne, 990-1030; Ifis y Evadne, 1031-1113; canto lírico de los niños y el coro, 1114-1164; Teseo y Adrasto con aparición de Atenea, 1165-1231).

Despedida anapéstica del coro (1232-1234).

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

ETRA, *madre de Teseo.*
TESEO, *rey de Atenas.*
ADRASTO, *rey de Argos.*
HERALDO *de Creonte, rey de Tebas.*
MENSAJERO *ateniense.*
EVADNE, *viuda de Capaneo, uno de los Siete Jefes.*
IFIS, *padre de Evadne.*
HIJOS *de los Siete Jefes.*
ATENEA, *diosa.*

CORO DE MUJERES ARGIVAS *madres de los héroes caídos ante Tebas.*

PERSONAJES MUDOS:
- HERALDO ATENIENSE.
- SOLDADOS ATENIENSES.
- SERVIDORES.
- SEGUIDORES DE TESEO.
- PARTICIPANTES EN EL CORTEJO FÚNEBRE.

PROBABLE REPARTO ENTRE ACTORES

PROTAGONISTA: TESEO, EVADNE.
DEUTERAGONISTA: ETRA, HERALDO, MENSAJERO, ATENEA.
TRITAGONISTA: ADRASTO, IFIS.

La escena representa el templo de Deméter en Eleusis. Delante del templo, un altar, a cuyo pie se encuentra la anciana Etra. Sobre las gradas del altar, el coro, formado por las madres de los Siete Jefes, con ramos de suplicantes e ínfulas y acompañadas por sus servidores. Cerca del altar yace postrado Adrasto junto a unos niños. A un lado del escenario una gran roca.

ETRA

En actitud de súplica alzando los brazos hacia el templo.

Deméter, que proteges a esta tierra eleusinia,
y siervos de los templos de la diosa, que sea
feliz yo, Etra, y conmigo mi hijo Teseo y toda
Atenas y el país de Piteo, en el cual
de manera opulenta mi padre me crió
antes de obedecer al augurio de Loxias
con Egeo casándome, que de Pandión naciera.

Señalando a las Suplicantes y luego a Adrasto.

Y tal es mi oración porque estoy contemplando
a estas viejas mujeres que sus casas argivas
tuvieron que dejar y ante ti se prosternan
con ramos suplicantes tras el trance espantoso
en que junto a las puertas de Cadmo a sus siete hijos
valerosos perdieron, a los que Adrasto, el rey
de Argos, allá llevó por que recuperara
su yerno, el desterrado Polinices, su parte
del patrimonio de Édipo. Las madres de éstos quieren
a su prole, en combate caída, sepultar;
pero los vencedores, despreciando las normas
divinas, les impiden que recojan los cuerpos.
Y Adrasto, a ellas unido y al empeño común
en que se me requiere, yace también con ojos
llenos de llanto por aquella infelicísima
expedición que a todos de sus tierras sacó
y me incita a que a mi hijo persuada con mis lloros

para que o negociando rescate los cadáveres
o por la fuerza y sea de su sepelio autor,
agregando que sólo cree de ello capaz
a Teseo y al pueblo de Atenas. Yo salía
de mi morada hacia este recinto, donde dicen
que por primera vez los campos se erizaron
de mieses, para en él sacrificar por ellas
y estoy junto a las aras de las diosas Deméter
y Core porque, a modo de cadenas, me estorban
el paso estos ramajes; y, sintiendo piedad
por las canosas madres que a sus hijos perdieron
y respeto a las sacras ínfulas, he mandado
a la ciudad un heraldo que a Teseo aquí traiga
para que el territorio libre de estas tristezas
o, píamente obrando con respecto a los dioses,
atienda tales súplicas como cuadra. Pues deben
las mujeres sensatas dejar que el hombre actúe.

CORO

Yo vengo a implorarte, anciana,
con anciana boca y caigo
de hinojos ante ti:
a los impíos contén que entregan
como pasto de fieras montaraces
a quienes yacen muertos sin fuerza en sus miembros ya;
ve las lastimeras lágrimas
de mis ojos, los desgarros
que en mi arrugada y cana
carne trazaron mis uñas. ¿Qué otra
cosa cupo a quien no puede a sus hijos
en su casa exponer ni enterrar en tierra alguna?

También tú, señora, compartiendo el lecho
de tu esposo con amor,
a Teseo pariste;
piensa, pues, ahora en nosotras;
comprende mi gran dolor, desdichada,
en la muerte de mi hijo;
al tuyo convence para que, al Ismeno
acudiendo, en nuestras manos los despojos
ponga de estos floridos mozos hoy insepultos.

Ningún rito trájome, sino la aflicción,
ante estas divinas aras
que se cargan de ofrendas.
Tenemos razón; tú puedes,
¡oh, madre de un noble retoño!, poner
fin a estas penas mías.
En tal situación te ruego que Teseo
a mis pobres brazos los muertos confíe
por que los miembros míseros de mi hijo estreche yo.

He aquí otros sollozos que a rivalizar
vienen con los míos; resuenan las palmas
de las siervas. ¡Fatigas
y pesares comunes!
¡Oh, coro al que Hades ama!
¡Que vuestro blanco cuerpo y mejillas
bañen en roja sangre vuestras uñas!
Pues nada es feo si a muertos se honra.

De mí se apodera prurito insaciable
del gemir luctuoso. Cual agua que mana
de la escarpada piedra,
así fluye él en mí.
A las mujeres trae
siempre lamentos el penosísimo
destino de la prole fenecida.
¡Sólo la muerte me hará olvidar!

Teseo entra por un lateral.

TESEO

¿Qué es ese lamentarse que escucho y golpear
de pechos y esos ecos de trenos funerarios
que recorren el templo? Suspenso ante el temor
estoy de que a mi madre, largo tiempo ya ausente
de casa y a la cual busco, algo le suceda.

Descubriendo a Etra y al coro.

¡Eh!
¿Qué es eso? Novedades dignas de comentario,
mi vieja madre encima sentada de las aras
y a su lado mujeres extranjeras que al luto
se dan de varios modos: el lamentable llanto

de sus ojos serviles cae por tierra y sus peplos
y tonsuras no son propios de peregrinas.
¿Qué es eso, madre? Debes tú ser quien me lo indique
y yo el que lo oiga; y pienso que algo nuevo será.

ETRA

Hijo, éstas a los siete caudillos dieron vida
que han sucumbido al pie de las puertas cadmeas
y, como ves, en círculo se mantienen inmóviles
llevando entre sus manos suplicantes ramajes.

TESEO

¿Y ese que tristemente gimiendo está a la entrada?

ETRA

Es Adrasto según dicen, monarca de Argos.

TESEO

¿Y los niños que tiene junto a él son de ellas hijos?

ETRA

No, sino de los héroes que en la lucha cayeron.

TESEO

¿Para qué en son de súplica vienen a este lugar?

ETRA

Yo lo sé, hijo, mas deben ser ahora ellos los que hablen.

TESEO

Dirigiéndose a Adrasto.

A ti pregunto, al que se cubre con el manto:
deja de sollozar, descúbrete y contesta,
porque nada se aclara si no es con el lenguaje.

ADRASTO

Levantándose.

Triunfador soberano de la tierra ateniense,
a rogarte, Teseo, vengo a ti y a los tuyos.

Teseo

¿Qué es lo que necesitas o quieres conseguir?

Adrasto

¿Conoces la fatal contienda que mantuve?

Teseo

Sí; secreta no fue tu expedición por Grecia.

Adrasto

Perdí allí a los mejores combatientes argivos.

Teseo

Tales las consecuencias son de la guerra atroz.

Adrasto

A Tebas acudí pidiendo sus cadáveres.

Teseo

¿Con los heraldos de Hermes y a fin de sepultarlos?

Adrasto

Pero sus matadores no me lo permitieron.

Teseo

¿Qué contestaron a esa tu petición piadosa?

Adrasto

¿Qué ha de ocurrir con gentes que no saben ganar?

Teseo

¿Y a consultarme vienes o con qué otra intención?

Adrasto

Para que a los Argivos tú, Teseo, rescates.

Teseo

¿Qué ocurrió al famoso Argos? ¿Fue vana su jactancia?

Adrasto

Fracasados del todo nos volvemos a ti.

TESEO

¿Es la idea tan sólo tuya o de la ciudad?

ADRASTO

Todos los de allí implórante que a los muertos sepultes.

TESEO

¿Para qué siete ejércitos contra Tebas llevabas?

ADRASTO

Haciendo ese favor a los dos yernos míos.

TESEO

¿Con cuál de los Argivos a tus hijas casaste?

ADRASTO

No fue connacional la doméstica unión.

TESEO

¿Con extranjeros, pues, uniste a tus Argivas?

ADRASTO

Con Polinices, hijo de Tebas, y Tideo.

TESEO

¿Qué es lo que apetecer te hizo esos matrimonios?

ADRASTO

Un oráculo oscuro de Febo me incitó.

TESEO

¿Qué palabras de Apolo sancionaban la boda?

ADRASTO

Dijo que al jabalí y al león las unciera.

TESEO

¿Y cómo interpretaste las divinas palabras?

ADRASTO

Dos exiliados una noche a casa llegaron.

Teseo

¿Quiénes eran los dos de que hablas? Di sus nombres.

Adrasto

Tideo y Polinices, que a pelear se pusieron.

Teseo

¿Les diste, pues, tus hijas porque eran como fieras?

Adrasto

Igual que aquellas bestias les veía luchar.

Teseo

¿Y por qué estaban fuera de sus patrias los dos?

Adrasto

A Tideo la sangre de un pariente obligóle.

Teseo

Y en cuanto al hijo de Édipo, ¿qué le hizo dejar Tebas?

Adrasto

La maldición paterna y el miedo a un fratricidio.

Teseo

¡Prudente fue el destierro voluntario de que hablas!

Adrasto

Pero el que estaba allí del ausente abusó.

Teseo

¿Tal vez del patrimonio le despojó su hermano?

Adrasto

Yo a reclamarlo fui y ello causó mi ruina.

Teseo

¿Consultaste a adivinos y al sacrificial fuego?

Adrasto

¡Ay de mí! Me preguntas por mi mayor error.

TESEO

Partiste, pues, carente del favor de los dioses.

ADRASTO

Y, lo que es más aún, sin quererlo Anfiarao.

TESEO

¿Con tal frivolidad lo divino ignorabas?

ADRASTO

La agitación de aquéllos me indujo a equivocarme.

TESEO

Escuchaste a tu propio valor, no a tu prudencia.

ADRASTO

Lo que a muchos soldados ciertamente mató.

Arrodillándose ante Teseo.

¡En fin, oh, la persona que en Grecia puede más,
rey de Atenas! Vergüenza siento al caer de hinojos
ante ti y, un tirano feliz habiendo sido,
tomar tu mano; pero debo a mis desventuras
ceder. Esos cadáveres rescata y compadece
mis dolores y aquellos de sus madres que, estando
ya en la vejez canosa, que engendrar nuevos hijos
no permite, tuvieron valor para venir
a extranjera nación, con sus miembros ancianos
que apenas mover pueden, pero no para honrar
los ritos de Deméter, mas sepultar queriendo
a los hijos difuntos por cuyas juveniles
manos debieron ellas haber sido enterradas.
Prudente es que el dichoso la pobreza contemple:
así como a los ricos emular debe el pobre
con deseo también él de adquirir riquezas,
que quien no es infeliz mire al infortunado.
<Perdona que mi usual elocuencia me falle:
en la prosperidad es cuando el orador
persuade>; y el poeta feliz debe ser para
componer, pues no puede quien desventuras sufra
deleitar a los otros: natural no sería.

Pero quizá dirás: «¿Cómo esta obligación
a Atenas imponer quieres no recurriendo
a la tierra pelopia?» Justo es que te lo explique.
Esparta es un país cruel y en su carácter
hay doblez; y las otras regiones son pequeñas
y débiles. Capaz tu ciudad será, pues,
de entendérselas sola con el bélico esfuerzo.
Mirar al desdichado sabe y en ti un joven pastor
excelente posee: por falta de lo cual,
de un jefe verdadero, muchas ciudades mueren.

CORIFEO

También yo con las mismas palabras, ¡oh, Teseo!,
te imploro que te apiades de este destino mío.

TESEO

No has sido tú el primero por cierto con el cual
discutí a este tenor: dice alguien que lo malo
es lo que abunda más en las vidas humanas,
pero yo opino en forma diferente a la de ellos,
que más bienes que males a los mortales tocan;
y, si no fuese así, ni aun viviéramos hoy.
Yo doy gracias al dios que sacó nuestras vidas
de aquel caos bestial para dictarnos leyes
dándonos la razón y con ella la lengua
y el poder entender los dichos que transmite
y la cría del trigo por medio de las gotas
que del cielo nos caen para hacer crecer frutos
de la tierra y regar nuestro vientre y también
el poseer refugios en invierno o bien contra
los ardores divinos y la navegación
por la que intercambiamos aquello que las tierras
no produzcan. Lo oscuro, lo que no es comprensible
claramente, hay augures que lo indiquen mirando
los pliegues de las vísceras, los pájaros o el fuego.
¿No es arrogancia, pues, el no tener bastante
con estas estructuras que los dioses nos dan?
Pretendemos así ser a ellos superiores
y, atacada de tal vanagloria la mente,
aventajarles cree por lo que a saber toca.
A esta ralea tú perteneces, un necio

que, atraído por los oráculos de Apolo,
a extranjeros tus hijas diste, cual si los dioses
lo mandaran, mezclando tu brillante familia
con hogares más turbios y a tu casa dañando.
Pero el sabio no debe juntar a las personas
justas con las injustas, sino granjearse amigos
que hagan lo de uno próspero; pues la divinidad
comunes considera los destinos y mata
a quien no delinquió con la pena del malo.
Y, tras promover guerra con los Argivos todos,
deshonraste esos mismos presagios augurales
y a tu ciudad perdiste despreciando a los dioses
y siguiendo a muchachos, gentes a las que gustan
las honras y el armar querellas sin justicia
y que a todos arruinan por afán de mandar
o de abusar haciéndose con el poder o en busca
de lucro sin pensar si ello trae sufrimientos
al pueblo. Porque hay tres clases de ciudadanos:
los ricos son inútiles y siempre quieren más;
peligrosos los hombres resultan que no tienen
fortuna y que, invadidos por desmedida envidia,
descargan su aguijón perverso contra aquellos
que de acomodo gozan cuando malvados jefes
con su habla les excitan; pero hay una tercera
clase, la que está en medio y a las ciudades salva
cumpliendo con buen orden lo que se le prescribe.
¿Seré, pues, tu aliado? ¿Qué sensato argumento
podré a mis ciudadanos presentar? En buena hora
retírate de aquí: si discurriste mal,
expía tu destino y en él no me inmiscuyas.

CORIFEO

Pecaron: ello es algo que en los jóvenes suele
darse, mas compasión con él hay que tener.

ADRASTO

Yo no he venido a ti como juez de mis males
ni, si en algo resulta que yo me he equivocado,
para que me reprendas ni censures, señor,
sino me ayudes. Pero, si no quieres, forzoso
me será resignarme. ¿Qué otra cosa he de hacer?

En marcha, pues, ancianas: dejad aquí los glaucos
ramajes coronados de hojas y por testigos
a las divinidades y a la Tierra y Deméter,
la diosa de los trigos, y al Sol poned de que
para nada sirvió la súplica divina.

CORIFEO

<Señor, no olvides que de Piteo procedes>,
el vástago de Pélope: nosotras, que de tierra
pelopia ahora venimos, compartimos tu sangre.
¿Qué harás? ¿A traicionarnos vas y a hacer que de
[aquí
salgan estas ancianas que nada han conseguido?
No por cierto: el abrigo de la fiera es la cueva,
del siervo las divinas aras y una ciudad
a otra en los temporales acude. Pues no hay nada
humano que hasta el fin se mantenga dichoso.

SEMICORO PRIMERO

Ve, infortunada, abandona el recinto de Persefonea
sagrado y al rey, su rodilla abrazando, suplica, ¡oh, cui-
[tada
de mí!, que te entregue los cuerpos de aquellos mis jóve-
[nes hijos
que frente a los muros cadmeos cayeron perdiendo la
[vida.

SEMICORO SEGUNDO

A ti y tu barbilla, mi amigo, el campeón más glorioso
[de Grecia,
acudo, infeliz, a coger prosternada tu mano y rodillas:
de mis hijos apiádate y de esta mujer vagabunda que
[implora
y canta su triste, su triste yalemo.

SEMICORO PRIMERO

No dejes, estando en edad vigorosa, te ruego, que
[queden
en tierras de Cadmo insepultos mis hijos cual pasto de
[fieras.

SEMICORO SEGUNDO

Contempla este llanto en mis ojos y mira que caigo enlazando
tus rodillas y busco con ello que des sepultura a los míos.

TESEO

¡Oh, madre! ¿Por qué lloras acercando ese fino
lienzo a tus ojos? ¿Lo haces al escuchar los tristes
lamentos de estas gentes, que a mí también me afectan?
Levanta esa canosa cabeza sin verter
lágrimas sobre el ara venerable de Deo.

ETRA

¡Ay, ay!

TESEO

Gemir no debes por lo que a éstos atañe.

ETRA

¡Pobres mujeres!

TESEO

Pero tú no eres una de ellas.

ETRA

¿Te digo algo útil para la ciudad y para ti?

TESEO

Sí: aún las mujeres pueden acertar en lo que hablen.

ETRA

Mas me hace vacilar lo que afirmar querría.

TESEO

Es feo que al amigo lo sensato se oculte.

ETRA

Pues bien, no callaré para no tener luego
que reprocharme a causa de un silencio indebido
ni, temiendo que inútil en boca de mujer
la facundia resulte, dejaré de decir
lo que bien me parece. Y ante todo te pido,
hijo, que te preguntes si no yerras, prudente

como en lo demás eres, en tu menospreciar
lo divino. En silencio me mantuviera yo
si preciso no fuese que tú valor mostraras
en defensa de aquellos que sufren: honor grande
ello te ha de traer, sábelo bien, y así
no temo aconsejarte que a estos hombres violentos,
que roban a los muertos su sepulcro y sus honras,
por fuerza, hijo, tu brazo les contenga y prohíba
que violen las leyes comunes de los Griegos.
Pues eso es lo que unidas mantiene las ciudades
humanas, el respeto salvador de las normas.
Y, si no, se dirá que la falta de hombría
y el miedo detuvieron tus manos y que aquel
que al jabalí domara, lo cual no es gran proeza,
cuando fue necesario luchar y cara a cara
ver los cascos y lanzas, demostró ser cobarde.
No hagas eso, hijo mío, tú que de mí naciste.
¿No ves cómo tu patria, que motejada suele
ser de inconsciente, sabe con ojos valerosos
afrontar a sus críticos creciéndose en la prueba?
Los pueblos que existencias pacíficas y oscuras
llevan con timidez, también en sus miradas
sin brillo se delatan. ¿No vas a auxiliar, hijo,
a esos muertos y a sus madres que te suplican?
Si justamente luchas, no temeré por ti;
y, aun viendo que la suerte sonríe a los Cadmeos,
segura estoy de que darán peores jugadas
sus tabas algún día; porque los dioses gustan
a veces de poner abajo lo de arriba.

CORIFEO

Amiga queridísima, bien para él has hablado
y también para mí, lo cual es doble gozo.

TESEO

Lo que de este hombre dije, madre, sigue valiendo
y mi concepto de qué es lo que le hizo errar
en su proyecto; pero también hallo razón
en lo que me censuras y nunca estuvo acorde
el esquivar los riesgos con mi modo de ser.
Muchas son, en efecto, mis proezas y en ellas

a la Hélade mostréme con mi temperamento
capaz de castigar siempre a los malhechores.
No me es posible, pues, rehuir las fatigas.
¿Qué dirían aquellos que me odian si mi madre,
quien ansiosa por mí debe estar, la primera
es en aconsejarme que este peligro arrostre?
Haré lo que me dices: rescataré a los muertos
mediante persuasión y, si no, con mi lanza
sin que envidia divina me cohíba. También
necesito que acuerdo de la ciudad unánime
se produzca. Y lo habrá si quiero, pero el pueblo
me será más adicto si le permito hablar;
porque es su monarquía lo que yo establecí
cuando lo liberé para que iguales todos
en el sufragio fueran. Iré, pues, con Adrasto
para que mis palabras confirme; a la asamblea
recurriré y, cuando haya su asenso conseguido,
con mozos escogidos de Atenas vendré aquí
y, apostado con armas, reclamaré a Creonte
los cuerpos de los muertos.

Dirigiéndose a las Suplicantes.

Y ahora, ancianas, quitad
a mi madre las ínfulas venerables: tomando
su mano amada, a casa me la llevo de Egeo.
¡Infeliz hijo aquel que a sus padres no sirve
con tributo hermosísimo y al hacerlo ganándose
la ofrenda que algún día le aportará su prole!

Sale de escena llevando a su madre de la mano. Sale a la vez Adrasto.

CORO

¡Argos criador de potros, oh, tierra patria mía!
¿Escuchasteis esto, escuchasteis
los píos dichos del rey con que honra
al país pelasgio y a Argos grandemente?

¡Ojalá, a mis miserias poniendo fin, rescate
el sangriento orgullo que es para
su madre el hijo muerto y se gane
así la amistad de la nación de Ínaco!

Los riesgos religiosos son de una ciudad gloria
y traen gratitud eterna.
¿Qué hará ahora Atenas? ¿Pactos concertar con nosotros
dando la sepultura a nuestros héroes?

¡Ayúdanos, ciudad de Palas! ¡Que nadie ose
pisotear la ley humana!
¡Tú honras a la justicia, la injusticia condenas
y salvas siempre a los que oprobio sufren!

Vuelve a entrar en escena Teseo acompañado de Adrasto, un heraldo y unos compañeros. Teseo se dirige al heraldo.

TESEO

Tú, que servidor siempre de la ciudad y mío
eres con los mensajes que llevas, el Asopo
atraviesa y las aguas del Ismeno y transmite
al arrogante rey de Tebas lo siguiente:
«Pide el favor Teseo de que a los muertos des
sepelio, así amistándote con el pueblo erectida,
y obtenerlo merece por vivir en país
vecino al tuyo.» Si ellos acceden, aquí vuelve
después de agradecérselo; mas, si no hicieren caso,
tu segundo recado será que a mi cortejo
de soldados aguarden, pues prestas y acampadas
y en orden junto al sacro Calícoro mis tropas
se encuentran. Mi ciudad esta empresa ha acogido
contenta, porque sabe que la deseo yo.
¡Eh! ¿Quién a interrumpirme viene? Según parece,
aunque no claramente, se trata de un heraldo
cadmeo; espera, pues, por si, al anticiparse
a mis planes, el viaje te evita y su fatiga.

Entra un heraldo tebano.

HERALDO

¿Quién es aquí el tirano y a quién he de anunciar
las palabras de Creonte, que en Tebas manda desde
que a Eteocles junto al muro de los siete portones
matara la fraterna mano de Polinices?

TESEO

Por un error tus dichos, extranjero, empezaron
si a un tirano aquí buscas. Libre es esta ciudad
y a ningún hombre sirve, mas reina en ella el pueblo
relevándose en turnos anuales y ningún
privilegio al dinero dando, sino igualdad
en que el pobre no tenga menos que el poderoso.

HERALDO

Pues esa ya es ventaja que como en el chaquete
nos das: es un solo hombre, no el populacho, quien
gobierna en la ciudad de que vengo. No hay nadie
que embaucarla con frases pueda y llevarla a un lado
u otro mirando al propio provecho ni perderla
con mil zalamerías y dándole los gustos
para luego ocultar por medio de calumnias
nuevas los yerros de antes y escapar al castigo.
¿Cómo el pueblo, al que falta todo recto criterio,
a una ciudad podrá gobernar rectamente?
El tiempo es quien enseña, no la improvisación.
Al labriego, aunque tonto no sea, sus labores
le impedirán que vea los asuntos comunes
y es para los mejores sufrimiento terrible
que un vulgar ciudadano que nadie ha sido nunca
utilice su lengua para ganarse al pueblo
y conseguir con ello prestigio inmerecido.

TESEO

Sutil es el heraldo y hábil en añadir
materia a sus encargos. Pues tal es el certamen
en que te empeñas, oye: tú has sido quien provoca.
Nada hay más enemigo del pueblo que un tirano:
no existen ante todo normas comunes y uno
solo la ley detenta, con ella para sí
y por sí gobernando no equitativamente.
Cuando hay leyes escritas, el débil como el rico
tienen igual derecho y aquél, si se le insulta,
puede del mismo modo contestar y el pequeño,
siempre que la razón le asista, prevalece
sobre el grande. No es otra cosa la libertad
que aquello de «¿Quién quiere levantarse a exponer

a la ciudad alguna buena idea que tenga?»
Y el que quiera se luce mientras los otros callan.
¿Cabe más igualdad en comunidad alguna?
Y además goza el pueblo que es dueño de un país
con que empiecen los jóvenes a ser ya ciudadanos,
mientras que el rey ve en ellos algo hostil y da muerte,
temiendo por su régimen, a todos los mejores
y a aquellos a los que crea más razonables.
¿Cómo, pues, va a ser fuerte la ciudad en que se siega,
igual que las espigas de campiña vernal,
a los mozos valientes? ¿Por qué van nuestros hijos
a atesorar riquezas que la vida mejoren
del tirano? ¿A qué en casa criar castas doncellas
que al rey darán placer si las desea y lágrimas
harán brotar al padre? No quiero vivir más
si es que han de ser mis hijas sometidas a nupcias
forzosas. Aquí tienes los dardos que a tus dichos
responden; pero ¿en busca de qué te nos presentas?
Llorando volverías con esas tus verbales
audacias si no fueses nuncio de una ciudad.
El emisario debe repetir lo que le hayan
encargado y sin más marcharse. Que Creonte
tenga en lo sucesivo cuidado de mandarme
a mensajeros menos charlatanes que tú.

CORIFEO

¡Ay, ay! Cuando los dioses al malo favorecen,
se ufana cual si su éxito fuera siempre a durar.

HERALDO

Hablaré. Del certamen puedes tú pensar eso:
yo opino lo contrario. Pero, en fin, te prohíbo
con el pueblo cadmeo que a Adrasto en esta tierra
admitas. Y, si en ella se halla, antes que se ponga
la luz del sol le expulsas, ignorando ese rito
pomposo de las ínfulas, y no intentes por fuerza
hacerte con los muertos, pues nada que ver tienes
con la ciudad argiva. Si en ello me haces caso,
sin temor a las olas gobernarás tu nave,
pero, si no es así, con temporal tremendo
tú y yo y nuestros aliados hemos de tropezar.

Piensa en esto y no vayas, pretextando que es libre
tu ciudad, a contestar con palabras henchidas
del vigor de tu brazo, porque nunca es segura
la esperanza, que a excesos mil al ánimo induce
e incontables ciudades a la lucha arrastró.
Porque, cuando se vota sobre guerra en un pueblo,
nadie en su propia muerte piensa y todos suponen
que sufrirá el vecino: si en cada votación
se tuviera el morir ante los ojos, nunca
a tantas mortandades por su afán belicoso
sucumbiría Grecia. Y es el caso que nadie
ignora entre los dos cuál es el buen partido
ni de distinguir deja los males de los bienes
sabiendo que la paz es mejor que la guerra,
amada de las Musas, hostil a las venganzas,
de la fecundidad y la opulencia amiga.
Pero somos tan malos que el guerrear escogemos
y que un hombre o ciudad más fuerte tiranice
a los débiles. Quieres ayudar a enemigos
que han muerto y rescatar y sepultar a gentes
a las que su soberbia perdió. ¿No es tal vez justo
que humee el fulminado cuerpo de Capaneo,
quien acercó a las puertas una escala y juraba
conquistar la ciudad lo quisieran los dioses
o no? ¿O que yazgan otros debajo de los muros
con los cráneos deshechos por las piedras? Si no
te jactas de saber más que Zeus, reconoce
que es bueno que los dioses al malvado aniquilen.
A sus hijos y padres ama el hombre sensato
y a su patria también, que engrandecer debiera,
no arruinar. Cualquier jefe temerario o piloto
es un albur; tranquilo, cuando las circunstancias
lo exijan, está el sabio. Y en ello para mí
reside el verdadero valor, en la prudencia.

CORIFEO

Ya el castigo de Zeus resultó suficiente:
no debisteis caer en esa desmesura.

ADRASTO

¡Miserable!

TESEO

¡Silencio! Ten, Adrasto, tu boca
y no quieras hablar antes que yo. El heraldo
no se dirige a ti, sino a mí, y soy yo, pues,
quien debe contestar. Empezaré ante todo
por tus primeras frases. No estaba yo enterado
de que fuera Creonte mi dueño ni tuviese
autoridad hasta el punto de poder imponer
su voluntad a Atenas: hacia arriba las aguas
fluyeran si sus órdenes lo fuesen para mí.
Esta guerra no soy yo quien la provocó
ni la tierra de Cadmo con éstos he invadido.
Y, si exijo que sean sepultados los muertos,
no es por haceros daño con pugnas y matanzas,
mas queriendo que rijan los derechos comunes
de los Griegos. ¿Hay algo que en ello no esté bien?
Si habéis sufrido a manos de Argos, ya perecieron;
con honra os defendisteis y con su deshonor;
se hizo justicia. Ahora permitid que reciban
sepultura los muertos en el suelo y que vuelva
cada cosa al lugar de que nació: el espíritu
al aire y a la tierra los cuerpos, que tan sólo
pueden llamarse nuestros porque en ellos vivimos,
pero que luego debe recuperar la madre
que los formó. ¿Es que piensas que estás a Argos vejando
cuando no los entierras? En modo alguno: a toda
Grecia incumbe el que a un muerto se mantenga insepulto
privándole de aquello que debe recibir.
Si tal ley prevalece, causa de cobardía
para el bravo será. Pero, tú que me vienes
con esas tremebundas amenazas, ¿teméis
acaso a los cadáveres que bajo tierra yazgan?
¿Qué pasará? ¿El país os minarán aquellos
a los que en él se inhume? ¿Procrearán allá abajo
retoños que les venguen? Torpe temor y vil
y vano: fuera pérdida de tiempo el discutirlo.
Pensad, en cambio, necios, en los males humanos:
combate es nuestra vida que trae felicidad
a unos hoy, a otros luego, mientras que para algunos

lo bueno ya pasó; sólo los dioses gozan
siempre de lo mejor, porque el infortunado
les honra para ser feliz y el que es dichoso
les pone por las nubes temiendo que le quiten
la existencia. Sabiendo que esto es así, preciso
se hace el nunca irritarnos ante ofensas livianas
y que el vengarnos no dañe a nuestra ciudad.
¿Cuál es la consecuencia? Que, pues queremos píos
ser, nos des a esos muertos para su sepultura.
Y, si no, claro está: por la fuerza a enterrarlos
iré; no diga Grecia que las antiguas leyes
divinas, que acudieron a mí y a la ciudad
de Pandión, resultaron en ello maltratadas.

CORIFEO

Puedes estar tranquilo: si encendida la antorcha
de Justicia conservas, no te censurarán.

HERALDO

¿Permites que palabras breves una a las tuyas?

TESEO

Habla si lo deseas: no eres hombre callado.

HERALDO

De Tebas a los de Argos nunca te llevarás.

TESEO

Ahora tú a tu vez escúchame si quieres.

HERALDO

Escucho: a cada cual debe llegar su turno.

TESEO

Saldrán de tierra asopia para ser enterrados.

HERALDO

Pero antes en peligro se verán tus escudos.

TESEO

Son muchos los trabajos que he afrontado en mi vida.

HERALDO

¿Tu padre te engendró para siempre vencer?

TESEO

Tan sólo a los soberbios: a los buenos no ataco.

HERALDO

En todo os metéis siempre tu ciudad y tú mismo.

TESEO

Como se esfuerza mucho, también grande es su fama.

HERALDO

Ven: contigo la lanza sembrada acabará.

TESEO

¿Cómo el Ares guerrero saldrá de una serpiente?

HERALDO

Sabráslo a costa tuya: todavía eres joven.

TESEO

No podrás inducirme con fanfarronerías
a que me indigne: vete llevándote contigo
esas vacuas razones, pues nada adelantamos.

Sale de escena el heraldo tebano. Teseo sigue hablando a sus acompañantes.

Al combate lanzarse todo soldado debe,
hoplita o conductor de carro; que hacia tierras
cadmeas los corceles corran con espumeantes
bocados. A atacar me dispongo las siete
puertas de Cadmo: yo seré mi propio heraldo 588
y llevaré el agudo hierro en mi mano. Pero 590
a ti, Adrasto, te ordeno que sin luchar te quedes 589
y no mezcles tu suerte con la mía. He de ser 591
yo quien con mi destino dirija la batalla:

un nuevo general con una lanza nueva.
Tan sólo necesito que me ayuden los dioses
que lo justo veneran: el triunfo su concurso
me aportará. En los hombres la virtud nada vale
si no se tiene a un dios que acceda a dar su apoyo.

Sale con su escolta.

SEMICORO PRIMERO

¡Míseras madres de los capitanes!
¡Lívido el miedo se asienta en mi entraña!

SEMICORO SEGUNDO

¿Qué es esa voz rara que te oigo?

SEMICORO PRIMERO

¿Cómo le irá al ejército de Palas?

SEMICORO SEGUNDO

¿Piensas que en la lucha? ¿Tal vez habrá un acuerdo?

SEMICORO PRIMERO

Bueno sería, mas, si hasta Atenas
llegara el combate, la muerte, el estruendo
de los pechos golpeados,
¿qué palabras de reproche vendrían contra mí?

SEMICORO SEGUNDO

Pero a aquel que se exalta confiando en su suerte
espero que venga su sino a abatirle.

SEMICORO PRIMERO

Hablas de dioses que justos sean.

SEMICORO SEGUNDO

¿Quién sino ellos dispensa los destinos?

SEMICORO PRIMERO

Su punto de vista no es el de los humanos.

SEMICORO SEGUNDO

Aún te perturba tu miedo de antes.
Justicia a justicia llama, muerte a muerte.

La divinidad respiro
da a los males de los hombres decidiéndolo todo.

SEMICORO PRIMERO

¡Cómo, dejando el agua divina de Calícoro,
me vería en los llanos de las hermosas torres!

SEMICORO SEGUNDO

Si te diera alas un dios y fueras
a la ciudad de los dos ríos,
verías la suerte de nuestros amigos.

SEMICORO PRIMERO

¿Qué fortuna, qué hados aguardan a nuestro potente [*rey*
señor de esta tierra?

SEMICORO SEGUNDO

Volvemos a invocar siempre a los mismos dioses,
mas nada hay que en los trances mejor nos asegure.

SEMICORO PRIMERO

¡Oh, Zeus, esposo de la ternera,
de la hija de Ínaco, de nuestra madre,
aliado propicio de esta ciudad sé!

SEMICORO SEGUNDO

¡Tráeme a tu orgullo, trae el baluarte de la ciudad [*y en la pira*
de su afrenta sálvale!

Entra un mensajero por un lateral. Se dirige al coro.

MENSAJERO

Mujeres, llego con excelentes noticias,
habiéndome salvado —pues capturado fui
cuando junto a las aguas dirceas combatieron
las tropas de los siete comandantes difuntos—,
y a anunciar que Teseo venció. Muchas preguntas
te ahorraré al decirte que serví a Capaneo,
a quien fulminó el rayo llameante de Zeus.

CORIFEO

Feliz nueva es, amigo, la de que tú regresas
y lo que de Teseo cuentas: si sana y salva
está la ática tropa, todo grato sería.

MENSAJERO

Lo está y ha realizado lo que Adrasto debió
hacer con los Argivos a los que trajo desde
las orillas del Ínaco para asediar a Tebas.

CORIFEO

¿Cómo el hijo de Egeo logró con sus soldados
tal trofeo erigir a Zeus? Cuéntamelo,
tú que estabas, y alegra con ello a los ausentes.

MENSAJERO

El resplandor brillante del sol, que es claro indicio
de la hora, iluminaba la tierra. Yo encontrábame
junto a la puerta Electra, contemplándolo todo
desde una despejada torre, y tres clases vi
de armados: los hoplitas, que se iban extendiendo
hacia el collado ismenio, pues tal era su nombre,
y con ellos el propio rey, el vástago ilustre
de Egeo, y en su torno los del ala derecha,
de la vieja Cecropia moradores, seguidos
de Páralo, formado con su lanza a la orilla
de la fontana de Ares; el contingente ecuestre,
que en los bordes del cuadro se apostaba escindido
en dos grupos; y, en fin, los carros de combate
al pie del venerado monumento de Anfión.
En cuanto a los Cadmeos, delante de los muros
se hallaban y detrás tenían los cadáveres
por los que se luchó; con nuestros caballeros
los suyos se enfrentaban y asimismo los carros.
Y un heraldo enviado por Teseo gritó:
«¡Callad, hombres, callad! ¡Escuchad, oh, Cadmeos!
Hemos venido aquí no para verter sangre,
sino porque a los muertos queremos enterrar
según la ley común de los Griegos.» Mas nada
mandó Creonte a su heraldo contestar y el silencio

reinaba entre las filas. Batalla, pues, trabaron
sin más los conductores de los carros; abriéronse
paso entre el enemigo los unos y los otros
y a los de infantería situaron de manera
que pudiesen con lanzas luchar. Tal sucedió
mientras los conductores hacían a sus potros
volver por más soldados. Y al ver Forbante, el jefe
de la caballería de Atenas, tal encuentro
de carros, e igualmente los que en Tebas mandaban
a los jinetes, fueron al combate y en unos
sitios unos vencían y en otros los contrarios.
Yo esto no es que lo oyera, mas lo vi, porque estaba
donde carros e infantes se afanaban: penosas
escenas y abundantes, de las que yo no sé
cuál describir primero, si el polvo que se alzaba
en cantidad a los cielos o los cuerpos llevados
para acá o para allá por las bridas en que ellos
se enredaban o el río de sangre en que caían
como titiriteros, de cabeza al romperse
los pescantes, o bien expiraban en medio
de los restos deshechos de sus carros. Creonte,
al ver a nuestra tropa vencedora, no quiso
que se desanimaran los suyos y en la lid
entró con el escudo de mimbre al brazo; pero
tampoco se echó atrás Teseo, mas lanzóse
al punto con sus armas fulgurantes. Todo era
choque y matanza en pleno centro de la batalla
y dábanse consignas con vocerío ingente:
«¡Golpea!» «¡Tente firme contra los de Erecteo!»
Como era luchadora notable la milicia
nacida de los dientes del dragón, a nuestra ala
izquierda derrotaba, mas a otros puso en fuga
la derecha de Atenas, con lo cual se igualó
el combate y en ello se hizo digno de elogio
nuestro jefe, que, no contento con vencer
donde he dicho, al lugar más débil de sus tropas
acudió dando voces, cuyo eco repetía
la tierra: «Si las fuertes lanzas de esos sembrados,
hijos, no contenéis, ¡adiós Palas!» Y mientras
ánimos a las fuerzas cranaides daba así,
tomó su arma epidauria, su maza terrorífica,

y la hacía girar cual honda que segara
los cuellos como espigas y amontonara cascos
al suelo derribados de las rotas cabezas.
Por fin y a duras penas los Tebanos cedían;
yo lanzaba alaridos, aplaudía y bailaba;
ellos hacia las puertas escapaban; los gritos
y gemidos de mozos y ancianos invadían
la ciudad; el terror llenó los santuarios;
y, aunque fácil habría sido franquear los muros,
Teseo lo impidió diciendo que pillar
la ciudad no quería, mas rescatar los muertos.
Tal es el general a quien hay que elegir,
valiente en los peligros y odiador de esas gentes
soberbias que, teniendo ya una vida dichosa,
pretenden escalar los más altos peldaños
y la felicidad pierden de que gozaban.

CORIFEO

Ante este inesperado día creo que existen
los dioses y el haber pagado éstos su culpa
hace que mis desdichas menores me parezcan.

ADRASTO

¡Oh, Zeus! ¿Por qué se dice que idear nada pueden
los infelices hombres si de ti dependemos
y nada conseguimos sino lo que tú quieras?
Para nosotros Argos era algo irresistible,
con tantos ciudadanos llenos de juvenil
ardor, y, al ofrecernos Eteocles condiciones
razonables de paz, nos negamos en forma
que iba a ser nuestra ruina. Mas luego el victorioso,
el estúpido pueblo de Cadmo, como el pobre
que rico de repente se despierta, en su soberbia
la perdición se atrajo. ¡Vanidosos mortales,
que ningún caso hacéis al amigo y tan sólo
cedéis ante los hechos! ¡Ciudades que podríais
rehuir con palabras el mal y preferís
la sangre! Pero ¿a qué todo esto? Dime cómo
escapaste y después me cuentas lo demás.

MENSAJERO

Cuando el tumulto bélico por la ciudad cundió,
crucé la puerta por donde entraba el ejército.

ADRASTO

¿Trajisteis a los muertos, motivo de la lucha?

MENSAJERO

Por lo menos a aquellos que a la tropa mandaban.

ADRASTO

¿Cómo? ¿Y los otros hombres que en combate cayeron?

MENSAJERO

Enterrados están al pie del Citerón.

ADRASTO

¿En cuál de las laderas? ¿Quién les dio sepultura?

MENSAJERO

Teseo y a la sombra de la roca eleutéride.

ADRASTO

¿Y a los no sepultados muy lejos los dejaste?

MENSAJERO

Cerca: nada hay lejano para aquel que se esfuerza.

ADRASTO

¿Habrá sido penosa la labor de los siervos?

MENSAJERO

Ningún esclavo de esta tarea se encargaba.

<ADRASTO

¿Fue, pues, Teseo mismo quien mostró tanto amor?>

MENSAJERO

¿Qué dirías al ver cómo los atendía?

ADRASTO

¿Las heridas él mismo lavó de los cuitados?

MENSAJERO

Y aprestó las camillas y los cuerpos cubrió.

ADRASTO

¡Repugnante contacto lleno de indignidad!

MENSAJERO

¿Por qué han de ser indignos los males de otros hom-
[bres?

ADRASTO

¡Ay! ¡Cómo yo quisiera con ellos verme muerto!

MENSAJERO

Imposible deseo que a éstas hace llorar.

ADRASTO

No creo que maestro ninguno necesiten.
Pero voy a buscarles: mis manos alzaré;
la canción lacrimosa de Hades a los amigos
saludará que solo me han dejado llorando,
¡pobre de mí! Es la vida de los hombres el único
bien que, una vez gastado, no es posible jamás
recuperar al modo de las demás riquezas.

Sale el mensajero.

CORO

¡Éxitos y desventuras!
¡Honor a la ciudad
y doble gloria para
estos generales!
¡A mí el ver los despojos de mis hijos
un amargo espectáculo me resulta, mas bello
también es este día
insospechado, lleno de penas!

¡Si el longevo Tiempo, el padre
de los días, soltera
me dejara y no hubiese
tenido esos hijos!

Siempre creí que la mayor desgracia
era el no contraer nupcias, pero ahora pienso
que hay un mal aún peor,
verse privada de la amada prole.

Empieza a entrar lentamente en escena el cortejo fúnebre, formado por guerreros de Atenas que portan los cadáveres de los Argivos. Detrás vienen Teseo y sus acompañantes.

Pero veo los cuerpos que vienen aquí;
son mis hijos difuntos; quisiera morir,
desgraciada de mí, para al Hades bajar
compartiendo su sino en común.

ADRASTO

¡Sollozad, oh, las madres
de quienes bajo tierra
van a estar! ¡Responded a los lamentos
que escuchéis de mis labios!

CORO

¡Oíd, hijos, la voz amarga
de vuestras queridas madres,
oh, los que ya no vivís!

ADRASTO

¡Ay de mí!

CORO

¡Y de mí por mi luto!

ADRASTO

¡Ay, ay!

<CORO

¡También yo así me quejo!>

ADRASTO

Hemos sufrido...

CORO

La peor de las desdichas.

ADRASTO

¿No ves, ciudad de Argos, las penas que ahora yo [estoy padeciendo?

CORO

¡E igualmente a mí, infeliz,
que me quedé sin hijos!

ADRASTO

Traed los sangrientos cuerpos
de estas míseras víctimas
del combate, que inicuamente fueron
muertas por gente inicua.

CORO

Dadme a mis hijos: rodéenlos
mis brazos; a mi regazo
vuelvan como en otros tiempos.

ADRASTO

Ya los tienes.

CORO

¡Oh, carga pesadísima!

ADRASTO

¡Ay, ay!

CORO

¿Por las madres no lloras?

ADRASTO

Me estáis oyendo.

CORO

Sí, doblemente gimes.

ADRASTO

¡Ojalá me dejaran sangrando en el polvo las huestes [cadmeas!

CORO

Jamás conocer debí
el lecho de un esposo.

ADRASTO

¡Ved qué mar de horrores, madres de esos hijos
infortunados!

CORO

Desgarran mis carnes las uñas; la ceniza
mis cabellos ya recubre.

ADRASTO

¡Ay, ay, ay de mí!
¡Trágueseme el suelo, arrástreme
el huracán, que el relámpago
ígneo de Zeus caiga sobre mi cabeza!

CORO

¡Acerbas tus bodas
y el augurio de Febo!
¡La maldición terrible dejó la casa de Édipo
y a nosotros vino!

TESEO

Dirigiéndose al coro. Luego, a Adrasto.

Iba yo a interrogarte, mas, como te agotabas
en llantos por la tropa, lo dejé y ahora a Adrasto
le voy a preguntar: ¿cómo llegaron éstos
a distinguirse tanto por su valor? Explícaselo
a los mozos de entre estos ciudadanos, pues eres
sabio como ninguno y entiendes de estas cosas.
Conocí sus hazañas, que son indescriptibles
y con las que esperaban conquistar la ciudad.
Solamente una cosa no pido que me cuentes
para no hacer reír: con quién en la batalla
se enfrentó cada cual y por qué lanza hostil
fue herido. Vanos son esos relatos: nadie
que haya visto en la lucha pasar las jabalinas
a montones ante él puede con claridad
decir quién fue valiente. Yo ni esto lo pregunto
ni creo al que a narrarlo se atreva, pues apenas
lo más indispensable será capaz de ver
cualquiera que esté firme contra sus enemigos.

ADRASTO

Escucha, pues: de grado tu petición acepto
para que a éstos elogie. También yo presto estoy
a hablar de mis amigos con verdad y justicia.
¿A ese ves al que el rayo violento traspasó?
Fue Capaneo, un hombre rico, pero que nunca
se jactó de ser tal ni tuvo más orgullo
que cualquier indigente y evitaba al que pone
boato en sus banquetes excesivo o desprecia
todo lo mesurado, diciendo que no está
la virtud en devorar con la tripa y que basta
un mediano yantar. Era amigo sincero
de sus amigos tanto si se hallaban presentes
como si no, lo cual no sucede con muchos.
Su carácter veraz, complaciente su boca;
nunca ni a ciudadanos ni a esclavos dijo nada
incontinente. Y voy al segundo, Eteoclo,
que en distinta bondad se ejercitaba. Escasos
de mozo sus recursos fueron, pero logró
infinitos honores en Argos. Los amigos
muchas veces dinero le ofrecían, mas él
no lo admitía en casa para no esclavizar
su alma con ese yugo. Y odiaba a los malvados,
pero no a la ciudad, que no merece injurias
por que la rija un mal timonel. El tercero,
Hipomedonte, fue como voy a decirte:
desde niño valor tuvo para no darse
al placer de las Musas ni a la muelle existencia.
En el campo habitaba, gozando con el trato
muy duro y muy viril que a su cuerpo infligía,
y en la caza y la monta y el arco deleitábase
para que su persona fuera útil a su patria.
Otro, Partenopeo, de Atalanta nacido,
la cazadora, fue bellísimo en su aspecto;
era árcade, mas a Argos acudió y junto al agua
del Ínaco crianza recibió; y, ya educado
allí, nunca molestias causó ni era envidioso,
como debe ocurrir con todos los metecos,
ni gran discutidor, lo que hace odioso al hombre
extranjero o paisano. Se incorporó a las filas
y por Argos luchó como si fuese argivo,

celebrando los éxitos que la ciudad obtuviera
y apenándose cuando surgía algún revés.
Mi elogio de Tideo será breve, mas grande:
no brillaba en palabras, pero era con su escudo
hábil y al inexperto sabía destrozar.

. . . .

Después de esto que he dicho no te admires, Teseo,
de que osaran morir delante de las puertas.
El no haber sido mal criado pundonor
engendra; y se avergüenza de resultar cobarde
todo aquel que en el bien se ha ejercitado. Puede
el valor aprenderse si al niño se le enseña
a decir y a escuchar aquello que no sabe.
Lo que uno haya adquirido, suele hasta la vejez
perdurar. Educad, pues, bien a vuestra prole.

CORO

¡Te parí, hijo infeliz,
te llevé en mi vientre, tus dolores
soporté y Hades me arrebata
mis trabajos, cuitada,
sin que esta madre tenga,
pobre de ella, ya nadie que pueda sustentarla
ahora en su vejez!

TESEO

Por lo que toca al noble vástago de Ecles, son
los dioses quienes hacen sus loas claramente
pues que le arrebataron con su cuadriga en vida.
Y, si yo al hijo de Édipo, Polinices, laudara,
lo haría sin mentir. Fue, en efecto, mi huésped
hasta que de manera voluntaria el país
de Cadmo abandonó para exiliarse en Argos.
¿Sabes qué es lo que pienso con éstos ahora hacer?

ADRASTO

Tan sólo que yo debo cumplir lo que tú ordenes.

TESEO

Capaneo, alcanzado por el fuego de Zeus...

ADRASTO

¿Quieres que aparte quede como un muerto sagrado?

TESEO

Sí, y los demás en pira común se quemarán.

ADRASTO

¿Y dónde erigirás la tumba de aquel único?

TESEO

Levantaré un sepulcro junto a este mismo templo.

ADRASTO

Esa será labor que los esclavos cumplan.

TESEO

Y nuestra el ir con éstos: ¡en marcha los cadáveres!

ADRASTO

Acercaos, pobres madres, a vuestros hijos muertos.

TESEO

No me parece bien, Adrasto, lo que dices.

ADRASTO

¿Cómo? ¿Tocar las madres no podrán a sus hijos?

TESEO

Morirían al ver que están desfigurados.

ADRASTO

Sí, es amarga visión la sangre y las heridas.

TESEO

¿Por qué quieres entonces esa pena causarles?

ADRASTO

Me convences.

Al coro.

Quedaros debéis con fortaleza:
tiene razón Teseo. Cuando ya hayan ardido,

os llevaréis sus huesos. ¿Por qué, pobres mortales,
con lanzas os hacéis y os dais muerte recíproca?
Cejad en ese afán, olvidad las batallas
y entre gentes tranquilas en paz podréis vivir.
Porque la vida es breve y hay que pasar por ella
huyendo de fatigas y buscando la calma.

El cortejo fúnebre se pone en marcha seguido por Teseo, Adrasto y los niños. Los servidores preparan una pira bajo la roca.

CORO

Ya no me llaman dichosa
por mi hijo, no soy feliz
ya entre las madres fecundas de Argos.
Soy estéril y nunca
me dará Ártemis un parto.
¡Oh, vida infeliz!
Seré nube vagabunda,
juguete de los vientos inclementes.

Las siete madres siete hijos
parimos, infortunadas,
los más gloriosos de los Argivos.
Y ahora envejeceré,
pobre de mí, ya sin ellos,
ni muerta ni viva,
sino puesta por mi sino
tan lejos de unos como de los otros.

Sólo las lágrimas quedan y en casa
tristes memorias: los rizos
cortados y las guirnaldas
de sus cabezas, ofrendas
que a los muertos se consagran,
y cantos que el rubicundo
Febo por suyos no acepta.
Gemiré desde la aurora;
siempre los pliegues de mi regazo
el llanto mojará.

La pira en que aquí Capaneo arderá
tengo enfrente, su sacro sepulcro, y allá

el entierro ritual
que a los otros Teseo otorgó.
Y también a la cónyuge ilustre de aquel
que murió fulminado; es Evadne, a la cual
Ifis, el rey, engendró. Mas ¿por qué
a esta roca que al cielo se eleva subió,
al peñón que domina esta casa? ¿Por qué
ha emprendido el camino hacia aquí?

EVADNE

Que ha aparecido sobre la roca vestida con sus mejores galas.

¡Qué luz, qué destellos
despedía el solar carro
y la luna por el éter
cuando a la novia las teas
guiaban en la tiniebla,
aquel día de mi boda
en que la ciudad de Argos
con dulces cantos colmaba
mi dicha y la de mi esposo,
el guerrero Capaneo!
Ahora desde casa como
una bacante he corrido
en busca del fuego,
tras del común sepelio,
a terminar mi vida infeliz,
llena de pena, en el Hades.
Porque no hay muerte más dulce
que el perecer con quien se ama
si los dioses lo quieren.

CORIFEO

Pues ya estás contemplando cerca de donde te hallas la pira, don de Zeus, en que yace tu esposo aniquilado por el fuego del relámpago.

EVADNE

Sí, ya el final veo
de mi viaje: la Fortuna

condujo bien a mis pies.
En aras de mi renombre
me lanzaré a la pira
desde la peña en que estoy
y entre llamas ardientes
con el cuerpo de mi esposo
uniré mi carne en busca
de las salas de Perséfone;
y así ni bajo la tierra
mi alma te traicionará.
¡Adiós, luz y bodas!
¡Tales nupcias en Argos,
tan pías, tan amorosas, sean
un ejemplo para el futuro!
¡El esposo consumido
con su noble esposa en una
fiel, eterna coyunda!

CORIFEO

Mas he aquí que el viejo Ifis, tu padre, aquí se acerca
y va a hallar novedades que desconoce aún,
pero le causarán dolor cuando las oiga.

Entra en escena Ifis, que al principio no ve a Evadne y se dirige al coro.

IFIS

¡Desgraciadas vosotras, pobre anciano el que llega
con una doble pena sobre los de su sangre,
pues he de transportar a su natal país
el cadáver de Eteoclo, mi hijo, a quien los Cadmeos
mataron, y además busco a mi hija, la esposa
de Capaneo, que de pronto se ha marchado
de casa a toda prisa, queriendo perecer
junto con su marido! Ya hace tiempo solía
vigilarla y, tan pronto como ante mis desgracias
me descuidé en la guardia, se ha escapado. Yo creo
que estará por aquí: si lo sabéis, decídmelo.

EVADNE

¿Por qué se lo preguntas? Heme sobre esta roca,
padre mío, planeando como un pájaro triste
encima de la pira que a Capaneo espera.

IFIS

¿Qué vientos se te llevan? ¿A qué esa travesía?
¿Por qué viniste aquí nuestra casa dejando?

EVADNE

En cólera montaras, padre, si mi proyecto
conocieses: prefiero, pues, no contarte nada.

IFIS

¿Pues qué? ¿No es razonable que tu padre se entere?

EVADNE

No serías buen juez de esta mi decisión.

IFIS

¿Por qué adornas tu cuerpo con esas vestiduras?

EVADNE

Bella cosa es, ¡oh, padre!, lo que ellas significan.

IFIS

No parece que lleves luto por tu marido.

EVADNE

Es que me he preparado para una acción insólita.

IFIS

¿Y, siendo así, te acercas a este sepulcro y pira?

EVADNE

Aquí precisamente me propongo vencer.

IFIS

¿Sobre quién triunfarás? Quiero que me lo aclares.

EVADNE

Sobre toda mujer que la luz del sol vea.

IFIS

¿En liza de labores de Atena o de cordura?

EVADNE
De virtud: yaceré con mi marido muerto.

IFIS
¿Qué dices? ¿Qué acertijo morboso me planteas?

EVADNE
Que me arrojo a la pira de mi difunto esposo.

IFIS
¿A decirlo ante todos te atreves, hija mía?

EVADNE
Eso quiero, que todos los Argivos lo sepan.

IFIS
Mas no he consentir que a tal cosa te lances.

EVADNE
Me es igual: a cogerme no alcanzan ya tus manos.
Ya caigo y ello grato no es para ti, mas sí
para mí y el esposo que se quema conmigo.

Se arroja sobre la pira.

CORO
¡Oh, mujer, un acto tremendo realizas!

IFIS
¡Perezco, Argivas, muero, desdichado de mí!

CORO
¡Oh, oh, qué sufrimiento inmenso!
¿Contemplarás tan loca acción?

IFIS
No encontraréis a nadie más infeliz que yo.

CORO
¡Desgraciado!
¡También te alcanzó la maldición de Édipo
a ti, anciano, como a mi pobre ciudad!

IFIS

¡Ay! ¿Por qué no es posible que los hombres dos veces
vivan la juventud y luego la vejez?
Cuando algo en nuestra casa no sale bien, podemos
enmendarlo con una segunda decisión,
pero la vida no se corrige. Si jóvenes
o viejos otra vez ser se nos diera, todo
error repararíamos en esa doble vida.
Yo, por ejemplo, viendo que otros tenían hijos,
para mí deseábalos con nostalgia mortal;
mas si, llegado a tal trance, hubiera probado
qué cosa es para un padre la muerte de su prole,
jamás a este desastre llegara quien ahora,
tras engendrar y criar a un retoño excelente,
se encuentra de él privado. Pero, en fin, ¿qué he de hacer,
pobre de mí? ¿Ir a casa para encontrar en ella
una gran soledad y un vivir imposible?
¿O a la de Capaneo, tan grata cuando Evadne
vivía? Ya no existe la niña que acercaba
la mejilla a mi boca cogiendo con sus manos
mi cabeza. No hay nada como tener una hija
para un anciano padre: las almas varoniles
tienen más cualidades, pero resultan menos
dulces en el halago. ¿No me llevaréis, pues,
cuanto antes a mi casa para que en las tinieblas
muera dejando que mi viejo cuerpo el hambre
consuma? ¿Para qué me va a servir ahora
el recoger los huesos de Eteoclo? ¡Ancianidad
contra la cual no hay modo de defenderse alguno,
te aborrezco! ¡Y qué odiosos son aquellos que buscan
el prolongar su vida con manjares y pócimas
y magias con que quieren canalizar el río
de la vida evitando que a la muerte nos lleve!
Debieran estas gentes, para el común inútiles,
morirse y no estorbar en la vida a los mozos.

Sale de escena. Mientras tanto entran Teseo, Adrasto y los niños, que llevan unas urnas cinerarias.

CORO

Aquí los despojos, los huesos nos traen
de los hijos que han muerto: tomadlos las que
a esta vieja servís que sin fuerzas quedó
por el duelo de su hijo y dolor
y que mucho ha vivido y exhausta ya está
ante penas tan grandes. ¿Hay algo peor
que pueda sufrir ningún hombre mortal
que el trance fatal
de ver que su prole murió?

HIJOS

Llevo, llevo,
pobre madre, el cuerpo de mi padre, carga
que hace mi dolor pesada y ligero
bulto que todo lo mío encierra.

CORO

¡Ay, ay, niño!
Lágrimas traes a la madre
de esos héroes muertos,
un montón de cenizas a cambio de los cuerpos
que tanta gloria a Micenas dieron.

HIJOS

Ya a los suyos
perdieron y yo seré infeliz huérfano
que estará en su casa desierta añorando
los brazos de quien le dio la vida.

CORO

¡Ay de mí!
¿Dónde quedó la fatiga,
el goce de mis partos?
¿La crianza materna, los ojos siempre insomnes,
el cariñoso beso en la cara?

HIJOS

Se fue, ya nada existe; todo, padre,
marchóse.

CORO

Las cenizas el éter
de sus cuerpos consumidos
posee. Volaron al Hades.

HIJOS

¿Oyes, oh, padre, gemir a tu hijo?
¿Algún día vengar no podré con mi escudo...?

CORO

¿Sus muertes? Tal, hijo, suceda.

HIJOS

Con los dioses justicia a nuestros padres
haremos.

CORO

¿Aún no duerme el mal?
¡Basta de lloros y penas,
bastantes son ya estos dolores!

HIJOS

Recibiráme un día el Asopo
con las armas de bronce como jefe de Dánaos.

CORO

Y vengador de tu padre muerto.

HIJOS

¡Aún creo, padre, verte con estos propios ojos!

CORO

Besando dulcemente tu mejilla infantil.

HIJOS

Se me ha escapado por el aire
la voz de aliento que en ti me hablaba.

CORO

Duelo a su madre dejó y a ti,
que llorarás a tu padre siempre.

HIJOS

Es un peso tan grande que no puedo con él.

CORO

Acerque yo a mis pechos la ceniza filial.

HIJOS

Lloro al escuchar esas tristes
palabras: tocan mi corazón.

CORO

¡Te fuiste, mi hijo! Jamás tu madre
volverá a ver tu amada efigie.

TESEO

Veis, Adrasto y mujeres argivas, a estos niños
que llevan en sus manos los cuerpos de sus padres
valientes que he salvado, don que de la ciudad
y de mí mismo obtienen. Menester es ahora
que conservéis memoria de ello y que no olvidéis
lo que os entrego y siempre contéis a vuestros hijos
esto mismo y mandéis que honren a esta ciudad
y que los padres vayan transmitiendo a su prole
el recuerdo de aquello que alcanzasteis. Que Zeus
con los dioses celestes atestigüe cuán grande
es este beneficio con que honrados os veis.

ADRASTO

Conocemos, Teseo, todo el bien que a la tierra
argiva hiciste cuando necesitaba ayuda.
Nuestro agradecimiento será eterno: a esa noble
conducta ahora a nosotros toca corresponder.

TESEO

¿En qué otra cosa puedo serviros finalmente?

ADRASTO

Sé feliz: lo mereces y también tu ciudad.

TESEO

Así sea y también lo mismo a ti te ocurra.

Atenea aparece sobre el templo.

ATENEA

Escucha esto, Teseo, que te dice Atenea
y que debes cumplir para bien de los tuyos.
No dejes fácilmente que estos huesos los niños
a tierra argiva lleven, sino tómales antes
un juramento a cambio de todos los esfuerzos
de la ciudad: Adrasto será quien lo pronuncie,
pues, siendo su monarca, tiene capacidad
para actuar en nombre de todos los Danaidas.
Y jurará que nunca los Argivos a Atenas
traerán bélicas armas y que, si otros lo hicieren,
se opondrán con sus lanzas. Y exígele que pida
que, si un día os atacan contra este juramento,
de mala muerte muera todo el país argivo.
Y óyeme en qué lugar deben sangrar las víctimas.
Hay en tu casa un trípode de broncíneas patas
que Heracles, quien, después de devastar Ilión,
partía hacia otra empresa, te rogó que dejases
cerca del altar pítico. Corta en él, pues, los tres
cuellos de tres ovejas y en la concavidad
de ese trípode el texto del juramento inscribe
y dáselo al dios délfico para que lo conserve
y tenga toda la Hélade recuerdo y testimonio
de lo que se juró. Y el cuchillo acerado
con que hayas realizado la inmolación, ocúltalo
en tierra cerca de las piras de estos muertos.
Pues, si alguna vez llegan a la ciudad, terror
al verlo sentirán y su regreso triste
será. Y una vez hecho todo esto, que se lleven
los cadáveres. Y este recinto en que sus cuerpos
purificó la hoguera, déjalo consagrado
junto a la encrucijada del istmo. Tal te digo;
y ahora hablo a los Argivos. Iréis, cuando seáis hombres,
a saquear la ciudad del Ismeno vengando
a vuestros padres muertos. Tú, Egialeo, su jefe,
sucediendo así al tuyo, serás y desde Etolia
el llamado Diomedes por su padre Tideo
vendrá. Y no conduzcáis a la tropa danaida
antes de tiempo contra las murallas de Cadmo,
pero sí en el momento que bozo traiga a vuestras
barbillas, pues así, llegados a la edad

viril, seréis feroces cachorros de león
y asolaréis a Tebas sin remedio. Y canciones
harán los venideros que en toda Grecia epígonos
os llamen: tal campaña los dioses os darán.

Desaparece.

TESEO

¡Oh, señora Atenea, te obedeceré en todo!
Pues tú eres quien me guía para evitar mis yerros.
Le haré jurar, mas tú por el recto camino
llévame. Mientras seas propicia a la ciudad,
viviremos seguros de no sufrir reveses.

CORO

Vamos, Adrasto, debemos jurar
a Teseo y los suyos, pues es justo honrar
a quien tanto por mí se esforzó.

Salen todos.

